



*Sophie Saint Rose*

*Serie época*

*Lady*

*Johanna*

# Lady Johanna

Sophie Saint Rose

Johanna se había casado enamoradísima de su marido, pues desde que le había conocido su físico y su descaro la fascinaron. Que le hubiera atado a la cama, literalmente, para obligarle a un matrimonio que James no deseaba, era algo que no tenía importancia. Se acostumbraría.

Pero después de unos meses de matrimonio, el amor había dado paso al rencor porque la situación se había vuelto insoportable. Tanto que estaba pensando en quedarse viuda. En Boston la llamaban la "Loca Sherman". Estaba empezando a pensar que igual tenían razón.

## Capítulo 1

Johanna, sentada ante su tocador, se miró al espejo. No se podía creer lo que había cambiado su vida en dos meses. De ser una de las herederas más perseguidas de Londres y ser agasajada por innumerables pretendientes, ahora se encontraba casada con un bruto escocés que no tenía ningún tacto y que la trataba como si fuera un estorbo.

Le odiaba. Le odiaba tanto que ni siquiera soportaba su presencia. Y eso le había quedado claro a su reciente esposo, ya que no le dirigía la palabra desde que se habían mudado a la nueva casa, que su suegro les había regalado en Mayfair, cerca de Hyde Park.

De hecho, casi no le veía. Por la mañana se levantaba muy temprano para no coincidir con él y cuando no estaba cabalgando en el parque, se iba de visitas con su madre y con su amiga Liss, la duquesa de Stradford. En los únicos momentos que no podía ignorar del todo su horrible presencia, era en las cenas o en los bailes a los que tenían que acudir, donde su indiferencia a su apuesto marido, fomentaba los rumores de que su matrimonio no era tan dichoso como el de su querida amiga.

Se miró su espeso cabello negro, que caía por su espalda hasta las caderas. Cansada después de acudir a otro aburrido baile esa misma noche, cogió el cepillo y se lo pasó por el cabello en su rutina antes de acostarse, como su madre le había inculcado desde pequeña. Apretó los labios al ver que sus ojos color miel parecían apagados y sin brillo. Incluso tenía ojeras. Eso también se lo debía a su horrible marido, porque desde que le había conocido, no había vuelto a dormir bien ni una sola noche, cuando ella siempre había dormido como un tronco.

Maldijo su carácter impulsivo que la había metido en ese lío. Tenía que haberle hecho caso a sus padres y casarse con alguno de los amigos de su padre en Boston. Se lo habían aconsejado mil veces, pero al ver que su única hija no se decidía, la habían obligado a ir a Londres pues a su madre le había hecho ilusión que su hija se convirtiera en Lady.

—Mi hija debe ser condesa o duquesa —decía Rose Sherman a su marido,

que harto de escucharla, le dio la razón preparando su viaje a Europa en uno de sus barcos.

Eran ricos, muy ricos y en cuanto llegaron a Londres les abrieron las puertas de las casas más importantes. En una de las fiestas, que habían celebrado en la opulenta casa que su padre había comprado, había conocido a Liss. Sonrió pensando en su amiga. Liss era soltera el día que la conoció, pero no tardó en casarse con uno de los solteros más cotizados de Londres, el Duque de Stradford. Gracias a ellos, conoció a su suegro el Marqués de Wildburg y en una aventura maravillosa fueron todos a Escocia para buscar a su primogénito, acompañados de la dama de compañía de Liss, Susan Gibson, que hacía de su carabina en las posadas donde descansaban, compartiendo su habitación.

Fue una sorpresa para Johanna, que cuando llegaron a una de esas posadas a descansar a pocas millas de su destino, conociera a un atractivo escocés que le robó el aliento en cuanto sus ojos cayeron en él. Era tan apuesto y descarado, que le robó el corazón. ¿Qué podía hacer ella para conseguir su atención y de paso casarse con él? Hacer que la sorprendieran en su lecho.

No fue difícil. El escocés le abrió la puerta en cuanto llamó y con una sonrisa la miró de arriba abajo, repasando su recatado camisón blanco. Johanna en su afán por conquistarlo, sonrió y le dijo con voz ronca mirando sus preciosos ojos verdes —Milord, ¿os gustaría pasar la noche conmigo?

Intrigado se hizo a un lado y Johanna entró en la habitación lentamente sin dejar de mirarle a los ojos. James cerró la puerta sin dejar de mirarle y dijo con voz ronca —Desnúdate.

Johanna se sonrojó recordando con qué descaro se había levantado el camisón quedándose en cueros. Había tirado el camisón al suelo al lado de la cama y puso las manos en jarras mientras él la miraba sin mover el gesto. —Ahora te toca a ti.

James elevó las manos agarrando su camisa por la espalda y se la sacó rápidamente. Todavía recordada cómo su corazón latía alocado en su pecho al ver su maravilloso torso. Estaba tan absorta en ese musculoso pecho y en el vello rubio que tenía entre sus pectorales, que ni se fijó en cómo se quitaba los pantalones, quedándose desnudo ante ella. Cuando dio un paso hacia Johanna, el movimiento entre sus piernas la hizo mirar hacia abajo, tragando saliva al ver su sexo erecto. No era una mojegata, sabía lo que era el sexo por sus correrías por los muelles de Boston, pero ver aquel miembro en todo su esplendor, casi la mareó de deseo.

Él le levantó la barbilla para que lo mirara, provocando que su roce le erizara la piel y separó sus labios deseosa de sentirle, dándose cuenta que le sacaba la cabeza. James se agachó lentamente, pero Johanna reaccionó y carraspeó antes de que besara sus labios. —¿Te gustan los juegos?

—¿Juegos? —Confundido se apartó mirándola con el ceño fruncido. —

¿Qué hablas de juegos, mujer?

—Me gustaría atarte a la cama.

James se echó a reír y miró a su alrededor. —¿Y con qué pensabas hacerlo?

—Con las cuerdas que he dejado al lado de la puerta. ¿Las recoges?

Su escocés divertido abrió la puerta, echándose a reír al verlas en el suelo donde ella había dicho. Las cogió y volvió con ella, que se había sonrojado de gusto mirándole el trasero. —Y eso que aparentas ser una doncella. La vida no deja de darme sorpresas.

—Tumbate, amor. —dijo ella pensado que debía darse prisa para que todo estuviera preparado cuando su amiga la buscara.

James apartó las sábanas y se tumbó boca arriba separando las piernas. —Soy muy fuerte, preciosa. Deberás emplearte a fondo.

—Tranquilo —dijo maliciosa—. Te aseguro que la pasión no hará que te sueltes. Eso te lo garantizo.

Él se la comió con la mirada y Johanna se acercó a la mano que tenía más cercana. —¿Y qué piensas hacerme?

—Algo que te encantará. No seas impaciente —dijo concentrada en el nudo marinero que le había enseñado Robert en el puerto de Boston cuando era niña—. Vas a quedar muy contento e impresionado.

—Eso ha sonado prometedor. Espero que uses la boca. Tienes unos labios muy apetitosos.

Le miró sorprendida, porque nadie se lo había dicho nunca. —¿Eso crees?

—Estoy deseando probarlos. Ven aquí.

No podía distraerse. Liss o su dama de compañía Susan llegarían en cualquier momento, así que en cuanto aseguró el nudo, rodeó la cama para atar su otra muñeca. James tiró de su agarre e hizo una mueca— ¿Me enseñarás cómo lo has hecho?

—Te enseñaré lo que tú quieras —dijo terminado el segundo nudo—. Tendremos tiempo para eso y para mucho más.

James se echó a reír divertido y levantó la cabeza para ver cómo ataba su tobillo. —Interesante técnica.

Sonrió aliviada porque ya era suyo y se acercó al otro tobillo. —¿Sabes, cariño? Me has impresionado.

—Me pasa mucho.

Johanna se echó a reír asintiendo. —Tan apuesto, tan varonil... me has alterado el corazón. —Él sonrió jactancioso y Johanna terminó el nudo acariciando su pierna lentamente hasta llegar a su rodilla. —Me has impresionado tanto, mi amor, que he decidido que nos casemos.

James perdió todo el color de la cara al ver que cubría su enorme cuerpo con una sábana y se sentaba a su lado cubriéndose también.

—No tiene gracia. —Tiró de sus ligaduras con fuerza y Johanna se echó a reír. —¡Suéltame, muchacha!

—Me llamo Johanna. —le apartó un mechón rubio de la frente antes arrancar un pedazo de sábana. Ella puso cara de pena. —Cariño, sé que esto no te va a gustar tanto, pero...

Él abrió la boca para gritarle cuando ella le amordazó. —Lo hago por tu bien. Tampoco te gustaría que nos vieran en esta situación todos los de la posada. —Sonrió encantada antes de besar su frente. James se movió con fuerza haciendo temblar la cama y Johanna dio un golpe en la pared provocando que su presa abriera los ojos como platos antes de volver a tirar de las cuerdas intentando liberarse. —No sufras, mañana todo estará arreglado y empezaremos nuestra maravillosa vida juntos. —Ella estaba inmensamente feliz sabiendo que estaba en lo cierto. Ese hombre debía ser suyo sí o sí. Después de todos los peleles que había conocido en Londres, no se le escapaba.

El resultado fue el que Johanna preveía. Susan, que era la encargada de su protección durante el viaje, al darse cuenta que no estaba en la cama, comenzó a buscarla y cuando la escuchó pasar ante la puerta dijo simplemente —¡Estoy aquí!

La cara de Susan cuando abrió la puerta y la vio, fue de risa, pero los gritos de la mujer no se los esperaba, pues apareció el Duque, el Marqués de Wildburg y su amiga Liss, que protestó porque tendría que casarse con un escocés. Evidentemente tenían que casarse, pero su escocés se resistía diciendo que no había hecho nada y no tenía por qué. El duque, el conde y el sacerdote le convencieron para que cediera.

Y se había encontrado casada con su gigante, que estaba realmente de mal humor. No, no estaba de mal humor, estaba furioso. Durante unos días la trató realmente mal y de manera humillante. La dejaba en ridículo cada vez que podía e incluso la hizo dormir en el suelo alegando que las perras dormían allí. El enamoramiento de Johanna se fue apagando poco a poco, pero el problema real estaba aún por llegar porque su escocés resultó ser el hijo del Conde de Wildburg. Él se negaba a aceptar la realidad y Johanna le presionó para que reclamara lo que le correspondía, provocando que su marido dijera las palabras que más daño le habían hecho.

—¿Es que no te callas nunca? ¡Estoy deseando perderte de vista!

No habían sido las palabras más duras que le había dedicado a lo largo de esos días. La había insultado, humillado y se había burlado de ella en muchas ocasiones, pero esas palabras dichas desde el más profundo de los odios, le rompieron el corazón en mil pedazos.

Por supuesto intentó disolver el matrimonio en cuanto llegaron a Londres. Le rogó a su padre que la ayudara, pero le había defraudado y a Henry Sherman no había que defraudarle. No quiso ayudarla y su madre aún menos cuando se

enteró de que su marido era el Conde Fishburgne gracias a su nuevo padre.

Fueron unos días duros para todos. Pero más aún cuando descubrieron que la madre de su marido era Susan, que llevaba ocultando ese secreto toda la vida. Al parecer había conocido a su suegro cuando era una jovencita y se había enamorado perdidamente de él, teniendo una noche de locura que le había pasado factura el resto de su vida.

Johanna suspiró pensando en Susan, otra mujer que sufría por los Fishburgne, porque aunque su suegro y ella se amaban, el Marqués no terminaba a decidirse a casarse con ella después de enterarse de lo que había ocurrido. Ahora vivía en casa de Johanna como su dama de compañía. Habían decidido ocultar la realidad a la buena sociedad sobre la maternidad de James, porque bastante escándalo era ya que apareciera un hijo desconocido del Marqués de Wildburg, como para decir que era un hijo de la antigua institutriz de Liss y que lo había abandonado a su suerte después de su nacimiento. La pobre mujer cada vez que veía a James, se echaba a llorar corriendo hacia su dormitorio y después se pasaba dos días sin salir. Johanna estaba muy preocupada por ella y su suegro no ayudaba mucho. Aunque iba a visitarles a menudo y a Susan la trataba con cariño, todos notaban y ella más aún, que ya no era tan cariñoso con su antigua amante como antes de saberse la verdad. Antes de descubrirse la mentira de la pobre mujer, el Marqués le había pedido matrimonio demostrando ante todos que estaba enamoradísimo, pero ahora cada vez que se sacaba el tema del casamiento, el hombre se tensaba y decía que todavía debían esperar un poco después de todo lo que había ocurrido.

Otro tema de discusión en su matrimonio, porque Johanna le había gritado a su marido mil veces, que ya que era el hijo de ambos, debía hacer algo para verles felices. Su marido la miraba fríamente con sus ojos verdes y le gritaba que se metiera en sus asuntos.

Llamaron a la puerta muy suavemente y Johanna preocupada por si era su marido preguntó —¿Quién es?

—Susan.

Extrañada porque debía ser de madrugada, se acercó a la puerta y la abrió para verla vestida de calle y con el abrigo en el brazo. Incluso ya se había puesto el sombrero. Johanna apretó los labios y la cogió del brazo metiéndola en la habitación. —¿Qué te crees que estás haciendo?

La mujer se apretó las manos y la miró angustiada. —No lo soporto más.

Miró la puerta de comunicación con la habitación con su marido y susurró —No hablas en serio. ¡No puedes irte!

—Me vuelvo con Lissi. Mi niña me comprende y ...

—¡Yo te comprendo! ¡Temías por tu reputación y dejaste a tu hijo con una familia! Hiciste lo que creías mejor para todos. Él era un lord y tú una dama de

compañía. Temías que se supiera e hiciste lo que creías correcto. ¡Eso ya pasó!

—Mi hijo me odia. —Sus ojos azules se llenaron de lágrimas. —No lo soporto más. No me habla, ni quiere saber de mí y Nelson... —Se volvió para no ponerse a llorar de nuevo. —Nunca me perdonará.

—Nelson te quiere. Lo que pasa es que está algo dolido porque no le dijiste lo de tu embarazo. —Hizo una mueca. —Ni que habías dado a luz en Escocia...ni que habías dejado el niño allí a una mujer que luego lo entregó a un noble... —Susan se echó a llorar de nuevo y Johanna exasperada replicó —¡Deja de gimotear! ¡Así no vas a conseguir nada! —Entonces Johanna entrecerró los ojos pensando que igual no era mala idea que se fuera para que se asustaran de perderla. —Muy bien. Vete. Pero no te vayas a casa de Liss. Es el primer sitio donde te buscarán.

—¿Y a dónde voy? —preguntó asustada—. No tengo a dónde ir.

Johanna se paseó por la habitación y pensó en ello. —Creo que lo mejor es que te vayas a un hotel. No des tu nombre y espera noticias mías. —Fue hasta su aparador y sacó varias libras. —¿Conoces el Hotel Harrison?

—Sí. —Asintió cogiendo el dinero. —¿Y qué nombre doy?

—Mary Smithson. El nombre de mi ama de llaves.

—Mary Smithson. Sí, ese es perfecto para que lo recordemos ambas.

—Quédate allí hasta que yo te avise. Di que eres americana y que acabas de llegar de un largo viaje. Pareces una dama. Te tomarán por una excéntrica. Di que tu equipaje llegará en una semana. —Sonrió maliciosa. —Supongo que en una semana estarán lo suficientemente arrepentidos. Te seguro que te pedirán perdón cuando regreses.

La esperanza iluminó sus ojos. —¿Tú crees?

—Ya lo verás. ¿Tienes transporte?

—Un coche de alquiler me espera en la puerta.

Johanna la besó en la mejilla. —Date prisa y que no te sorprendan al salir. Carlton parece que no duerme nunca —dijo exasperada hablando de su mayordomo, que siempre estaba detrás de ella como si fuera su perrito faldero.

Susan se volvió asintiendo y la vio recorrer el pasillo a toda prisa, cogiendo una lámpara de aceite de la que pasaba para llegar a las escaleras pues estaba muy oscuro. Cuando la luz desapareció a medida que bajaba, Johanna suspiró cerrando la puerta de su habitación lentamente. Se acercó a su ventana y apartó las cortinas de terciopelo para mirar al exterior. La luz de la luna dejó ver cómo su amiga corría por el empedrado de la entrada para llegar a la verja y abrirla a toda prisa. El coche negro de alquiler la esperaba y Susan miró hacia la casa muy nerviosa antes de cerrar la verja a su paso. Se quedó viendo cómo el coche de caballos se alejaba, deseando realmente irse con ella.

Colocó las cortinas de nuevo y se volvió para ir hacia su cama, subiendo el escalón que llevaba al enorme lecho de la Condesa. La Condesa. Mirando el dosel

de terciopelo granate, se arropó colocando las manos sobre su pecho, pensando que esa noche su marido ya no la molestaría. Aunque no la había molestado nunca, esa incertidumbre a que exigiera sus derechos maritales, la tenía en un vilo hasta bien entrada la noche un día tras otro y era agotador. Quizás ella también debería irse. Desaparecer e intentar llevar una vida normal. Frunció su ceño. Ella era Johanna Sherman y en su vida había huido de nada. Ningún escocés pulgoso le iba a fastidiar la vida.

Cuando bajó a desayunar al día siguiente vestida con su maravilloso traje de montar en terciopelo en color ámbar con ribetes negros, su mayordomo sonrió desde la puerta de la sala del desayuno. —Buenos días, Condesa.

—Buenos días, Carlton. Al parecer hoy no llueve.

—Podrá disfrutar de su paseo.

Ella se detuvo ante él y sonrió. —¿La señorita Susan se ha levantado ya?

—La señorita Susan no ha dormido en la casa, Condesa. Como usted bien sabe.

Chasqueó la lengua molesta. —¿Es que no ocurre nada en esta casa de lo que tú no te enteres?

El alto mayordomo que había contratado su madre para tenerla bien informada sonrió malicioso. —Pocas cosas. Y seguro que no interesan en absoluto.

—¿Has hecho que la sigan?

—Por supuesto, milady.

—¿Y ha llegado bien?

—Todo en orden como usted dispuso, milady. Habitación veintitrés.

—Supongo que cuento con tu discreción.

—Soy una tumba, milady. Sé perfectamente de dónde he salido y soy agradecido. Los Sherman cuentan con mi lealtad hasta la muerte.

Johanna puso los ojos en blanco por su exageración. —Sólo te trajeron desde Boston, Carlton.

—Y me ayudaron a pagar el tratamiento de mi esposa. Les debo su vida y lo agradeceré siempre.

Johanna pasó a la sala del desayuno. —Por cierto, ¿cómo está la señora Smithson? Hace unos días que no la veo.

—Un poco resfriada, milady. Mi esposa tiene una salud delicada, como ya sabe, pero la casa funciona como un reloj. Sigue teniendo mano de hierro incluso postrada en la cama.

—No lo dudo —dijo extendiendo su servilleta sobre el regazo—. No dudes tú en llamar al médico si es necesario.

—Gracias, milady. —El mayordomo se volvió hacia el lacayo. —El café de

la condesa.

Mientras la servían, su mayordomo observaba desde el aparador que todo estuviera en orden. —¿El Conde se ha levantado ya?

—Está aseándose.

Sorprendida le miró. —¿Tan temprano?

—Al parecer tiene una cita con su padre para solucionar ciertos temas legales.

Así era como se enteraba de lo que su marido hacía a diario. Por Carlton, que la mantenía informada continuamente. Cogió el tenedor para comer los huevos que le acababan de servir. —¿Tengo tiempo para desayunar?

—Por supuesto, milady. Aún se estaba afeitando y su valet le retrasará todo lo posible.

Johanna sonrió maliciosa porque todo el servicio estaba de su lado. También era cierto que todos habían sido contratados por su familia y eran fieles a ella. —Espero que el agua estuviera helada.

—Por supuesto, condesa. Como todas las mañanas. La dejamos al fresco de noche para que esté en su punto. Pero al parecer al conde no le afecta en absoluto.

Gruñó por dentro mientras masticaba. —Milady, ¿cuándo cree que debo dar la alarma de la ausencia de la señorita Gibson?

—¿En la cena?

—Me parece muy tarde, milady. Cualquier doncella se daría cuenta cuando fuera a despertarla.

—Está bien. Me darás la noticia en cuanto vuelva de cabalgar.

—Un momento muy apropiado, milady.

—Habrá que avisar a Liss. No quiero que se asuste en su estado.

—Sí, milady. No sería bueno para la duquesa llevarse un sobresalto así en su estado. Debe prevenirla.

—Me acercaré a caballo hasta su casa. —Cogió un panecillo que untó con mermelada, cuando su marido entró furioso en la sala del desayuno con la chaqueta del traje en la mano.

Johanna levantó una de sus finas cejas negras masticando el bollo cuando furioso la señaló. —¡Tú! ¡Tú eres la culpable de todo!

Se limpió la comisura de la boca con la servilleta. —¿Algún problema?

Furioso tiró la chaqueta sobre la mesa y era evidente la mancha de grasa en una de las solapas. Al parecer el valet no se encargaba ni de lo más mínimo. Johanna chasqueó la lengua y miró a Carlton. —¿Puedes solucionarlo? No podemos dejar que la buena sociedad, con sus rígidas reglas, piensen que mi esposo es un cerdo andante.

Carlton asintió sin mover un gesto y se acercó a la mesa para recoger la chaqueta. —La ropa limpia.

—Sí, la ropa del Conde debe estar impoluta —dijo indiferente mientras James les miraba con ganas de matarlos.

Ella dio otro mordisco a su bollo y le miró a los ojos. —¿De qué más tengo culpa?

—¡Estoy harto de que se me tome el pelo en mi propia casa! —Se acercó a ella en dos zancadas y se dio cuenta que comía en la cabecera de la mesa. —¡Ese es mi sitio!

—Yo llegué primero. —Cogió la taza de café y siguió desayunando tranquilamente. Como no se iba, reprimió un gruñido antes de volver a mirarle. —¿Ocurre algo?

—¡Quiero desayunar!

—Pues siéntate —dijo como si fuera idiota poniéndolo rojo de furia.

—Me quitas hasta el apetito.

—Si no le hubieras dicho a mi padre, que no hacía falta que se anulara esta locura, ahora ambos seríamos felices. La culpa de todo lo que te pase, es absolutamente tuya.

—¡Debía haber estado loco! Esta claro que no estaba en mis cabales después de todo lo que había ocurrido.

Los ojos de Johanna se iluminaron y se levantó de repente. —¡Eso! ¡Eso! —Salió corriendo llamando a Carlton a gritos, diciendo que fueran a buscar de inmediato a su abogado.

James la vio subir corriendo las escaleras. —¡Johanna! —En el piso de arriba se volvió mirándole con una sonrisa radiante. —No te molestes —dijo malicioso—. No pienso anular nada.

Johanna perdió la sonrisa de golpe. —¿Por qué?

—¡Ya te lo he dicho mil veces! ¡Di mi palabra cuando me casé contigo! ¡Estamos casados para nuestra desgracia! ¡Así que deja de darle vueltas a la misma historia una y otra vez!

Le miró rabiosa sujetándose con fuerza en la barandilla como si le estuviera estrangularlo. —¡Estoy deseando quedarme viuda!

—¡Pues tengo una salud de hierro, así que espera sentada!

—¡Puede que tenga suerte y te pase un carruaje por encima, bruto insensible!

—¿Bruto yo? ¡Bruta tú, que me tendiste una trampa! ¡Ahora tendrás que pagar las consecuencias, bruja!

—No me fuerces, James. ¡Puede que termine demostrándote lo bien que se me da lanzar un cuchillo!

—Ya sé lo bien que se te da lanzar un cuchillo —dijo divertido—. Y también sé lo bien que disparas, pero nunca lo harás contra mí.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? ¡Muerto el perro, se acabó la rabia!

Furiosa cogió sus faldas para entrar en su habitación cerrando de un portazo, reprimiendo gritar de la rabia. Con los puños apretados paseó por la habitación. Siempre ocurría lo mismo. Daba igual cómo empezara una conversación, que siempre terminaban de la misma manera. Gritándose el uno al otro.

Dándose cuenta de que se había escondido en su habitación como si fuera Susan, salió de nuevo caminando con grandes zancadas impropias de una dama hasta llegar a las escaleras. Al pasar frente al cuarto del desayuno su marido le gritó —¡Procura no romperte el cuello encima de esa bestia!

—Tú sí que eres una bestia —siseó saliendo de la casa dando un portazo.

Cuando llegó al establo que había detrás de la casa, el lacayo ya tenía preparado a Diamante. Su precioso purasangre negro estaba inquieto como si supiera que ella estaba enfadada. El chico que debía tener unos catorce años negó con la cabeza. —No, milady. Así no.

—¿Así no qué?

—¡No podré seguirla! ¡Siempre que sale de mal humor, corre como si la persiguiera el diablo!

—Pues no vas muy desencaminado. —Cogió las riendas y se subió al caballo a horcajadas como le gustaba cabalgar. No podía entender a esas demás que montaban a lo amazona. Así no se disfrutaba, ni se dominaba igual al animal. Había sido su padre quien la había enseñado a montar y su madre había estado de acuerdo que para proteger la vida de su única hija, la dejarían montar de esa manera, aunque estuviera en contra de la buena sociedad. Más aún cuando una de las amigas de su madre se rompió el cuello intentando saltar un seto. Desde aquel día Rose Sherman no había montado más y había insistido en que Johanna lo dejara, pero con apenas doce años Johanna había montado tal espectáculo, que su padre por no oírla le permitió continuar con lo único que la hacía disfrutar de verdad.

Salió de la casa a todo galope cruzando la calle sin mirar. Un carruaje tuvo que esquivarla subiéndose a la acera, pero ella ni se fijó mientras el lacayo gritaba llamándola para que le esperara. No lo hizo. Quería estar sola. Era una pena que Liss no montara por estar embarazada y que ya no pudieran retarse para ver quién ganaba de las dos. Era una jinete excepcional y siempre era un reto. Pero el Duque de Stradford se lo había prohibido tajantemente y Liss en eso no había podido convencerlo por mucho que lo había intentado.

Azuzó su montura dejando que el aire le despeinara los rizos y casi perdiendo el sombrero, que le cayó sobre la espalda. Si darse cuenta de que su melena negra se despeinaba, rodeó el lago Serpentine y cruzó del Puente Long Water. Después de un rato dejó que Diamante bajara el ritmo, porque ya le notaba fatigado. Ella apretó los labios y le acarició el cuello. —Lo siento, amigo. ¿Te he

forzado demasiado? —Se tumbó sobre su cuello abrazándole y Diamante se detuvo como si supiera que necesitaba consuelo. —Tú sí que me entiendes. Si pudieras hablar...

—Le diría que está algo loca.

Sorprendida se volvió para ver a un hombre de la edad de su marido montado a caballo tras ella. La miraba con una simpática sonrisa en los labios y Johanna se tensó enderezando la espalda. —¿No cree que es un atrevimiento que me hable en ese tono?

—No lo creo, sobre todo cuando cabalga poniéndose en peligro. —Se llevó la mano al sombrero. —Collin Baker a sus servicios, milady.

—No necesito sus servicios. —Volvió las riendas con intención de regresar por donde había venido, pero él la interceptó cruzando su montura. —¡Apártese!

Sorprendiéndola el hombre sonrió y Johanna se dio cuenta que era bastante atractivo. Tenía el cabello castaño y unos increíbles ojos verdes. Vestía como un caballero, pero no lo era, pues si lo fuera habría dicho su título. Parecía que los nobles decían el nombre con el título de corrillo. Si no lo había hecho es porque no era noble. Pero tenía dinero. Eso era evidente por la ropa a medida.

—Me apartaría. De verdad que lo haría, pero no quiero que esa preciosa cabecita se estrelle contra el suelo.

Johanna sonrió sin poder evitarlo. —Eres americano.

—Pues sí, Johanna Sherman. —Apoyó los codos sobre la silla.

—Veo que me conoce. —Levantó la barbilla.

—¿A la loca Sherman? ¿Quién no la conoce en Boston?

Jadeó indignada haciéndole reír. —¡Nadie me llama así!

—¿No fue usted la que incendió un carruaje con uno de los amigos de su padre en su interior en los muelles de Boston? —Parecía que se lo estaba pasando en grande.

—¡Eso fue un error! ¡Se me cayó una vela!

—Tenía entendido que le había pedido su mano a su padre.

—El viejo verde. Se lo tenía merecido.

El hombre se echó a reír a carcajadas y Johanna sonrió sin poder evitarlo. —¿Qué hace en Londres?

—Negocios. —Ella levantó ambas cejas esperando una explicación. —Temas del ferrocarril. Financiación para las líneas del suroeste.

—Entiendo. ¿Y necesita mucho?

—Más que mucho.

—¿Por eso me ha abordado?

—No acostumbro a hablar con mujeres de negocios.

—¿Prefiere hablar con mi esposo? —Eso le hizo perder la sonrisa de golpe y el tipo se enderezó en la montura.

—¿Su esposo?

—¿No sabe que me he casado? Debe ser el único en todo Londres que no tiene noticias de mi matrimonio.

—Con un inglés con título seguramente —dijo con rencor.

—Pues sí. —Apretó las riendas entre sus dedos. —Soy la condesa de Fishburgne.

Collin la miró con desprecio. —Pensaba que la loca Sherman se resistiría de casarse con un pelele inglés.

Ella le fulminó con los ojos. —Está claro que no conoce a mi esposo. Si lo conociera, señor Baker, no le calificaría de pelele. ¡Y nació en Escocia! ¡Ahora déjeme pasar!

El hombre le dejó paso sin quitarle la vista de encima y Johanna si despedirse siquiera inició un galope suave para regresar a casa. No quería mirar hacia atrás, pero cuando cruzaba el puente de nuevo vio de reojo que la estaba siguiendo. ¿Quién se creía que era para hablarle así? No tenía vergüenza.

## Capítulo 2

Al llegar a casa el lacayo estaba ante la verja mirando hacia el parque con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Divertida se acercó a él. —¿Qué ocurre, Lewis?

—¡No tiene gracia, milady! Me han regañado por su culpa.

—¿El jefe del establo?

—¡No debe salir sola! Pero es demasiado cabezota. —Cogió las riendas sin pedirle permiso y tiró del bocado llevándola hasta la puerta principal. —Ni siquiera me ha dejado montar y el Conde ha puesto el grito en el cielo cuando la vio cruzar la calle. Eso por no hablar de casi se estampa el carruaje del Marqués en la verja por intentar esquivarla.

—¿El Marqués de Wildburg ha estado aquí?

—Para recoger a su hijo, sí señor. —La miró como si no tuviera remedio. — ¡Un día me va a meter en un lío!

Johanna intentó reprimirse, pero no pudo evitarlo y se echó a reír a carcajadas al ver su frustración. —No me regañes, Lewis. Llevan toda la mañana regañándome.

—¿Quién se ha atrevido? —preguntó Lewis dispuesto a defenderla.

Se bajó del caballo y le guiñó un ojo. —Un americano muy descarado y un escocés con mal genio.

—Lo del escocés no lo puedo arreglar, pero dígame quién es el americano y yo me encargo.

Johanna riendo subió los escalones y la puerta se abrió antes de que la abriera ella misma. Carlton dijo nada más entrar —Milady, la señorita Gibson ha desaparecido.

—¿No me diga? —dijo yendo hacia la escalera deteniéndose en seco—. ¡Rayos! ¡Se me ha olvidado avisar a Liss!

—La duquesa la está esperando en el salón, condesa.

—Oh, perfecto. —Caminó hacia el enorme salón y allí estaba su amiga sentada leyendo un libro. —Liss, qué bueno que estés aquí. —Su amiga sonrió

cerrando el libro de golpe, provocando que el aire que salió despedido le moviera sus rizos caoba. —¿No tomas un té? —preguntó al ver que no tenía la bandeja.

—Por Dios, no me hables de comida. Se me revuelven las tripas sólo de pensarlo. —Cerró sus ojos verdes como si recordarlo la mareara.

—No te pongas mala, que te necesito.

—Ya verás cuando te pase.

—Sí, igual dentro de veinte años.

Su amiga preguntó sorprendida mirándola a los ojos —¿Todavía no te ha tocado?

Johanna chasqueó la lengua sentándose a su lado. —Ni lo hará por la cuenta que le trae.

—¿Todavía le amenazas con la castración como se le ocurra entrar en tu habitación?

—¡Sólo lo hice una vez y el muy idiota me dijo que se había confundido de habitación!

Elizabeth se echó a reír. —Eso es que no le has seducido bien.

—No quiero seducirle. En este momento sólo quiero librarme de su molesta presencia.

—Estás dolida, pero si ...

—Cambiemos de tema. Susan ha desaparecido de mentirijilla.

Liss entrecerró los ojos. —De mentirijilla.

—Sí, la mentirijilla que vamos a decir nosotras contando que no sabemos dónde está.

—¿Pero sabes dónde está?

—En un hotel.

—Y se quedará ahí hasta ...

—Hasta que su prometido y su hijo se den cuenta de que se han portado mal. —Levantó la barbilla para que la contradijera, pero Liss no dijo una palabra.

—¿No piensas decir nada?

—¿Deberíamos meternos en esto?

—¡Claro! ¡La pobre no tiene carácter!

Liss suspiró. —Tienes razón. Si fuera yo, le habría pegado cuatro gritos a Nelson, pero ella sólo se echa a llorar.

—Han perdido tanto tiempo juntos... —Suspiró mirando al vacío. —¿No es una pena que un amor así siempre tenga dificultades?

—¿Estás hablando del amor de Susan o del tuyo?

—¡Yo no le quiero!

—Alex dice que estás tan dolida que no ves el horizonte.

—¿Y eso qué rayos quiere decir?

—Cosas de hombres. Pero al parecer significa, porque yo también se lo he

preguntado, que tu marido sí que se siente atraído por ti, pero tú estás tan enfadada que todo te parece mal.

—Pamplinas.

—Alex me ha dicho que si fuera él, te tomaría y se te olvidaban todas esas tonterías. Pero cree que tu marido ya no sabe qué hacer contigo después de todo lo que te ha dicho, así que el problema aumenta como una bola de nieve que cae por la ladera.

—¿Lo de la bola de nieve también te lo ha dicho él?

—Estaba en plan poético. —Liss soltó una risita. —¡Después me recitó unos poemas y se le dan fatal!

—Y seguro que no se lo has dicho.

—¿Y herir sus sentimientos? No. Dejaré que se me caigan las orejas si hace falta escuchando sonetos. Puaj, odio la poesía. No se puede ser más cursi.

—A lo mejor si se lo dices, le haces un favor. —Los ojos de Liss brillaron. —Díselo en la cama.

—Sí... A ver cómo se lo digo con delicadeza. —La miró de reajo. —He oído que Madame Blanchard tiene unas telas nuevas.

—Duquesa, ahora no te puedes hacer un vestuario nuevo. ¡El tuyo no tiene tres meses!

—No estoy diciendo que sean para mí.

Johanna se miró el traje de montar. —¿Voy mal?

—Estás preciosa, pero no hablo de la ropa de día sino de la de noche.

—Si tu intención es que seduzca a mi marido, te acabo de decir que no me interesa. —levantó la barbilla orgullosa.

—¡Pues no sabes lo que te pierdes! —Su amiga al darse cuenta de lo que había dicho, se sonrojó intensamente.

—¿No me digas? —preguntó con interés—. Mi madre dice que no es para tanto.

—¿Cuáles han sido exactamente sus palabras?

—Hija, duele un poco al principio, pero después se te pasa y ya no sientes demasiado. —Liss carraspeó mirando a su alrededor. —¿Qué?

—Al parecer tu padre no es muy mañoso.

—Mañoso.

—Mi Alex tiene unas manos... —Soltó una risita. —Si fuera por él, no me las quitaba de encima. Estoy segura que tu escocés es igual.

Johanna sin darse cuenta se sonrojó. —¿Tú crees?

—Segurísima. Se nota que tiene mucha experiencia. Por cierto... ¿te das cuenta de que si tú no le das lo que necesita, lo va a buscar en otro sitio? He oído...

—¿Qué has oído? —preguntó levantándose de golpe.

—Que cierta dama, viuda por cierto, le ha echado el ojo.

—¿Quién es? —siseó furiosa—. ¡La voy a despellejar viva!  
—No te lo digo, que después si te la encuentras en un baile, eres capaz de dejarla calva.

—¡El nombre!

—Tienes que tener en cuenta que es un hombre muy atractivo y siempre habrá mujeres interesadas. El otro día pillé a una comiéndose con los ojos a mi Alex, pero él ni la miró.

—¿Qué le hiciste?

—Le hice la zancadilla y se cayó de morros en medio de la pista de baile. —  
La miró maliciosa.

Johanna asintió. —Bien hecho.

—Pero no hablamos de Alex, que está muy bien atendido. —La advirtió con la mirada. —Pero James no lo está tanto. ¡Por Dios, si te llevó a la cama el día que le conociste y no sabía ni tu nombre!

Johanna se sonrojó porque era cierto. Eso la hizo pensar. ¡Ni se le ocurriría serle infiel! Era lo que faltaba. ¿No la dejaba ir, pero él se acostaba con otras? Entrecerró los ojos paseando por el salón cavilando el asunto mientras su amiga la observaba. —Johanna tienes que hacer algo. No puedes seguir así. En un matrimonio que no es matrimonio y discutiendo todo el santo día.

—¡Johanna!

El grito de su marido las hizo mirar hacia la puerta cerrada del salón, que se abrió dos segundos después mostrando a su marido furioso y a su suegro. Entrecerró los ojos porque Nelson estaba algo nervioso.

—¿Dónde está mi madre?

Le miró sorprendida. —¿Perdón?

—¿Dónde la has escondido?

Johanna y Liss se miraron y su amiga negó con la cabeza imperceptiblemente. — Sólo sé que ha desaparecido.

—Mujer... no me hagas perder la paciencia.

Johanna puso las manos en jarras enfrentándose a su marido. —¿Y qué más te da? ¡Si no le haces ni caso!

—¿Mi padre está muy preocupado?

—¿Qué padre? ¿Este o el de Escocia? ¡Porque seguro que el escocés estaría más preocupado por ella que Nelson!

El Marqués se sonrojó. —Niña, qué boca tienes.

—¿Por qué digo las verdades? —Le señaló con el dedo. —¿Y tú la amas?

—¡La he amado toda la vida! —exclamó exaltándose.

—¿Sí? ¡Y por qué no la seguiste cuando se fue de Londres a cuidar a Liss cuando era niña! ¡Un hombre de tus recursos, pudo enterarse de su paradero! ¡Pero no te interesaba!

El Marqués se sonrojó y Elizabeth se levantó asombrada. —¿Nelson?

—No fue así.

—¿Y cómo fue?

—Cuando se fue a cuidarte al campo sin despedirse, no me lo tomé muy bien —dijo orgulloso.

—¡Nelson! —exclamó Liss llevándose la mano al pecho—. ¿La dejaste ir?

—¡Me abandonó!

—¡Sabes por qué lo hizo! No quería que se descubriera su secreto. — Johanna miró a su marido. —¿No piensas decir nada?

—Yo haría lo mismo. —A Johanna se le cortó el aliento. —Si me abandonarás, no te buscaría.

—¡James! —Liss miró preocupada a su amiga.

Johanna se tensó enderezando la espalda. —¿No me digas? Está bien saberlo.

Su marido entrecerró los ojos. —No me provoques, preciosa. ¿Dónde está mi madre?

Se cruzó de brazos. —No quiere que la encontréis, así que no pienso abrir la boca.

Nelson se pasó la mano por su pelo rubio nervioso. —¿Se ha vuelto a ir? ¿Está en la casa de campo de Liss?

—No —dijo Liss muy seria—. No ha recurrido a mí.

Los hombres miraron a Johanna, que seguía cruzada de brazos. —No sé nada.

—¡No me mientas!

Carlton carraspeó. —Condesa, un caballero solicita verla.

James se tensó volviéndose de golpe hacia la puerta del salón, donde Collin Baker les observaba muy serio con su bolsito del traje de montar, que se le debía haber caído en algún momento.

—Condesa...

Johanna forzó una sonrisa. —Es muy amable al traerme el bolso.

—No se preocupe, condesa. No ha sido ninguna molestia. Vi cómo se le caía al lado del puente —dijo Collin sin dejar de mirar a James como si quisiera matarle.

—¿Y usted es? —preguntó James acercándose lentamente.

—¿Y usted?

Liss abrió los ojos como platos al ver su actitud exaltada.

—James Fishburgne. El conde de Fishburgne.

Collin sonrió irónico. —Yo soy Collin Baker, el señor Collin Baker. — Johanna se tapó la boca para no reírse. —Es lo que tiene vivir en América, que los títulos no son importantes. Lo único que importa es cómo son las personas. —

Taladró a James con la mirada. —Y un hombre deja de ser hombre cuando grita a su esposa por muy conde que sea.

Johanna jadeó por el insulto y James furioso cogió a Collin por el cuello levantándole hasta ponerle a su altura. —Repite eso.

—¡James, suéltale! —Cogió del brazo a su marido, pero era tan fuerte que no se movió.

—No pienso desdecirme —dijo sin inmutarse el americano.

—Hijo, no es inglés y no sabe lo que dice. —Nelson intentando calmar los ánimos se acercó. —Déjale en el suelo.

—Sé perfectamente lo que he dicho. Alguien que habla así a una dama, no es un hombre.

James perdió la paciencia y le tiró contra la puerta. Collin cayó al suelo resbalando de espaldas sobre el suelo de mármol y Johanna gritando se acercó a él corriendo para arrodillarse a su lado. —¿Se encuentra bien?

Él la miró a los ojos y dijo sinceramente —Ven conmigo. Vuelve conmigo a casa.

—¿Pero qué dice ese hombre? —preguntó Liss asombrada antes de gritar al ver que James fuera de sí volvía a recogerle del suelo. Johanna atónita vio cómo su marido le pegaba un puñetazo tirándolo al suelo de nuevo, pero se había quedado tan impresionada con sus palabras, que no fue capaz de moverse viendo cómo su marido lo volvía a coger por las solapas.

—¡Acércate a mi mujer y te arranco las piernas! —le gritó a la cara antes de tirarlo por la puerta de entrada que Carlton mantenía abierta.

James se volvió fuera de sí y vio a su mujer arrodillada en el suelo donde había estado tirado ese hombre. De manera muy violenta se acercó y la cogió del brazo levantándola. —¿De qué le conoces?

Johanna le miró a los ojos. —No te importa.

Liss se tapó la boca pues se avecinaban problemas por la mirada del conde.

—¿Es tu amante? —le gritó a la cara.

—Alguien tiene que serlo. Ya sabes que soy una perra y ya me he cansado de dormir a los pies de mi amo.

— ¡Johanna, por Dios! —exclamó Nelson escandalizado.

—Esas palabras son las que me dijo tu hijo en nuestra noche de bodas. — Miró a Nelson levantando una ceja. —Y me hizo dormir en el suelo.

— ¡Dios mío! —Nelson se llevó las manos a la cabeza volviéndose y James se enfureció más si eso era posible.

—Sube a tu habitación.

—¿Ahora vas a castigarme como a una niña? —Sonrió con desprecio. — Tiene razón, no eres un hombre.

El bofetón que la tiró al suelo, ni lo vio venir porque no se lo esperaba. Liss

gritó al verla tumbada de costado en el suelo y después hubo un silencio sepulcral. Todos se quedaron paralizados viendo como Johanna se pasaba la mano por la boca mostrando la sangre en el dorso de la mano.

El corazón de Johanna latía alocado viendo la sangre. Un intenso odio la recorrió de arriba abajo y sin pensar cogió el cuchillo que siempre llevaba en la pantorrilla para su seguridad por debajo de la falda y levantó la vista hacia su marido reflejando todo su odio en su mirada. James pálido estaba asombrado de sí mismo y dio un paso hacia ella.

—Johanna, yo...

Asombrados vieron como Johanna arrancaba del muslo de su marido el cuchillo que le había clavado. Atónito se miró la pierna de la que empezaba a manar sangre en abundancia mientras su esposa se levantaba con intención de volver a atacar, pero Nelson se tiró sobre ella cogiéndole la muñeca para intentar arrebatarle el cuchillo.

—¡Déjame! —gritó ella fuera de sí— ¡Déjame acabar con esto!

Carlton se había acercado a James para intentar ayudarlo, pero el conde se separó de él caminando hacia su esposa y agachándose a su lado para quitarle el cuchillo. Johanna le miró a los ojos y gritó —¡Vuelve a tocarme y te mato!

Liss se llevó la mano a la frente antes de tocarse el estómago y vomitar en el impecable suelo. Cuando consiguió enderezarse, se llevó una mano a la frente. —¿Jo?

Johanna gritó—¡Cógela, Carlton!

El mayordomo llegó justo a tiempo de que la Duquesa se golpeará contra el suelo. Entonces Nelson la soltó sentándose a su lado antes de mirar a su hijo. —Deberías llamar al médico.

James apretó los labios. —No es nada.

En ese momento Johanna se dio cuenta de lo que había hecho y miró sus pantalones bajando la mirada hasta sus botas por donde empezaba a caer la sangre. Levantó la vista hasta la cara de su marido, que la cogió por el brazo levantándola de golpe. —Así que quieres matarme —dijo con voz helada colocando la punta del cuchillo bajo su barbilla.

—Conde, por Dios —dijo Carlton dando un paso hacia ella con intención de ayudarla.

—¡No, Carlton! —ordenó sin dejar de mirar a su marido—. No lo hará.

—¿Ah, no? —James la miró con desprecio. —Podría matarte a golpes y nadie me juzgaría después de lo que has hecho. Sólo habría intentado meter en vereda a mi esposa.

—¡Tú no eres mi marido! —le gritó en la cara.

—No, está claro que no.—Se retaron con la mirada y él la soltó con desprecio. —Puedes irte. Ya no eres mi esposa.

—Perfecto. Si llego a saber esto, te habría apuñalado mucho antes. —Con desprecio se volvió para ir hacia la escalera y empezó a subir los escalones como si fuera la reina. Fue cuando cerró la puerta de su habitación cuando sus ojos se llenaron de lágrimas horripilada por lo que había hecho. Se tapó la boca con fuerza con ambas manos para que no la oyeran llorar y se dejó caer de rodillas sabiendo en ese mismo momento lo mucho que le amaba. Se había enamorado de él desde que le había visto por primera vez y había dejado que el dolor de su rechazo le nublara el juicio. Al final sí que era la loca Sherman.

Fue el Duque de Stradford el que entró en su habitación sin llamar después de una hora. Ella sentada ante su tocador, se miraba al espejo sin ver realmente nada. Alex se acercó a ella por detrás y sonrió con tristeza sentándose a su lado.

—¿Cómo está Liss? —susurró mirándole a través de espejo. Tenía su cabello negro alborotado y sus ojos grises estaban claramente preocupados. Era muy atractivo y pensó que menuda suerte había tenido su amiga pues ese hombre siempre había estado destinado para Elizabeth.

—Está bien. Descansando en una habitación.

—Siento no haber ido a verla.

—Bastante tienes encima. ¿Qué has hecho, Johanna?

—Defenderme.

Alex asintió viendo el morado que se estaba saliendo debajo del labio inferior. —Al parecer se os ha ido de las manos. —Ella cogió la copa de coñac que tenía sobre el tocador y se la bebió de golpe. El duque apretó los labios. —No deberías beber.

Chasqueó la lengua. —No me afecta la bebida.

El duque sonrió al oírla eructar sin darse cuenta. —¿No preguntas por James?

Le miró de reojo. —¿Está bien?

—Se pondrá bien. No ha afectado a nada importante.

Una lágrima cayó por la mejilla de Johanna y Alex suspiró abrazándola por los hombros. —Lo siento.

—¿Qué sientes?

—No haber atajado esto mucho antes. —Esas palabras la intrigaron y se apartó para mirarle a los ojos. —Haz el equipaje. Mi esposa te necesita a su lado.

—¿Y Susan?

—Susan también es bienvenida si quiere y según lo que me ha dicho mi mujer, estoy seguro que vendrá encantada.

Johanna frunció el ceño. —¿Seguro que quieres rodearte de mujeres histéricas?

El duque se echó a reír levantándose. —Me lo voy a pasar estupendamente.

Vio cómo se acercaba a la puerta y no pudo evitar preguntar —¿Cómo supiste que la amabas?

Se volvió para mirarla. —Siempre supe que quería casarme con ella. Incluso siendo una niña veía algo en Elizabeth que sabía que quería en mi vida. No sé explicarlo. Es mi alma gemela.

Johanna sonrió. —Es lo más bonito que he escuchado jamás.

El conde respondió a su sonrisa. —Haz el equipaje. Nos iremos en una hora.

Las palabras de su amigo rondaron su cabeza una y otra vez. Él se había llevado a Liss a casarse a Escocia y la había enamorado muy seguro de lo que quería, apoyando a su mujer en todo. Se apretó las manos pensando en ello y entonces entrecerró los ojos. En su caso había pasado todo lo contrario. Había sido ella la quien sabiendo que James era perfecto para ser su esposo, había hecho lo posible por casarse con él. ¿Por qué se había dado por vencida tan pronto cuando ella nunca se rendía? Porque le había hecho daño.

Se miró al espejo y se dio cuenta que sus desprecios cuando se casaron, habían hecho mella en lo que sentía por él y orgullosa como era, no podía soportar demostrarle que le había hecho daño, atacándole a él. Y vaya si le había atacado. Hasta le había llamado poco hombre y le había apuñalado. ¿Cómo iba a enamorarse de ella un hombre como él, si iba por ahí pegando gritos y apuñalando sin ton ni son?

Suspiró sabiendo que había metido la pata. Debería haber sido una dulce florecilla que se desmayara por las esquinas y que soltara risitas tontas. ¿Podría llegar a ser así? Se levantó mirando su traje de montar y sus rizos revueltos. Hizo una mueca haciéndose daño en el labio y fue hasta el llamador de al lado de la cama para tirar de él.

Su doncella entró a toda prisa uniendo las manos ante su impecable delantal blanco. —¿Ha llamado la condesa? —Le miraba el morado que le estaba saliendo bajo el labio y dijo —¿Se encuentra bien?

—Muy bien, Betsy. Tráeme agua caliente para asearme. —Escuchó voces al otro lado de la puerta que comunicaba con la habitación de su marido y Johanna corrió hacia allí pegando la oreja.

—¡No has hecho bien! —decía Alex enfadado—. ¡No has sabido llevar esta situación desde el principio!

—¡Si quiere irse, que se largue! ¡Estoy harto! ¡Es una lucha continua! ¡Estos meses han sido una pesadilla! A esa mujer le he tolerado cosas que... —Johanna entrecerró los ojos. —¿Me ha dejado en ridículo ante todo Londres y tengo que soportar que su amante entre en mi casa para insultarme? ¿Y ella? ¡Tú no estabas aquí para escucharla!

—Sé exactamente lo que salió de su boca —dijo su amigo fríamente—. Le pegaste. —Su marido se quedó en silencio. —Es inconcebible. ¿La has visto? Ha sido una lucha totalmente desproporcionada.

—¡Soy yo el que tiene una puñalada en el muslo!

Johanna sonrió de oreja a oreja porque Alex tenía razón. Se enderezó volviéndose y Betsy seguía allí cotilleando a su lado. —¿Y mi agua?

—¡Milady! ¡Sino no me entero!

—¡Date prisa! ¡Nos mudamos a casa de los duques! —Puso las manos en jarras. —Necesito unas lecciones.

—¿Lecciones de qué?

—De cómo ser una dama refinada.

La doncella se echó a reír. Johanna jadeó ofendida y Betsy intentó disimular. —¡El agua!

—Sí, milady.

Vio cómo su doncella desde que eran niñas y que la había acompañado a Londres intentaba disimular la risa mientras salía de la habitación. Algo enfadada se empezó a quitar la chaquetilla del traje de montar. —¿Qué sabrá ella? Puedo hacer lo que me proponga.

Por supuesto no vio a su marido mientras los lacayos sacaban su equipaje y durante un momento dudó si entrar en su habitación. Al final enderezó la espalda pasándose la mano por su estrecha cintura comprobando que su vestido rosa estuviera impecable y llamó a la puerta de caoba.

—Adelante.

Ella ignoró su tono enfadado y abrió la puerta viéndole tumbado en la cama al fondo de la habitación con el torso al aire. James entrecerró los ojos al verla pasar y cerrar la puerta lentamente. —¿A qué vienes? ¿A rematarme?

Al volverse después de cerrar la puerta, él vio el golpe en su cara y apretó los labios.

—He venido a disculparme —dijo acercándose a los pies de la cama. Forzó una sonrisa pues estaba muy incómoda—. ¿Te encuentras bien?

—Claro, no puedo moverme de aquí en una semana, pero estoy bien —dijo áspero.

Johanna se apretó las manos pues a ella no le había preguntado si estaba bien. Lo que indicaba que no le importaba en absoluto, pero aun así decidió continuar. —Siento haberte apuñalado. —Él iba a decir algo, pero ella levantó una mano para detenerle. —Espera, quiero terminar. Sé que fui muy injusta al obligarte a casarte conmigo. Pero es que no lo pensé mucho, ¿sabes? Me guié por un impulso. Impulso obviamente equivocado. Debería haber entendido lo que sentías,

pero decidí enfadarme. Y si me enfado pasan estas cosas.

—Johanna...

—No, pero ahora todo está arreglado. — La miró atónito. —Tú seguirás tu vida y yo la mía. Será un escándalo, por supuesto. Mi padre me desheredará, pero se le pasará dentro de unos años, recordando que soy su única hija. —Miró a su alrededor incómoda asintiendo por la decoración que había elegido para él. —¿Me avisarás cuando tengas todo preparado? Tengo intención de volver a Boston.

—¿A Boston? —gritó James sobresaltándola.

Parpadeó confusa. —Pues sí. Allí tengo mi vida y mis amistades... Encontraré a un buen hombre que...

—¡Ya sé lo que pasa aquí! —gritó furioso— Te vas con ese tipo, ¿verdad?

Confundida le miró hasta que recordó a Collin Baker. No había analizado mucho lo que le había dicho después de todo lo que había pasado. —¡Casi no le conozco!

—¡Sí! ¡Ya me he dado cuenta! ¡Largo de mi habitación!

Reprimió sus ganas de gritarle y se encogió de hombros de manera poco femenina volviéndose, pero antes de salir le miró. —¿Me avisarás?

—¡Largo!

Resignada salió de la habitación. Estaba claro que la puñalada no le había mejorado el humor. Cerró la puerta pensando que encima que se había disculpado la echaba de su habitación. Menudo carácter.

Empezó a caminar hacia las escaleras con paso ligero, cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo y redujo el paso antes de llegar. Forzando una sonrisa en su cara como toda una dama, cogió con una mano la barandilla y con la otra el bajo de su precioso vestido.

El Duque y su amiga estaban en el salón tomando un té con pastelitos de crema. Alex se levantó en cuanto la vio llegar. — ¿Estás lista?

—Sí, gracias. —Se acercó a Liss, que frunció el ceño en cuanto la vio sonreír. — ¿Cómo te encuentras?

—¿Qué rayos te pasa?

—¿Qué?

—Estás rara.

—Cielo, la situación es un poco extraña —dijo su marido ayudándola a levantarse como si fuera una inválida.

—Sí, eso debe ser. —Se volvió hacia Johanna y susurró mientras el duque se alejaba. —Ya me explicarás luego lo que te propones.

—¿Cómo sabes que me propongo algo?

—Porque conozco a Johanna Sherman y una de dos. O mata a su marido o le enamora por pura insistencia.

—Pues no le he matado.

Liss sonrió. —Así que tienes un plan.  
—Lo estoy perfilando.

## Capítulo 3

Esa misma tarde sus amigas la miraban conteniendo la risa sentadas en el gran salón de los duques de Stradford. Incluso Héctor, el mayordomo, intentaba contenerse. —¿De qué os reís?

—Así que quieres aprender a seducir a un hombre como una dama.

—Sí, porque como una señorita sé hacerlo. A James lo seduje rápidamente, pero no le gusta mi manera de ser. Tengo que aprender a seducirlo de una manera más ...— Las señaló a ambas. —Como vosotras.

El mayordomo carraspeó cuando una de las doncellas entró con la bandeja del té. —¿Quiere que les sirva, duquesa? —preguntó el hombre queriendo enterarse de todo.

—Sí, Héctor. No quiero desconcentrarme. —Liss miró a Susan. —¿Tú qué opinas?

—Ya le ha seducido. Y se hace igual de las dos maneras. Niña, lo que tienes que hacer es controlar tu carácter. Ya eres una dama.

Gimió dejándose caer en la butaca de manera impropia y Héctor levantó una ceja al verla espatarrada. —Bueno...—dijo Susan exasperada—, cuando no te relajas eres una dama. ¡Johanna enderézate!

—¡Estamos entre amigas!

—¡Eres una dama todo el tiempo!

Liss sonrió cogiendo la taza de té que le tendía Héctor mientras su amiga enderezaba la espalda de mala gana. —Jo, lo que tienes que lograr es que se enamore de ti por ser como eres.

—¡Pues no lo conseguiré en la vida! —Cogió la taza de Héctor y sonrió radiante. — Gracias, guapo.

—De nada, condesa.

Ella gruñó al oír su título. —No lo seré mucho tiempo y Liss tendrá que mantenerme toda la vida.

—Así que le has dicho que te vas y no le ha gustado nada. —Liss cogió una tostada de pan especial para ella mientras Susan se servía un pastelito de limón.

—Me ha gritado. De nuevo. Y me ha acusado de tener un amante. ¿Cómo se le ocurrirán esas cosas?

Liss miró a Susan. —Es que le dijo que se fueran juntos. Fue bastante sorprendente.

—El conde se enfadaría mucho. Qué descarado hacerlo ante sus narices. — Susan la miró. —Debes demostrarle a tu marido que es lo primero.

Chasqueó la lengua porque no sabía si Susan era la más apropiada para dar consejos a nadie, pues llevaba treinta años sin llegar a casarse con el hombre de su vida. —¿Sabes algo de Nelson?

Susan negó con la cabeza antes de mirar su taza de té. —No me perdonará nunca.

—No digas eso. —Liss le cogió la mano y se la apretó con cariño. —Al final vendrá a por ti.

—Pues no sé si quiero que venga después de lo que hizo la última vez. Podía haberme buscado y ...

—El orgullo nos hace cometer tonterías. Te lo digo yo que he apuñalado a mi marido.

Héctor carraspeó. —Si me permiten, debo decir que los rumores corren por Londres. —Las tres le miraron. —Al parecer la condesa ha matado a su marido y se esconde aquí hasta que venga a buscarla la policía.

—Estupendo. Ahora soy una asesina en busca y captura. Qué raro que mi madre no haya venido a gritarme desgañitada. —En ese momento sonó la campanilla de la puerta. —¡Ah! ¡Ahí está!

Todas se echaron a reír mientras Héctor salía del salón a toda prisa. Efectivamente en menos de un minuto entraba Rose Sherman con cara de pasmo al verlas reír. —¿Has matado a tu marido? —preguntó a voz en grito haciéndolas reír aún más.

Exasperada se acercó tirando el bolsito verde intenso sobre el sofá y Johanna se fijó en que ese verde dañaba la vista. —Madre, ¿vestido nuevo?

—¡No me cambies de tema! ¿Y qué diablos te ha pasado en la cara?

—No le he matado. —Y bajó la voz— Sólo le he apuñalado.

Rose se llevó una mano a su exagerado pecho. —Dime que estás bromeando. —Levantó las manos al cielo. —¡Ya sabía yo que venir a Londres era un error!

—¡Pero si vinimos por tu culpa! ¡Yo estaba muy bien en Boston!

—¡Nadie quería casarse contigo! ¡Te encargaste de espantar a todos los pretendientes decentes! —Johanna se sonrojó mientras que sus amigas la miraban interesadas.

—Está exagerando.

—¡Exagerando! ¡A uno le tiraste a una fuente y a otro le envenenaste!

—¡No le envenené! ¡Sólo tuvo que vivir al lado del orinal una semana!

—¡Por poco le matas! ¿Por qué crees que tu padre dijo que sí tan rápido cuando quise irme? ¡Porque sabía que no conseguirías marido! —Miró a las chicas. —A uno le quemó el carruaje y estaba dentro. ¡La llamaban la loca Sherman!

Atónitas la miraron. —Exageraciones. Como eso de que he matado a mi marido.

—¡No había un hombre en sus cabales que te propusiera matrimonio después de eso! —gritó su madre alterada— ¡Tuve que buscar una solución y Londres está lleno de nobleza empobrecida! ¡Con lo fácil que era! ¡Sólo tenías que elegir uno y casarte, pero tú tienes que obligar a un pobre hombre que no te quería, complicándolo todo! ¡Con las pedidas de mano que tuviste, volviste a complicarlo todo!

Sí, igual era un poco especial. Pensando en ello masticó su pastel mientras las tres la observaban en silencio. ¿Estaría mal de la cabeza como la abuela de Liss? Porque la habían cortejado muchos, pero sólo se había fijado en ese escocés incorregible.

—¿Un té, señora Sherman? —preguntó Héctor sorprendiendo a su madre—. Síntese, señora. Creo que le vendrá bien.

—Gracias. —Agitada se sentó al lado de Liss. —Disculpe duquesa, pero es que esta hija mía me pone de los nervios.

—¡Mamá!

—¡Nada de mamá! ¿Y ahora cómo piensas arreglar esto?

—Quiere la anulación. —Rose se levantó de golpe con taza y todo. Johanna se defendió a toda prisa. —¡La quiere él!

—Uy... ¡Ya puedes arreglar esto antes de que tu padre regrese de Boston!

—Eso es lo que intento. ¡No me presiones!

—Que no la presione. —Miró a Liss, que con la mano le hizo un gesto para que se volviera a sentar. —¿Ha oído eso, Duquesa?

—Llámeme Liss como todas, por favor.

—Gracias, duquesa.

Liss puso los ojos en blanco antes de mirar a su amiga. —Te dije que lo del camisón era buena idea.

—¡No le gusta como soy!

—¡No me extraña! —exclamó su madre—. ¡La última vez que estuve en tu casa discutíais como fieras!

Johanna se sonrojó. —No es sólo culpa mía. Él me provoca.

—Y tú a él. —Liss dejó su taza sobre la bandeja. —Vamos a ver. ¿Le amas?

—¡Claro que sí! Pero mi orgullo me impide no protestar cuando me chincha.

—Sí, él también era muy molesto en sus opiniones —dijo su madre antes de

beber de su té.

Héctor carraspeó desde la chimenea y las cuatro le miraron. —¿Si, Héctor?

—Si me permiten, creo que está claro lo que ocurre.

—Dime —dijo Liss interesada en su opinión—. ¿Qué debería hacer mi amiga?

—Está claro que la condesa no puede salir de casa hasta que su cara vuelva a la normalidad. Y el Conde hasta que se recupere de la pierna. Tenemos una semana más o menos antes de que alguno de los dos pueda recibir visitas. —Todas asintieron. —El conde sabe que se hospeda aquí. Sabe dónde encontrarla. Hay que conseguir que sea él quien venga a verla aquí.

—¿Para qué?

—Para que sea él quien dé el primer paso. En los hombres eso es muy importante y la condesa se lo ha quitado al atarle a aquella cama. Deben tener en cuenta que el conde tuvo la oportunidad de que todo este matrimonio fuera olvidado sin que nadie se enterara salvo la familia. —Johanna entrecerró los ojos. —Pero no lo hizo. Eso es muy positivo.

—¿Si? —preguntó ilusionada—. Dijo que lo hacía por honor.

—Mi hijo puede ser muy cabezota. —Susan apretó los labios y todas se quedaron de piedra girando lentamente la cabeza hacia Rose Sherman, que se había quedado con la taza en alto y los ojos como platos.

—Mamá...—Johanna preocupada se levantó de inmediato. —No puedes decir nada todavía.

—Madre mía, contigo nunca llevaré una vida tranquila. —Fulminó con la mirada a Susan. —Permítame decirle que lo ha hecho muy mal. —Entonces debió entender todo lo que había pasado. —¿Tuvo una relación con el Marqués y abandonó a su hijo en Escocia? ¡Dios mío, es el cotilleo más importante de la temporada!

—¡Mamá!

Susan se puso a llorar y se levantó para salir corriendo, pero Liss la cogió de la falda con fuerza impidiéndoselo. —Siéntate, Susan. No puedes ponerte a llorar cada vez que alguien diga algo. Te vas a secar porque todo Londres hablará de ello cuando se enteren.

—Tiene razón, Susan. No te preocupes, que mi madre no dirá una palabra. —Advirtió a su madre con la mirada que estaba interesadísima por enterarse de todo.

—Dejemos ese tema de momento —dijo la duquesa obligándola a sentarse tirando de su vestido.

Héctor parecía pensativo y de repente sonrió. —Si me permite Duquesa, acabo de encontrar la solución a ambos problemas.

—¿Si? —preguntaron las tres a la vez mientras Rose se adelantaba sin

perder detalle.

—¿Y si la señora Sherman aquí presente, esparce ciertos rumores en las casas adecuadas? El Marqués querrá proteger de las habladurías a la señorita Gibson y se casará con ella de inmediato para que siendo Marquesa no puedan mancillar su nombre. —Liss sonrió entendiendo, pero Johanna no tenía ni idea cómo eso la ayudaría a ella. Héctor la miró continuando —Entonces el Marqués impedirá que no salte otro escándalo que pueda dañar su apellido.

—Mi anulación. —dijo con esperanzas.

—Exacto. Obligaré al Conde a retractarse y tendrá que volver a casa con su esposo.

Liss aplaudió encantada. —¡Héctor, eres un genio!

—Un honor que me hace, duquesa. —Hizo una reverencia y se alejó hasta la chimenea de nuevo.

Las cuatro se miraron decididas y Susan preguntó —¿Nelson no se enfadará más?

—Seré muy discreta —dijo Rose—. Quiero que mi hija sea condesa. Así que déjemelo a mí. Una palabra aquí y allá sobre su relación con mi yerno y correrá como la pólvora.

—Madre, tendrás que ser muy discreta. No deben enterarse que hemos sido nosotras las que extienden el rumor.

Rose Sherman sonrió. —Tranquila, hija. Nadie tendrá ni idea de dónde ha salido el rumor.

—Muy bien. Tú eres la profesional. ¿Y qué debo hacer cuando mi marido vuelva arrastrándose? —Todas pusieron los ojos en blanco. —¿Qué? ¿No debo hacerme de rogar?

—Vayamos paso por paso —dijo su madre.

—¿Y después cómo le seduzco? ¡No me ayudáis en nada!

Su madre la miró como si fuera tonta. —Hija, de verdad, a veces pareces lerda.

—¡Madre!

—¡Si quieres seducir a tu marido sólo tienes que sonreír! —Todas asintieron. — ¡Le miras de manera seductora y él lo hará todo!

Sí, igual lo de sonreírle más a menudo tenía que probarlo. —¿Y mi carácter?

—¡No le grites! —Le gritaron todas a la vez sobresaltándola.

—¿Sólo eso?

—Empieza con eso. Será un gran avance que controles tu carácter —dijo

Liss.

—Será imposible —dijo su madre exasperada—. En cuanto le lleve la contraria...

—Mamá, confía en mí.

—Tiene el orgullo de su padre. Un desastre para una dama.

—¡Mamá! ¡Deja de ponerme verde!

—¿Veis?

Todas se echaron a reír incluida Johanna. Suspiró satisfecha escuchándolas hablar sobre su plan, pensando que estaba deseando ver de nuevo a James.

Cuatro días después las cuatro estaban sentadas en el mismo salón muy enfadadas.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Susan cruzada de brazos—. No ha venido a arrastrarse para pedirme perdón. ¡Ni siquiera ha venido a ver cómo estoy cuando corren rumores por todo Londres!

—¿No sabrán que es cosa nuestra? —preguntó Liss mirando a Rose sentada su dado.

—No, duquesa. Soy una profesional de los rumores —dijo ofendida—. Se lo dije a la persona adecuada para que el rumor no nos salpicara.

—¿A quién se lo has dicho?

Rose sonrió. —A mi doncella. Nada como que las doncellas lo propaguen.

—¿Y ella no habrá comentado que lo has dicho tú, mamá?

—Anie sabe que nunca debe dar mi nombre. Ha dicho que una visita me ha dicho... —Las tres entendieron. —Así se inicia un rumor, niñas. Aprender.

Todas asintieron tomando nota. —Entonces estamos en un problema, porque ahora la reputación de Susan está por los suelos, con un hijo abandonado y sin casar. —Johanna suspiró. —Menudo lío.

—No puedo entenderlo —dijo Susan impresionada—. Ha pasado de amarme a ignorarme desde que James está en Londres.

—¿Tu marido no tendrá nada que ver en el asunto? —preguntó Liss.

Johanna entrecerró los ojos. —¿Qué quieres decir?

—A ver si le ha dicho a su padre que no se casen después de todo lo que ha pasado.

Héctor entró en el salón sin llamar y Liss preguntó —¿Ocurre algo?

—Duquesa, su marido acaba de llegar y está en el despacho.

—¿Y?

—Está furioso. Creo que ha ido a ver al Conde para comprobar cómo se encontraba después del desafortunado accidente con el cuchillo de milady.

Johanna sonrió por la manera tan delicada de decir que le había apuñalado.

Liss se levantó y cogió la falda por delante caminando hacia la puerta. —Enseguida vuelvo.

Las tres la vieron salir de la habitación a toda prisa y Johanna miró a su madre. —Pues me quiero enterar. —Se levantó para seguir a su amiga y las

mujeres se miraron antes de levantarse a toda prisa corriendo tras ella.

Vieron a Johanna que agachada ante una puerta de caoba miraba por la cerradura y de puntillas se acercaron. —¿Qué dice?

Johanna les echó un vistazo rápido. —Shuss.

A distintas alturas pegaron la oreja a la puerta.

—¿Qué ocurre, Alex? ¿Has ido a ver a James?

Johanna veía a través de la cerradura a Alex sentado en su enorme escritorio tomando una copa de coñac. —¿Por qué Nelson no ha venido a ver a Susan? Ni siquiera se ha asegurado si está bien su prometida.

—Sabe que está bien. —Alex sonrió irónico. —Me lo ha dicho su mayordomo.

—¿Por qué no ha venido a por ella? Los rumores corren por Londres y...

—No están en Londres, cielo.

Las tres gimieron al escuchar esas palabras. —¿Cómo que no están en Londres? Susan estaba desaparecida y James herido. ¿Cómo han podido irse?

—Al parecer el padre de James, el escocés, tiene problemas con las condiciones legales del nuevo heredero. Salieron de Londres apenas unas horas después de que se mudaran a nuestra casa, para que James renuncie a su herencia formalmente.

Liss se sentó ante su marido en una de las butacas. —Dios mío, ¿y ahora qué hacemos? ¿Cuánto van a tardar en regresar?

—Puedo enviarles una carta explicando la situación, pero tan al norte seguro que está nevando. Llevará al menos dos semanas recibir una respuesta y según me ha informado su mayordomo, seguramente no habrán ido al castillo. Sino a Edimburgo para tratar con los abogados la situación de la herencia. Si fuera así, tardaría más de un mes en saber algo sobre ellos.

—Un mes. —Liss se mordió el labio inferior. —¿No podrán salir de casa en un mes? Johanna se volverá loca.

Ella hizo una mueca por la observación de su amiga, pero siguió escuchando.

—Y eso no es todo —dijo Alex preocupado.

—Dios mío, ¿qué?

—Al parecer iba a buscar al cura que los casó en la posada para anular el matrimonio.

Johanna sintió una enorme decepción porque no tendría la oportunidad de recuperarle. —Seguramente cuando vuelva, su matrimonio estará anulado o en trámites para serlo.

—¡Pero tenemos que hacer algo! —Liss se levantó caminando de un lado a otro. —Dios mío, están arruinadas socialmente. Son la comidilla de Londres.

—He pensado que deberíamos trasladarnos al campo hasta que regresen.

Les dejaremos aviso en su casa para que se pongan en contacto con nosotros en cuanto lleguen.

—Pero cariño, ¿no deberíamos seguirlos?

—¿Estás loca, mujer? ¡Estamos en invierno y estás en estado! ¡No vas a hacer un viaje tan largo!

Liss hizo una mueca por los gritos de su marido. —¡Alex, tenemos que impedir que anule el matrimonio! —Le miró fijamente. —Tú viajarías más rápido.

El duque levantó las manos exasperado y Johanna se mordió el labio inferior de la impaciencia, pero como Alex parecía que se lo pensaba, no lo aguantó más y abrió la puerta casi haciendo caer a las cotillas que estaban por encima de ella.

Liss reprimió una risita al verla de rodillas. —Yo quiero ir.

—Ah, no. Pues si va ella yo también —dijo Liss cruzándose de brazos.

—¡No vais a ir ninguna! ¡Iré yo y les explicaré la situación!

—¿Es tu última palabra? —preguntó Johanna empecinada.

—¡Sí!

—¡Liss, pon los pies sobre el ladrillo caliente! —dijo su marido exasperado.

—¡Estoy bien! ¡Me vas a asfixiar!

—Como te pongas enferma... —Fulminó con la mirada a Johanna sentada ante él. —Todo esto es culpa tuya.

—Como todo lo que ocurre a mi alrededor. Duque, llevamos un día de viaje y estás de los nervios. Deberías relajarte. —Miró por la ventanilla. —Eres un exagerado. ¡Si ni siquiera nieva!

Justo en ese momento vio que empezaban a caer copos y disimuló mirando a Susan sentada a su lado en silencio. —Nos llevan cinco días de ventaja.

—Todavía no habrán llegado al castillo, si es que han ido hacia allí. —La ironía del duque no le pasó desapercibida a nadie.

—Cariño, ¿por qué no cambiamos de tema? —Liss cogió la mano de su marido. —Ya llevamos unas horas en el carruaje. ¿Crees que tardaremos mucho en detenernos?

—¿Necesitas aliviarte? —preguntó divertido.

—Tengo hambre. —Él se echó a reír y Susan buscó en una cesta a sus pies algo para comer. —Más pan no, por favor.

—Nos detendremos en la siguiente posada a comer algo.

El viaje se les estaba haciendo eterno. Sobre todo porque casi no hablaban. Liss intentó entablar conversación, pero su marido estaba molesto y ellas no tenían muchas ganas de hablar, impacientes por llegar.

Al día siguiente al mediodía Johanna se bajó del carruaje llevándose las

manos a la espalda sin importar que la nieve callera sobre ella. Al girarse para estirarse se detuvo en seco al ver el carruaje del Marqués de Wildburg. Su escudo era inconfundible.

Asustada corrió dentro de la posada chocándose con Susan que acababa de entrar. —¡Están aquí!

—¿Quiénes?

—¡Susan, por Dios, espabila de una vez! —Miró a su alrededor a las personas que estaban comiendo en la posada, pero no les encontró en el comedor. Impaciente se acercó a una mujer que llevaba una bandeja de cordero en las manos. —Disculpe. ¿El Marqués de Wildburg está hospedado aquí?

—Oh, sí. Con su hijo. Está enfermo el pobrecito.

—¿Enfermo? ¿El Marqués está enfermo? —preguntó exaltada.

—¿Mi Nelson está enfermo? —Susan se acercó asustada.

—El Marqués no. El hijo. Tenía una herida y se la ha infectado. —Sonrió satisfecha. —Pero ahora está mucho mejor, aunque el médico le ha pedido que se quede un par de días más en la cama.

—Gracias a Dios —dijo el Duque recibiendo las fulminantes miradas de las mujeres—. ¡Quiero regresar a Londres!

—¿Dónde está mi marido? —preguntó Johanna preocupada.

—¿El Marqués?

—¡No, el hijo!

—Primer piso, tercera puerta a la derecha.

Sin esperar a nadie corrió escaleras arriba y cuando abrió la tercera puerta sin llamar, se quedó de piedra al ver a una mujer con un paño en la mano lavando a su marido totalmente desnudo. Johanna lo vio todo rojo mientras que la chica con grandes pechos, que casi se le salían del vestido, se había detenido mirándola de arriba abajo.

Dio un paso al interior de la habitación mientras James se sentaba lentamente levantando la mano como si así la pudiera detener. —Preciosa, contrólate. Sólo me estaba lavando.

Johanna entrecerró los ojos dando otro paso hacia la mujer que dio un paso atrás.

—¡Johanna!

Susan llegó a la puerta y jadeó al ver la desnudez de James, que se tapó de inmediato con las sábanas antes de que llegaran Liss y Alex para ver como Johanna apretaba los puños intentando contenerse.

—Respira —susurró su amiga tras ella—. Respira hondo.

Johanna forzó una sonrisa, que la hacía parecer una chiflada. —Querido, me he enterado que estás malito. —Rodeó la cama mientras James la miraba incrédulo. Con ganas de matarle, se sentó a su lado y le pasó la mano por la frente.

—Al parecer ya no tienes fiebre. Qué buena noticia. —Le palmeó la cara dos veces antes de achucharlo. —Ay, mi maridito.

La doncella jadeó antes de salir casi corriendo.

—Preciosa, ¿llevas el cuchillo?

—Por supuesto. Ya sabes que lo llevo siempre. Es para mi protección. No te gustaría que me hicieran daño, ¿verdad? —preguntó mirando sus ojos verdes.

Alex disimuló una risa al ver la desconfianza de James y su mujer le dio un codazo.

—Jo, estoy indefenso.

Ella disimuló un gruñido sonriendo. Se levantó de golpe sobresaltándole antes de preguntar —¿Dónde está Nelson?

En ese momento llegó el Marqués que los miró con los ojos como platos. —¿Qué hacéis aquí? ¿Qué ha ocurrido?

Susan le miró furiosa. —¿Eso es todo lo que tienes que decir, después de no verme en días y de no decirme que te ibas?

—¡No sabía dónde estabas! —respondió asombrado—. Si no desaparecieras cuando te da la gana...

—¡Muy bonito! ¡Me dejas sola ante las malas lenguas! —gritó histérica.

Liss y Johanna se miraron, pues era la primera vez que mostraba carácter ante Nelson.

—¿Qué malas lenguas?

—¿Podéis salir de mi habitación para discutir esto? —Todos miraron a James, que estaba claramente incómodo medio desnudo.

Johanna sonrió. —No, cariño. Esto te interesa. Escucha.

Su marido la siguió mirando con desconfianza antes de preguntarle a Alex. —¿Para qué las has traído hasta aquí?

—Verás amigo, resulta que ha corrido un rumor por Londres que deja en evidencia a tu madre y necesitábamos vuestra intervención urgentemente. Además de impedir que anularas el matrimonio.

James la fulminó con la mirada. —¿Ahora quieres seguir casada? ¡A ver si te aclaras!

Johanna se mordió la lengua con ganas de pegarle cuatro gritos. Lo de la doncella le provocaría dolor de estómago, pero esto ya era el colmo.

—No, si Johanna no ha intervenido. Está aquí para que el escándalo no sea aún mayor.

Liss sonrió radiante a su marido. —Qué bien te explicas, amor.

Alex sonrió cogiéndola por la cintura. —Estarás hambrienta.

—Sí, pero quiero enterarme. Después.

—¿De qué rumor estás hablando? —preguntó Nelson poniéndose nervioso.

—Lo saben —dijo Susan apretándose las manos—. Lo de James y yo.

Todos se quedaron en silencio y Nelson juró por lo bajo cogiéndole la mano. —¿Estás bien, bonita mía?

¡Así se comportaba un futuro marido, no como el suyo! Johanna miró a James. Aunque ellos ya estaban casados.

—Sí, amor. Estoy bien. —Sonrió sonrojándose de gusto. —Te he echado de menos.

—Siento todo esto y lo de...

—¡Disculpar! —dijo James—. ¿Podéis reconciliaros en otro sitio?

—No quieres que estén juntos, ¿verdad? —preguntó Johanna sin poder evitarlo.

—¿Pero qué dices, mujer? ¡Al contrario que tú, yo no me meto donde no me llaman! ¡Tienen que solucionarlo ellos!

—Pues ya lo han solucionado. ¿Hay algún cura por aquí? Porque no pueden volver a Londres sin haberse casado.

Nelson entrecerró los ojos. —¿No deberíamos casarnos a la vuelta?

—¿Y que todo el mundo piense que os habéis casado por la presión social? ¡No! —dijo Liss rápidamente—. Tiene que ser algo romántico. Un amor imposible que al final ha triunfado.

Alex levantó una ceja girándose hacia su esposa. —No puede ser...

—¿De qué hablas? —preguntó haciéndose la inocente—. Creo que lo mejor será que vayamos a comer. —Cogió la mano de su marido mientras los demás los miraban con distintas expresiones. Las mujeres intentando disimular y los hombres muy interesados en la conversación.

—¡Elizabeth! ¡Me has hecho venir de Londres hasta aquí! ¡Estás en estado, por el amor de Dios!

—Los encontramos antes de lo que nadie se imaginaba.

—Alexander, ¿qué ocurre? —preguntó James enderezando la espalda.

—¡Ocurre que todo ha sido una trampa!

Las tres gimieron por dentro, pero le miraron como si no hubieran roto un plato en la vida.

—Fuisteis vosotras las que esparcisteis el rumor, ¿verdad? —gritó furioso.

Nelson primero se asombró mirando a Susan acusador, que carraspeó incómoda antes de susurrar —Te juro que yo no he dicho nada a nadie.

Todos miraron a Johanna. —¡Eh! ¡Que yo no he salido de casa por el golpe en la cara! ¿Con quién iba a hablar?

Se volvieron hacia Liss que negó con la cabeza. —Os juro por lo más sagrado para mí, que no he hablado con nadie de ese tema que no fuera de la familia.

Las tres asintieron con mirada angelical antes de que James mirara a Johanna. —¿Cómo está tu madre, cielo?

Johanna se sonrojó intensamente y Alex fulminó con la mirada a Liss. —¡A casa!

La cogió de la mano y tiró de ella al exterior. —¡Cariño, no he mentido!

—¡Tienes suerte de estar embarazada! —gritó desde el pasillo— ¡Merecerías una tunda como cuando eras pequeña!

Liss jadeó indignada. —¡Alex! ¡Retrátate ahora mismo!

Los cuatro se quedaron en la habitación y Johanna forzó una sonrisa. — Bueno...

De repente Nelson se echó a reír antes de coger a su prometida de la cintura y besarla apasionadamente. Johanna vio como Susan atontada intentaba centrar la vista después.

—Padre, busca un cura —dijo James divertido.

—Sí, ya va siendo hora. Además, está desesperada por mí. Mira que hundir su reputación para cazarme. —La cogió de la mano. —Vamos, mi bella. No será la boda que habíamos soñado, pero ya no hay más remedio.

Ella le miró a los ojos. —Yo no quiero una gran boda. Sólo te quiero a ti.

Johanna se emocionó viendo el amor en sus ojos. —Qué bonito.

Su marido chasqueó la lengua viéndolos salir y se hizo un incómodo silencio entre los dos.

—Cierra la puerta.

Se mordió la lengua de nuevo. Le daba la sensación que con su nueva personalidad se la iba a dejar llena de agujeros.

Cuando la cerró, se volvió mirándole a los ojos y se acercó lentamente a los pies de la cama. —¿Y ahora qué hacemos? —preguntó ella indecisa.

—Así que quieres seguir casada conmigo.

Estaba claro que no se lo iba a poner fácil. Con ganas de pegarle cuatro gritos siseó —No sé si has escuchado bien lo que han dicho...

—Lo he escuchado perfectamente. Como sé que tu madre está metida en esto, seguramente porque quiere que sigas casada para no tener que dar explicaciones a tu padre cuando llegue de su viaje a Boston. —Johanna entrecerró los ojos. —Además, me imagino los rumores que hay sobre ti en Londres.

—¿Crees que los rumores me importan? ¡Volvería a Boston!

Él sonrió divertido. —Tu padre me ha contado cosas muy interesantes en nuestras conversaciones en el club. — Johanna se tensó. —Como por ejemplo, que no hay solteros disponibles para ti en Boston.

—Puede que haya espantado a un par, pero...

—¿A un par? —James se echó a reír.

—¡Da igual! ¡En Londres los tengo a patadas!

—Eso sería antes de intentar matar a tu marido. —Se cruzó de brazos. —Al parecer no te quedan muchas opciones, ¿verdad, preciosa?

Johanna respiró por la nariz profundamente. Aquello no iba nada bien. ¡Tenía que arrastrarse él para que volviera a casa! Se quedaron en silencio un rato y su marido sonrió. — ¿Estás dispuesta a cambiar de actitud?

Abrió los ojos como platos. — ¿Perdona? ¿Mi actitud? ¡Eres tú el que no me ha soportado desde el principio!

— ¿Ya empiezas de nuevo?

Johanna se sonrojó porque le había gritado. Su marido la miró de arriba abajo. — ¿Vas a comportarte como una buena esposa? — Como no respondía levantó una ceja. — ¿Johanna?

— Sí — gruñó molesta.

Se lo estaba pasando en grande y le hizo un gesto con la mano. — Acércate, preciosa. ¿No tienes calor? Quítate el abrigo.

Le miró con desconfianza abriendo los botones de su abrigo de viaje mostrando su traje de terciopelo granate. — ¿Te acuerdas cuando me ataste a la cama? — Su voz ronca le alteró la respiración y sin dejar de mirarle a los ojos le escuchó decir. — Ahora vas a desnudarte como aquel día, ¿recuerdas?

— No puedo desvestirme sola — dijo nerviosa.

— Seguro que te las apañas — respondió sin mover un dedo.

Johanna poniéndose muy nerviosa, llevó las manos a la parte de atrás del cuello desabrochando tres. Los botones eran muy pequeños y costaba mucho sin que la doncella la ayudara. Se puso a sudar del esfuerzo y bajó los brazos exasperada para intentarlo por abajo. Se retorció girándose mientras James intentaba retener la risa. — Preciosa, no puedo esperar todo el día.

— ¡Ahora termino! — Fuera de sí levantó los brazos y tiró de la abertura con fuerza haciendo saltar los botones. Sonrojada sonrió satisfecha dejando caer el vestido al suelo. Tiró de la lazada de los faldones y James perdió la sonrisa al verla en ropa interior. El corsé bordado con pequeñas flores amarillas ataba a la espalda y llevó las manos atrás hasta la base de la espalda para deshacer el cordón. Se agachó desapareciendo de su vista y él se sentó de nuevo para ver lo que hacía.

Se levantó con el cuchillo en la mano y James levantó las manos. — Johanna....

— Es que no puedo deshacerlo. — Metió el cuchillo entre sus pechos cortándole el aliento y rajó el corsé por delante de arriba abajo dejándolo caer al suelo. James carraspeó al ver el corte que había hecho en la camisola mostrando el canalillo entre los pechos. Johanna dejó el cuchillo sobre la mesilla e insegura le miró a los ojos.

— No has terminado.

Se bajó los pololos y nerviosa se quitó la camisa interior que se atascó en su sombrero. Johanna juró por lo bajo tirando de ella arrancándose el sombrero también y suspiró de alivio cuando la dejó caer al suelo. James simuló una sonrisa.

—Lo hiciste mejor la primera vez.

—Ya, pero es que me has pillado desprevenida. —Un rizo se soltó de su recogido cayendo sobre su pecho y él miró hacia allí sonrojándola.

—¿Recuerdas lo que te dije sobre tus labios? —preguntó con voz ronca.

Sintiendo que su corazón galopaba en su pecho, miró los suyos antes de susurrar —Sí.

—¿Y a qué esperas? —Se tumbó en la cama poniéndose cómodo y colocó su brazo izquierdo tras su cabeza. —Empieza.

Nerviosa sin saber qué hacer, se mordió el labio inferior y decidió subirse a la cama. —Vamos, antes no eras tan tímida.

Subió una rodilla a la cama y gateó hasta él sentándose sobre sus talones. Como no le dijo nada, se agachó lentamente sin dejar de mirarle hasta llegar a sus labios. James los separó ligeramente y su aliento la volvió loca. Los besó suavemente y como él no se movía, acarició de manera muy suave su labio inferior. Sabía tan bien que le dio un lametazo. James gruñó y durante un segundo pareció que se iba a mover, pero al final sólo sacó el brazo de detrás de la cabeza apoyándolo a su lado. —Continúa.

—No sé si lo hago bien. —Posó una mano sobre su musculoso pecho tensándole.

—Continúa.

Le besó de nuevo y fue tan emocionante que lo saboreó todo lo que quiso. Sin darse cuenta se acomodó sobre él apoyándose en sus hombros y pasando una pierna sobre su cuerpo, haciéndole gemir cuando sus pechos rozaron su torso. Embriagada introdujo su lengua en su boca y cuando tocó la suya fue la sensación más exquisita que había sentido nunca. James la rodeó con sus brazos pegándola a su cuerpo mientras tomaba el control del beso. Sus manos acariciaron su espalda y Johanna gimió en su boca por los estremecimientos de placer que la recorrieron de arriba abajo. Separando sus labios, cerró los ojos sintiéndose maravillosamente cuando sus manos llegaron a sus glúteos amasándolos con sus enormes manos. —Preciosa — susurró con voz ronca—, continúa.

—¿Qué?

James se volvió haciéndola gritar de la sorpresa cuando la tumbó de espaldas haciéndose hueco entre sus piernas. Johanna mirando sus ojos verdes brillantes de deseo, se mordió el labio inferior sintiendo su sexo erecto contra el suyo.

—Ahora comprobaremos si tengo razón o no —dijo él antes de entrar en ella con fuerza.

Johanna gritó abriendo los ojos como platos por la invasión de su sexo. Había sido lacerante y sin aliento arqueó el cuello hacia atrás sintiendo una presión insostenible.

James juró por lo bajo y la besó en el cuello. —Preciosa, lo siento...

Ni se dio cuenta que una lágrima caía por su sien mientras intentaba que el dolor remitiera. —¿Te duele mucho?

Abrió los ojos lentamente y susurró —Esto no me gusta. —Intentó retirar las caderas, pero él apretó contra ella las suyas.

—No te muevas, tienes que acostumbrarte. Soy grande, preciosa.

—Me duele.

Él la cogió por la nuca atrapando sus labios y la besó como si necesitara beber de su boca para sobrevivir. La tensión de su vientre fue remitiendo poco a poco atenta a sus labios. Abrazó su cuello sin querer que se apartara de ella cuando salió de su cuerpo lentamente. Besó suavemente sus labios antes de mirarla a los ojos para volver a entrar y Johanna apretó sus uñas en su cuello al robarle el aliento. Aunque sentía todavía algo de dolor, el placer fue mucho más impactante. Aferrada a él sintió como salía de nuevo y volvía a entrar una y otra vez muy lentamente, hasta que Johanna sintió que algo tiraba de su cuerpo. Una tensión tan fuerte que la obligaba a buscar algo que no sabía qué era. Desesperada se retorció y su marido la cogió de la cadera levantándola ligeramente antes de entrar en ella con fuerza una sola vez. Su cuerpo estalló en mil pedazos pensando que acababa de morir y que estaba en el cielo.

Agotada y sudorosa, ni sintió cómo él se levantaba alejándose hasta los pies de la cama y le desabrochaba los botines tirándolos al suelo. Su marido gruñó al ver como la sangre de su virginidad manchaba las sábanas y acarició sus muslos quitándole las medias. La cogió de la cintura pegándola a su pecho y sujetándola por el trasero la llevó hasta el aguamanil. Johanna abrió los ojos rodeando sus caderas con las piernas y se miraron a los ojos. —Ahora ya no podrás librarte de mí —susurró insegura.

—Preciosa, sabía que me costaría librarme de ti desde el mismo momento que dijiste sí quiero. —Sin soltarla cogió la jarra echando agua en el aguamanil y cogió un paño mojándolo.

—No tenías razón. —Se miraron a los ojos y él la elevó antes de meter el paño húmedo entre sus piernas. Johanna respiró agitadamente apretando sus uñas en su cuello.

—No, no la tenía. —su voz ronca y su mirada de deseo hizo que moviera sus caderas contra él sin darse cuenta y James tiró el paño al suelo antes de volver con ella hacia la cama con dos grandes zancadas. —Espero que puedas con esto, preciosa. Porque va a ser una noche muy larga.

## Capítulo 4

Y lo fue. Había amanecido al día siguiente cuando Johanna se durmió agotada asustando a James que le palmeó la cara varias veces llamándola. Al ver que respiraba suavemente, suspiró de alivio y la abrazó a él haciendo que apoyara la cara sobre su torso. Pensativo acarició su espalda, pero su esposa tenía la piel tan sensible que lloriqueó en sueños. Distráido con sus pensamientos la besó en la coronilla. Johanna no se lo iba a tomar bien. No señor. Cuando se enterará de la verdad intentaría matarle de nuevo. Suspiró sin poder evitar que se le cerraran los ojos. Al día siguiente hablaría con ella. Tendría que entenderlo. Haría que lo entendiera.

Dolorida dio la vuelta en la cama y gimió sintiendo las piernas muy pesadas. Abrió los ojos y gritó al ver a su lado un hombre con sotana y una biblia en la mano con cara de pocos amigos. —Milady...espero que se case de inmediato.

Asombrada miró a su alrededor y vio a su marido vestido con una chaqueta marrón con cuellos negros y un pantalón beige. Estaba claro que se había preparado para partir.

—James, ¿qué hace aquí este hombre? —Intentó cubrirse hasta el cuello con las sábanas, pero se sentía desnuda.

—Verás, cielo... ¿Recuerdas nuestra primera boda?

Ella asintió mirando de reojo al cura. —Pues como no habíamos consumado...—Miró al cura. —porque no habíamos consumado... hablé con el cura antes de partir de la posada y anulé el matrimonio por una módica cantidad de dinero.

Johanna palideció. —¿Qué has dicho?

—¡Tenía pensado deshacerme de ti antes de llegar a casa! ¡Pensaba que si veías el castillo, ya no me libraría de una esposa americana que yo no quería! — Johanna sintió que se le rompía el corazón y tragó saliva intentando que sus palabras no le afectaran. — Pero insistías e insistías. Eres muy cabezota, pero cuando te hice...—Carraspeó incómodo. —Bueno, no te diste por vencida y ahora

estamos aquí.

Johanna estrujó las sábanas entre sus puños y sonrió sin ganas. —Así que me humillé por ti, me arrastré para estar a tu lado, me dejé insultar y vejar para que al final no estuviera casada contigo. Y cuando sí quise la anulación, ¿por qué no me dijiste nada?

Pálido James susurró — Esperaba que te fueras.

—No tenías el valor a decirme que habías faltado a tu palabra.

Vio la respuesta en sus ojos y muy avergonzada se miró las manos. Todos aquellos sufrimientos, sus lágrimas, sus noches en vela... Se sentía tan ridícula y engañada.

—Pero ahora nos casaremos y todo quedará olvidado. Empezaremos de nuevo.

Mirando sus manos, vio la alianza que le había regalado Susan el día de su boda. Había sido de la abuela de James y lentamente se la quitó del dedo cortándole el aliento.

—¿Quieres que lo hagamos desde el principio? —Él alargó la mano y sin mirarle colocó su alianza en la palma de su mano.

—No será necesario —susurró ocultando su dolor—. ¿Pueden dejarme sola para que pueda vestirme?

El cura carraspeó. —Por supuesto.

—Johanna, mírame. —Se sentó en la cama y le levantó la barbilla tensándose cuando vio el dolor en sus ojos. —No te conocía. Me habías tendido una trampa y lo único que quería era librarme de ti.

—Pues ya lo has conseguido. —Pálida apartó las sábanas casi saltando de la cama y cogió su ropa que aún estaba en el suelo, vistiéndose a toda prisa. Se puso la ropa interior dándole la espalda.

—¿De qué diablos estás hablando? —preguntó muy tenso— ¡Ahora sí que tenemos que casarnos!

—¡No me casaría contigo ni muerta! —gritó girándose furiosa— ¡Te he soportado mucho más que lo que le hubiera soportado a nadie! ¡Me acabo de dar cuenta que te lo has pasado estupendamente burlándote de mí!

—No ha sido así, yo...

—¡Dos malditos meses! ¡Hasta has dejado que nos compraran una casa! Debías pasártelo en grande escuchando como me llamaban condesa. ¡La estúpida americana que se enamoró de ti y tenía aires de grandeza! —Desgarrada ni se dio cuenta de que lloraba. —¿Pues sabes qué? Que esta americana tiene orgullo y esto se ha terminado.

Intentó cogerla del brazo, pero ella se soltó poniéndose el vestido sin abrochar en la espalda antes de coger el abrigo y los botines para caminar descalza hacia la puerta. Él la cogió por el brazo dándole la vuelta. —¿A dónde te crees que

vas?

—¡A Boston! ¡Y te juro que me voy a casar con el primero que me lo pida!  
—Le arreó un tortazo que le volvió la cara con fuerza. —¡No vuelvas a acercarte a mí!

Salió corriendo de la habitación dejando al cura con la boca abierta mientras James la seguía. —¡Vuelve a la habitación de inmediato!

Ignorándole su puso el abrigo, se lo abrochó para que no se viera que su vestido estaba abierto y se sentó en los escalones para calzarse los botines. Sin abrocharlos en su prisa por huir, empezó a bajar las escaleras.

—¡Hablo en serio, Johanna! Vuelve que tenemos que arreglar...

Johanna se pisó los cordones y cayó rodando las escaleras. James palideció al ver a su mujer tendida en el suelo boca abajo y bajó los escalones de dos en dos mientras varias personas la rodeaban. —¡No la toquen! —Asustado se arrodilló a su lado y le tocó la mejilla. —¿Jo? Preciosa, abre los ojos.

Susan apartó a varios para pasar y gritó antes de desmayarse a su lado.

— ¡Un médico! —gritó desesperado apartando su cabello negro de su cara. Cuando vio la sangre que empezaba a manar de su cabeza manchando el suelo se quitó la chaqueta intentando detener la hemorragia. Nelson daba órdenes ignorando a su mujer desmayada en el suelo y se arrodilló al lado de su hijo tocándole el pulso a su nuera.

—Está viva, hijo.

—Hace poco sufrió otro golpe y... —dijo angustiado.

—Lo sé. No sabemos cuánto tardará el médico, súbela a la habitación. Tendremos que arriesgarnos. Hay que detener la hemorragia antes de que pierda demasiada sangre.

Sin pensarlo más, la cogió en brazos y a toda prisa la subió a la habitación donde el cura esperaba. —¿Le aplico la extrema unción?

—¡Fuera de aquí! —gritó sobresaltándolo.

Tumbó a Johanna sobre la cama y casi se muere del susto al pensar que no respiraba. La posadera entró a toda prisa con agua y varios paños.

—Déjeme ver, milord.

Se sentó al lado de su mujer dejando el agua sobre la mesilla y limpiándole con un paño la herida. La escucharon gemir y Johanna abrió los ojos confundida e intentó apartarse.

James sonrió. —Hola preciosa...

Asustada se separó de él todo lo que pudo y al ver que la mujer intentaba tocarla la miró apartando la cabeza de golpe. —¿Qué hacen? ¿Dónde estoy? ¿Me han secuestrado? ¡Mi padre pagará lo que quieran!

—Johanna, cielo...

—¿Cielo? —Le arreó un tortazo. —Se toma demasiadas libertades,

caballero.

Nelson la miraba con los ojos como platos. —Ay, madre.

—Le está sangrando la herida de la cabeza, milady —dijo la mujer suavemente—. ¿Me permite ayudarla?

Asombrada se llevó la mano encima de la sien donde sentía resquemor y al mirar sus dedos llenos de sangre su mano tembló. —Sí, gracias.

La mujer sonrió. —Enseguida llegará el médico. —Acercó el paño y le limpió con suavidad la herida mientras Johanna metía la mano bajo el vestido encogiéndolo sin dejar de mirar a James con desconfianza.

Él se levantó lentamente para no asustarla y se acercó a su padre. —Esperaremos a que llegue el médico.

—Sí, es lo mejor—dijo Nelson atónito—. No te recuerda.

James apretó las mandíbulas cruzándose de brazos. Su mujer se quejó cuando la mujer apretó demasiado y James se tensó viendo como buscaba el cuchillo en su pantorrilla. —No lo tienes.

Sin contestar Johanna enderezó la espalda y disimuladamente miró a su alrededor. —¿Qué busca? —preguntó Nelson en un susurro.

—Su cuchillo.

El cura carraspeó desde la puerta. —¿Puedo casarles ahora? Dentro de una hora tengo un entierro.

—Ya nos ha casado padre —dijo Nelson como si fuera estúpido—. ¿No lo recuerda?

—Hablo de ellos.

Atónito miró a su hijo que carraspeó incómodo. —¡No!

—Ya hablaremos de eso más tarde, ¿quieres? Hoy no serán necesarios sus servicios, padre. Gracias.

Nelson se acercó dándole unas monedas y cuando se volvió le fulminó con la mirada. —¡Lo prometiste! ¡Te casaste y has roto tu juramento!

—¡Sólo quería librarme de ella! Vuestra opinión en ese momento no me importaba demasiado, ¿sabes?

—¡James!

Johanna no entendía nada. No tenían pinta de secuestradores. Parecían caballeros y todos hablaban con un acento muy raro. Como los que venían de Europa. Sin dejar de observarlos se mantuvo quieta mientras la mujer la ayudaba. —Se repondrá, milady. Estará buena en un periquete.

—¿Milady? No soy Lady. —Entrecerró los ojos. —¿Eres inglesa?

—Ya nos encargamos nosotros —dijo James con firmeza acercándose a la mujer y cogiendo el trapo de su mano—. Vaya a enterarse de dónde está el doctor.

—Sí, milord. —Salió a toda prisa y él intentó acercarse, pero ella se volvió a alejar.

—Hijo....

—¡Sí, ya lo sé!

—Mi padre pagará lo que quieran. He oído que secuestraron a una heredera el año pasado y su padre no pago. ¡Pero el mío pagará! ¡Se lo juro!

—Tranquilízate, Johanna. Todo va a salir bien.

—Claro que saldrá bien. A Henry Sherman nunca le salen las cosas mal — dijo con orgullo.

James y Nelson sonrieron. —Lo sabemos.

—¿Lo saben? ¡Entonces saben que pagará! —Más tranquila sonrió. —No deben preocuparse, los negocios son lo suyo. No me extrañaría que terminara ganando dinero con esto. —Asintió como si se estuviera dando la razón. —Oh, espero que mamá no se entere. Se disgustará enormemente.

—No se enterará.

Johanna sonrió. — Muy bien. —Confusa miró a su alrededor. —No recuerdo dónde me atraparon. ¿Estaba en el muelle esperando uno de los cargamentos de papá?

—¿En qué muelle? —preguntó James suavemente.

—Qué tontería de pregunta. En Boston.

—Mierda. —Nervioso se pasó la mano por el cabello. —Preciosa, ¿cuántos años tienes?

—Diecisiete. Pero cumpliré dieciocho en diez días. Aunque padre no quiere hacerme una fiesta, porque he maltratado a uno de sus amigos. —Miró a Nelson. —¿Me imagina casada con un hombre de su edad? Antes le despellejo vivo.

—Por supuesto que no. ¿Y te imaginas casada con un hombre como él? — Señaló a James, que se tensó a su lado.

Johanna le miró de arriba abajo. —Es apuesto, pero yo no me casaría con un delincuente. Puede que esté algo loca, pero por ahí no paso.

—¿Y si no fuera un delincuente? ¿Te casarías conmigo?

—¡Pare el carro! ¡Si quiere casarse conmigo, pensando que va a sacar más, ya se le puede ir quitando de la cabeza! ¡Me voy a Londres mañana! —Entonces le miró confusa. —¿Qué día es hoy?

—Llegaste a Londres, Johanna. No estás en Boston.

—¿Me han traído hasta Inglaterra? —No salía de su asombro. —Eso complicará el pago del rescate, pero papá pagará.

James asintió. —Me parece muy bien.

Ella sonrió mirando a Nelson que se acercó un paso. —¿Te duele algo más que la cabeza?

—Me duele todo el cuerpo. Me siento muy cansada.

James carraspeó y le dijo a su padre —Vete a ver cómo está tu mujer, padre.

—¡No! —Asustada se arrodilló sobre la cama. —No me deje sola.

—Sólo será un minuto. Mi mujer se ha desmayado. —Se volvió susurrando—Y se volverá a desmayar cuando se entere de esto.

En cuanto salió ambos se quedaron en silencio. —¿Tienes hambre?

Le miró de reojo —No.

—Hace mucho que no comes y... ¿tienes sed?

—¿Cuándo le enviareis a mi padre el mensaje? ¿O ya lo habéis enviado?

—Eso déjame a mí.

—Sí. Por supuesto. —Se apretó las manos y entonces cogió la tela de su falda. —¿De quién es este vestido?

James pensó rápidamente. —Te lo han prestado. El tuyo se desgarró.

—Oh, ¿no habrá abusado de mí? ¡No podré casarme!

—Creo que no tendrás que preocuparte por eso.

Johanna sonrió aliviada. —Estupendo. Mi padre tendría que desembolsar mucho dinero para compensar la falta de virtud al hombre que me pretenda.

—¿No me digas? —siseó paseando por la habitación.

—Mi madre quiere que me comprometa enseguida. En cuanto encuentre un duque quiere que lo cace, pero yo tengo otros planes, ¿sabe?

—¿Y qué planes son esos?

—Yo me casaré por amor. —Sonrió cogiendo el trapo y poniéndoselo encima de la sien. —Estoy decidida a encontrar un hombre que me haga palpar el corazón.

James la miró a los ojos. —¿No me digas?

—Sí, mamá quiere que tenga título, pero eso a mí no me sirve para nada. Quiero un hombre atractivo que con su sonrisa me vuelva loca. ¿Cree que lo encontraré en Inglaterra?

—Sí, preciosa. Lo vas a encontrar.

—Ya le he dicho que no debe tomarse tantas libertades. No está bien.

—No nos escucha nadie.

—Antes lo dijo delante de su padre. Porque es su padre, ¿verdad?

—Sí, lo es.

Johanna sonrió. —Se parecen. Mi padre dice que me parezco a mi madre, pero en el carácter soy igualita a papá. Además, mi marido tiene que ser inteligente, ¿sabe? Tiene mucho que administrar cuando se haga cargo de mi herencia.

—Lo sé.

—Claro, se habrá enterado de todo antes de secuestrarme. ¿Cree que podré volver pronto a casa?

—Tan pronto como te repongas.

¿Eso qué quería decir? Se encogió de hombros y vio a una mujer rubia de unos cincuenta tantos años que entraba en la habitación pálida como la muerte. —

Querida, ¿cómo te encuentras?

—Síntese, señora. Parece que se va a desplomar en cualquier momento.

—Madre, ¿por qué no le traes algo de comer?

—¿Es su madre? —Sonrió extendiendo la mano. —Johanna Sherman.

—Susan Fishburgne. Mucho gusto —respondió indecisa Susan mirando de reojo a James—. Hijo...

—Debemos esperar a que llegue el médico.

—Menos mal que no tengo nada grave. Si fuera así ya habría estirado la pata. —Johanna se echó a reír. James maravillado veía por primera vez la auténtica personalidad de su esposa y no se podía creer todo lo que la había transformado su matrimonio con él. Sintióse culpable se sentó en la butaca al lado de la chimenea. —¿Está cansado? Claro, un secuestro debe ser muy estresante. Me da mucha pena habérmelo perdido desde el principio.

—¿Un secuestro? —Susan estaba atónita.

—Madre... —Le advirtió con la mirada y Susan asintió.

—Volveré enseguida.

—No tengo hambre, de verdad.

—¿Estás mareada? Ha sido una buena caída —dijo James preocupado.

—¿Me he caído?

—Sí, por las escaleras.

—Vaya. Estaba drogada, claro. —Suspiró resignada. —Mi madre me dice que nunca me estoy quieta.

Susan asintió yendo hacia la puerta y cuando iba a salir apareció un hombre con traje negro con un maletín en la mano. James se levantó de inmediato y su esposa sonrió. —Usted debe ser el médico.

—Milady...me han dicho que se ha caído por las escaleras. —Se acercó a toda prisa y dejó el maletín sobre la cama a su lado. —Salgan de la habitación.

—No pueden. —Le miró a los ojos. —Me están vigilando.

El doctor sonrió. —Por supuesto, milady. Pero ahora la vigilo yo.

—Ah, usted también está implicado.

—Por supuesto. Me implicaré en su recuperación todo lo posible.

—Bien.

—¿Puedo quedarme yo? —preguntó Susan mientras James se acercaba a la puerta lentamente.

—Por supuesto, milady.

James le dijo algo al oído a Susan, que asintió antes de acercarse a la cama. El médico la examinó y con ayuda de Susan le quitó la ropa. Johanna se sonrojó al ver que no llevaba ni medias y que su vestido estaba abierto por detrás. Aunque el médico no comentó nada, seguro que le parecería raro. —Es que me han prestado la ropa.

—Por supuesto, milady. —Sonrió tranquilizándola y le miró la cabeza. — No es nada de importancia. En unos días estará repuesta.

—Eso es estupendo, porque tengo que llegar a Londres para buscar marido, ¿sabe?

Susan la interrumpió. —¿No la va a coser? Ha sangrado mucho.

—No, se curará solo. Además, ya ha dejado de sangrar. ¿Se mareo o le duele la cabeza?

Ella negó. —No, no me duele. ¿Debería?

El doctor sonrió. —No, es mucho mejor así.

—Entonces perfecto.

—Voy a por un camisón —dijo Susan saliendo de la habitación y diciéndole a Nelson—. ¿Dónde está su equipaje?

—En el coche.

—¿Qué ocurre? —preguntó James—. ¿Qué dice el médico?

—Ni la va a coser. Dice que está bien.

—¿Cómo va a estar bien si no me recuerda?

—¿Se lo digo? Me dijiste que no dijera nada.

—Hijo... —Nelson le advirtió con la mirada. —Su salud es lo primero.

En ese momento salió el doctor con el maletín en la mano diciendo. —Que se reponga, milady.

—¡Gracias! Mis secuestradores le pagarán.

El médico cerró la puerta extrañado y al ver a los tres preocupados dijo— ¿Secuestradores?

—No nos recuerda —dijo Nelson atajando—. Mi nuera no nos recuerda.

El médico se acarició la barbilla pensando en ello. —He oído de casos así, pero no se preocupen. Si no recupera la memoria en unos días, llévenla a Londres a algún especialista.

—¿Pero se recuperará? —preguntó James preocupado.

—Tengo entendido que sí, pero no soy un experto en estos temas. En Londres la atenderán mejor.

—Gracias, doctor. —susurró James antes de entrar de nuevo en la habitación. Johanna gritó tapándose hasta la barbilla y volvió a salir cerrando la puerta—. ¡Mierda!

—¡Para ella no eres su marido! —le regañó su madre.

—¡Ya me he dado cuenta, madre! ¿El camisón?

—Sí, por supuesto. ¿Nelson?

—Enseguida subo su equipaje, querida.

Susan entró en la habitación y los dos se miraron. —Es una pena que ahora

...

James entrecerró los ojos. —¿Sabes? Creo que ha sido lo mejor.

—¿Estás loco?

—Así puedo conquistarla sin todo lo de atrás. —Sonrió encantado. — Cuando recupere la memoria, no le preocupará todo lo que ha ocurrido entre nosotros.

—¿Tú crees?

James se echó a reír y le dio una palmada en el hombro. —Ya verás, es lo mejor. Vamos a por el equipaje.

Cuando regresaron a la habitación minutos después, Susan estaba atada a una silla amordazada y gritaba mirando hacia la puerta. James miró a su alrededor asombrado. —¿Se ha ido?

—¿Qué esperabas si la has secuestrado? ¡Ha aprovechado la oportunidad!

Quitó la mordaza a su mujer que dijo sin aliento —¡Se ha ido hace cinco minutos como mucho! ¡Y tiene su cuchillo!

James salió corriendo y Nelson también mientras Susan gritaba —¡Cariño!

—¡Ahora no, cielo!

Frustrada suspiró esperando a que apareciera alguien más que la desatara.

James corrió al exterior de la posada, pero no vio a nadie fuera. Hacía frío y empezaba a nevar de nuevo. No tenía ni dinero y estaba herida. ¿A dónde iba a ir? Nelson estaba revisando los carruajes que estaban allí detenidos por si se había escondido dentro y gritó —No sabemos si falta algún caballo.

Un lacayo apareció en ese momento saliendo del establo. —¿Ha visto a una mujer morena con el cabello suelto?

—Ha pedido su caballo y ha salido a galope.

—¿Hacia dónde?

El chico señaló hacia el sur. —Va hacia Londres. Me preguntó su dirección y se lo he indicado. ¿He hecho mal?

James corrió hacia el establo. —¡Un caballo!

Su cochero salió del establo en ese momento y gritó —¡Un caballo para el conde!

—¿Hace mucho que se ha ido?

—He tenido que ensillarle el caballo, milord. Se acaba de ir.

—¡Daos prisa!

Johanna cabalgaba buscando una iglesia. En una iglesia estaría segura hasta que llegara el alguacil. Pero no encontraba ninguna. Puede que sus secuestradores fueran muy agradables, pero no iba a dejar que le sacaran el dinero a su padre. Si lo consentía, podrían volver cada vez que estuvieran bajos de fondos. Además, ese hombre la ponía nerviosa. No sabía por qué, pero la miraba como si fuera suya y eso no le gustaba.

Vio el campanario de una iglesia por encima de los árboles y aceleró el paso azuzando a su caballo, cuando escuchó un grito tras ella. Volvió la cabeza para ver a sus espaldas al hombre rubio que la había secuestrado, galopando hacia ella como si le persiguiera el diablo. Johanna hincó los talones intentando dar la curva porque sabía que la iglesia estaba allí detrás. Al ver por el rabillo del ojo que su secuestrador se había puesto a su altura, levantó la pierna y le golpeó en el costado casi tirándole del caballo.

—¡Johanna! —Su enorme mano agarró sus riendas tirando con tal fuerza, que su caballo redujo el paso antes de encabritarse levantando las patas delanteras. Ocupada en mantenerse sobre la silla, ni se dio cuenta que la cogía por la cintura. Salió despedida gritando de frustración cuando la sentó ante él e intentó pelear. — ¡Johanna, ya está bien! —le gritó a la cara.

Con la respiración agitada le agarró le cabello con ambas manos y James al sujetar las riendas y su cintura no podía evitarlo. —¡Johanna, no quiero hacerte daño!

—¡Pues suéltame! —Tiró con todas sus fuerzas cuando en ese momento un carruaje apareció en el camino a toda velocidad. Johanna gritó al ver que los atropellaba y el cochero desvió el coche de caballos, haciendo que se inclinara peligrosamente para esquivarlos. Como si todo sucediera lentamente vio como el carruaje pasaba a su lado y James la inclinó hacia atrás evitando que una de las ruedas le diera en la cara, justo antes de que cayera tumbado de lado sobre el camino siendo arrastrado varios metros.

Se hizo el silencio y James se bajó del caballo a toda prisa corriendo hacia el coche. —¿Están muertos? —preguntó asustada antes de bajarse también.

Escuchó cómo el cochero se quejaba y Johanna olvidando sus ganas de huir, corrió hacia ellos para auxiliarle. Estaba tumbado de costado. —¿Se encuentra bien?

—Creo que sí —dijo costosamente tumbándose boca arriba—. Mi señora...

Johanna miró hacia el carruaje y vio a James abriendo la puerta mientras hablaba con alguien. —La están ayudando.

—Es mayor —dijo preocupado.

Johanna le ayudó a levantarse y corrió hacia el coche cuando escuchó que alguien gritaba —¡Quítame las manos de encima, mozuelo!

El cochero sonrió aliviado. —¿Se encuentra bien, Lady Hutching?

—Rob, ¿quién diablos es este gigante?

—¡Es un secuestrador, milady! —respondió Johanna a voz en grito para que la mujer la oyera.

—¡Johanna! ¡Auchh! ¡Señora, déjeme ayudarla!

—¿Ayudarme? ¡Sinvergüenza! ¿Intentas secuestrarme?

Rob se subió los pantalones tirando de su cinturilla dispuesto a ayudar a su

ama mientras James gritaba — ¡No es lo que piensa!

— ¡Ya te enseñaré yo lo que pienso, truhan!

— ¡Señora, deje la pistola!

Johanna se encaramó al carruaje al igual que el cochero y vio cómo James le arrebató la pistolita a una anciana con el cabello totalmente blanco, que debía tener ochenta años. — Oh, ¿se encuentra bien? No se preocupe. Me ha secuestrado a mí.

La mujer levantó la cabeza para mirarla y entrecerró los ojos como si no viera bien. — Tiene buen gusto el mozalbote. ¿Te la llevas para casarte en Escocia, sinvergüenza?

— Señora... — James se enderezó sacando la cabeza del carruaje y le dijo a Johanna — Preciosa, ¿por qué no cierras esa boquita unos minutos?

— ¡Ja! ¡Lo que me imaginaba! ¿Tienes permiso de sus padres? Se nota que es una chica de alcurnia para un sinvergüenza como tú.

— Por su culpa tuvimos el accidente, milady — dijo el cochero preocupado.

James entrecerró los ojos mirando los de Johanna, que sonrió levantando la barbilla. — No, milady. No quiere casarse. Quiere un rescate. Mi padre es rico. ¿Me ayudaría, milady?

— Por supuesto, querida. Déjame que salga de aquí y le daré su merecido.

— ¡Señora, usted no puede ayudar a nadie! ¡Esta para que la ayuden! ¡Auchh! — Miró hacia abajo y gritó — ¡No me muerda!

— Todavía tiene buenos dientes — dijo el cochero orgulloso —. Se come unos filetes...

James siseó mirando al cochero — ¡A una milla de aquí hay una posada! ¡Coge mi caballo y ve a pedir ayuda para enderezar el carruaje!

— ¡No pienso moverme de aquí sin mi señora!

— Iré yo. — se ofreció Johanna amablemente.

— Ni hablar. ¡En cuanto me dé la vuelta, no te volveré a ver!

— ¡Niña! ¡No dejes que te hable en ese tono! ¡Puede que te haya secuestrado, pero te debe respeto este truhan!

— ¡Señora, soy conde!

— A lo que ha llegado la nobleza. A secuestrar dulces muchachitas para mantenerse.

— Es que no trabajan... — dijo Johanna exasperada —. Panda de vagos.

— ¡Bien dicho, niña!

— ¡Oh, por Dios! — Agarró a Rob de la pechera y dijo amenazante — Vete a por ayuda o me pensaré seriamente dejaros aquí tirados.

El hombre asintió asustado mirando sus pétreos ojos verdes. — Bien, milord.

— Dile a mi padre, el Marqués de Wildburg, que he encontrado a Johanna y

que está conmigo.

—¡Hasta un Marqués está implicado! —gritó la mujer desde el interior—. ¿A dónde vamos a llegar? ¿Ha dicho el Marqués de Wildburg? Eso es imposible, mozalbete. Miente con mucho descaro. ¡El Duque de Greenwood es amigo mío y conozco a Nelson de toda la vida! ¡Es rico!

Johanna entrecerró los ojos. —¿El Duque de Greenwood?

—Es mi abuelo. —Exasperado miró al interior. —Señora, si se mantiene callada, se lo explicaremos todo en su momento.

—Oh, bien.

—¿Tu abuelo es rico? ¿Para qué secuestras a personas si tenéis dinero?

—Eso me preguntó yo —dijo la mujer—. Por cierto, ayúdame a salir de aquí, mozalbete. Quiero ponerme de pie. Me duele el cuello de mirar hacia arriba.

James se agachó de inmediato y Johanna sonrió. No era mala persona. Seguramente pasaba por un mal momento, eso era todo. Con cuidado cogió a la anciana y la sacó lentamente sentándola sobre el carruaje con las piernas colgando al interior. Johanna jadeó admirada por el maravilloso abrigo que llevaba, pues en los cuellos y en los puños tenía una exquisita piel de visón. Los pendientes de diamantes que llevaba, indicaban que era muy rica. La mujer la miró con sus ojitos azules. —Muy bella. Será una esposa correcta para un futuro duque.

—¿No me diga? Mi madre dice lo mismo, pero yo prefiero casarme por amor.

James puso los ojos en blanco antes de salir del carruaje impulsándose con los brazos. La mujer le miró de arriba abajo cuando se puso de pie sobre el coche y sonrió. —Así que tú eres el escocés. He oído hablar de ti, pero tenía entendido que estabas casado, muchacho. Tu abuelo está muy orgulloso de ti y...

—Milady, ¿podemos dejar esta conversación para después? —Preocupado miró a Johanna y la mujer la observó.

No supo por qué, pero a Johanna la decepcionó un poco que estuviera casado y miró a James con otros ojos. Era muy atractivo y era cierto que era enorme. De hecho, si se lo encontrara en uno de esos aburridos bailes que organizaba su madre, estaría interesadísima en que él la sacara a bailar y que la cortejara. Era una pena que fuera un delincuente, eso por no hablar de su matrimonio. ¿Cómo sería su mujer? Movié la cabeza de un lado a otro intentando borrar ese pensamiento. ¿Y a ella que le importaba? En lo único que tenía que pensar era en cómo llegar hasta sus padres.

—¿Necesita ayuda? —preguntó a la mujer—. Por cierto, soy Johanna Sherman, milady.

—Pero si tú ya estás... —La mujer asombrada miró a James. —¿Qué ocurre aquí?

—Johanna ha sufrido un accidente y no recuerda lo que ha ocurrido. —Se

bajó del carruaje y se acercó a Johanna cogiéndola por la cintura para bajarla antes de hacer lo mismo con la mujer. Johanna sonrió cuando vio que a ella le llegaba al hombro y eso que ella no era demasiado alta.

La anciana cogió el brazo de James. —Vamos a dar un paseo. Necesito estirar las piernas.

—¿Se encuentra bien para eso?

James miró preocupado a Johanna sin querer separarse de ella.

—Niña, deberías desatar los caballos. —La mujer tiró de James alejándose y la siguió casi obligado.

Johanna se volvió de inmediato porque ni se había preocupado por los pobres caballos. Afortunadamente no se habían hecho daño y los seis estaban de pie esperando pacientemente. Con paciencia desató las correas mientras James y Lady Hutching hablaban en voz baja. Disimuladamente cogió el primer caballo y se subió sin preocuparse porque no llevara silla. Cogiendo las crines y miró sobre su hombro antes de caminar lentamente hacia el bosque perdiéndolos de vista enseguida. Sonrió rodeando la curva y entró en la Iglesia escondiendo su caballo en el pequeño cementerio que había detrás. Apenas unos minutos después escuchó a James llamándola a gritos y pasó ante la Iglesia a todo galope. Sonrió satisfecha y rodeó el edificio para entrar, pero frunció el ceño pues la puerta estaba cerrada. Había un llamador de hierro y lo golpeó varias veces. No tuvo suerte. Allí no había nadie. Buscó otra entrada y fue hasta la parte de atrás. Golpeó la pequeña puerta, pero nada. Seguramente con el mal tiempo el hombre igual estaba en la posada por falta de feligreses. O igual no vivía allí.

Se mordió el labio inferior mirando el camino. Se arriesgaba a que James la interceptara, pero no tenía más opciones. No podía quedarse allí y morir de frío. Además, empezaba a estar hambrienta.

Se volvió a subir al caballo e inició un trote. Tenía que ir detrás de él y encontrar ayuda. Seguro que encontraba a alguien de camino que pudiera auxiliarla. Sonrió cuando se encontró una aldea. No había nadie en las calles, pero había una taberna. Desde el exterior se oían risas y se bajó del caballo a toda prisa. Abrió la puerta y gimió por dentro al ver a varias prostitutas haciendo que sus clientes se lo pasaran bien. Una de ellas estaba sobre una mesa con los pechos al aire bailando descaradamente. No era un espectáculo muy agradable, porque le llegaban hasta la cintura y se movían flácidos de un lado a otro mientras reía mostrando sus dientes podridos. En cuanto dio un paso al interior de aquel horrible sitio, todos se quedaron en silencio y Johanna forzó una sonrisa. —¿Saben dónde puedo encontrar al alguacil de la zona?

Nadie contestó una palabra y respiró profundamente antes de continuar. —Muy bien. Soy Johanna Sherman y quiero contratar a diez hombres para que me protejan hasta Londres.

Escuchó que alguien rumoreaba. —Es una dama. Esta tiene dinero.

—Lo tengo. Y si me ayudáis en cuanto llegue a manos de mi padre, seréis recompensados sobradamente. Muy bien, ¿quién me acompaña a Londres?

Uno hombre enorme vestido de labriego se levantó. —Yo, milady. No tengo nada que hacer hasta la primavera.

—¿Tan lejos estamos de Londres?

La miraron como si estuviera mal de la cabeza. —Señorita, estamos a un día de Londres.

—¿De verdad? —Sonrió encantada. —Eso es maravilloso. No podemos perder tiempo. Cuanto antes lleguemos, antes cobrarán, señores.

## Capítulo 5

Minutos después siete hombres subidos a sus caballos y con las armas dispuestas, la rodeaban para ir hacia Londres. El hombretón estaba a su lado vigilante con un mosquetón en la mano. Ella le miró de reojo y sonrió. — ¿Cómo te llamas?

— Denis Edwards, señorita Sherman.

— Así que eres agricultor.

— Sí, señorita.

Johanna asintió mirándolo disimuladamente. Era muy atractivo. Tenía el cabello negro algo largo para su gusto, pero lo llevaba limpio, aunque ahora estaba mojado por la nieve que caía. Johanna también se estaba empapando, pero era imprescindible que regresara a Londres cuanto antes. Se fijó en sus manos que eran fuertes y estaban maltratadas de trabajar. Se notaba que no le temía al trabajo.

— Dime, Denis. ¿Has tenido la oportunidad de estudiar?

— Sé leer, si se refiere a eso.

— ¿Y llevar números?

La miró extrañado — Sé contar. ¿Por qué?

Se avergonzó de sí misma por pensar que podría llegar a ser su marido. Si ni sabía si estaba casado. — ¿Estás casado? — preguntó sin poder evitarlo.

— No. No lo estoy.

Johanna sonrió encantada y él parecía aún más confuso. — Sobre la paga...

— No debes preocuparte por eso. Papá se encargará.

— ¿Cómo es que ha llegado hasta aquí sin escolta?

— Me han secuestrado. — Sonrió por su expresión de sorpresa. — Es que mi padre es rico y la gente cree que pueden sacarnos el dinero. Se va a llevar una sorpresa porque sé quién es y le pienso denunciar.

— Es una suerte que se haya escapado. ¿Eso se lo hizo él?

Ella se llevó una mano a la sien — ¡Oh, no! Me caí por una escalera.

— No se preocupe. Enseguida estará con sus padres.

Ella sonrió y miró al frente. Esperaba que no se encontraran con James

porque estaría en clara desventaja. Tampoco quería que saliera herido. No sabía por qué, pero eso no le gustaba nada.

Pasaron un par de horas y el frío empezó a hacer mella en ella. Sus dientes empezaron a castañear, pero ninguno de los hombres le ofreció detenerse un momento para que entrara en calor, así que ella no dijo nada pues también estaba impaciente por llegar. Estaba decidida a ir hasta el puerto, a las oficinas en Londres de su padre, aunque fuera de noche. Siempre había alguien para custodiarlas, pues en el puerto siempre podían saquearlas. Esa persona sabría cómo buscar al señor Stone, que se encargaba de los negocios de su padre en Londres.

Era bien entrada la noche cuando llegaron a Londres y en la oscuridad no podía apreciar la belleza de la ciudad. Cogió su cuchillo y consiguió decir — Debemos ir al puerto.

—¡Al puerto! —dijo uno de los hombres asustado— ¡Nos matarán en cuanto pongamos un pie en el puerto! ¡Los rateros de Sterling dominan la zona!

—¿Quién es Sterling?

—El rey de los bajos fondos de Londres —dijo Denis mirándola con desconfianza—. Ninguna dama querría ir al puerto y mucho menos de noche. Esto no me gusta.

—Te aseguro que en cuanto encontremos la oficina de mi padre....

Los hombres empezaron a ponerse nerviosos y eso la enfadó. —¿Ahora que habéis llegado hasta aquí, me vais a abandonar?

—No, por supuesto que no. —Denis les fulminó con la mirada. — Continuemos. Somos muchos para que nos ataquen.

Ella sonrió agradecida y les siguió hasta la zona del puerto, pues ella no tenía ni idea de a dónde iban. Al llegar se sorprendió porque no se esperaba que fuera tan grande.

—Dios mío —susurró nerviosa mirando la cantidad de barcos que había amarrados.

—¿Hacia dónde? —preguntó Denis.

—Debo encontrar los barcos de mi padre.

Un hombre vestido de caballero con traje de noche, pasó a su lado del brazo de una meretriz que se reía escandalosamente y frunció el ceño al verla. Los hombres se tensaron, pero suspiraron de alivio al verle pasar y dar la vuelta a la esquina.

—Si es tan peligroso estar aquí, ¿cómo es que ese caballero no tiene miedo?

—Porque a ese caballero nunca le tocarían un solo cabello —dijo Denis entre dientes—. Es el dragón dorado.

Johanna abrió los ojos como platos. —¿El dragón dorado? —Miró hacia donde había desaparecido. —Un pirata.

—Shuss. ¡Si la oye, estamos muertos! ¿Quiere darse prisa? ¡Nos estamos

jugando el cuello!

Su enorme salvador empezaba a ponerla de los nervios. Subida al caballo miró las embarcaciones y casi chilló de la alegría al ver al Libertad amarrado. — ¡Este es de mi padre!

Miró a los edificios de enfrente y vio el cartel de mercancías Sherman con letras pintadas en verde sobre un fondo azul. — ¡Es aquí!

En ese momento les rodearon al menos cuarenta hombres con diferentes maneras de vestir. Asustados los suyos se pusieron en guardia, pero no apuntaron contra ellos porque no eran tontos. Sabían que no saldrían de allí vivos.

Dos hombres vestidos de caballeros con capas negras caminaron entre los hombres mirándoles fijamente. Nerviosa pensó que de un secuestrador estaba cayendo a otro.

—Es Sterling —dijo uno de los suyos con admiración.

Johanna miró al hombre mayor que sonrió con descaro. La verdad es que para los cincuenta y tantos que debía tener, estaba bastante bien de planta. Era moreno y la cara no se la llegaba a ver del todo por el sombrero de copa que llevaba.

Sorprendiéndola se quitó el sombrero y le sonrió. —Condesa, ¿se ha metido en un lío?

Confusa miró hacia atrás, pero no había más mujer que ella. Se giró para mirarle de nuevo. —Disculpe, pero creo que se confunde. —Asombrada preguntó— ¿Me ha llamado condesa?

El hombre se acercó a su caballo perdiendo la sonrisa poco a poco. —¿Se puede saber qué hace en el puerto a estas horas?

—¿Me conoce?

El caballero pareció asombrado. —Por supuesto que la conozco. Es Johanna Fishburgne, Condesa.

Johanna se echó a reír sorprendiéndolo aún más. El hombre se giró para mirar al otro caballero, que se encogió de hombros como si no entendiera nada.

—Disculpe, señor...

—Sterling, Jack Sterling. —Preocupado hizo un gesto y su hombre se acercó al primer labriego que la acompañaba y le cogió de la pechera de la camisa tirándolo al suelo.

—¿Qué haces con la condesa? —preguntó cogiéndolo de nuevo y elevándolo sobre su cabeza.

Johanna gritó — ¡Déjelo! ¡No ha hecho nada! ¡Sólo me estaba ayudando!

—¿Ayudando a qué? —preguntó Sterling desconfiado— No estará intentado escapar de su marido.

—¡Oiga no sé de quién está hablando, pero yo sólo quiero encontrar a el señor Stone para que me ayude a llegar a casa!

Sterling sonrió. —Será un placer ayudarla, milady. Estaré encantado. Coleman, trae mi carruaje. Milady está helada.

Esperanzada preguntó — ¿Usted sabe dónde está el señor Stone?

— Es Sterling. Lo sabe todo — dijo Denis con rabia.

Sterling le miró y entrecerró los ojos — Te conozco.

— Creo que se equivoca.

— Yo nunca me equivoco. — dio un paso hacia él y Denis se tensó apuntándolo con su arma. Todos los hombres de Sterling le apuntaron con sus armas.

— Tírala al suelo si quieres seguir viviendo un minuto más — dijo Sterling fríamente sin mostrar ningún rasgo de temor.

Denis apretó las mandíbulas antes de tirar su arma al suelo. — Ya recuerdo quién eres. Una vez viniste a pedirme ayuda.

— ¡Y usted se negó!

— ¿La encontraste?

— Sí, estaba muerta en uno de sus callejones. — Sterling apretó los labios. — ¡Si me hubiera ayudado podría haber sobrevivido!

— Siento lo de su hermana. Pero debes entender que no puedo ayudar a todo el mundo.

— A ella bien que la ayuda. Como tiene dinero.

Sterling se tensó por el insulto y se acercó a él. — Igual si hubieras sido un hombre como se debe, habrías impedido que se llevaran a tu hermana de tu casa, en lugar de estar bebiendo en la cantina. No esperes que los demás solucionen tus problemas.

A Johanna se le cortó el aliento porque parecía que Denis quería matarle, pero no se movió demostrando que no tenía carácter. Johanna le miró con desprecio porque le daba la sensación que Sterling tenía razón. Denis quería descargar su culpa sobre Sterling para tener la conciencia tranquila. No sabía toda la historia, pero le daba la sensación que tenía razón.

Sterling le dio la espalda demostrando que no le tenía ningún temor y la miró a los ojos. — Milady, descienda. Yo me encargaré de usted a partir de ahora.

— He prometido que serían recompensados por acompañarme.

Sterling hizo un gesto y uno de los hombres de traje de calle tiró a Denis una bolsa de cuero. Johanna sonrió mirándoles. — Gracias por su ayuda.

— De nada, milady — dijo Denis con ironía—. Queda en buenas manos.

Inquieta miró a Sterling que le ofreció la mano, pero sus ojos negros le dijeron que podía confiar en él. Sonrió descendiendo con esfuerzo porque estaba cansada y cogió su brazo. — Está helada, milady. Enseguida llegará mi carruaje.

— El señor Stone debe ponerse en contacto con mi padre. Él le recompensará por sus esfuerzos por ayudarme.

—La llevaré directamente a su casa. ¿Le parece?

—¿A mi casa? —Confundida se detuvo. —¿Cómo que a mi casa? Mis padres aún no tienen residencia en Londres. Nos alojaremos en un hotel para la temporada.

Sterling entrecerró los ojos. —¿No me diga? —Miró a uno de sus hombres que salió corriendo. —Entonces permítame que la aloje en mi casa hasta que encontremos al señor Stone. ¿Le parece? Allí podrá darse un baño caliente y comer algo.

—Oh, qué amable es usted. Estaré encantada de aceptar su hospitalidad. La verdad es que estoy muerta de frío.

—Lo veo, milady.

Un opulento carruaje digno de un duque, llegó a toda velocidad y en cuanto se detuvo ante ellos Sterling abrió la puerta. Admirada vio el tapizado rojo burdeos de los asientos y las S grabadas en oro en los respaldos. —Maravilloso.

—Me alegro que le guste. Se lo gané a un conde derrochador en una partida de cartas. La tapicería es nueva.

—Se la voy a mojar.

—No se preocupe. Podría cambiar la tapicería mil veces y no me arruinaría. Se lo aseguro.

Johanna sonrió maliciosa. —¿Me contará historias? Me han dicho que es el rey.

—Sólo de esta parte de la ciudad. —La ayudó a subir mientras Johanna se reía y cuando se sentó a su lado gritó —¡A casa!

Había una botella a su lado y le preguntó —¿Puedo beber?

—Es para usted, milady. Es coñac caliente.

—Ah, bueno. —Descorchó la botella y le dio un buen sorbo dejando a Sterling asombrado. Ni sus mejores chicas le daban a la bebida como milady.

Se pasó el dorso de la mano por sus jugosos labios y sonrió. —Está muy bueno.

—De mi mejor reserva. Y dígame, milady. ¿Cómo es que ha terminado en el puerto de noche?

—Oh, me han secuestrado. Pero me he librado de ese gigante rubio en cuanto se ha despistado. No es muy bueno en su trabajo.

Sterling parpadeó. —¿Ese gigante no sería escocés por casualidad?

—¡Una dama del camino dijo que lo era! —exclamó con los ojos como platos—. ¿Cómo lo sabe? ¿Lo conoce? ¿Ya lo ha hecho antes? —Le miró con desconfianza. —¿No serán amigos?

Sterling se echó a reír. —No le conozco demasiado, pero sí que nos han presentado. Eso si es el escocés que creo. ¿No se llamará James?

—¡Sí, ese es! Incluso su padre participó en el secuestro.

Sterling la miró atentamente y vio su herida encima de la sien. —¿Está herida? ¿Necesita atención médica?

—Oh, no. Me caí por las escaleras. O eso me dijo el grandullón. —Bebió otro buen sorbo de coñac.

—Cuidado, milady.

—Tranquilo, aguanto muy bien la bebida. Ya estoy entrando en calor.

—Un buen baño es lo que necesita mientras encuentro al señor Stone.

—No sé cómo agradecerle su ayuda. —Vio que llevaba algo colgado del pañuelo blanco que rodeaba su cuello. Parecía una perla. Entonces recordó una perla exactamente igual prendida a otro pañuelo y se vio a sí misma sentada en un sofá mientras varias personas que no conocía se reían. La única persona que conocía era James, que hablaba con un hombre moreno que estaba de espaldas a ella. Entonces vio la perla de nuevo ante ella y al levantar la vista vio a Sterling sonriéndole antes de besar su mano.

Asustada miró a Sterling a los ojos. —¿Le conozco? ¿Nos hemos visto antes?

—¿Eso cree?

—Usted parecía conocerme y...— Se llevó una mano a la sien sintiéndose mal de repente.

—Creo que ha bebido demasiado deprisa, milady.

—Sí, eso debe ser. Además, estoy cansada.

—Ya estamos llegando.

En cuanto se detuvieron, un lacayo abrió su puerta y Sterling descendió ayudándola a ella después.

El lacayo miró a su alrededor y cubrió a Johanna con un paraguas para meterla en casa.

—Que asistan a la señora en todo —ordenó Sterling—. Un baño.

—Sí, jefe—dijo el mayordomo haciéndose cargo de todo—. Por aquí, señora.

—¿Soy señorita, sabe usted? Todavía no me he casado, pero no tardaré mucho porque en cuanto llegue mi madre pondrá la ciudad patas arriba para encontrarme un marido adecuado.

Sterling la observó subir las escaleras y apretó los labios antes de hacer un gesto a uno de sus hombres. —Averigua dónde está el Conde Fishburgne y si no le encuentras llama a los Sherman.

—Estarán en alguna fiesta.

—El Duque de Stradford seguro que está en casa con su esposa. Tráemelo.

—¿Y qué le digo?

—Sólo que quiero verlo.

—¿No le hablo de la dama?

—No. Quiero saber bien lo que ocurre antes de tomar una determinación.

—Bien, señor.

Su hombre salió de la casa de inmediato y al volverse vio el cuadro de su esposa sobre la chimenea del salón. Caminó hacia allí y susurró —Vamos a ayudarles, Monique. Me recuerdan a nosotros cuando nos casamos. ¿Recuerdas? —Sonrió con tristeza. —Nos peleábamos continuamente, pero al final el amor lo puede todo. Ayudaremos al escocés porque era lo que Lady Johanna quería y no es tonta. Seguro que eligió bien en su momento. —Se echó a reír. —Es de armas tomar la americana, cariño. Te hubiera encantado conocerla.

Johanna suspiró metida en la bañera. La doncella le lavó el cabello con cuidado de no tocarle la herida mientras otra doncella le llevaba un camisón digno de una reina y una bata a juego con sus zapatillas. Le llevaron una bandeja con algo de comer y tumbada en la enorme cama se lo comió todo.

Una doncella se acercó a la cama y le susurró —Duerma, señorita. Cuando sea necesario, el señor Sterling mandará llamarla.

Escuchó cómo llamaban a la puerta en el piso inferior y la chica sonrió al ver que se sentaba de golpe. La empujó por el hombro tumbándola lentamente. —Será alguno de los hombres del señor. No se preocupe. Descanse.

—¿Seguro?

—Seguro. Me lo ha dicho el señor Sterling en persona. Duerma tranquila. Tendrá noticias de inmediato.

Agotada como estaba, se le cerraron los ojos mientras la puerta se abría en el piso de abajo, dejando pasar a James, que pálido de frío y calado hasta los huesos miró a Sterling ante él. —¿Está aquí?

—Pase, James. Necesita un trago.

Le siguió hasta el salón muy nervioso. —Déjese de juegos. ¿Está aquí? ¡Si no lo está, debo seguir buscando a mi esposa!

—Está descansando. —Se acercó al mueble de las bebidas y quitó uno de los tapones de cristal tallado antes de coger la botella y servir una generosa copa de coñac. —Bébase esto.

James con alivio se dejó caer en uno de los sofás. Sterling levantó una ceja por el crujido del mueble. Seguramente debería cambiarlo cuando el gigante se fuera, porque tenía la sensación de que la noche iba a ser larga.

—¿Me va a explicar lo que ha ocurrido para que me la encontrara en el puerto rodeada de hombres armados?

—No nos recuerda. —Cogió la copa y se la bebió de golpe antes de dejar la copa y apretarse la pierna como si le doliera.

—¿Está herido?

— Es una larga historia.

— ¿Tiene que ver con la historia de que su mujer ha intentado matarle?

James se pasó una mano por la frente. — Dios mío. Parece que eso fue hace un siglo.

— Sin embargo, sólo han pasado unos días. Tenía entendido que su mujer le había abandonado. Se rumorea por todo Londres.

— No intentó matarme precisamente — dijo fastidiado—. Sólo se estaba vengando. Quiero verla.

— No hasta que se solucione este tema.

James sabía que no podía hacer nada contra Sterling. Su palabra era ley. — No sé ni por dónde empezar.

En ese momento llamaron a la puerta y la voz de su suegra hizo que fulminara con la mirada a Sterling. — ¿Ha llamado a los Sherman?

— Son su familia.

— ¡Mierda!

Rose Sherman entró en la sala como una exhalación con un vestido violeta que dañaba la vista. — ¿Y mi hija? ¿Qué ha ocurrido?

James miró tras ella y Sterling reprimió la risa al ver su alivio, pero aun así preguntó — ¿Y su esposo, Señora Sherman?

— Todavía no ha llegado de Boston. ¿Dónde está mi hija? Me dijeron que quería vernos, señor Sterling, pero esto es totalmente inadecuado. Como alguien se entere de que estoy en su casa... Puede que sea amigo de la familia, pero hay que guardar las apariencias.

En ese momento llamaron a la puerta de nuevo y James siseó — Déjame adivinar, Sterling... ¿Alex y Elizabeth?

— Es usted muy listo, conde.

Alex entró en el salón solo y James suspiró de alivio. — Menos mal.

— ¿Qué ha ocurrido?

— ¿Y su encantadora esposa, Duque?

— Enfadada y yo también. Así que no tiene ni idea de que he salido de casa porque no estaba tumbado a su lado. — Fulminó a James con la mirada. — ¡Y es culpa tuya!

— Como todo.

Todos fulminaron con la mirada a James, que se levantó para servirse otro coñac. Se lo bebió de golpe y al ver a su suegra que no le perdía de vista, volvió a servirse otro.

— Veo que te encuentras mejor — dijo Alex furioso.

— No estamos casados.

Todos se quedaron con la boca abierta. Todos menos Sterling, que suspiró por lo bajo.

—¡Qué! ¡Quería librarme de una esposa que no había tocado y que no deseaba! Así que soborné al sacerdote, que convenientemente anuló el matrimonio minutos después. ¡No quería casarme con ella! —gritó fuera de sí.

—Pero mi marido... —La señora Sherman se levantó confusa. —Mi marido le preguntó si quería cargar con ella y dijo que sí. Que había dado su palabra... — Se llevó una mano al pecho. —Dios mío. Fue porque te enteraste de que era rica, ¿verdad?

—Señora, tengo dinero de sobra. ¿No cree?

—No fue por eso. ¡Fue porque viste lo que vemos todos en Johanna y no la quisiste soltar! —dijo Alex furioso—. ¡Por eso cambiaste de opinión! ¡Pero en lugar de ser sincero, decidiste embrollarlo todo!

—¡Para ti fue muy sencillo! ¡La conociste y ya sabías lo que querías! ¡Tú la cortejaste! Yo me encontré atado a una cama, viendo como una loca decía que quería casarse. ¡Si ni siquiera sabía cómo se llamaba!

Sterling carraspeó. —Así que cambió de opinión y ya no podía decir que no estaban casados. Todo vino rodado y disimuló.

—Sí. Me dejé llevar y todo fue empeorando por momentos. ¡Johanna no me perdonaba mi comportamiento y me provocaba continuamente!

—¡La rechazaste desde un primer momento! ¡Le rompiste el corazón y cuando quiso dejarte, la retuviste aunque no tenías derecho! —gritó su madre con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Por qué?

—¡No lo sé! —gritó furioso.

Rose Sherman se enderezó. —No pasa nada. Mi Henry lo arreglará. — Descompuesta se dejó caer en el sofá de nuevo. —Lo arreglará. Si me la tengo que llevar a Italia o a Francia... Mi pobre niña... Todo esto es culpa mía. No tenía que haberla obligado a venir. Era tan feliz en Boston. No necesitaba casarse. —Se echó a llorar sin poder evitarlo. —Si no la hubiera obligado.

—Señora Sherman, ahora eso da igual. Ahora sí que tenemos que casarnos.

Ella le fulminó con la mirada y gritó furiosa antes de lanzarse contra James. —¡Canalla! ¡Maldito canalla! ¡Te mataré!

Alex se la quitó de encima intentando calmarla y Sterling les miró divertido. —Me da la sensación de que el Conde tiene mucho más que contar, porque cuando me encontré a la señorita Sherman no me reconocía.

Miraron a James y que nervioso se pasó la mano por la nuca. —Cuando se enteró de que no estábamos casados, salió huyendo y se cayó por las escaleras de la posada. Perdió el conocimiento y cuando se despertó no nos recordaba. Para ella soy un desconocido.

Todos se quedaron en silencio mirándole y la señora Sherman se soltó de Alex. —Me llevo a mi hija ahora mismo.

—Señora Sherman, piense lo que dice —dijo Alex pausadamente—. Ahora

deben casarse.

—¿Con un hombre que le ha mentado de esta manera? ¡Ella se casó con él porque le amaba! ¿Tienen idea de los candidatos que ha rechazado mi hija? — Señaló a James. —¿Quién te crees que eres para tratarla así? ¡Si incluso después de golpearla intentó volver contigo! —gritó fuera de sí—. ¡La has insultado de todas maneras posibles! ¡A mi hija!

—Bueno, tiene que reconocer que su hija es de armas tomar —dijo Alex en su defensa viendo la palidez en el rostro de James.

—¡Sí! —gritó ella orgullosa enderezándose—. Y porque es como es, me la llevo. ¡No ha sido mi hija estos meses, porque si lo hubiera sido, le habría despellejado vivo! — Cogió sus faldas y se volvió caminando hacia la puerta del salón. —Buenas noches, caballeros. Espero no verles nunca más.

Alex se acercó a la puerta y la vio subiendo las escaleras sin pedir permiso a nadie. Al volverse vio cómo James se dejaba caer en el sofá e hizo una mueca cuando crujió con fuerza. Sterling hizo un gesto sin darle importancia.

—Se la va a llevar —susurró James apretándose las manos mientras miraba el vacío.

Alex suspiró. —Quizás sea lo mejor.

James se levantó de golpe. —¡Y una mierda es lo mejor! ¡Es mi mujer!

—¿Ahora lo tiene claro, conde? —preguntó Sterling divertido.

—¡Que no estemos casados, no significa que no sea mi mujer!

—Pues ya va siendo hora de que se lo demuestre, ¿no cree? —Sterling sonrió. — Nadie le impediría en esta ciudad que ejerciera sus derechos como esposo. Según la ley su esposa es suya para hacer lo que le plazca y sin su consentimiento no puede irse a ningún sitio.

—¿Qué propone? —preguntó Alex asombrado—. ¿Que continúe disimulando que es su mujer? ¡No le recuerda!

—Algo me dice que eso no va a durar mucho. Hubo un momento en que parecía que me recordaba. Apostaría que antes de una semana se acuerda perfectamente de todo. El problema que debemos tratar ahora, es impedir que abandone el país y sus padres se la lleven sabe Dios dónde.

James apretó los puños. —Es cierto. Ante todos sigue siendo mi esposa.

—Si su madre ...

—Su madre no puede demostrar que no lo es —dijo Sterling pasándose lo en grande—. ¿Quién en esta ciudad diría una palabra después de que haya sido la condesa desde hace dos meses? Además, siendo nuera del Marqués, a quien todo el mundo aprecia. Para todo el mundo es la condesa y lo será hasta el día de su muerte.

—Cuando lo recuerde todo, te despellejaré vivo —le advirtió Alex—. Y ahora tienes en contra a su familia. Como la reina se entere de esto, de que has

convivido con ella sin casarte, deshonrando a su familia y engañando a todo el mundo...

—¡La reina no me importa! ¡Sólo quiero recuperar a mi mujer!

Alex sonrió. —¿Pues a qué esperas? —James salió del salón como una exhalación y Alex miró a Sterling. —No funcionará.

—Déjemelo a mí, amigo. Yo me encargo de todo.

—¿Qué piensa hacer?

—Necesitan estar solos. —Miró el cuadro de su esposa. —Les vendrá bien la soledad.

Alex miró a la mujer. —¿Se sabe algo de su esposa?

—Todavía nada. —Forzó una sonrisa. —Pero he recibido noticias de mi enviado a España. Ha estado en esa casa de Cádiz, pero la chiquilla ya no trabaja allí.

—Vaya, lo siento. Esperaba que continuara sirviendo en la hacienda.

—Al parecer se había ido a Madrid a servir. Mi hombre no parará hasta encontrarla. Es la única pista que tenemos.

—Espero que tenga suerte.

Sterling le miró a los ojos. —Tengo el presentimiento que esta vez sabré algo de ella. De lo que ocurrió.

—Lo deseo de corazón.

—Lo sé, amigo.

## Capítulo 6

James entró en la habitación como una tromba y sobresaltó a la señora Sherman sentada en la cama al lado de su hija que estaba dormida profundamente. Se acercó a la cama decidido y Rose se levantó. —¿Qué haces?

—¡Llevarme a mi mujer! —apartó las sábanas mientras su suegra jadeaba y le vio coger la bata, pero la miró y al ver el ligero tejido, la tiró al suelo antes de coger el edredón de seda.

Rose iba a impedir que la cogiera, pero cuando vio cómo la arrojaba con el edredón antes de cogerla en brazos delicadamente, no supo qué decir. James se detuvo al ver que Johanna suspiraba contra su pecho y sus ojos se encontraron con los de su suegra que susurró —No puedo dejar que te la lleves.

—Deme una oportunidad. Sólo una más.

Les miró a ambos y recordó las palabras de su hija en el salón de la duquesa. Estaba tan enamorada de él. —Sólo una más —dijo antes de pensarlo demasiado—. Como vuelvas a hacerle daño, mi marido te destrozará. —Dio un paso hacia él. —Le haré la vida tan imposible, que se libraré de ti sólo por no escucharme. ¿Me has entendido?

James sonrió. —Johanna dice que su carácter es el de su padre, pero creo que está equivocada.

—Por supuesto que está equivocada. Excepto en el mal humor, todo lo demás es mío —dijo orgullosa antes de señalarle con el dedo—. Recuérdalo bien, escocés.

Él fue hasta la puerta y miró a su mujer, que seguía dormida profundamente. Salió rápidamente de la casa y la metió en su carruaje sentándola sobre sus rodillas. Distráido acarició su cabello húmedo y sonrió cuando arrugó su naricilla. Debía oler fatal, pues su ropa seguía húmeda y el olor a caballo era inevitable después del viaje.

Distráido ni se dio cuenta de que no llegaban a su destino hasta que un fuerte traqueteo le llamó la atención. Estaba amaneciendo y al mirar por la ventanilla vio que estaban saliendo de Londres. Confundido miró por la otra

ventanilla intentando no despertar a Johanna, que protestó entre sus brazos.

—Joder —siseó por lo bajo viendo una casa incendiada al lado del camino—. ¿Dónde diablos vamos?

Indeciso miró a Johanna y la dejó en el asiento de enfrente con cuidado antes de abrir la puerta y gritar al cochero —¿A dónde te crees que vas, imbécil?

El tipo ni le contestó y James encaramado, alargó el brazo cogiéndole por la chaqueta justo antes de que una pistola apareciera en su cara. —Vuelva al interior, milord. Ahora.

—¿A dónde nos llevas?

—Vuelva al interior y cierre las cortinas. Le aconsejo que duerma. Es un viaje largo.

James soltó su brazo y el desconocido sonrió poniéndole los pelos de punta. — ¿Esto es obra de Sterling?

—Vuelva dentro y pórtese bien. No me gustaría tener que pegarle un tiro, pero el jefe manda.

—¿Sterling nos está secuestrando?

El hombre le puso el cañón sobre la frente. —Vuelva dentro. Ahora.

James se alejó con ganas de matarle y sin entender nada entró en el carruaje cerrando la puerta. Johanna estaba sentada en el asiento y le miraba con los ojos como platos. Parecía que no se llegaba a creer que estuviera allí.

Y no se lo creía. ¿Cómo la había secuestrado de nuevo de casa de Jack Sterling? Le vio sentarse ante ella poniéndose cómodo estirando las piernas. Estaba enfadado y supuso que era por su causa.

—¿Cómo está la dama que rescatamos del carruaje?

James entrecerró los ojos. —Perfecta. La dejé en manos de mi padre en cuanto pude para ir a buscarte.

—Veo que me has encontrado.

—No ha sido difícil. Debería pegarte una paliza por cabalgar bajo la nieve durante horas. Es una suerte que no te hayas puesto enferma.

—Así que Sterling es su compinche.

—Querida, gracias a tu pequeña aventura ahora nos han secuestrado a los dos.

Johanna no entendía nada. —¿Perdón?

—Nos han secuestrado. Sterling nos ha secuestrado a los dos. —Se cruzó de brazos mirándola fijamente.

Jadeó indignada. —¿Eso es imposible! ¿Por qué iba a hacer eso?

—Créeme. No tengo ni idea. Sólo sé lo que me acaba de decir el cochero.

—Pero mi padre pagaría el rescate.

—Johanna, tu padre está en Boston. Supongo que creerá que mi abuelo lo pagará con gusto por rescatar a su heredero. —Molesto miró por la ventanilla. —

No tengo ni idea de hacia dónde vamos.

—Bueno... —Poniéndose nerviosa por estar con él a solas y sin saber si creer lo que contaba dijo —¡Pues haga algo!

—Vamos a toda velocidad y el cochero está armado —dijo con ironía. —En eso me lleva ventaja.

Johanna levantó la pierna sin ningún pudor y James puso los ojos en blanco al ver que buscaba su cuchillo. —Preciosa, no duermes con el cuchillo.

—Una regla que tendré que cambiar. —De repente se dio cuenta de lo que él había dicho y le miró con desconfianza. —¿Cómo sabe cómo duermo?

Se miraron a los ojos y Johanna se sonrojó enfureciéndose. —¡Ha abusado de mí!

—Preciosa, te aseguro que si alguien ha abusado de alguien has sido tú.

Jadeó indignada. —¿Cómo se atreve? ¡Seguro que me ha drogado!

—Te desnudaste tú sola, eso lo garantizo.

Parecía tan sincero que Johanna no pudo evitar creerle y asombrada preguntó— ¿De verdad?

James reprimió una sonrisa. —De verdad. De hecho, lo hiciste todo tan gustosa, que me sorprendió un poco.

Johanna pensó en ello. Debía estar drogada, como cuando se cayó por las escaleras. Seguro que había hecho cosas que no recordaba. —¿Fue antes de caerme por las escaleras? ¿Por eso llevaba el vestido desatado en la espalda?

James se tensó. —¿Recuerdas ese momento?

—Es deducción lógica. —Levantó la barbilla. —Seguro que su droga me afectó, porque no recuerdo nada. Eso si no me está mintiendo, que también puede ser.

—Tienes un lunar muy atractivo en la nalga derecha —dijo mirándola con deseo y a Johanna se le cortó el aliento—. Y una pequeña cicatriz en el muslo...

—¡Muy bien! —Sonrojada y molesta por no recordar algo tan importante miró por la ventanilla. ¡Era una desgracia haber compartido lecho con ese hombre y no recordar nada! Se cruzó de brazos dándole vueltas al asunto mientras él parecía satisfecho. Ya no quedaba más remedio. Ahora entendía lo del cura cuando se despertó. No era mala persona. Quería solucionarlo. Eso era bueno. Le miró de reojo pensando que era muy atractivo. —Tendrás que dejar la delincuencia —dijo enfurruñada—. A papá no le gustaría tener un yerno secuestrador. Además, no lo necesitarás.

James reprimió una sonrisa. —¿Me estás pidiendo matrimonio?

—¡Me has deshonrado! Estás obligado a casarte conmigo.

—No pienso negarme. Si recuerdas...

—Sí, ya. —Chasqueó la lengua mirando por la ventanilla. Estaba nevando con fuerza y una imagen de ella sentada en un carruaje viendo cómo nevaba le

vino a la memoria, escuchando a un hombre moreno hablar sobre que ella tenía la culpa de todo diciendo que su esposa estaba en estado. Recordó mirar a la atractiva pelirroja que tenía al lado y que le guiñó un ojo con complicidad. Movi6 la cabeza de un lado a otro confusa y se llev6 la mano a la sien.

—Preciosa, ¿te duele la cabeza? —Preocupado se acerc6 a ella y apart6 la mano de su sien con delicadeza. Sin saber por qu6 ese gesto la emocion6 y cuando acarici6 el dorso de su mano con el pulgar mir6 sus manos unidas. —Johanna, ¿estás bien?

—No sé qu6 me pasa. —Intent6 reprimir las lágrimas y avergonzada apart6 la mano de mala manera. Su contacto la alteraba y no quería que la tocara.

James apret6 los labios enderezándose en su asiento. —Si no quieres casarte...

—Eso est6 fuera de discusión, ¿no crees? —dijo rabiosa sintiéndose acorralada.

—No. Creo que ya no es tema de discusión, pero por el bien de este futuro matrimonio deberíamos intentar entrar en esta nueva etapa sin hostilidades.

Johanna se limpi6 las lágrimas furiosa consigo misma. —Si no me hubieras secuestrado, esto no habría pasado. ¡Adem6s, me drogaste!

James chasque6 la lengua. —Preciosa, te aseguro que no estabas tan drogada.

—¿De verdad? —Sorprendida le mir6 a los ojos. —¿Y por qu6 no me acuerdo de eso?

—No lo sé. Pero tú no te preocupes, que seguro que en unos días lo recuerdas todo.

—¿D6nde me secuestraste?

James se removió inc6modo en su asiento. —¿Este hombre no piensa detenerse nunca?

—¿James? —Dej6 caer la colcha mostrando su camis6n y él la mir6 exasperado.

—Cúbrete, Johanna. S6lo me falta que te pongas enferma.

—Nunca enfermo.

Se acerc6 a ella y le subi6 el edred6n hasta el cuello embutiéndola en el edred6n como si fuera una vaina. Sin poder moverse se le qued6 mirando y sin poder evitarlo sonri6. —¿Por qu6 te preocupas por mí?

—¿Qu6 pregunta m6s tonta! ¡Eres... Vas a ser mi esposa!

—Ah.

La mir6 de reajo. —¿Tú no te preocupas por mí?

—¿Debo hacerlo?

—¡SÍ!

—Bien, pues a partir de ahora lo intentaré. —Él gruñ6 por lo bajo. —Tienes

que tener en cuenta que nunca he estado casada y no sé muy bien lo que debo hacer. —Volvió a gruñir por lo bajo y Johanna añadió—Pero te aseguro que seré buena esposa. Siempre que no me llesves la contraria, seré una esposa estupenda.

—¿No me digas?

—Mi madre dice que tengo un carácter terrible cuando me contradicen. Pero no es cierto ... —Pensó en ella y en cómo la llamaban la loca Sherman. Va, eso eran tonterías. —Padre está muy orgulloso de mí.

James sonrió— Eso es cierto.

—¿Conoces a mi padre?

—¡No! Son rumores que oye uno en el club.

Johanna sonrió encantada. —¿Así que está orgulloso de mí?

Relajado correspondió a su sonrisa y Johanna perdió el hilo de sus pensamientos por el vuelco que le dio el corazón. —Sí que está orgulloso. Dice que no hay hija más lista en todo Londres. Incluso metiendo la pata, siempre aciertas.

Confusa perdió la sonrisa. —¿Ha dicho eso? ¿Y qué significa?

James se encogió de hombros. —Tú sabrás.

—Deberé preguntárselo cuando le vea de nuevo. —Le miró atentamente. Tenía buena planta. A su padre le gustaría porque no era uno de esos petimetres de sociedad. Había conocido a unos cuantos en Boston y su padre los despreciaba. No, su James le gustaría a su padre. Sonrió satisfecha y miró hacia la ventanilla. —La anciana dijo que tu abuelo era duque.

—Sí, cielo. Serás duquesa algún día, si Dios quiere.

—Eso satisfará a mamá.

—No sé qué decirte —dijo él por lo bajo.

—¿Perdón?

—Sí, preciosa. Le gustará que su hija sea duquesa. Pero queda mucho para eso.

—Sí, por supuesto. Espero que tu abuelo viva muchos años. Además, no necesitamos el dinero. Papá ya contaba con comprarme un marido. —James gruñó por lo bajo. —Debes dejar esos actos delictivos de inmediato. Vivirás bien, te lo aseguro.

—Yo mantengo a mi esposa —dijo entre dientes.

Johanna parpadeó —¿De veras? —Se sonrojó ligeramente. —Oh, por supuesto.

Cómo había sido tan tonta. Si había llegado a esos extremos era porque no le debía gustar vivir de préstamos. Johanna se mordió el interior de la mejilla pensando en ello. Si se casaba con él, debería apoyarle en todo. Y al fin y al cabo los secuestros eran un trabajo. Mientras su padre no se enterará...

Johanna sonrió. —Está bien. Puedes seguir con los secuestros, pero tendré que ayudarte. Tu familia y tú sois muy descuidados. No quiero quedarme viuda

porque te ahorquen por uno de sus descuidos.

—¿Perdón? —James la miró disimulando la risa

—¡No puedes ir hasta Boston para secuestrar a alguien y llevártelo a Inglaterra! Debes secuestrar en tu zona. —Entrecerró los ojos cómplice. — Debes conocer el terreno.

—¿No me digas?

—Sí, y no puedes llevar al secuestrado a una posada. —Chasqueó la lengua moviendo la cabeza de un lado a otro. —Eso es otro descuido. ¡Te puede ver alguien! No te preocupes, encontraremos a la siguiente víctima y sacaremos una buena tajada para pasar una temporada.

—Así que ahora quieres ayudarme.

—Entiendo que eres un hombre y que debes tener tu orgullo. Me alegra que no quieras vivir del dinero de mi padre.

—Pero no te gusta que sea un delincuente.

—Preferiría que no. Me gusta vivir tranquila.

James ya no pudo evitarlo. Se echó a reír a carcajadas porque parecía convencida de lo que decía. Johanna indignada siseó —¿Te estás riendo de mí?

—Preciosa, no serías capaz de vivir tranquila ni aunque lo intentaras con fuerza.

—Eso no es cierto. ¡Cómo se nota que no me conoces!

—Cualquier otra dama en tu caso estaría aterrorizada llorando por las esquinas y exigiéndome que la rescatara.

—No soy tan blanda. Entiendo las circunstancias. —Levantó la barbilla. — Eso debería alegrarte.

—Y me alegra, te lo aseguro. ¿Conoces a alguna dama que vaya al puerto de noche?

Johanna se sonrojó. —Iba escoltada.

—Seguro que esos hombres estaban más asustados que tú.

—Menuda tontería. El señor Sterling es muy agradable.

—Es un ladrón y un asesino. Y ya que lo mencionas, nos ha secuestrado querida.

—Incomprensible. Sigo sin entenderlo. —James gruñó cruzándose de brazos. —Tú no estás asustado.

—No, porque sé que es un hombre de negocios y si ha hecho esto, es para llevarse una suculenta suma. Al menos eso espero.

—Entonces asunto arreglado. En cuanto nos suelten, nos casamos.

—Muy bien.

Se miraron el uno al otro y entonces fue consciente que debía tener un aspecto terrible. Se sonrojó ligeramente cuando recordó que la había visto desnuda y James entrecerró los ojos antes de carraspear. Johanna separó sus labios sin poder

evitarlo al mirar los suyos, que parecían tensos. —Querida...

—¿Sí?

—¿Me estás invitando?

—¿Invitando a qué?

—A que te bese.

Se puso como un tomate desviando la mirada. —¡Por supuesto que no, caballero!

James la cogió en brazos antes de darse cuenta, sentándola sobre su regazo y Johanna gritó de la sorpresa. El edredón impedía que se defendiera y su prometido sonrió divertido. —Eres toda mía.

—Esto no es correct...—James atrapó sus labios y Johanna gimió porque entró en su boca sin ningún reparo, provocándole unas sensaciones exquisitas. Su lengua hacía maravillas y cerró los ojos disfrutando de cada caricia. La saboreó de tal manera, que se olvidó hasta de respirar y James se separó ligeramente besando su labio inferior. —Preciosa, el otro día participabas más.

—¿Sí? —La sorprendió su respiración alterada. —¿Y qué hacía?

—Me besabas tú a mí.

Ella besó sus labios suavemente. —¿Así?

—Uhhh.

Johanna sacó la lengua lentamente y acarició la suya provocando que James gimiera antes de entrar en su boca de nuevo. Entrelazados se devoraron el uno al otro como si se necesitaran y James apartó el edredón liberando sus brazos. Desesperada por tocarle, acarició su cuello con ambas manos y gritó en su boca cuando le acarició el pecho por encima del camisón. James apartó su boca para besar su cuello y ella lo arqueó hacia atrás, dándole mejor acceso. Sus labios bajaron por su pecho y mordisqueó su pezón endurecido por encima de la tela, haciéndola gritar de placer. James levantó la vista y sonrió elevándola para atrapar su boca de nuevo.

De repente se vio sentada frente a él tapada de nuevo hasta la barbilla y confundida intentó recuperarse de todo lo que acababa de sentir. —Mamá estaba equivocada, ¿verdad?

—No tengo ni idea de lo que hablas. —respondió James con voz ronca.

—Dice que las relaciones no son demasiado satisfactorias.

James la miró sorprendido. —Pero si ama a su marido.

—Sí. ¿Y eso tiene que ver?

—Las relaciones sexuales son importantes en un matrimonio.

—Mi madre no disfruta mucho de ellas. Creo. Cuando me habló de ello, no le dio mucha importancia.

—Preciosa, te aseguro que eso no te va a pasar a ti —dijo mirándola con deseo.

—¿Son tan importantes?

—Mucho. Entre nosotros lo van a ser mucho. —Molesto miró por la ventanilla. —Maldita sea. ¿A dónde iremos?

Ignorando esa pregunta y todavía excitada, le miró con deseo sin darse cuenta y susurró —Me ha gustado mucho.

—Preciosa, te haría el amor ahora mismo, pero no me gustaría que un tipo armado nos sorprendiera en pleno acto.

—He visto en el puerto de Boston como las prostitutas trabajaban y no parecían disfrutar mucho.

James la miró sorprendido. —Están trabajando. No lo hacen porque quieren. ¡Y no deberías haber visto esas cosas!

—Tampoco se vio tanto. Les levantan las faldas y...

—¡Ya sé cómo se hace! —Ella levantó una ceja y a James se le cortó el aliento. —Preciosa...

—Quiero saber lo que es... ¿Eso es malo?

—¡Conmigo no es malo! Pero no es el lugar...

Johanna se levantó y se sentó sobre él a horcajadas abrazando su cuello. — ¿Así está bien?

—Por Dios, Johanna —dijo agarrándola por el trasero para que no cayera. Amasó sus nalgas por encima del camisón y ella cerró los ojos disfrutando de su contacto. Perdiendo el control, levantó su camisón con fuerza antes de atrapar sus labios y Johanna casi grita de la alegría al darse cuenta de que había claudicado. No sabía lo que le ocurría, sólo sabía que necesitaba sentirle y sus labios la estaban volviendo loca. Acarició su cuello atrayéndole a ella y gritó en su boca cuando sintió su miembro acariciando su sexo de arriba abajo. Sorprendida separó su boca con la respiración jadeante y gimió al sentir cómo entraba en su interior lentamente. Mordiéndose el labio inferior, se dejó caer lentamente para sentirse totalmente llena y movió su cadera ligeramente por el placer que la traspasó.

—Preciosa...muévete. —Besó suavemente sus labios cogiéndola por las caderas y Johanna se dejó guiar. — ¡Por Dios! —James inclinó su cabeza hacia atrás y Johanna se aferró a él ida de placer antes de dejarse caer de nuevo sobre su sexo. Fue una sensación tan impactante que Johanna necesitaba más, así se incorporó de nuevo antes de dejarse caer. Ya no sabía lo que hacía. Se guiaba por instinto y moviéndose una y otra vez sintió como todo su cuerpo se tensaba hasta el punto que se volvería loca si no continuaba. James apretó sus glúteos con fuerza y guió sus caderas. —Más, preciosa. Más rápido.

Fuera de sí aceleró el ritmo y al dejarse caer con fuerza, sintió que su cuerpo estallaba en mil pedazos antes de caer sobre su cuerpo agotada.

Él acarició su espalda y la cubrió de nuevo con el edredón. Ella sonrió y acarició su mejilla contra su barbilla. No se había afeitado. —Raspa.

—He estado algo ocupado persiguiendo a una morena escurridiza.

Se alejó para mirarle a los ojos. —Me gustas.

—Preciosa, de eso me di cuenta hace mucho.

—¿De verdad? ¿Tan transparente soy?

—Disimular no es tu punto fuerte. —James carraspeó. —Preciosa, si sigo dentro de ti...

—Oh, ¿aún? —Notó cómo crecía en su interior y abrió los ojos como platos.

— ¡Sí!

James la cogió por la nuca. —Jo, tú sí que haces los viajes entretenidos.

Sentada ante él un par de horas después se lo comía con los ojos y James se echó a reír. —Increíble.

—Es culpa tuya.

—¿No tienes hambre?

—Estoy hambrienta. —James se echó a reír cuando se sonrojó por lo que había dicho. —No me refería a eso, aunque...

El carruaje dio un bote y Johanna se acercó a la ventana. Un elegante coche de caballos pasó a su lado y vio a una mujer rubia en la ventanilla. La mujer se la quedó mirando con la boca abierta y Johanna chasqueó la lengua antes de volverse hacia James. —Tu madre acaba de pasar.

James la apartó para abrir la puerta sacando medio cuerpo al exterior gritando —¡Padre!

Johanna por la ventanita de atrás pudo ver que el carruaje se detenía, pero el suyo empezó a traquetear como loco. Johanna dio botes de un lado a otro y James casi cae al exterior. —¿Estás loco? —gritó su prometido.

Johanna pensó que su comportamiento era lógico dado que los habían secuestrado, pero le daba la sensación que no debía decírselo a su prometido, que en ese momento intentaba encaramarse al carruaje.

—¡Vuelva al interior!

—¡Detente de inmediato!

Johanna con curiosidad sacó la cabeza por la puerta, pero no veía a ninguno. Escuchó un disparo y asustada soltó el edredón para agarrarse a la varilla portaequipajes y subirse al techo. Colgada del carruaje, buscó dónde poner el pie cuando escuchó un quejido y dispuesta a todo, apoyó los dedos de los pies en el saliente de la ventanilla para subir, pero un bote la hizo caer de nuevo gritando del susto porque por poco se le resbalaron los dedos. La cabeza de James apareció sobre ella. —¿Estás loca, mujer? ¿Quieres matarte?

Sonrió del alivio. — ¿Estás bien?

— ¡Vuelve adentro, Johanna!

— ¿No necesitas ayuda?

Él no le hizo caso, sino que desapareció de nuevo. Johanna frunció el ceño porque no se había asegurado de que estaba a salvo cuando estaba colgada del carruaje. Al parecer confiaba en sus habilidades, se dijo a sí misma animándose.

Pero era más fácil salir que entrar, porque el movimiento le impedía asegurar los pies dentro del carruaje. Vio cómo el cochero salía despedido del pescante y Johanna sonrió. — ¡Cariño! — gritó sintiendo que los brazos ya no soportaban su peso.

James volvió a aparecer y le gritó — ¿Qué haces ahí todavía?

Una mano se le soltó y gritó girándose justo antes de que la otra se soltara. James la agarró de la muñeca y tiró de ella hasta colocarla sobre su vientre en el techo del carruaje, clavándose la varilla en las costillas y con las piernas colgando.

— ¡Mujer, no haces más que meterte en problemas! ¡Casi te matas!

— ¿Quieres detener el maldito coche? — Furiosa le fulminó con la mirada con medio cuerpo fuera.

James saltó al pescante y cogió las riendas tirando de ellas con fuerza. El carruaje se detuvo y Johanna suspiró de alivio apoyando la mejilla sobre el techo lleno de nieve.

— ¡Jo, ¿estás bien?

Abrió los ojos y sonrió. — Si no querías que nos secuestraran, ¿por qué no hiciste esto antes?

James desvió la mirada hacia detrás del carruaje donde se detuvo el de sus padres, que se bajaron a toda prisa mirándolos como si hubieran cometido un delito. — ¿Se puede saber qué hacéis? — gritó el Marqués. Cuando vio que Johanna estaba en camisión, parecía que no se lo podía creer. — ¿Qué haces desnuda?

— No estoy desnuda — respondió avergonzada.

— Querida. Ese camisión es demasiado fino. ¡Te vas a congelar!

— ¡James, bájame de aquí!

Su prometido bajó del coche a toda prisa y la cogió por la cintura para bajarla, cogiéndola en brazos. Con alivio se abrazó a su cuello. — ¿Y ahora qué vamos a hacer?

— Nos vamos a Escocia, preciosa. Tengo asuntos que resolver y ya me he retrasado una semana.

— ¿Por mi culpa?

— En parte.

— ¿No debería ponerme en contacto con mis padres? — preguntó mientras la llevaba hacia el carruaje del Marqués.

— No creo que se preocupen demasiado.

—Mamá estará de los nervios.

Llegó hasta sus padres y James suspiró profundamente. —La encontré.

—Eso ya lo veo —dijo Nelson molesto—. ¡He tenido que convencer a Lady Hutching para que no llamara a los alguaciles y te aseguro que esa mujer es casi imposible de convencer! Ya verás cuando hable con tu abuelo. Tendré que escuchar su romance de juventud diez veces al menos hasta que se le pase. Y cuando se entere de que no estás casado....

—Padre...—Le indicó con la mirada que se callara y Johanna quiso tranquilizar al Marqués.

—No se preocupe. Me ha pedido matrimonio y he aceptado gustosa.

Los marqueses miraron a su hijo. —Sí, ha sido algo así.

—Oh Dios, todavía no se acuerda, Nelson —siseó la dama.

—Eso ya lo veo, Susan.

—No recuerdo el secuestro, pero eso ahora ya no importa. —Sonrió mirando a su prometido. —James será mi marido. Todavía tenemos que decidir si seguirá con su vida de delincuente, pero no es demasiado importante de momento.

—Quiere ayudarme a secuestrar al siguiente —dijo exasperado—. Dice que cometemos errores.

Susan se aguantó la risa mientras Nelson no sabía ni qué decir, mientras su hijo la metía en el carruaje.

—Yo necesito ropa.

—Oh, por supuesto. Le prestaré algo. —Le guiñó un ojo a su hijo y ordenó a un lacayo que bajara el baúl de la condesa.

Los hombres se miraron poniendo los ojos en blanco antes de escuchar a Johanna decir desde el interior. —¿Qué condesa?

—Ella...— James se volvió de inmediato para hablar con su mujer. —Ella también es condesa.

—Ah... ¿y no prefiere ser marquesa? —preguntó en voz baja.

—Cosas de mi madre.

—Ya veo. ¿Es algo rarita?

Susan jadeó indignada y Nelson se acercó para susurrarle algo al oído.

—Adviérteme de estas cosas para no entrar en tu familia con los ojos cerrados, cariño.

—Tranquila. Lo harás estupendamente.

Johanna sonrió radiante. —Lo intentaré.

—Estoy seguro.

Advirtió a sus padres con la mirada antes de alejarse de la puerta y gritar a otro lacayo —¡Tú, lleva mi carruaje a Londres!

—Sí, milord.

Johanna sacó la cabeza. —¡James! ¡No puedes dejar al esbirro del señor

Sterling tirado en la carretera!

—¿Ha dicho Sterling? —Nelson corrió detrás de su hijo seguramente para enterarse de todo y Susan hizo lo mismo.

Con curiosidad Johanna volvió a sacar la cabeza y vio cómo se dejaba un baúl con las letras JF ante la puerta. JF. Johanna entrecerró los ojos y se bajó del carruaje sin importar que sus pies tocaran la nieve. Ensimismada en el baúl, lo abrió y el olor de la ropa llegó hasta ella. Un olor tan familiar que supo que era suya. Asustada revolvió en el baúl y que quedó de piedra al encontrar su espejo. El espejo de plata labrada que sus padres le habían regalado cuando cumplió doce años. Al ver su reflejo en el espejo no se vio a ella, sino a una mujer como ella que tenía un morado en el labio inferior. Asustada gritó tirando el espejo en el interior del baúl y arrastrándose hacia atrás se alejó todo lo que pudo.

—¡Johanna!

James llegó corriendo y la cogió en brazos. —No pasa nada —susurró al ver que estaba temblando.

—Es mi espejo. ¡Mi espejo! ¿Cómo está aquí? —Histérica miró de un lado a otro. —Es mi ropa. No conozco esos vestidos, pero... —Angustiada se llevó las manos a las sienes. —Dios, me estoy volviendo loca.

—Díselo, hijo. Está sufriendo por algo que no comprende —dijo Susan nerviosa.

James la metió en el carruaje y la tapó con una manta. —Preciosa...

—¿Cómo puede estar mi ropa aquí? ¿Y por qué ese baúl tiene esas iniciales?

—Cielo, es tu baúl.

A Johanna se le cortó el aliento mirando sus ojos verdes. —¿Qué?

—Es tu baúl. Es tu ropa y esas son tus iniciales.

—Pero me llamo Johanna Sherman.

James suspiró apretando sus manos. —Eso fue antes de casarnos. No nos recuerdas, pero somos tu familia.

—¿Casarnos? ¿Estamos casados?

—No técnicamente, pero para todo el mundo estamos casados.

—¿Para todo el mundo?

—Nos casamos hace más de dos meses en Escocia. Regresábamos a casa de mi padre adoptivo cuando tuviste un accidente en la posada y te caíste por las escaleras. Volverás a recordar.

Asombrada miró a su alrededor y susurró — JF. Fishburgne.

—Sí, querida.

—¿Adoptivo?

—Esa es una larga historia.

—Yo soy su auténtico padre —dijo Nelson tímidamente desde la puerta—. Y mi esposa Susan es su madre.

—¿No te criaste con tus padres? ¿Por qué?

—Otra larga historia. Prometo que te la contaré más tarde, pero ahora debes cambiarte. Vas a ponerte enferma como sigas así.

—¿Entonces estamos casados o no?

—Un tema que debemos solucionar cuanto antes. Una formalidad que al final no se llevó a cabo —dijo como si nada—. Pero no hay problema. Encontraré un cura de camino.

—¿Por eso sabías lo del lunar?

—Pues sí.

Susan le entregó algo de ropa a James, que la cogió de inmediato. —Vamos, preciosa. Ponte esto.

—¿Por qué no me lo dijiste desde el principio?

James apretó los labios y su padre carraspeó desde el exterior. —Estabas algo enfadada conmigo. Te enteraste de que la boda no había sido válida y no te lo tomaste muy bien.

—Ah...—Confusa cogió la ropa interior. —Debo quererte mucho para enfadarme por eso.

—Sí—dijo mirándola a los ojos—. Cuando nos casamos me querías más que a nada en este mundo.

Johanna sonrió. —No creo que me cueste hacerlo de nuevo. ¿Pero lo recordaré todo?

—Si al volver de Escocia no lo has recordado, visitaremos al mejor especialista de Londres.

—Bien.

James se incorporó y la besó en la frente. —¿Necesitas ayuda?

—Estoy bien.

James asintió y salió del carruaje cerrando la puerta. Pensando en ello se quitó el camisón para ponerse los pantalones interiores y la camisola. Entonces se vio a sí misma sentada en una cama llorando como si quisiera ocultar que sufría. Miró de reojo una puerta que había al lado de un tocador de estilo francés. La puerta se abrió de repente y sobresaltada se volvió diciendo —No estoy vestida.

—¿Aún no te has preparado para el baile?

A Johanna le cortó el aliento el tono en que le hablaba su supuesto marido y se vio a sí misma tensándose. —No voy a ir. Me voy a acostar. No me encuentro bien.

—¿Esto es porque no he querido asistir al estúpido té que has organizado? Estoy harto de esas reuniones con esas viejas que sólo saben criticar a los demás.

—Tu madre y la mía estaban allí. Y Alex asistió con Elizabeth, como los demás maridos. La única que estaba sola era yo —dijo fríamente.

—¡Jo, mírame!

—¡No quiero! —gritó estallando— ¡Estoy harta de todo esto! ¡Deberíamos pedir la anulación! ¡No nos soportamos!

James la cogió del hombro dándole la vuelta, quedándose de piedra cuando vio su rostro. —¿Has estado llorando?

—Me duele la cabeza. Ahora si me perdonas, quiero acostarme.

Volviendo a la realidad sintió que su corazón latía acelerado y vio cómo James estaba de espaldas a ella hablando con sus padres. Entonces lo entendió todo. Se habían casado y no consumado. Ella quería dejarle y cuando se enteró de que no estaban casados, se había enfadado porque se lo había ocultado. No había que ser un genio para entenderlo. Pero lo que había sentido con él en ese carruaje... No sabía todo lo que había pasado, pero estaba claro que él quería solucionarlo y ella no se rendía fácilmente. Si se había casado con él era por algo y sus relaciones en el carruaje una hora antes demostraban que si lo intentaban les iría muy bien.

Decidida se puso las medias y al mirar a su alrededor no vio su corsé. — Cariño, me falta el corsé— dijo en voz alta.

La miró sobre su hombro. —No te lo pongas. Vamos a viajar. Así estarás más cómoda.

—Pero ...

—¡Hijo! ¡Debe llevar corsé!

—¡Hace un minuto viajaba en camisón! ¡No creo que importe demasiado!

—No discutáis. No me lo pondré. —Se puso los faldones y cuando cogió el vestido de terciopelo marrón vio que le faltaba un botón en la espalda y recordó como casi se había arrancado otro para desnudarse para él. Entonces un montón de imágenes aparecieron en su mente y sin aliento miró hacia James que la observaba. Al mirar sus ojos verdes se vio a sí misma gritando muy disgustada mientras él sonreía irónico y todo regresó de golpe. Palideció sintiendo miles de emociones encontradas y se llevó la mano a la sien sin darse cuenta.

—Preciosa, ¿qué ocurre?

—Nada —dijo sin aliento—. No me puedo poner este vestido. Le faltan botones.

Apareció un vestido de día en color azul y Johanna susurró —Gracias.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó su suegra amablemente.

—No, gracias. Además este se abrocha por delante.

James entrecerró los ojos observándola. —Preciosa, ¿estás bien? ¿Te duele la cabeza?

Ella forzó una sonrisa. —Tengo sed.

—También tendrás hambre. Nos detendremos en la primera posada.

Vio cómo se ponía el vestido y se lo abrochaba a toda prisa, aunque sus manos temblaban sin darse cuenta. Al ver el abrigo con puños de piel de zorro,

recordó cómo su modista le había dicho que era perfecto para contrastar con el color de su cabello. Escuchó en su cabeza cómo Elizabeth le había dicho que su marido no estaría contento con la factura y cómo ella maliciosa se había mirado al espejo poniéndose el sombrero haciendo juego, respondiendo que esperaba que le diera un ataque al corazón, así se quedaría viuda.

—Jo, no te has puesto los botines —dijo su marido.

Distraída le miró como si le viera por primera vez y James le acarició la mejilla. — ¿Seguro que estás bien?

—Estará agotada de tanto trajín —dijo su madre subiéndose al carruaje con los botines—. Espera niña, que te ayudo.

Al ver cómo su suegra se agachaba para calzarle uno de los botines, se emocionó sin poder evitarlo porque Susan siempre era muy amable. Cuando le ató los cordones Susan la miró sonriendo. —Ya está— Al ver su expresión perdió la sonrisa poco a poco y Johanna negó con la cabeza imperceptiblemente. —En cuanto lleguemos a la posada, te darás un baño de agua caliente y podrás descansar.

—Sí —susurró bajando los párpados para ocultar sus lágrimas—. Creo que lo necesito.

James se sentó a su lado mientras su padre daba órdenes en el exterior. Parecía preocupado y ella forzó una sonrisa. No sabía lo que debía sentir. La antigua Johanna le hubiera pegado cuatro gritos y si hubiera podido, le daría unos coscorriones. Pero después de haber compartido esas horas con él, se dio cuenta de que sí podían tener una relación como la que disfrutaba su amiga Elizabeth. Miró hacia la ventanilla pensando en ello. Sí, lo mejor era seguir haciéndose la tonta. Seguiría haciendo que no recordaba nada, a ver hasta dónde llegaban. Lo que sí que tenía claro era que debían casarse, porque si seguían teniendo relaciones, no podía correr el riesgo a que se quedara embarazada. Puede que cuando se cayó por las escaleras estuviera tan furiosa como para no pensar en las consecuencias, pero ahora más calmada, se daba cuenta que era una locura. Además, todo el mundo pensaba que eran matrimonio. Mal avenida, pero matrimonio al fin y al cabo. Sería un desastre para su reputación que esa noticia fuera de dominio público y no quería ni pensar lo que dirían sus padres. A su madre la mataba del disgusto después de haberla privado de la boda que siempre había soñado para su única hija. Entonces una idea se le pasó por la cabeza. Ahora podía hacerlo. Podría tener la boda que ella siempre había soñado. No sería multitudinaria, por supuesto. Sólo sus mejores amigos y familia, pero podía tenerla. Ellos no dirían nada, de eso estaba segura.

Sin poder evitarlo sonrió ilusionada y miró a James que se relajó cuando la vio sonreír. —Querido...

—¿Sí, preciosa?

—Quiero una boda.

—Eso vamos a tener.

Negó con la cabeza. —No me entiendes. Quiero una boda como Dios manda. Con vestido y banquete.

—¡Oh! —exclamó Susan— ¡Sí! ¡De todas serás la única que tendrá una boda en condiciones! —Nelson carraspeó y ella dijo rápidamente —Cariño, entiendo nuestras circunstancias.

—¿La única? —preguntó haciéndose la tonta.

—No recuerda a Elizabeth, madre —dijo James antes de mirar a su mujer a los ojos—. Cielo, una boda así lleva mucho tiempo y no lo tenemos.

—¿Por qué no lo tenemos? ¿Qué prisa hay?

—¡Pues que quiero casarme de inmediato! —Johanna levantó una ceja y él disimuló su impaciencia sonriendo. —Ya nos casamos una vez, ¿recuerdas?

—Pues no. Y como no recuerdo esa boda y puede que no lo haga nunca, quiero otra.

James apretó los labios y ella sonrió empezando a divertirse. —¿Fue bonita?

—¿Qué?

—¿Fue bonita nuestra boda?

Él se sonrojó y miró a sus padres. —Pues fue algo distinta.

—¿De verdad? ¿Cómo de distinta?

—Fue... peculiar —respondió lentamente.

—¿Cómo de peculiar? ¿No había amigos y conocidos?

Él sonrió. —Sí, había amigos y conocidos.

—Nosotros estábamos —dijo Nelson sonriendo de oreja a oreja.

—Lo dices como si hubiera faltado mucha gente. ¿Cómo iba vestida? ¿Y mi madre? —Sonrió soñadora. —Siempre quiso vestirse de rojo para mi boda.

—¿De rojo? —preguntó Susan escandalizada.

—¿No vistió de rojo? —Asombrada les miró y Susan rió por lo bajo.

—No, querida. No vistió de rojo.

—¿Y yo? ¿Llevaba el vestido blanco de encaje de Bruselas que siempre he querido? La tela es preciosa. Mi madre encargó el encaje cuando cumplí quince años. Casi dos años tardaron en hacer el encargo, pues eran muchos metros.

—Oh, debe ser precioso —dijo Susan impresionada.

—¿No lo has visto? —Aparentando sorpresa les miró uno por uno. —¿No habéis visto el vestido? —Se volvió hacia James. —¿Qué llevaba puesto? ¿Le sucedió algo al encaje?

—Jo, nos casamos muy rápido. Muy rápido —dijo lentamente para que le entrara en la cabeza.

—Pero habría un compromiso y...—Él negó con la cabeza. —¿Cómo que no? Mi padre no toleraría que hubiera rumores sobre la boda. Al menos seis

meses...

James miró a sus padres pidiendo ayuda y Susan dijo —Johanna, le conociste y te enamoraste tal locamente que no quisiste esperar.

—¿Fue culpa mía? —dijo con asombro— ¿Nos escapamos?

—Ya estabas fuera de casa, cielo. No necesitamos escaparnos. Es muy largo de explicar, pero fuiste muy persuasiva y nos casamos de inmediato.

—¿Pensaba que mis padres no te admitirían? —Le miró de arriba abajo. — Yo creo que mamá debe estar encantada.

Nelson reprimió la risa. —En aquel momento ni sabías que era Conde, Johanna. Te enamoraste de la persona, no del título.

Johanna sonrió encantada y se abrazó a su brazo mirándole con adoración. —¿De veras? Es que tiene muy buena planta. —Le miró a los ojos— ¿Y tú te enamoraste de mí?

James carraspeó antes de hacer una mueca. —Fuiste muy persuasiva.

Se mordió la lengua sin perder la sonrisa. —Pues más razón para tener una boda bonita. Por eso no nos salió bien la primera. Empezaremos desde el principio. —Él iba a decir algo, pero le interrumpió rápidamente. —Sólo nuestros amigos más queridos y la familia. Será perfecta.

Su hombre miró impotente a sus padres y Susan sonrió de oreja a oreja. — Mi Elizabeth estará encantada. Quería una gran boda para mí. Ahora la haremos contigo.

—¿Elizabeth?

—Es una buena amiga tuya. Ibas de viaje con ella y con su esposo cuando nos conocimos —dijo James incómodo—. A ver cómo le explico esto a mi padre.

—Oh, pero si está aquí, cariño.

—Se refiere a su otro padre. —Nelson estaba a punto de echarse a reír. — Nos llama padre a los dos.

—Qué bonito. Es maravilloso que las dos familias se lleven tan bien. ¡Tengo dos suegros!

Todos se echaron a reír. —Algunos lo verían como una maldición—dijo Nelson.

—Yo estoy encantada. —Apretó el brazo de James sonriendo encantada. — Hubiera sido distinto si tú hubieras tendido dos suegras, ¿verdad amor?

La miró con horror haciéndolos reír a todos.

## Capítulo 7

Se detuvieron en una posada y Johanna suspiró de alivio porque no era la misma donde se había caído por las escaleras. Subió a su habitación de inmediato para aliviarse y después de usar el orinal, empezó a desvestirse. Se estaba desabrochando el vestido cuando la puerta se abrió y entró Susan mirándola divertida. —¿Cuándo has vuelto en ti?

—Al ver el vestido sin el botón, aunque el baúl me ayudó bastante. — Preocupada dejó de desabrocharse el vestido. —No dirás nada, ¿verdad?

—Claro que no. Te apoyo en todo después de lo que ha hecho. Se merece todo lo que le hagas.

—Sólo quiero hacer las cosas de otra manera —susurró mirando los ojales y desabrochándolos—. Ahora está distinto.

—Se llevó un susto de muerte cuando caíste por las escaleras y como no recordabas nada...

—Debo controlar mi carácter —susurró bajándose el vestido y dejándolo caer al suelo.

Susan se mordió el labio inferior. —¿No sería mejor que dijeras la verdad?

—¿Y volver a discutir por todo? No, tengo que hacer que se enamore de mí mientras piensa que no recuerdo nada. Es buena señal que me buscara de esa manera cuando yo pensaba que me habíais secuestrado.

—¿Cómo no te iba a buscar? ¡Eres su mujer!

Se quitó los faldones quedándose en ropa inferior. —Pero tiene que darse cuenta de que lo soy de verdad. No sólo de nombre. Quiero que me ame por encima de todo. Como Alex ama a Elizabeth.

Susan asintió. —Es muy significativo que no hayas dicho como Nelson me ama a mí.

Johanna la miró con pena. —Te ama, pero cometió un error como tú cometiste otro que también fue muy grave. Yo también he cometido errores y James... Quiero subsanarlos antes de que ocurra algo peor que nos separe para siempre.

—¿Qué más puede pasar? Quiere casarse.

La miró a los ojos. —Quiere casarse porque nos hemos acostado y porque todo el mundo piensa que somos matrimonio. No porque me ame. Eso es lo que voy a remediar.

Llamaron a la puerta y Johanna preguntó —¿Quién es?

—El baño de la señora.

Se cubrió colocando el vestido ante el pecho. —Adelante.

Entraron dos doncellas y una de ellas llevaba una pequeña bañera. —Estupendo. —Satisfecha dejó el vestido sobre la cama mientras echaban el agua.

—Te dejo sola. —Su suegra fue hacia la puerta. —Le diré a tu marido que te suba el baúl.

—Sí— dijo maliciosa—. Que me lo suba él.

Susan se echó a reír y en cuanto pidió algo de comer a las doncellas, se desvistió a toda prisa metiéndose en la bañera. Se echó a reír porque era tan pequeña que tenía que encoger las piernas del todo, pero el agua estaba tan deliciosa que disfrutó de ella. La puerta se abrió sobresaltándola y su marido entró con su baúl al hombro, deteniéndose en seco al verla metida en la bañera. El vapor la rodeaba y sus ojos bajaron hasta sus pechos elevados detrás de sus rodillas.

—¿Puedes sacar la pastilla de jabón del baúl? —Hizo una mueca pasándose un paño húmedo por su pecho. —No tengo jabón.

James bajó el baúl al suelo y lo abrió a toda prisa. Johanna reprimió la risa al ver cómo revolvía impaciente dentro de su baúl y levantó la pastilla triunfante. —Aquí está.

Ella alargó la mano. —Gracias.

Su marido carraspeó acercándose para entregársela en la mano, pero al dársela en su mano mojada la pastilla se resbaló cayendo al agua. —Vaya. —James se enderezó quitándose el gabán y después la chaqueta mientras ella metía la mano en el agua y la buscaba. —¿No la encuentras? —preguntó con voz ronca.

—No sé dónde... —Al levantar la vista vio su pecho desnudo y tragó saliva. — está.

—Tranquila, yo te ayudó.

Se le secó la boca cuando vio cómo se arrodillaba a su lado y metía la mano en el agua y más aún cuando su mano rozó su muslo hasta la cadera. Johanna suspiró. —¿Estás buscando el jabón?

James sonrió. —Eso intento. Para ser tan pequeña... —Sus dedos en el muslo llegaron hasta su sexo y Johanna gimió. —esta bañera tiene mucho fondo.

Ella sujetó su brazo sin poder evitarlo y gritó cuando la acarició de arriba abajo. James se separó jurando por lo bajo y se levantó dejándola atontada. Le vio ir hacia la puerta y abrir una rendija. Metió una bandeja sujetándola con una mano y con la otra cogió una botella de vino. —Que no nos molesten.

—Sí, milord. —Escuchó decir al otro lado.

Cerró la puerta con el pie y Johanna levantó la pastilla de jabón. —La he encontrado.

—¿No me digas? Esa no es una buena noticia, condesa. —Dejó la bandeja sobre la mesa y descorchó la botella de vino acercándose. —¿No tenías sed?

—Claro.

Alargó la mano, pero él negó con la cabeza. —¿Y si se te cae? —Se agachó a su lado y ella levantó la cara separando los labios. Acercó la botella y le dio de beber. Johanna tragó mirando sus ojos y parte del vino salió por la comisura de su boca. James apartó la botella y susurró —No lo desperdicies. Es un vino muy bueno. —Besó su boca y siguió besándola por donde había caído el vino pasando de su barbilla a su pecho. Johanna gimió acariciando su cuello. —Preciosa... —susurró erizándole la piel—. Creo que deberías salir ya. Te vas a arrugar.

—Pero si todavía no me he enjabonado... —Se miraron a los ojos y la cogió en brazos sorprendiéndola. Johanna se echó a reír. —Bueno, si te empeñas.

—Ocúpate de tu marido. —La llevó hasta la cama y la tumbó besando su cuello.

—¿Necesitas atención? Veremos qué puedo hacer.

—Al fin. —dijo Susan con desesperación mirando por la ventanilla del carruaje. Johanna sentada ante ella, miró hacia afuera también para ver el castillo Drummond que era de la propiedad de su suegro el Conde Kirkpatrick. —Seis días. Casi me vuelvo loca.

—Gracias, querida.

Susan miró a su marido y se sonrojó. — Hablo de los días. Las noches...

Johanna la miró asombrada. Susan nunca hubiera dicho algo así en el pasado. Al parecer el matrimonio la estaba relajando. Los hombres se echaron a reír mientras la pobre mujer se sonrojaba.

—Dejarla en paz —dijo Johanna mirando el castillo de nuevo. Esperaba que esta vez le fuera mejor entre esas paredes, porque en su última y única visita no había tenido mucha suerte con James. Más bien había sido horrible.

—Espero que mi padre esté en casa. —Cogió la mano de Johanna. —Cielo, ¿podrías disimular que le conoces? Es para no preocuparle más. Últimamente se ha llevado unos cuantos disgustos.

—Haré lo que pueda.

En cuanto se bajaron del carruaje, Johanna vio al Conde que salía con el mayordomo para darles la bienvenida. Sonriendo de oreja a oreja subió los escalones de piedra sin esperar a su marido y le dijo al mayordomo —Qué alegría volver a verle, Conde.

El mayordomo miró a al conde de reajo mientras su suegro estaba entre sorprendido e indeciso. James carraspeó tras ella. —Querida, no es ese.

—Oh, siento el error. —Se volvió hacia su suegro e hizo una reverencia. — Conde Kirkpatrick, últimamente no veo muy bien.

Había que ser ciego para no diferenciarlos porque no se parecían en nada, pero aun así su suegro dijo —Querida, haré que mi médico te examine de inmediato. Con lo joven que eres, eso es inaceptable.

—Padre, no es eso —dijo James dándose por vencido—. Johanna no recuerda ciertas cosas.

Su padre le miró con horror. — ¿Por su accidente aquí?

—No, por otro posterior.

—Deberías cuidar mejor a tu esposa, James —le reprendió con la mirada—. Esta delicada florecilla necesita atención.

Su prometido puso los ojos en blanco mientras ella sonreía de oreja a oreja. —Qué amable es usted. Sospecho que nos llevaremos muy bien.

—Y yo, querida. —La cogió del brazo metiéndola en la casa— ¿Qué tal el viaje? En tu estado ha debido ser agotador.

—No lo sabe bien. Cuando perdí la memoria pensaba que James me había secuestrado, ¿se lo puede creer? —El hombre se echó a reír llevándola hasta el lujoso salón.

—Debió ser impactante.

—Incluso me escapé para regresar al lado de mis padres.

—Jo, ¿no te gustaría subir a descansar?

Johanna le miró con los ojos como platos. —No.

Susan reprimió una sonrisa al ver como James se mordía la lengua. Se quitó el abrigo ante la atenta mirada de su marido y dijo a su suegro —Pero ahora estoy muy bien. En cuanto nos casemos se habrá arreglado todo.

La cara del Conde, que se notaba que no entendía nada, era para morir de la risa. — ¿Os caséis? Querida, debes haberte olvidado de que ya estáis casados.

—Uy... —Se llevó la mano a la boca y miró con inocencia a James. — ¿Tampoco debía haber dicho eso?

—Quizás en otro momento —siseó su prometido.

—James, ¿qué rayos pasa aquí?

—Pues verás padre... —Miró de reajo a Nelson como pidiendo ayuda, pero su otro padre fue hasta las bebidas y se sirvió un whisky, así que no tuvo más remedio que decir —Cuando Johanna y yo nos casamos hubo un pequeño error. Un formalismo.

— ¿Un formalismo? ¿De qué tipo?

—De tipo formal.

Todos se le quedaron mirando y James se pasó una mano por su cabello

rubio intentando buscar una salida.

—Recordarás que yo era algo reticente a este matrimonio.

Johanna jadeó. —¿Cómo que eras reticente? —Asombrada se dejó caer en el sofá. —¿No querías casarte?

—Pues ahora que lo dices...

—¡Hijo! —gritaron sus dos padres a la vez.

—Claro que quería casarme. —Se acuclilló ante ella y forzó una sonrisa. —Pero el cura entendió que no. Y anuló el matrimonio.

Johanna rechinó los dientes, pero forzó una sonrisa. —¿Por su cuenta? Menudo descaró.

—Sí. Y ahora debemos arreglarlo cuanto antes.

—Claro que sí, mi amor. En cuanto me llegue el vestido... mis padres puedan venir y vengan nuestros amigos, nos casamos.

El conde Kirkpatrick sonrió satisfecho. —Perfecto. Una boda en Drummond. Maravilloso. Como tu madre y yo cuando nos casamos. Aunque era en primavera, que hace que el castillo esté precioso, pero nos arreglaremos.

—Oh, podemos esperar —dijo ella a toda prisa.

—¡No! —gritaron todos a la vez sobresaltándola.

—De acuerdo. —Miró a Susan que se quitaba el sombrero intentando reprimir la risa.

El conde llevó las manos a la espalda y caminó hasta la chimenea. —Como no estáis casados ... formalmente, creo que no debéis compartir la misma alcoba.

—Padre, estamos casados —dijo James enderezándose.

—Pero no sería decente. —Levantó la barbilla. —Y en mi casa se hace lo que yo diga.

James miró a Johanna como si quisiera matarla, pero ella le respondió con una sonrisa inocente de niña buena. Él entrecerró los ojos y se volvió a toda prisa. —¿A dónde vas, querido?

—¡Debo enviar unas cartas de inmediato!

Nelson reprimió la risa y se acercó al conde. —Al parecer esa medida agilizará los trámites, Albert.

—¿Por qué crees que lo he hecho?

Johanna se hizo la tonta antes de decir —¿Una copita de jerez, Susan?

Para la cena de esa noche se puso un traje de seda azul pavo real con incrustaciones en negro en el escote y las mangas. Le sentaba maravillosamente y aunque no tenía a Betsy para que la peinara como ella quería, Kate, la doncella que le habían asignado, no lo hacía mal. Le probó un peinado nuevo en un lateral de la cabeza, dejando caer sus rizos negros con gracia sobre su hombro.

—Está preciosa, milady —dijo la muchacha que debía tener su edad.  
—¿Has servido para alguna dama?  
—No, milady.  
—Peinas muy bien.  
—Gracias, milady.  
—En la capital te ganarías bien la vida.  
—Espero que el nuevo heredero se case pronto y encargarme de la señora de la casa, milady.

Johanna se volvió para mirarla bien. Era muy bonita. Tenía el cabello pulcramente recogido en la nuca y era de un color rubio tan claro que resaltaba su piel pálida y sus ojos azules. Quizás era mejor que se quedara en el castillo, porque en la ciudad podría ser presa fácil para un lord sin escrúpulos.

—Entonces tendremos que hacer que Justin se case cuanto antes, ¿no es cierto?

—¿Recuerda al heredero?

Johanna se mordió el labio inferior por su metedura de pata. —He oído hablar a los señores de ese tema.

La chica sonrió. —Por supuesto. ¿Sabe, milady? Ya ha llegado.

—¿Ya ha llegado? ¿Quién?

—El nuevo Vizconde de Drummond, milady. —La chica se sonrojó recogiendo la bata que había dejado sobre la cama. —El señor Justin.

—Kate...

—¿Sí, milady? —La miró a los ojos.

—Soy americana, ¿lo sabías?

—Sí, milady. Lo supe en la otra ocasión que visitó la casa. Sus gritos diciéndolo eran altos y claros.

Johanna reprimió una sonrisa. —Allí los títulos no importan demasiado. Lo que importa es el dinero.

—Aquí también, milady. Usted no tiene título y se ha casado con un futuro duque.

—Sí, por supuesto. Pero aquí...

La chica se avergonzó. —Lo sé, milady. Lo que quiere decir es que alguien como yo nunca se casaría con un Vizconde.

Sintió rabia, pero las cosas eran así. Susan era dama de compañía antes de casarse, pero era la hija empobrecida de un Lord. Una criada sin buena cuna, nunca se casaría con alguien con título, por mucho dinero que tuviera ese noble en sus arcas.

Dio un paso hacia la muchacha. —¿Le amas?

—Oh no, milady. Apenas le he visto dos veces. Además, mi padre me castigaría por mi arrogancia.

—¿Tu padre?

—Datong, milady. El mayordomo.

—Entiendo.

—Padre me castigaría si se enterara de que le he mirado siquiera —susurró avergonzada—. Quiere que me case y deje de servir.

Entendía lo que su padre intentaba hacer. Quería que fuera la dueña de su casa. —¿Y con quién quiere que te cases?

—En el pueblo hay un hombre que tiene una tienda. Fred es hijo del dueño y es muy trabajador. Ha intentado cortejarme, pero le he dicho que quiero esperar.

—¿Te agrada?

—Sí, milady. Sería un marido ideal...

—Si no te agradara más el vizconde.

—Se está haciendo tarde, milady. ¿No debería bajar a cenar?

Johanna se echó a reír. —Muy diplomática, Kate.

—Leo mucho.

—Eso está muy bien. —Fue hacia la puerta y la abrió, pero antes de salir dijo— Kate...

—¿Sí, milady?

—¿Servirás esta noche?

—Sí, milady. Asistiré a uno de los lacayos.

Johanna salió de la habitación y casi se choca con un hombre que pasó a su lado. —Disculpe, condesa.

—Perdone le ...—Al mirar su cara se quedó asombrada. Era tan apuesto que quitaba el aliento. Tenía el cabello negro a la altura de los hombros y sus ojos era de un increíble color gris. ¿O eran azules? Con la poca luz que había en el pasillo, era difícil saberlo. El hombre sonrió dejándola atontada.

—Al parecer su golpe en la cabeza, le ha afectado al habla.

—Qué va a ser el golpe. Es su rostro, que deja alhelada a la más pintada.

El Vizconde se echó a reír y la cogió del codo. —Nunca me habían dicho de manera tan divertida que soy apuesto.

—Será mentiroso, Vizconde. Seguro que va dejando a las mujeres sin habla a su paso. Y algunas con poco espíritu, seguro que incluso se desmayan.

El vizconde le guiñó el ojo. —Lo intento.

—No es tonta la chica —susurró para sí.

—¿Perdón?

—Oh, nada. —Caminaron hacia las escaleras. —Y dígame, primo... ¿puedo llamarlo primo?

—Por favor.

—¿Cómo se ha tomado el cambio de estado? Debe haber sido chocante enterarse de repente que se es el heredero de todo esto.

—No puedo negar que me sorprendió un poco que mi querido primo no fuera mi primo en realidad.

—Puede que no de sangre, pero seguro que siguen siendo primos hasta la muerte.

—Eso espero, condesa. Es mi mejor amigo.

Llegaron al hall y escucharon a los demás charlar en el salón. —¿Se quedará para la boda?

—¿La boda? ¿Quién se casa?

Entraron en el salón y el Vizconde se la quedó mirando. Johanna se echó a reír. —Pues yo, Vizconde.

Su cara de confusión la hizo reír de nuevo y al volverse vio a James mirándolos con los ojos entrecerrados. —Querido, ¿no le has dicho a tu primo que en realidad no estamos casados?

—¡Johanna! ¿Quieres dejar de decírselo a todo el mundo? —Se acercó a ella rápidamente y siseó —Justin, te agradecería que soltaras a mi esposa. —La cogió por el brazo separándola de su primo.

—Me acaba de decir que no estáis casados —dijo divertido.

—Será hasta que solucionemos unos temas formales.

—Ya, así que formales. ¿Entonces sigues comprometido con Mara?

Esas palabras hicieron jadear a Susan, que se levantó de inmediato. —¿Quién es Mara?

Albert carraspeó haciendo un gesto al mayordomo. —Seguro que mi querida nuera quiere tomar un jerez.

—Tú lo has dicho, suegro. Querido, ¿quién es Mara? —No pudo evitar estar realmente molesta por esas palabras. Había escuchado el nombre de esa mujer justo antes de casarse la primera vez, pero estaba convencida de que James mentía en ese momento con tal de librarse de su matrimonio. Estaba claro que no podía estar más equivocada.

—Justin, eres un bocazas.

—Gracias, primo.

—James, estoy esperando —dijo enfadándose—. ¿Quién es Mara?

—La hermana de uno de nuestros amigos. ¿Los recuerdas? Estaban en la posada cuando... —Al ver su mirada juró por lo bajo. —Claro que no lo recuerdas.

—Muy bien. Así que estás comprometido.

—Creo que después de llevar casado contigo meses, se ha dado cuenta que ese compromiso está roto.

—Que se case con Justin —dijo Nelson divertido.

El primo puso tal cara de horror, que Albert se echó a reír a carcajadas.

—¿Tan fea es? —preguntó Susan.

—Fea, lo que se dice fea no es. Pero tiene un carácter de mil demonios —

dijo Albert divertido.

—¿Peor que el mío? —James hizo una mueca. —¿Peor que el mío? —repitió más alto.

—No —dijeron Albert y James a la vez.

Johanna sonrió satisfecha. —De todas maneras, da igual porque ahora eres mío. Sólo es un formalismo.

James dejó salir el aire que estaba conteniendo. —Cielo, sobre lo de esperar a que lleguen tus padres y los demás... creo sinceramente que deberíamos casarnos cuanto antes.

Le miró con desconfianza cogiendo la copita de jerez que le tendía Datong. —¿Y eso por qué?

—Teme que Mara se presente en casa con una escopeta y le pegue un tiro —dijo Justin divertido antes de beber de su jerez.

—¡No es eso! Pero en cuanto se entere de que estamos aquí...

—Hace un mes vino montada a caballo —dijo Albert mirándola fijamente—. Dijo que como ya no era mi heredero, podía destriparle como a un cerdo, ya que no afectaría a los Drummond.

—Válgame Dios —dijo Susan escandalizada—. ¿Es violenta?

—Es un poco bruta —dijo Justin encantado.

—¿Y te ibas a casar con ella?

—Es que es una bruta preciosa —añadió el primo.

—¡Justin, ya está bien! —gritó James saliéndose de sus casillas.

Johanna bebió su jerez de golpe y tendió la copa a Datong, que sin mover el gesto volvió hasta el mueble de las bebidas mientras ella intentaba controlar su carácter. En ese momento lo que quería era pegarle cuatro gritos a James por ser un perro traidor, que estando comprometido con otra se metía en la cama con ella. Pero eso ya había pasado y tenía que mirar hacia adelante, así que forzó una sonrisa apretando los dientes y Nelson gimió por lo bajo mientras que James daba un paso atrás. —Preciosa, ¿tu cuchillo?

—Me lo dejé en casa de Sterling, cielo. ¿No lo recuerdas?

—¿Va armada? —preguntó Justin divertido.

—Mi nuera tiene una puntería excepcional —dijo Albert orgulloso. James se tocó la pierna donde ella le había apuñalado y eso la hizo sonreír de verdad.

—¿Te duele la pierna James?

—Ya está curada, preciosa.

—No me has dicho cómo te has hecho esa herida. ¿Fue cazando?

James carraspeó mirando a Nelson, que preguntó —¿Así que esperaréis para la boda?

—Sí— dijo ella tajante cogiendo la copita. Ella sonrió a Datong—. Gracias.

—De nada, Condesa. Es un honor servirla.

Se alejó discretamente y ella miró a James aun de pie frente a ella. —¿No te sientas, querido?

—Deberíamos casarnos. Tus padres pueden tardar en llegar.

—Mamá vendrá de inmediato. En una semana estarán aquí, ya verás. ¿No puedes esperar un mes para casarte?

—¿Un mes? —preguntó como si fuera un siglo.

—Se tardará ese tiempo en hacer el vestido, hijo —dijo Susan razonablemente—. Mientras tanto podemos ir organizando la celebración. Además, así Elizabeth podrá venir con calma.

—Tengo muchas ganas de conocerla —dijo Johanna emocionada porque su amiga estuviera allí.

—Ya la conoces —gruñó su prometido alejándose hasta la chimenea.

—¿Es tan hermosa como mi prima? —preguntó Justin intentando meter cizaña.

—Está casada con el duque de Stradford, así que ya no tienes nada que hacer —respondió James de mal humor.

—Una pena.

—¿Es usted uno de esos caballeros que disfruta de su soltería, Justin? —Maliciosa miró a su marido de reojo.

—Todo lo que puedo.

—Venga, siéntese a mi lado y cuénteme cómo es la vida social en Edimburgo. ¿Es tan animada como en Londres?

Justin dio un paso hacia ella, pero James carraspeó con fuerza y se detuvo en seco.

—No conozco la vida social en Londres. —Divertido le guiñó un ojo. —Pero ahora que tengo familia allí, no dudaré en visitarlos.

—Estaremos encantados de recibirle. Nuestra casa es enorme.

James se enderezó. —¿Cómo sabes lo grande que es nuestra casa? ¿La recuerdas?

Juró por lo bajo y disimulando dijo —Me lo ha contado Susan. —La aludida que estaba bebiendo se atragantó y empezó a toser. —¿Verdad, Susan?

Sin poder hablar mientras su marido le daba palmaditas en la espalda asintió y Johanna sonrió radiante a su marido. —Me ha dicho que es preciosa, está cerca del parque y puedo ir a cabalgar todas las mañanas.

—¿Le gusta cabalgar? Pues podríamos salir mañana si le apetece. —Justin ignorando a James se sentó a su lado. —Estaría encantado de acompañarla.

—Mi esposa cabalga sola. Y si lo hiciera con alguien, lo haría conmigo, que para eso es mi mujer.

Los mayores reprimieron una risita mientras Johanna encantada por sus celos dijo —Claro que sí, mi vida. Sólo contigo. ¿Lo hacemos mucho? —. James la

miró sin comprender. —Salir a cabalgar juntos. ¿Lo hacemos todos los días como hago siempre? —A ver cómo salía de esa, el muy truhan.

Su marido miró a Justin. —Todos los días puntualmente.

Susan jadeó por la mentira, pero la mirada de su hijo la calló de inmediato. —¿Pasamos a cenar? Estoy hambriento. —Se acercó a Johanna y la cogió de la mano para levantarla de mala manera.

—Vaya. Sí que estás hambriento.

—Soy grande, tengo que alimentarme. —La cogió del brazo mientras ella le daba la copa a Justin, que se la cogió divertido. El muy sinvergüenza se lo estaba pasando en grande con los celos de su primo.

Encantada se pegó a su brazo y sus ojos brillaron de alegría caminando a su lado. James la miró a los ojos y susurró —Estás preciosa esta noche.

Se sonrojó por el cumplido. —Gracias, milord. Todo mi esfuerzo es para ti.

—Te recompensaré después.

Johanna se echó a reír y cuando iban a entrar en el comedor escucharon un portazo tras ellos.

Sobresaltada se volvió para ver en la puerta de entrada a una preciosa mujer de pelo castaño hasta la cintura que respiraba agitadamente mirando a James con odio con sus preciosos ojos azules.

—¿Es ella? —susurró mientras la mujer daba un paso hacia él.

—Jo, espérame en el comedor.

James estaba muy tenso y le miró a la cara. Estaba enfadado y eso no le gustó nada. —Me quedo.

—Mara, qué alegría verte —dijo Albert mintiendo descaradamente.

—¡Tú! —La mujer señaló a James con el dedo. —¿Cómo te atreves a aparecer por aquí?

—Justin...

Su primo se acercó de inmediato y cogió a Johanna por el codo. —Acompáñeme, prima. Esto no va a ser agradable.

Soltó su brazo y miró a la mujer, que agresiva seguía con la mirada fija en su marido. —Me parece que no, gracias Justin.

—¿Cómo te atreves a volver? ¡Cómo te atreves a humillarme de esta manera después de tres años de compromiso! —Johanna miró atónita a su esposo. —¡Ni una carta para dar explicaciones!

—Tu hermano estaba allí y sabía lo que había ocurrido. ¡No creía tener que dar más explicaciones, pues él es tu tutor y estaba al tanto de todo! ¡No sé a qué viene este espectáculo!

Susan y Nelson tampoco perdían detalle mientras que Albert estaba claramente incómodo. —Querida, ya te lo expliqué yo todo en cuanto regresaste de Edimburgo.

Sin hacerle caso al Conde se acercó a James. —¿Me has dejado por una zorra que te ató a una cama? —Johanna se tensó. —¿Por una furcia? ¿Prefieres una furcia por esposa?

—¡Estás hablando de mi esposa! —gritó James furioso— ¡Controla tu lengua, Mara!

Mara miró a Johanna con desprecio y sus ojos la recorrieron de arriba abajo. —¡Una puta, eso es lo que es!

Johanna respiró hondo intentando controlarse, pero le fue imposible, así que hizo lo único que podía hacer. Se tiró sobre Mara haciéndola caer de espaldas y la agarró del pelo mientras Susan gritaba —¡Dale, Johanna!

—¡Susan!

Miró a Nelson indignada. —¡Ha insultado a tu nuera!

Nelson las vio pelear en el suelo y asintió. —Tienes razón.

—¡Basta! —exigió James cuando Mara cogió a Johanna del recogido y tiró con fuerza haciéndola gritar.

Justin hizo una mueca y le dijo a su primo —Dos mujeres preciosas peleándose por ti. ¿Cómo te sientes?

—Cierra la boca. —Se acercó a su mujer que estaba a punto de arañar a Mara y la cogió de la muñeca dejándola indefensa contra un puñetazo de su exnovia, haciéndola caer hacia atrás de espalda. La escocesa gritó tirándose sobre ella y James la cogió por la cintura. —¡Basta, Mara! ¡Mi esposa está enferma!

La alejó de Johanna sujetándola con fuerza, mientras Mara se revolvía fuera de sí mirándola con odio. —¡Te voy a matar, puta!

Johanna se puso de pie con ayuda de Justin y se pasó la mano por debajo de la nariz que le empezaba a sangrar. Lo vio todo rojo y gritando se tiró de nuevo contra ella agarrándola por el pelo y tirando de ella. James la tuvo que soltar para que no la dañara de más y puso los ojos en blanco al ver cómo su mujer giraba tirando de los pelos de su ex prometida.

—Peleonas —dijo Justin divertido mientras que Johanna soltaba el cabello de su rival haciéndola caer sobre un aparador de al lado de la puerta tirando un jarrón al suelo. Susan hizo una mueca mientras su consuegro levantaba los brazos pidiendo ayuda.

Johanna puso las manos en la cintura con prepotencia. —¡Acércate a mi marido y te despellejo viva!

Mara se levantó tocándose el costado. —¿Ese perro traidor? ¡Te lo regalo! No me casaría con él ni aunque me lo pidiera de rodillas! —Escupió a Johanna a la cara. —¡Putas! ¡Yo no necesito atar a un hombre a la cama para amarrarlo!

—¡Mara! —James se acercó y la cogió por el brazo violentamente. —¡No me casé con ella!

Johanna apretó los puños después de esas palabras y preguntó si aliento —

James, ¿se lo vas a contar?

—¡Debe saber la verdad! —contestó sin dejar de mirar a Mara—. No me casé con ella. Pero nos vamos a casar en unos días.

Mara atónita se soltó. —¿Todo fue mentira? ¿Qué ocurre aquí? ¿Querías librarte de mí?

—¡No! ¡Pretendía casarme contigo! —A Johanna se le cayó el mundo encima al ver el cariño en la mirada de su marido. —¡Pero llegó Johanna y es como un huracán que lo arrasa todo! ¡Se encaprichó de mí y ahora no hay marcha atrás!

Johanna palideció viendo que Mara estaba a punto de llorar y dio un paso atrás al ver que James suspiraba. —Es mi mujer y lo será hasta el día de mi muerte. Hay cosas que no pueden cambiarse.

En ese momento Johanna se dio cuenta de que se querían y ella había alterado la vida de todos por lo que él consideraba un encaprichamiento.

—Pero no la amas —dijo Mara dejando escapar las lágrimas—. Me amabas a mí.

James se tensó y miró a Johanna. Al darse cuenta de su expresión dio un paso hacia ella. —Preciosa...

Levantó la barbilla intentado disimular su dolor y susurró —Siento de veras que mi comportamiento os haya hecho daño. —James la miró asombrado. —Y puesto que todavía puede remediarse, creo que debo retirarme con algo de dignidad. —Miró al que consideraba su marido a los ojos intentando no llorar. —Sabíamos que este matrimonio no funcionaba. No lo hizo nunca y no tenemos por qué alargar esta agonía más tiempo.

Susan se tapó la boca al ver que una lágrima caía por su mejilla, pero Johanna forzó una sonrisa mirando a Mara porque no soportaba mirar a James. —Tienes razón. Le vi e hice todo lo que pude para amarrarle, porque en ese momento creí que sería el marido perfecto. Ni sabía mi nombre y me dejé llevar por lo que sentía en lugar de pensar en las consecuencias de mis actos, que han sido muchas, te lo aseguro.

—Jo... —James dio un paso hacia ella, pero Johanna se apartó negando con la cabeza.

—Sabes que lo hemos intentado. Incluso he fingido seguir sin acordarme de lo que ocurrió para empezar de nuevo. —Parecía tan sorprendido, que se le retorció el corazón porque le había manipulado de nuevo. —Pero ahora eso da igual. —Le miró a los ojos. —No me voy a casar contigo. Ni ahora, ni mañana, ni dentro de un año. Te he querido, eso te lo juro, pero en este momento me he dado cuenta que tú nunca me amarás como yo a ti.

—Claro que sí. —La cogió del brazo. —Escúchame...

—¡Lo acabas de demostrar, James! La has consolado a ella y le has dado explicaciones que me dañaban a mí. ¡Que dañaban mi orgullo y mi reputación! —

James palideció, pero ella forzó una sonrisa. —No pasa nada. Lo entiendo.

—Te juro que no lo pensé.

—Ese es el problema. Que nunca piensas en lo que yo siento, porque no te importo lo suficiente. Y yo quiero un marido que me ame por encima de todo. —Se volvió y salió corriendo escaleras arriba.

—¡Johanna!

—Oh, Dios —susurró Susan descompuesta observándola huir escaleras arriba.

James asombrado se quedó allí mirándola y de repente gritó —¿Cómo que estabas disimulando no recordar? ¡Johanna, vuelve aquí!

Mara carraspeó y dijo —Creo que yo me voy a ir.

Nelson la fulminó con la mirada y Albert siseó —Te lo agradeceríamos mucho.

James la miró como si quisiera matarla antes de ir hacia las escaleras y subir los escalones de dos en dos. —¡Johanna! —Desapareció en el pasillo y todos escucharon desde abajo cómo aporreaba la puerta. —¡Johanna, abre la puerta!

—No abrirá —dijo Susan muy disgustada.

—Menuda desgracia. —Nelson se pasó la mano por la cabeza despeinándose. — Ahora que lo habían arreglado todo y que parecían tan felices.

—Lo solucionarán —dijo Justin, pero las caras de los demás le hizo preguntar— ¿No? ¿Por qué?

—Desde que se casaron la niña tuvo que soportar muchos desprecios de James. Su vida en Londres fue un infierno con discusiones continuas. Le pidió la anulación mil veces y él se negaba.

—¿Él se negaba? —preguntó Mara interesada.

—Algo incomprensible cuando no estaban casados. Y lo ocultó a todo el mundo hasta hace unos días —dijo Susan.

Los golpes a la puerta llamando a su mujer les hicieron mirar hacia arriba —¡Johanna, como no abras, tiró la puerta abajo! ¡Hablo en serio!

—Empezamos de nuevo —dijo Nelson disgustado—. En lugar de hablarle tiernamente empieza a gritarle como antes.

—¡Este hijo mío es idiota!

Escucharon cómo destrozaba la puerta. —¡Johanna!

Todos retuvieron el aliento mirando hacia arriba y cuando le vieron correr escaleras abajo Susan susurró —Se ha escapado.

—¿Qué? —Mara miró asombrada a la puerta por donde James había salido corriendo. Mara le siguió y gritó —¡James, me ha robado el caballo!

—Por Dios, si está nevando —dijo Albert atónito—. ¿A dónde se cree que va?

—Johanna es capaz de todo —respondió Nelson apenado—. Tengo la

sensación de que esto se ha acabado. —Susan se echó a llorar tapándose la cara y su marido la abrazó.

## Capítulo 8

Henry Sherman caminaba de un lado a otro con las manos en la espalda y se volvió hacia su supuesto yerno, que estaba muy tenso ante el escritorio mirándole. Ni siquiera se había quitado el abrigo. Simplemente le había preguntado dónde estaba su mujer.

—No es tu mujer y no tienes derecho a saber dónde está.

—¿Ha llegado a Londres? ¿Está bien?

—Llegó a Londres hace dos días.

James salió del salón a toda prisa y subió las escaleras antes de que pudiera impedirlo. Siguió a su yerno furioso y cuando llegó a la habitación de su hija, vio la palidez en su rostro al ver cómo las doncellas recogían las antiguas pertenencias de su hija, dejando la habitación vacía. James se volvió hacia Henry. —¿Qué significa esto?

—Mi hija ha abandonado el país acompañada de su madre. Nos vamos. Ya he puesto la casa en venta.

—¡No puede irse!

—La decisión está tomada.

—¿A dónde...

—No te lo voy a decir. ¡Ya está bien! Mi hija ha destrozado su vida para siempre y tú no has estado a la altura. ¡Te aconsejo que la dejes en paz por el bien de los dos!

—¡La encontraré!

—Lo dudo. Me encargaré personalmente de ello y tengo los recursos necesarios para alejarla de ti todo lo posible.

James apretó los puños impotente. —Yo la quiero.

—Maldito mentiroso —dijo con desprecio—. ¡Si la hubieras querido alguna vez, hubieras antepuesto sus necesidades a las tuyas! ¡Yo he consolado a mi hija miles de veces en ese salón por tus desprecios! ¡He ido a incontables bailes donde ni siquiera la sacabas a bailar! ¡He tenido que cortar las alas a caballeros, que han intentado convertirla en su amante por los rumores que corren por la ciudad

porque ni siquiera la mirabas! —James dio un paso atrás como si le hubiera golpeado. —¡Y yo me puse de tu parte por lo que ella había hecho! Pero se acabó. ¡Que hayas humillado a mi hija, incluso cuando no tenías ningún derecho por no estar casados, es el colmo de la poca vergüenza! ¡Sal de mi casa!

James apretó los labios antes de decir —¿Puede darle una carta de mi parte?  
—¡No le daría nada de ti, ni aunque mi vida dependiera de ello!

Asintió saliendo de la habitación, pero al llegar a las escaleras se volvió diciendo —¿Si tengo un heredero me lo comunicará?

—En ese caso mis abogados se pondrían en contacto contigo —dijo con rabia por la mera posibilidad—. Ahora desaparece de mi vista.

James bajó las escaleras y salió de la casa dando un portazo. Cuando se metió en su carruaje el duque de Stradford apretó los labios al ver su expresión. —¿No has podido verla?

—Se ha ido del país.

Alex le miró sorprendido. —¿Qué dices? ¿Cómo se va a ir del país y no decírselo a Elizabeth?

—Perdona que no me preocupe que no se haya puesto en contacto con tu esposa. —dijo preocupado—. ¡Joder! —Intentó pensar qué hacer para encontrarla y nervioso se pasó la mano por su pelo rubio.

—No te preocupes, antes o después escribirá a Elizabeth. No podrá evitarlo. Son almas gemelas.

James miró a Alex y sonrió con tristeza. —Almas gemelas.

—Ahora te sientes un estúpido por no ver lo que tu esposa vio desde el principio, pero se te pasará y arreglareis las cosas.

—Tengo la sensación de que no lo podré arreglar. —Giró la cabeza hacia la ventanilla. —Tiene razón en mil cosas. Ella cometió un error y yo se lo he hecho pagar. Todo el mundo tiene un límite.

—No sé lo que pasó en Escocia, pero aquí ella también te provocaba. Te lo recuerdo porque parece que se te ha olvidado. ¿Por cierto, qué sucedió en Escocia que fuera tan grave?

—Que no le demostré que la amaba... como siempre.

Alex vio lo hundido que estaba su amigo y pensó en la suerte que tenía con su mujer. Intentando animarle dijo —Ya la compensarás.

—Sólo ruego tener otra oportunidad.

—¡Johanna! Por Dios, ¿qué estás haciendo? —gritó su madre corriendo hacia ella atravesando el jardín.

Se echó a reír estirando más las piernas en el columpio para subir más alto.  
—¡Madre, es divertido!

—¡Divertido! ¡Estás en estado! ¡Baja de ahí antes de que pase algo irreparable!

—Este columpio lleva aquí muchos años. No pasará nada.

—¡Precisamente porque las cuerdas no son nuevas digo esto! ¡Detente de inmediato!

Hizo una mueca dejando de mover las piernas y cuando el columpio se detuvo miró a su madre a los ojos. —¿No me vas a dejar hacer nada? ¡Llevas meses detrás de mí! ¡Quiero hacer algo! ¡Lo que sea!

Su madre sonrió satisfecha. —Pues nos sentaremos debajo del árbol a bordar un rato. Entretenido y sin peligro.

—¡Oh, por Dios! —Exasperada se levantó y caminó como si fuera a la batalla dirigiéndose hacia la casa.

—¿A dónde vas ahora?

—¡A ver a papá! ¡Al menos él no me trata como si fuera una inválida!

Indignada Rose la siguió. —¡Serás desagradecida!

Johanna se detuvo en seco y se volvió hacia su madre arrepentida acariciándose el vientre de siete meses. —Lo siento, es que hace calor y estoy irritada e inquieta.

Su madre la miró con ternura. —No pasa nada, mi niña. Pero aquí estamos más frescos. Estamos al lado del mar y la brisa alivia la temperatura. Lo que pasa es que el paseo de la mañana ha sido demasiado. ¿Por qué no te acuestas un rato?

Entraron en la enorme mansión de estilo gótico que su padre había alquilado en Cerdeña. No había nada que hacer allí salvo dar paseos por la playa. Johanna habituada a una intensa vida social, estaba empezando a ponerse de los nervios después de meses de reclusión. Al principio estaba tan deprimida por su fallido matrimonio, que casi le daba igual. Pero cuando corroboró el embarazo, se animó pues al menos quedaba algo de James. Había destrozado su vida y su reputación, pero se habituaría a no tener vida social. Tenía dinero de sobra para vivir bien el resto de su vida y su bebé también. No le preocupaba eso. Lo único que le preocupaba era que desdeñaran a su hijo por lo que ella había hecho. Y la preocupaba mucho.

Entraron en el hall con intención de subir las escaleras, pero su mayordomo se acercó con una bandeja. —Carta para la señorita Sherman.

Encantada se acercó porque debía ser de Elizabeth y al ver la letra de su amiga entró en el salón rasgando el lacre de la duquesa de Stradford.

—¿Es de Liss?

—Sí, mamá. —La desplegó ansiosa y empezó a leer sentándose en el sofá. Sonrió radiante. —¡Ha tenido un varón!

Rose se llevó la mano al pecho. —Qué bien... Me alegro muchísimo.

—Alex está muy contento. —Emocionada siguió leyendo y perdió la

sonrisa poco a poco.

—¿Qué ocurre? ¿El bebé está bien?

—Sí. Pero quiere que vaya al bautizo.

—Oh... pero no puedes ir.

—Quiere que sea la madrina del niño —dijo con cariño.

—Un gesto muy bonito. Pero no sabe que estás en estado. No puedes ir, así que contéstale de inmediato para que busque otra madrina, cariño.

—Sí. No debería haberle escrito hace dos semanas para que supiera que estoy bien. Debería haber cortado por lo sano.

Llamaron a la puerta en ese momento y Rose sonrió —Debe ser la viuda Carissi para tomar el té. ¿Quieres quedarte?

—Mejor contesto la carta y me acuesto un rato.

—¡Apártese!

La voz de James en el hall le robó el aliento y volvió la cabeza lentamente hacia la puerta para ver cómo entraba en el salón como una tromba, deteniéndose en seco al verla sentada en el sofá.

Se quedaron mirando el uno al otro mientras Rose nerviosa se apretaba las manos. —Creo que voy a avisar a mi marido. —Salió corriendo y gritando — ¡Henry! ¡Henry, está aquí!

James se la comió con los ojos y se acercó lentamente como si no quisiera asustarla. —Hola, preciosa. —Todavía sin salir de su estupor se le quedó mirando y vio cómo se acuclillaba ante ella. Estaba más delgado y parecía preocupado. Una auténtica tortura ver ese rostro después de soñar con él todas las noches. —¿Cómo estás? Te he estado buscando durante todo este tiempo. —Escucharon gritos en el hall, pero ella no se dio cuenta mirando sus preciosos ojos verdes. James le cogió la mano y susurró —Sé que no me crees, pero no puedo vivir sin ti. —Su corazón dio un vuelco al oír esas palabras. —Tienes que volver conmigo. Lo arreglaré todo y tendrás esa boda que querías. Todo será distinto, te lo juro.

—¡Fuera de aquí! —gritó su padre fuera de sí con una pistola en la mano.

James no le hizo caso y apretó su mano como si no quisiera soltarla. —Te lo juro, Johanna. No te fallaré. Para mí eres lo más importante.

—¿Cómo te atreves a asaltar mi casa de esta manera? —Henry se acercó fuera de sí. —¡Suelta a mi hija!

—¡Johanna, dime algo! —La miró angustiado. —Dime que me perdonas.

—No tengo nada que perdonarte, James —susurró mirando sus ojos—. Yo fui la responsable de todo.

—¡Mira lo que le haces a mi hija! —Henry le apuntó con la pistola y gritó fuera de sí. —¡Fuera de mi casa!

—¡Padre! —Asustada se tiró sobre James antes de oír la detonación.

James gritó sujetándola mientras Rose gritaba horrorizada al ver la sangre

en la espalda de su hija. Asustado James la apartó para mirarle la cara y Johanna sonrió. —No es nada.

Henry tiró la pistola al suelo y se llevó las manos a la cabeza mientras Rose gritaba pidiendo un médico.

James muerto de miedo le acarició la mejilla. —Te vas a poner bien.

—Claro que sí. Tengo que dar a luz a nuestro hijo.

Pálido la cogió en brazos levantándose y pasó al lado de Henry que seguía mirándoles sin poder creérselo. Su doncella les siguió corriendo y les adelantó para abrir la puerta de su habitación. —Por aquí, Conde.

James la tumbó en la cama y dijo nervioso —Ayúdame a desvestirla.

Betsy le desabrochó el vestido mientras él la sujetaba y cuando le quitaron el vestido su vientre era evidente bajo la camisola interior. James le acarició la barriga posesivo y susurró —No me vas a dejar.

—Estoy bien. Sólo me resquema un poco.

—Déjame ver.

La puso de costado y rasgó la camisa para ver que la sangre salía de su axila. Levantó el brazo con cuidado y vio el agujero debajo de su brazo derecho. James suspiró del alivio y Johanna preguntó —¿Es grave?

James entrecerró los ojos y dijo —Tenemos que casarnos, Johanna. —La volvió lentamente para mirar su cara. —Cuanto antes.

—¿Me voy a morir? —Pálida se tocó el vientre. —No sobrevivirá si lo sacan ahora, es muy pronto.

—¡No te vas a morir! Pero más vale prevenir, por si acaso. Si el niño sobrevive, tus padres no me lo dejarán.

Johanna asintió asustada. Si moría, quería que su hijo volviera a Londres con su padre y sus abuelos. Su padre por venganza, podía llevárselo y no quería eso. —Está bien.

James miró a Betsy. —Busca un cura. Rápido.

La doncella salió corriendo y Johanna sonrió. —No te preocupes. Estará aquí en unos minutos. Vive muy cerca.

Él suspiró de alivio y la besó en la frente. —Dime que me quieres. Quiero oírtelo decir.

Le acarició el cuello y susurró —Nunca dejaría de quererte.

James sonrió y la besó suavemente en los labios. Cuando entraron sus suegros en la habitación Rose gritó —¡Aprovechado! ¡Apártese de mi hija!

—¡Es mi mujer! ¡Y no pienso moverme de aquí!

Henry miró a su hija y dijo aun incrédulo —No quería hacerte daño.

—Lo sé, padre. —Sonrió con tristeza. —Deberíamos controlar nuestro carácter.

Su padre asintió saliendo de la habitación mientras Rose se apretaba las

manos nerviosa. —Déjame ver...

—¡No! —exclamó James— ¡El cura está al llegar y el médico hará lo que pueda por ella!

Al oír la palabra cura Rose perdió todo el color de la cara cayendo redonda ante la cama.

—¿Se ha desmayado? —Johanna levantó la cabeza, pero James sentado a su lado la obligó a tumbarse sujetándola por el hombro.

—Más abajo no va. Déjame ver la herida de nuevo.

La volvió y le levantó el brazo lentamente. Se levantó a toda prisa para coger una toalla del aguamanil y se la colocó en la herida apretando. Ella entrecerró los ojos.

—¿Está en el brazo?

—Con tanta sangre no lo veo.

Se volvió para mirarle a la cara, sintiendo el corazón latir con fuerza en su pecho y una idea empezó a formarse en su cabeza. —¿No me estarás engañando para que crea que tengo un pie en la tumba y que me case contigo?

Betsy entró corriendo en la habitación. —Ya viene —dijo asfixiada de tanto correr.

—¿Cómo puedes pensar algo así en un momento tan delicado como este?

¡Estaba mintiendo! Johanna le vio poner cara de inocente, pero ya no estaba tan preocupado como antes. Estaba nervioso y ansioso, pero no preocupado.

Johanna le cogió la mano y susurró —Si muero, quiero que me entierren en Boston.

—Preciosa, queda un poco lejos. —Miró hacia la puerta inquieto.

—Y quiero que me prometas que le dirás a Elizabeth que me hubiera encantado ser la madrina del niño.

—Ya, ya.

—Y que si el niño se salva, le pongas el nombre de mi padre.

La miró como si estuviera loca. —Ni hablar. Llevará mi nombre.

—Prométemelo. ¡Estoy a punto de estirar la pata! Es lo menos que puedes hacer.

Él gruñó por lo bajo y se levantó inquieto. —¿Dónde está el cura?

—Es algo mayor —dijo Betsy preocupada.

—¿No debería preocuparte más el médico? ¡Me estoy muriendo!

—Claro, cielito. También le estoy esperando. —James sacó la cabeza de la habitación y gritó— ¿Dónde está ese cura?

—¡Ya voy, milord! —gritó una voz anciana desde abajo.

James sonrió acercándose a ella. —Ya viene.

—Ya lo he oído. El tiro no me ha afectado en eso todavía. Sobre el nombre del bebé...

—¡Ya está aquí! —gritó James sobresaltando a Betsy, que estaba de los nervios. Johanna reprimió su sonrisa al ver su desesperación porque el anciano sacerdote con su sotana negra daba pasitos acercándose a la cama.

—Padre...—Alargó la mano y el cura rodeó la cama lentamente para cogérsela. —Me caso, padre.

—Ya era hora, figlia. —dijo irónico. Miró a James con sus ojitos rodeados de arrugas. —¿Este es il tuo esposo?

—Sí, padre. Él es el padre.

—¿Podemos abreviar? El médico llegará enseguida.

—¿Estás enferma, figlia?

—Me han disparado, padre. —El cura levantó las cejas. —¿Me dará la extremaunción?

—Antes la boda. —James apartó la mano del cura y cogió su mano. —¿Puede empezar?

Johanna le miró de reojo y vio como azuzaba al cura con los ojos. —Dese prisa, padre. Puede ser fatal.

—Sí, figlio. Empecemos.

—Él se llama James Fishburgne, padre.

—Estamos aquí reunidos, para unir a este hombre y esta mujer en sagrado matrimonio. —Miró a Johanna. —Johanna Sherman, ¿deseas unirme a este hombre para amarle y respetarle, en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte os separe?

James la miró expectante y Johanna sonrió. —Sí, quiero.

El alivio de la cara de James era de risa y el cura siguió hablando mientras se miraban a los ojos cuando le escuchó decir —Sí, quiero.

—Yo os declaro marido y mujer. Puede besar a la novia, aunque es obvio que ya lo ha hecho antes —dijo el cura exasperado viendo como James se agachaba y le daba un suave beso en los labios.

Johanna sintió que era el beso más maravilloso del mundo y disfrutó de él como si fuera el primero. James se apartó y ella susurró contra sus labios— Te quiero.

—Ahora practicaré la extremaunción.

James se enderezó de golpe. —¡Padre, no se va a morir!

—Nunca se sabe, hijo. Nunca se sabe.

En ese momento llegó el médico, que al ver el cura allí, se puso a discutir con él en italiano y vaya cómo se gritaban el uno al otro. Johanna y James les miraba con los ojos como platos mover los brazos de un lado a otro, soltando lo que era evidente que eran insultos.

—¡Perdonen! —gritó James interrumpiéndolos— ¡Mi esposa necesita atención médica!

El cura salió de la habitación dando un portazo y Johanna susurró —¿Se ha enfadado?

—¡Sempre incordiando! —gritó el médico acercándose— ¿Qué ocurre?

James la volvió de lado y apartó la toalla. —Un disparo.

El doctor entrecerró los ojos y chasqueó la lengua. —¡Picata minuta!

—¿Qué? —preguntó Betsy acercándose a su señora.

—Nada. ¡Sacar bala y listo!

Fue a por el maletín que había soltado en plena discusión y lo acercó a la cama. Le levantó del brazo sobre la cabeza de mala manera y asustada miró a James. —Cariño...

—Tranquila, sabe lo que hace. —Forzó una sonrisa, pero cuando vio que sacaba unas pinzas y las acercaba al agujerito que tenía sobre la axila le interrumpió— ¡Un momento! ¿No le va a dar alguna droga o algo?

—¡No! —Metió la pinza y Johanna gritó de la sorpresa mientras le médico le agarraba el brazo con fuerza retorciendo las pinzas en su herida. —¡Ya! —Sacó las pinzas triunfal mostrando la bala. —Bene, molto bene.

James pálido le preguntó a su esposa. —¿Estás bien?

—¿Que si estoy bien? —gritó furiosa— ¡Menuda manera de cuidarme y de protegerme que tienes tú!

—¡Preciosa, el especialista es él!

—¡Me ha atacado con las pinzas!

El médico susurró algo por debajo antes de coger un frasco de cristal, quitar el corcho con los dientes sin dejar de sujetar su brazo y derramar el líquido sobre la herida. Johanna gritó retorciéndose sobre la cama. Sentía que la herida le quemaba como el fuego y lloriqueó cuando el dolor cesó. Agotada ni sintió como le vendaban el brazo dejándose hacer. Cuando el médico terminó, le levantó la camisola dejando al descubierto la barriga, colocando encima una trompetilla y escuchando atentamente. James expectante se le quedó mirando y preguntó cuando le vio quitarla y guardarla en el maletín. —¿Cómo está el bebé?

—Bene.

Sin más salió de la habitación dejándolo con la palabra en la boca. Betsy soltó una risita y James carraspeó. —Un camisón para mi esposa.

—Sí, milord.

James arrodilló una pierna sobre la cama y miró a su mujer. —¿Cómo estás?

Le cogió por la camisa tirando de él hacia ella. —¡Ese hombre no me va a asistir en el parto! —le gritó a la cara.

—Estoy de acuerdo.

Gimoteó. —Me duele el brazo.

James se dio cuenta que no había dejado nada para el dolor. —Espera, vuelvo ahora. —Salió corriendo y Betsy se acercó a su señora con el camisón en la

mano.

—Es un desastre de marido.

—Y usted un desastre de esposa. Están empatados.

Hizo una mueca sentándose y Betsy rompió el resto de la camisola para quitársela por delante con cuidado. Cuando volvió su marido a la habitación ya estaba tumbada de nuevo con el camisón puesto y triunfante le enseñó una botellita. —Que te bebas una cucharita de esto.

—¿Será malo para el bebé?

James parpadeó antes de salir corriendo de nuevo y Johanna puso los ojos en blanco haciendo reír a Betsy.

—No tiene gracia.

—Claro que la tiene. Ahora podrá pedir lo que quiera. Está de los nervios porque vuelva a dejarle.

—¿De verdad crees eso?

—¿Le ha visto? Ha venido hasta aquí y la ha obligado a casarse aparentando que estaba al borde de la muerte. Está loquito por usted.

Johanna sonrió. —Tienes razón. —Se miró las uñas e hizo una mueca porque estaban algo descuidadas. Últimamente no cuidaba su aspecto demasiado. —¿Cómo estoy?

—Como si la hubiera disparado su padre. Que por cierto está lleno de remordimientos.

—Dile que suba.

Un gemido en el suelo le recordó que su madre seguía en el suelo y asustada se sentó en la cama. —¿Madre? ¿Estás bien?

Rose se levantó como pudo y al verla sentada en la cama como si nada gritó —¡No te estás muriendo!

—No. —Sonrió encantada. —Mamá, me he casado. —Su madre puso los ojos en blanco antes de caer de nuevo al suelo y Betsy hizo una mueca. —No se lo ha tomado muy bien, ¿verdad?

—No, condesa. No se lo ha tomado bien. —Su doncella chasqueó la lengua. —Se le pasará.

—Sí, ¿puedes encargarte de que alguien la atienda?

James llegó corriendo y acalorado dijo— Una cucharilla.

—Oh, gracias mi amor.

Se acercó a ella pasando por encima de su suegra y él mismo se encargó de darle el tónico. —¿Tienes hambre?

—No.

—¿No deberías comer algo? Las embarazadas comen mucho.

—¿He engordado?

—Uy, uy, uy. Cuidado, conde —susurró Betsy ganándose una mirada

fulminante de su señora.

—Estás preciosa. Nunca lo has estado más.

Johanna jadeó indignada. —¿Me estás diciendo que estoy más hermosa ahora que normalmente?

James se pasó la mano por la frente. —No, por supuesto. Sólo te estaba diciendo que...

—Se lo advertí —susurró Betsy—. Nunca me hacen caso.

—¡Betsy, mi madre!

—¡La señora no se entera!

—¡Ahora!

Refunfuñando su doncella salió al exterior y gritó —¡La señora Sherman necesita ayuda! ¿Es que en esta casa no trabaja nadie más que yo?

James sonrió divertido. —¿De dónde la has sacado?

—De los muelles de Boston. Y allí debería haberla dejado.

—¡La he oído! ¡Soy una doncella de primera! —dijo molesta—. ¡Con todo lo que he estudiado! —Su doncella la miró casi llorando. —¿Es que no lo hago bien? Yo me esfuerzo mucho.

Preocupada Johanna se levantó a toda prisa. —Claro que lo haces bien. Mucho mejor que el año pasado. —La abrazó con fuerza. —Eres la mejor doncella que hay.

—¿De verdad?

James las miraba asombrado. —De verdad. Ahora deja de llorar y trae a alguien que saque a mi madre de aquí.

Betsy asintió saliendo a toda prisa mientras se limpiaba la nariz con el dorso de la mano.

Volvió hacia la cama y su marido levantó ambas cejas. —Es un poco sensible.

—¿Cuándo la conociste?

—Hace diez años. Le quité a un bestia de encima. Le clavé mi puñal.

—Increíble. Tenías nueve años más o menos ¿verdad?

Asintió mirando hacia la puerta. —Desde entonces me seguía cada vez que visitaba el puerto, así que dos años después la llevé a casa. Mamá casi me mata con sus gritos.

—Y empezó a servir.

—Sí, pero como siempre estaba en mi habitación, mi madre se dio por vencida y la hizo mi doncella. Se ha esforzado mucho para ser una buena doncella. Pero a veces se le olvida y es como si volviera al puerto.

James reprimió una sonrisa y le acarició la mejilla viendo cómo se le cerraban los ojos. —Como casi todo el servicio de nuestra casa.

—Ajá... —Suspiró moviendo la mejilla hacia él buscando su contacto. —Son

buenas personas que han tenido mala suerte.

Se quedó dormida sin darse cuenta y James sonrió observándola unos minutos hasta que escuchó que varias personas entraban en la habitación. Dos lacayos sacaron a su suegra mientras Henry observaba desde la puerta.

—¿Cómo está? —preguntó su suegro muerto de miedo.

—Se pondrá bien. —Se levantó y se acercó a él. —Nos hemos casado.

—Lo sé. —Sherman apretó los labios. —Creo que es lo mejor dadas las circunstancias. Todo este tema se ha desbocado un poco.

—Aunque haya intentado matarme, le aseguro que no le tengo rencor. Supongo que yo haría lo mismo si alguien actuara así con mi hija.

—Sí, la pena es que el disparo lo haya recibido ella —dijo con rencor saliendo de la habitación.

Betsy hizo una mueca. —No se preocupe, conde. Se le pasará en su tercer nieto más o menos.

James asintió. —Puedo soportarlo.

—No le queda otro remedio.

Johanna se despertó y se acarició la barriga sin abrir los ojos. Al mover el brazo le dolió y recordó todo lo que había pasado. Sintió que la observaban y volvió la cabeza para encontrarse a su marido de costado apoyado en su codo. Se sonrojó ligeramente al ver que estaba desnudo de cintura para arriba.

—¿Cómo te encuentras?

—Me duele el brazo.

—Es lo que tiene que te peguen un tiro. Que duele. —Sonrió divertido. —Por cierto, gracias por salvarme el pellejo. Pero la próxima vez no quiero que mi mujer embarazada reciba el tiro por mí.

—No habrá próxima vez.

—Contigo nunca se sabe. Por cierto, Elizabeth te manda recuerdos.

—Chivata. No volveré a contarle nada.

—Nos vamos pasado mañana para que se lo digas tú misma. —Le apartó un mechón de pelo de la mejilla. —Estará encantada de oírte.

—¿Conoces al bebé?

—Es igualito a Alex. Moreno.

—¿Estabas allí?

—Alguien tenía que sujetar a Alex para que no molestara en la habitación.

Puso a la parturienta de los nervios y gritó desquiciada que nos lo lleváramos.

—¿De veras?

—Cuando vio al bebé se le caía la baba.

—Lógico. Papá te lo iba a contar a través de los abogados cuando diera a

luz. No te lo iba a ocultar.

—Ya sé que no me lo ibas a ocultar. Pero me hubiera gustado vivirlo desde el principio.

Johanna miró al techo y tomó aire sintiéndose culpable. —Lo siento. Al parecer lo hago todo mal.

—Eh, eh... —La cogió por la barbilla y susurró —La mitad de las cosas que nos han pasado han sido culpa mía. Ahora nos olvidaremos de todo y empezaremos de nuevo.

—¿Y Mara?

—No te lo vas a creer.

Johanna abrió los ojos como platos. —¡No! —James se echó a reír. —¿Con Justin?

—Al parecer se han hecho muy amigos. Demasiado para mi gusto.

—¿Te importa?

—No. No me importa nada. Pero no sé si es la persona adecuada para mi primo.

—¿Sabes que una doncella de la casa está totalmente enamorada de él? —James apretó los labios. —¿Lo sabías?

—Lleva loca por mi primo desde que llegó a la casa cuando murió su madre. Debía tener diez años o así.

—Es una pena. ¿No crees? Que ella le ame tanto y no tenga una sola oportunidad por ser de otra clase social.

—Preciosa, ¿no tienes bastante con nuestra relación, que te preocupan las de otras personas?

—Es que los dos me son agradables y...

—Está claro que Mara no te agrada en absoluto, pero no es mala persona.

—Lo sé. Pero me daría rabia que se casara con Justin.

—Ya veremos lo que ocurre. —Se miraron a los ojos y él susurró —Estoy deseando tocarte.

—Pues es una pena.

Su marido se echó a reír a carcajadas y la abrazó a él con cuidado pegándola a su pecho. —Me basta con esto. De momento...

—Me parece bien, conde.

Acarició su melena con ternura. —Creo que deberíamos estar un tiempo solos. Sin nadie alrededor que escuche cuando nos gritamos.

—Mis padres han vendido la casa.

—Y los míos ocupan la nuestra porque están pintando la suya.

Asombrada levantó la cabeza. —¡No!

—Están en la habitación de al lado a la tuya, condesa. Y como llevan allí más de dos meses, creo que no tienen intención de abandonarnos.

—¡No!

—No he podido evitarlo. No te tenía a ti para apoyarme. Además, son mis padres, no me podía negar.

—¡Susan no querrá irse hasta después del parto por lo menos y mi madre no se despegará de mí, James!

—Por eso decía lo de estar solos.

—Sí, ahora tengo que pensar yo cómo librarme de ellos, ¿verdad?

—¿No eras la experta en librarte de pretendientes? Aplícalo a otra cosa.

—¡No puedo incendiarles el carruaje! ¡No se irían nunca!

James se echó a reír y la besó en la frente. —Algo se nos ocurrirá. De momento vamos a volver para el bautizo y después ya veremos.

El estómago de Johanna rugió y su marido se levantó de un salto. —¡Tienes hambre! ¡Sabía que tenías que haber comido algo! —Se puso los pantalones a toda prisa y tiró del llamador.

—Si esperas que venga Betsy, siento decepcionarte. Tardaría una hora en llegar.

Exasperado fue hasta la puerta y de repente se volvió. —¿Dónde está la cocina? —Ella iba a decir algo, pero él la interrumpió—La encontraré. No te preocupes.

—No, si no estaba preocupada.

—Bien, vuelvo enseguida.

Sonrió encantada y se destapó porque tenía calor. Asombrada vio que la chimenea estaba encendida. No le extrañaba que él estuviera desnudo. Se levantó y cogió la jarra del agua del aguamanil y la tiró sobre el fuego cuando escuchó un estruendo en el piso inferior. Asustada corrió hacia la puerta y bajó las escaleras yendo hacia el comedor para entrar por la puerta de servicio a la cocina, donde James con un plato en la mano miraba un aparador tirado en el suelo. James la miró asombrado— Sólo he intentado abrir una de las puertas y se ha caído al suelo.

Una puerta se abrió y la cocinera abrió los ojos como platos al ver toda la vajilla hecha añicos. — ¡La vajilla de la señora!

Johanna se acercó a su marido y le cogió del brazo. —Huye.

—¡Mamma mía! —gritó la mujer histérica mientras el resto del servicio se presentaba con ropa de cama y cara de sueño.

Entonces se pusieron a gritarse los unos a los otros en italiano y ellos dieron un paso atrás. Johanna cogió un bollo de la que pasaban y James un pedazo de queso antes de ver unas manzanas. La cocinera estaba a punto de perder los nervios, cuando salieron corriendo y riéndose subieron las escaleras.

Estaban a punto de llegar, cuando su padre apareció escaleras arriba con una lámpara de aceite en la mano y entrecerró los ojos al verlos. Perdieron la sonrisa de golpe. —Padre...

—¿Qué ha ocurrido?

—Un pequeño accidente en la cocina —respondió James a toda prisa—. Lo pagaré.

Henry gruñó antes de darse la vuelta y volver a su habitación. Rose les miró desde la puerta y en cuanto su marido pasó les susurró —Se le pasará.

James asintió y cogiendo de la cintura a Johanna entraron corriendo en su habitación reprimiendo la risa.

—Buena la has hecho.

—Si antes me odiaba, ahora no podrá ni verme.

—No creo que una vajilla sea tan importante como todo lo demás. —Se metió el bollo en la boca.

—Menudo viaje me espera hasta Londres. —Se sentó a su lado dejando el plato ante ella y cogió una manzana.

Masticando le miró de reojo. —¿Eso significa que no le pondrás su nombre al bebé?

—No hablas en serio.

—Piensa que sería una manera de congraciarte con él.

—¡No pienso ponerle su nombre a mi heredero para congraciarme con mi suegro! —asombrado exclamó— ¡Es mi primogénito!

—Tú verás lo que haces. —Se encogió de hombros y siguió comiendo sonriendo por dentro.

James negó con la cabeza. —Espero que sea niña. Así asunto solucionado. —No pudo evitar que la sorpresa se reflejara en su cara y él sonrió. —¿Por qué te sorprende tanto?

—Todos quieren que el primero sea varón.

—Pues yo prefiero una niña. Se casará con el hijo de Alex. Será duquesa y muy rica.

Johanna se echó a reír y James la cogió por la nuca besándola. —¿A que soy muy listo?

—Sí que lo eres, pero será mejor que sea niño y que sean amigos. La niña nacerá después.

—Si te empeñas entonces será niño.

—Por supuesto que lo será. —Le besó en la punta de la nariz y se metió el bollo en la boca. —Y se llamará Henry.

James apoyó la espalda en el cabecero de la cama. —No puedo hacer eso, preciosa. Mis padres se sentirán insultados.

Pensó en ello y se dio cuenta de que tenía razón, así que dijo con la boca llena —Muy bien. Se llamará James Henry Nelson Albert Fishburgne.

—No. Se llamará James Albert Nelson Henry Fishburgne.

—No, tienes que poner a Nelson detrás de ti.

— Me ha criado Albert. ¡Porque ahora tenga otro padre, no pienso relegarlo de esa manera!

Johanna sabía lo difícil que era esa situación para él y lo entendía, pero sabía que Nelson se sentiría defraudado. — James a secas está bien.

Su marido sonrió. — Será lo mejor.

— Así nos evitamos líos.

— Eso mismo pienso yo.

— Ya te encargarás de llevarte bien con mi padre.

— ¡Me ha intentado matar! ¡Debería ser él quien se disculpara!

— James....

Su marido levantó las manos — Vale, haré todo lo posible.

## Capítulo 9

—¡Esto es intolerable! —gritó James entrando en el salón de su casa de Londres con una carta en la mano.

Elizabeth, Susan, Rose, y Johanna estaban tomando el té y miraron hacia el conde que estaba furioso. —¿Qué ocurre, cariño?

—Tu padre me ha echado de la sociedad de inversión en los ferrocarriles. —Tiró la carta en su regazo. —¡Dice que no soy necesario, pues hay inversores de sobra!

—Alex va a invertir. Ya ha invertido antes y le ha ido muy bien, así que participará en todas las vías que se quieran poner en América. Dice que es un filón.

—¡Precisamente porque Alex me convenció, hablé con mi suegro y ahora me dejan fuera!

Johanna abrió la carta y al ver el nombre de la persona que se la había enviado abrió los ojos como platos antes de carraspear. —Querido. No me extraña nada que te hayan dejado fuera.

—¿Y eso por qué? Mi dinero es tan bueno como el de cualquiera.

Volvió la carta y señaló el nombre que firmaba la carta. —Igual si no hubieras echado a este hombre a patadas de nuestra casa acusándole de ser mi amante, puede que estuviera encantado...

James entrecerró los ojos y le arrebató la carta para leer el nombre. —¡Collin Baker! Este tipo es quien ...

—Sí, cielo. Busca otra cosa.

—Pero Johanna, ganarán muchísimo dinero —dijo Elizabeth cogiendo un pastelito de la fuente—. James debería participar. Alex está entusiasmado sólo pensando en los beneficios.

—El dinero de mi hijo es tan bueno como el de cualquiera.

—¡Este tipo quería llevarse a mi mujer a casa! —gritó James furioso— ¡Debería pedirme disculpas él a mí! ¡Y Henry debería apoyarme!

Rose hizo una mueca antes de beber de su té disimulando. Johanna se dio cuenta que no se quería meter en la discusión, así que tuvo que decírselo ella. —

Cariño, papá no te ayudará en nada hasta que no se le pase el enfado. Y se le pasará. En un año o dos seguro que ya te habla normalmente.

Elizabeth rió por lo bajo y ella le metió un codazo sin perder la sonrisa. — ¿Qué tal si inviertes en la fábrica de telas que estabas mirando el otro día? La gente siempre necesita telas.

—¡Será porque tu padre ya la ha comprado! —James estaba a punto de estallar. — ¡Como ha comprado la casa que pensaba rehabilitar para revenderla o la fábrica de zapatos! ¡No sé cómo lo hace, pero cada vez que me intereso por algo, llega él y la compra sin importarle el precio!

Johanna asombrada miró a su madre, que se sonrojó ligeramente antes de meterse todo un pastelito en la boca. —No te preocupes, cariño —dijo muy tensa—. No ocurrirá más.

Su marido salió de allí furioso y ella susurró —Muchas gracias, madre. No sabía que eras una espía.

—No lo hago a propósito. Hablamos de todo y...

—¿Y las inversiones de mi marido tienen que salir en la conversación?

—Somos los Sherman. —Levantó la barbilla orgullosa. —Los negocios son lo nuestro.

—¡No te pienso comentar nada más!

—De todas maneras —dijo Elizabeth seriamente—, no deberíais perderos esta oportunidad. El ferrocarril es el futuro y si no cuentan con él ahora, no contarán en el futuro. Deberíais encontraros con el señor Baker e intentar arreglar las cosas.

Johanna se mordió el labio inferior y susurró —James no lo haría jamás.

—Deberías hacerlo tú —dijo Susan—. Al fin y al cabo, él es conocido tuyo.

—Pero vete acompañada —dijo Elizabeth—. Ese hombre está prendado de ti y no quiero que te comprometa de alguna manera. —Sonrió encantada. — Iré contigo. Mi marido es otro inversor y se sentirá comprometido por si mi Alex da marcha atrás.

Johanna no estaba demasiado convencida de eso, pero siempre había querido intervenir en los negocios de su padre y estaba dispuesta a intentarlo.

—Muy bien. Iremos mañana por la mañana.

Esa noche su marido estaba que se lo llevaban los demonios y no dejaba de dar vueltas en la cama impidiéndole dormir. Suspirando se volvió y le miró a los ojos. —¿Qué te ocurre?

—¡No lo sé! ¡Estoy inquieto! —Se volvió con intención de levantarse, pero ella le cogió por el brazo.

—No te vayas...

—No te dejó dormir y necesitas descansar. Iré al salón a tomar un coñac.

—¿Y si...? —Sonrió con picardía y su marido gimió.

—Estás embarazada.

—Me han dicho que se puede.

James se acercó apoyándose en su codo y susurró sobre ella —No me provoques condesa, que llevo muchos meses sin tocarte como quiero.

—¿Si? Y no has... —Él negó con la cabeza. —¿Con nadie?

—Estaba buscando a mi esposa fugitiva. No tenía cuerpo para nada. Te lo aseguro.

Johanna abrazó su cuello. —Yo tampoco he hecho nada.

—¡Estaría bueno!

Se echó a reír al ver su indignación y él la miró como si quisiera comérsela entera. Perdió el aliento poco a poco al ver su deseo y lo atrajo hacia ella rozando su labio inferior con los suyos. —Ámame.

James se acercó y la besó suavemente acariciando sus labios con ternura. Ella frunció el ceño y acarició su cuello atrayéndole a su cuerpo para besarle como quería. James gimió intentando separarse y Johanna protestó cuando se separó. —¡No me hagas atarte a la cama! —Intentó besarle de nuevo y James saltó de la cama mostrando su excitación. —¡James!

—No deberíamos. El médico ha dicho que no. ¡Se lo he preguntado!

—¿Qué sabrá el médico?

Él gruñó cogiendo el batín y poniéndoselo de malas maneras. —Hablo en serio. Como no me satisfagas ... —Su marido fue hasta la puerta. —¡Ni se te ocurra irte!

Se detuvo en la puerta y siseó —¡Habla más bajo! ¡Se van a enterar mis padres!

—¡Pues que se enteren de que me dejas así!

—¡Te aseguro que lo hago por tu bien! ¡Y por el bien de nuestro hijo! ¡Soy muy grande!

Johanna se sonrojó cuando escuchó una risa al otro lado de la pared y James entrecerró los ojos. —¿Ves? ¡Ya la has liado!

—Deberíamos irnos a tu habitación.

—¡Tus padres están al otro lado! ¡Y te aseguro que prefiero tener esta conversación aquí que allí con la rabia que me tienen! ¡Tu padre es capaz de pegarme un tiro de nuevo! —Salió de la habitación dando un portazo.

Johanna se puso de rodillas y golpeó la pared. —¿Estáis contentos?

—¡No! —dijeron los dos a la vez.

Furiosa saltó de la bata cogiéndose la barriga y salió de la habitación caminando hacia la habitación de al lado. Abrió la puerta golpeándola contra la pared para ver a sus suegros sentados en la cama hablando tranquilamente. —

¡Mañana os vais a vuestra casa!

La miraron con la boca abierta y salió de allí para ir hasta la habitación de sus padres. Abrió la puerta sobresaltando a su padre que estaba dormido y gritó — ¡Mañana os vais con mis suegros!

Rose parpadeó antes de decir —Pero vas a dar a luz...

—Se os avisará para el parto. ¡Quiero estar sola con mi marido! —dijo a grito pelado antes de ir hacia la barandilla de la escalera y asomarse—. ¡James, sube inmediatamente o pido el divorcio!

James se asomó desde el salón con una copa de coñac en la mano. —Ni se te ocurriría.

—¡A la cama!

Reprimiendo una sonrisa empezó a subir las escaleras y cuando llegó a su lado la cogió por la cintura pegándola a él mientras caminaban hacia el dormitorio. —Jo, tienes un carácter... —La besó en la sien. — ¿Crees que te harán caso?

Sus suegros y sus padres les miraban desde las puertas de las habitaciones y Johanna entrecerró los ojos haciéndolos entrar de nuevo y cerrar a toda prisa.

—Claro que me harán caso. Se irán mañana. —Le sonrió maliciosa. — Tendremos la casa para nosotros. —Entraron en la habitación y cogió su copa dejándola sobre el tocador antes de cogerle la mano y tirar de él hacia la cama. — ¿Ahora me harás caso tú? Te prometo que no pasará nada.

—Estás de siete meses. Ya es muy grande y ahí no cabe nada más. —La cogió en brazos tumbándola sobre la cama, pero ella le cogió por el cinturón de la bata atrayéndolo.

—No te escaparás, conde. Te deseo. —Sus ojos ambarinos reflejaron todo lo que quería y James fue perdiendo la sonrisa poco a poco cuando la mano de Johanna empezó a bajar tocando su masculinidad por encima de la seda. —Y tú a mí.

James la cogió por la nuca atrapando su boca y la besó intensamente demostrando todo lo que la necesitaba. Johanna abrió su bata y acarició su pecho mientras James impaciente le acarició el muslo subiendo su camisón hasta la cintura. Apartó su boca con la respiración agitada, se quitó la bata tirándola al suelo y dijo con voz ronca. —Ponte de rodillas.

Excitadísima se levantó quitándose el camisón y James acarició uno de sus pechos susurrando —Estás preciosa. —sus manos bajaron hasta su vientre y Johanna se volvió apoyando las manos sobre el colchón. El roce de sus caricias en su vientre la hicieron suspirar y cuando volvieron a subir hasta sus pechos gimió empujando su trasero hacia atrás arqueando su cuello para que él la besara embriagada por el roce de sus sexos. James apretó su miembro contra ella y susurró —Estás húmeda.

—¡James! —gritó deseosa antes de sentir cómo entraba en ella lentamente

estremeciéndola de necesidad. James acarició su espalda antes de salir para volver a ella. —¡Dios! —susurró agarrándose como podía.

Su marido la cogió por los hombros y se movió de nuevo haciéndola gritar de placer, provocando que perdiera el control y entrara en ella con fuerza una y otra vez, hasta que la tensión que Johanna sentía en su vientre se hizo insoportable catapultándola al abismo.

La tumbó en la cama y tendiéndose a su lado le apartó el cabello con preocupación. —Preciosa, ¿estás bien?

Sonrió tontamente volviendo en sí y abrió los ojos. —Ha sido maravilloso.

La besó suavemente en los labios. —Sí, ¿pero estás bien?

—Nunca he estado mejor.

A la mañana siguiente James la despertó al apartar las sábanas y le abrió las piernas lentamente. Johanna abrió los ojos y parpadeó cuando se dio cuenta de lo que hacía. —Estoy bien, pero ya que estás ahí.

—¡Muy graciosa! ¡No he pegado ojo!

Se echó a reír al ver cómo se apartaba de ella como si tuviera a la peste. — Cariño...

—¡Nada de cariño! —La señaló con el dedo. —¡Te lo advierto, esto no se repetirá hasta después del parto!

—¿No me digas?

Él entró en su habitación y gritó —¿Dónde está mi ropa?

Divertida se levantó y tiró del cordón para llamar al servicio.

Cuando Betsy le puso un precioso vestido rosa y le recogió el cabello en un moño dejando caer varios rizos en su nuca, bajó a la sala del desayuno y hambrienta miró la bandeja de las salchichas sin ni siquiera saludar a nadie. Llenó su plato hasta los topes y concentrada en la comida fue hasta su sitio a la derecha de su marido, sentándose con ayuda de un lacayo. Cogió el tenedor y empezó a comer con ganas. —Buenos días, hija.

Con la boca llena asintió mirando a todos, que la observaban como si estuvieran enfadados con ella. James carraspeó antes de beber de su té y hacer un gesto para que le sirvieran más. —Querida, creo que nuestra familia está algo molesta por tu exabrupto de ayer.

—No hay discusión —dijo con la boca llena—. Quiero estar a solas con mi marido. Fuera.

Su madre jadeó indignada. —¿Cómo nos tratas así? ¡A nosotros! A tu propia sangre.

Cogió una salchicha con la mano y se la metió en la boca. —Os quiero mucho, pero tenemos que estar solos. Es lo mejor para nuestro matrimonio y

vosotros queréis que seamos felices, ¿verdad?

James sonrió encantado antes de comer unos riñones justo cuando Susan dijo— Pero es un momento tan feliz para nuestra familia... Vais a tener a nuestro primer nieto y queremos vivirlo con vosotros.

—Sobre todo teniendo en cuenta que yo no pude estar en el nacimiento de mi hijo —dijo Nelson dejándolos con la palabra en la boca.

Johanna miró a James y le dio una patada por debajo de la mesa instándole a que dijera algo.

—Debéis comprender que desde que nos hemos casado, no hemos tenido un matrimonio normal. Cuando llegue el parto os avisaremos. Vivimos en la misma ciudad por el amor de Dios...

Johanna sonrió satisfecha y siguió comiendo, pero los padres se pusieron a discutir. La mitad en contra y la otra mitad a favor. Los padres de James no querían moverse de allí y sus padres lo comprendían. Pero como tenían que mudarse a la casa de los marqueses, si ellos no se iban, sus padres tampoco.

—¿Y si tú no estás cuando ella se ponga de parto? —preguntó Susan— ¿Quién le hará compañía durante las horas que estás en el club o con tus negocios?

—Tenemos sirvientes que me avisarían enseguida.

—Además, no digo que no vengáis de visita. Sólo que después de la cena os vayáis a vuestra casa.

—¿Y si estamos aquí todo el día para qué irnos de noche? —preguntó Rose asombrada.

Johanna se puso como un tomate y James carraspeó revolviéndose incómodo hasta que su suegra se debió dar cuenta y jadeó mirando a su marido, que se levantó de inmediato fulminando con la mirada a James. —¡No podéis cohabitar durante el embarazo! —gritó a los cuatro vientos.

—¡Papá!

—Esa recomendación llega algo tarde —dijo Nelson divertido.

—¡James! —gritó Henry indignado.

—¡Ha sido ella!

Johanna miró a su marido exasperada. —¡Así no ayudas!

—¡Está a punto de ir a por su arma!

—¡Me estáis fastidiando el desayuno!

Eso les calló durante un rato y molesta siguió desayunando mientras la observaban impacientes. En cuanto dejó el tenedor sobre el plato vacío, empezaron de nuevo.

— ¡Podéis venir cuando queráis, pero dormiréis en vuestra casa! Y por mucho que me saquéis el tema, no pienso cambiar de opinión.

Se levantó dejando la servilleta y se agachó al lado de su marido para susurrar —Como cedas, te acosaré todas las noches hasta el parto. Te lo juro.

—No hay más que hablar —dijo su marido de inmediato haciéndola sonreír.

Se tocó el vientre de arriba abajo antes de gemir y todos la miraron nerviosos. —Todavía tengo hambre.

—Pues come —dijo su marido preocupado.

—¿Pero has visto lo que ha comido? No debe llenarse tanto, porque después puede sentarle mal —dijo Rose sonriendo—. ¿Ves cómo no sabes de estas cosas? Nosotras la cuidaríamos...

—Mi marido sabe lo que tiene que hacer. —James la miró con horror viéndola coger un bollo que su madre le arrebató de las manos.

—Eh...

—Cielo, ¿no prefieres dar un paseo por el parque? Hace un día estupendo —dijo James intentando distraerla.

—Elizabeth va a venir a buscarme.

—¿Para qué?

—Vamos a ir de compras.

James entrecerró los ojos. —¿Otra vez? Si ayer fuisteis de compras. ¿Cuánto tienes que comprar?

—¡No tengo otra cosa que hacer! ¡No puedo ir a ningún sitio que no sea ir de compras! —gritó exasperada— ¡Así que eso hago! ¡Ir de compras y tomar el té todo el maldito día!

—Puedes salir de paseo —dijo Nelson intentando mediar.

—Si la niña se distrae yendo de compras, debe ir de compras. El periodo del embarazo es muy pesado para la madre y si de esa manera se encuentra mejor, que gaste todo el dinero que le dé la gana.

—Gracias, papá.

Henry sonrió como si le hubiera regalado la luna, pero James apretó los labios —No, de eso nada. —Todos le miraron. —Es mi esposa y tiene que ajustarse a una asignación como todas las mujeres que conozco. ¡Y es una asignación muy sustanciosa!

—¡No hablarás en serio! —Johanna puso los brazos en jarras. —¡Nunca me han ajustado un presupuesto! ¡Papá me deja comprar todo lo que me apetece!

—¡Ahora estás casada conmigo! ¡Y las cosas han cambiado!

—Nunca ha derrochado el dinero —dijo Rose confundida—. Es más, yo gastaba tres veces más.

—¡Eso es porque no han visto la barbaridad que he pagado por un abrigo! ¡Podría comprar un carruaje nuevo!

—Por cierto, necesito uno para mí —dijo Johanna alargando la mano para coger un bollo, pero su madre fue más rápida y apartó la bandeja.

—¿Y para qué quieres uno para ti? —Su marido la miró con desconfianza.

—¿A dónde quieres ir sola?

—¡Elizabeth tiene carruaje!

—No pienso mantener a tres lacayos y un cochero más para que tú puedas ir de compras. ¡Vete en el coche de tu amiga!

Henry rojo de furia salió del comedor y James la fulminó con la mirada. —  
¿Ves cómo necesitamos intimidación para discutir de ciertas cosas como cualquier matrimonio?

Ella hizo una mueca y Rose susurró —Tacaño.

Su madre abandonó la mesa detrás de su marido y Susan comentó —No vas por buen camino si piensas congraciarte con tu suegro, hijo mío. Un carruaje no supondría un gasto desmedido para una condesa. —El Marqués la miró de reojo y ella se sonrojó. — No lo decía por mí.

—Teniendo en cuenta que todos vivimos en dos calles, creo que es un gasto innecesario. —James se levantó y cogió la mano de su mujer, que miraba la fuente de bollos con gula, tirando de ella para llevarse la.

—Hijo, el abuelo se ha encargado de que vuestra asignación sea muy generosa —dijo su padre siguiéndolos.

—Debo pensar en el futuro. —Miró a su mujer. —¿No estás de acuerdo?

—Sí, por supuesto. Pero quiero comprarme lo que me apetezca.

Su marido puso los ojos en blanco y escucharon desde el salón —¡Como debe ser!

James gruñó deteniéndose. —Dile a tu padre que ahora eres mi esposa y yo decido estas cosas.

Henry salió del salón. —¡Dile a tu marido que si no fuera tan orgulloso utilizaría tu dote y mi hija viviría como está acostumbrada!

—No me falta de nada papá. —Sonrió soltando a James para acercarse a su padre. —No quiero que discutáis por esto. —Le guiñó un ojo. —Mi cumpleaños es dentro de dos meses. Lo quiero blanco con los caballos a juego.

Henry sonrió malicioso. —¿Y la tapicería?

—Oh, dorada —dijo su madre encantada—. ¡Y con el escudo en dorado en la puerta!

James gruñó dándose por vencido. —No puedo impedirte recibir regalos. ¡Pero te ajustarás a la asignación!

—Sí, cariño.

Su padre sonrió malicioso frotándose las manos y en ese momento llamaron a la puerta. —Oh, Elizabeth...

Fue hasta la puerta ella misma haciéndole un gesto al mayordomo para que la dejara abrir.

Sonrió a su amiga, pero frunció el ceño al ver a Alex. —¿Qué haces aquí?

—Buenos días, condesa —dijo irónico entrando en la casa para decirle a

James—. ¿Nos vamos?

—¿A dónde vais? —Se cruzó de brazos interesada.

—A solucionar unos temas de negocios que no te interesan. —Su marido cogió el sombrero que le tendía el mayordomo antes de darle un rápido beso en los labios. —Vendré a comer.

—¿Te llevas el carruaje? —preguntó irónica.

—Muy graciosa.

Escuchó a Alex preguntar en cuanto salieron—¿Ya te está pidiendo un carruaje? —Se echó a reír al ver su cara. —Cederás.

—No.

Sonrió divertida viéndoles alejarse hasta el carruaje del duque y se volvió hacia Carlton. —Mi sombrero y la sombrilla.

—Por supuesto, condesa.

Rose y Susan se acercaron para susurrar a la vez. —¿Vas a ir?

—Por supuesto que voy a ir.

—¿De qué habláis? —preguntó Nelson dando un paso hacia ellas.

—Oh, de nada. Me preguntan si voy a Bond Street. He visto un sombrero precioso.

Su suegro perdió el interés y empezó a hablar con su padre, así que Susan susurró —Tu marido no debe saber que vas o se sentirá ofendido.

—Le conozco muy bien. Tranquilas, no se enterará de nada.

Llegaron a las puertas de las oficinas de los ferrocarriles y Elizabeth bajó del carruaje. —Muy bien, vamos allá.

Salió detrás de ella ayudada de su lacayo y entraron rápidamente en el portal. Miraron la angosta escalera y Johanna decidida empezó a subir con su amiga detrás. En cuanto llegaron a la puerta acristalada con el nombre de la compañía pintado, Johanna abrió la puerta para ver a un hombre tras un escritorio escribiendo en un libro. Levantó la vista y se incorporó de golpe estirándose el chaleco. —¿Puedo ayudarlas en algo?

Johanna sonrió. —¿Está el señor Baker?

—Está en una reunión —dijo confuso—. ¿Tenían cita?

—No, pero nos gustaría hablar con él. Soy una rica heredera y quiero invertir en ferrocarriles.

—Oh, pues si esperan un momento... —Rodeó el escritorio. — Sé que es una grosería hacer esperar a mujeres tan influyentes, pero no se puede interrumpir una reunión tan importante en este preciso momento.

—Esperaremos. —Se sentó en una silla y Elizabeth se sentó a su lado mirando a su alrededor. —Puede seguir trabajando. Aquí estamos muy a gusto,

gracias.

El hombre sonrió y al volverse vio que sus zapatos eran muy viejos. Además, eran marrones y no pegaban nada con el traje, que era de calidad. Elizabeth le dio un codazo y le hizo un gesto con la cabeza hacia una estantería. Estaba llena de libros y al leer los lomos se dio cuenta que eran libros en francés.

Su amiga se acercó y le susurró —Son libros de aventuras. ¿No es extraño?

Johanna miró a su alrededor y frunció su precioso ceño al ver un mapa de la zona del sur de América. Parte de la república de Texas formaba parte del proyecto, pero lo que la sorprendió de verdad fue que le daba la sensación que la frontera estaba más baja de lo que era en la realidad. Ese mapa no era correcto. Estaba casi segura, pues había dibujado ese mapa varias veces cuando su institutriz se empeñó en que la geografía era importante.

—Distráelo.

Elizabeth jadeó. —¡Vaya por Dios!

El hombre levantó la cabeza de lo que estaba haciendo y preguntó —  
¿Ocurre algo, milady?

—Me he dejado el bolsito en el carruaje. Y tengo unos papeles importantes.

—Iré a buscarlo. ¿El carruaje está abajo?

—Nos espera ante la puerta. —Elizabeth sonrió haciendo que el pobre babeara con su belleza, saliendo casi corriendo para cumplir su encargo.

Johanna la miró con rencor. —Odio que hagas eso.

—Lo sé —dijo maliciosa.

Se levantó de inmediato. —Vigila.

Elizabeth fue hasta la puerta y abrió una ranura mientras Johanna abría un fichero. ¡Estaba vacío! Abrió el siguiente y vio que tampoco tenía nada. Fue hasta el escritorio y abrió varios cajones. Asombrada miró a su amiga. —Es un timo.

—Me lo imaginé al ver los libros. Son para adornar, como ese oleo. —  
Johanna miró un óleo de un ferrocarril. —Se ha pintado aquí.

—¿Cómo lo sabes?

—Mira la placa de la estación.

Asombrada vio que al fondo en un letrero muy pequeño ponía Bath. —  
Tienes una vista increíble.

—Que viene...

Se sentaron a toda prisa, pero se sentaron al revés y disimularon sonriendo de oreja a oreja. El hombre cerró la puerta frunciendo el ceño. —No estaba allí.

—Te lo habrás dejado en casa, Elizabeth. No te preocupes. Si tienes que enseñarle los papeles al señor Baker, volveremos otro día.

—Vaya, quería arreglarlo todo hoy.

—No se preocupe, milady. El señor Baker se quedará en la ciudad al menos tres meses más.

—¿Sólo tres meses? —preguntó Johanna como si nada.  
—Ya casi tiene la financiación necesaria para el proyecto.  
—¡Esa noticia estupenda! —exclamó Elizabeth—. Eso es que todo va muy bien.

—Sí, estamos muy contentos.  
—¿Usted también es de Boston?  
El hombre la miró con desconfianza. —¿Es usted de Boston?  
—Nacida allí. El señor Baker me conocía muy bien, pero yo no le recuerdo.  
¿Le conoce desde hace mucho?

—Desde pequeños.  
—Oh, qué bonito —dijo Elizabeth—. Y ahora trabajan juntos.  
—Sí— dijo con desconfianza mirando a Johanna—. Así que es de Boston.  
¿Cómo se llama?

—Mi apellido de soltera es Sherman. —El chico desvió la mirada algo nervioso. —Johanna Sherman. ¿Me conoce?

—Oh, sí. Por supuesto que la conozco. Es muy conocida en la ciudad. —Elizabeth rió por lo bajo y Johanna le dio un codazo. —No sabía que estaba en Londres.

—Ya hace un año que nos mudamos aquí. ¿No ha visto a mi padre por aquí?

—No —respondió algo molesto—. El señor Baker ha debido reunirse con él en su club.

—Oh, por supuesto. Los caballeros suelen hacer allí sus negocios.  
En ese momento se abrió la puerta y salieron dos hombres muy bien vestidos, que las saludaron inclinando la cabeza antes de salir del despacho. Las amigas se miraron mientras el hombre llamaba a la puerta de Baker y entraba a toda prisa.

—¿Sabes quiénes eran? —preguntó Johanna en voz baja.

—No. No son de la alta sociedad de Londres.

Se levantaron cuando la puerta se abrió y Collin Baker salió sonriendo de oreja a oreja. — Pero si está aquí... —Perdió la sonrisa al ver su avanzado estado de gestación.

Johanna alargó la mano. —Señor Baker, quería hablar con usted.

Él le cogió la mano levantando la vista hacia sus ojos. —Deduzco que no viene a que me la lleve a casa.

—Por Dios, señor Baker. Me sonroja —dijo entre dientes—. Ella es mi amiga, la duquesa de Stradford.

Sorprendido la miró. —Precisamente hace unos días me reuní con su marido. ¿Hay algún problema?

—No, en absoluto. El duque está encantado con su inversión. Precisamente

por eso estamos aquí.

El hombre salió del despacho y Baker se hizo a un lado. —Por favor, pasen a mi despacho.

Entraron aparentando estar encantadas y Johanna miró a su alrededor. —Qué despacho más encantador.

—Casi no tengo muebles al ser temporal. —Se la comió con los ojos. —Por favor, siéntense.

Se sentaron y él hizo lo mismo. —¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Tengo entendido que no quieren que mi marido participe en esta aventura.

Él apretó los labios y cogió un abrecartas poniéndolo de punta sobre la madera. —No creo que sea beneficioso para nadie que ambos estemos inmiscuidos en el mismo negocio. —Con el pulgar giró el abrecartas y a Johanna se le cortó el aliento. Le miró a los ojos y ese color verde le trajo varios recuerdos que aparecieron en su memoria. Él reprendiéndola cuando apenas tenía doce años porque no tiraba bien el cuchillo. La paciencia que había tenido para aprenderle a hacer nudos y cómo su padre después de enterarse, había impedido que volviera a jugar con él, obligando a Betsy que la acompañara siempre cuando iba al puerto. Robert estaba ante ella y le parecía increíble que no le hubiera reconocido antes.

—Milady, ¿está bien? —preguntó suavemente sin dejar de mirarla a los ojos.

Johanna se pasó la mano por la frente y Elizabeth la cogió del brazo preocupada. —¿Te encuentras mal?

—Me estoy mareando.

Robert se levantó de inmediato y se acuclilló a su lado. —No pasa nada, Johanna. ¿Quieres un poco de agua?

—No. —Se levantó de inmediato apartándose de él. —Elizabeth, vámonos.

—Pero...

Sin esperarla fue hasta la puerta y la duquesa la siguió corriendo. —¡Johanna, ten cuidado en las escaleras!

En cuanto llegaron a la calle mientras Elizabeth no dejaba de preguntar qué pasaba, Johanna se subió al carruaje de inmediato. Al mirar por la ventanilla mientras su amiga subía para sentarse frente a ella, vio a Robert en la puerta. Sus ojos se encontraron y recordó como él le decía que le esperara. Que volverían a verse y se casarían. Ella lo había olvidado después de los años, pero Robert había ido allí buscándola y no sabía por qué, pero estaba segura que si ella no se hubiera alejado de Londres, él hubiera insistido. Por eso le había pedido que volvieran a casa.

—¿Qué ocurre Johanna?

La miró a los ojos. —Que el pasado ha vuelto. Y no se va a dar por vencido.

## Capítulo 10

En cuanto llegaron a casa fueron al salón y su amiga pidió un té para ella, pues estaba algo pálida y en Inglaterra parecía que todo se arreglaba si se tomaba un té.

Carlton les sirvió una bandeja y Johanna le ordenó —Dile a Betsy que baje de inmediato.

—Sí, condesa.

—Johanna, ¿qué ocurre?

—Ahora te lo explico. Pero tengo que saber una cosa y sé que Betsy lo sabe.

Su doncella llegó corriendo y al verla sentada en el sofá suspiró de alivio. — Pasa, Betsy — dijo suavemente.

—¿Ocurre algo, milady?

—Sabes a dónde he ido, ¿verdad?

—Sí, milady.

—¿Sabes a quién he visto? —Su amiga de la infancia desvió la mirada y furiosa se levantó. —¿Por qué no me lo dijiste?

—¡Cuando le vi en la casa el día que apuñaló a su marido, no me lo podía creer! ¡Después como nos fuimos, pensaba que no le vería más y que había sido una casualidad!

Elizabeth no se perdía palabra y Johanna preguntó —¿Tú le dijiste que estaba en Londres?

—No. No fui yo.

—¿Qué ocurre aquí? —Elizabeth no lo soportaba más.

—Que su prometido la ha encontrado —dijo Betsy como si nada.

—¡No es mi prometido!

—¡Dijo que se casaría con él! ¡Eso es estar comprometido!

—Ay, madre. —Elizabeth se levantó mirándola asombrada. —¿No estarás hablando del señor Baker?

—¡No se llama así! ¡Su nombre es Robert Parker! ¡Lo conocí en los muelles siendo una niña y él me enseñó a usar el cuchillo!

—Era un niño excepcional —dijo Betsy con admiración—. Le quería todo el mundo que trabajaba allí y trabajaba como el que más. —Johanna se apretó las manos inquieta. —Él tenía diecisiete cuando el señor Sherman lo echó porque siempre estaba con ella cuando iba de visita.

—¡Tenía doce años cuando le vi por última vez!

—Y ha venido a buscarte —dijo Elizabeth asombrada—. ¡Pero si estás casada!

Betsy chasqueó la lengua. —Eso a Robert no le importa y más aún después de cómo el Conde se comportó con su esposa delante de él. Vendrá por ella.

—¡Betsy!

—¡Es verdad y usted lo sabe! ¡Le conoce muy bien!

Nerviosa se levantó y empezó a caminar de un lado a otro.

— Johanna, tampoco es tan grave. Estás casada. Ya no puede hacer nada. Además, vas a dar a luz.

—Es una pena que el Conde haya cambiado, pero ya no se puede hacer nada.

—¡Betsy, cierra la boca!

—No teníamos que haber venido de Italia. Allí no sabía dónde estaba —dijo la doncella sin cortarse.

—Dios...—Se pasó una mano temblorosa por la frente. —Menudo embrollo.

En ese momento escucharon las voces de sus esposos y asustada miró a su amiga que no sabía qué decir.

Entraron en el salón riéndose y Betsy salió discretamente. James al ver su expresión perdió la sonrisa. —Querida, ¿estás bien?

—Tenemos un problema.

—¿Un problema? —Se acercó a ella y le acarició la mejilla. —¿Llamo al médico?

—Siéntate.

—Uy, es muy grave para que haga que te sientes —dijo Alex divertido.

Elizabeth cogió la mano de su esposo y se la apretó haciéndole perder la sonrisa. —¿Qué ocurre?

—Siéntate, amor. —Tiró de su mano para que se sentara a su lado.

—Jo, ¿qué tienes? ¿No es el niño?

Johanna se apartó de él y nerviosa miró hacia la puerta. —¿Mis padres dónde estarán?

—¿Qué ocurre? ¡Me estás poniendo nervioso!

—Me gustaría que estuvieran aquí para no repetirlo más veces —susurró pensando en todo lo ocurrido. Su marido se iba a enfadar. Una pena con lo bien que estaban. Levantó la vista hasta sus ojos y se sorprendió de lo parecidos que los

tenía con Robert. ¿Eso influiría en su decisión de seducirle? Ahora eso daba igual.  
—Mi prometido está en la ciudad.

James se echó a reír. —¿Esto es por lo de Mara? Cielo, ya te he dicho que no hay nada entre nosotros.

Negó con la cabeza y gimió. —Hace muchos años me comprometí con un joven a espaldas de mis padres y ha vuelto a por mí.

—Vamos a ver —dijo James fríamente cuando se recuperó de la impresión—. ¿Cuándo fue ese compromiso?

—Tenía doce años. —Le miró de reojo. —Pero no le volví a ver hasta...

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que le vi en el parque el día que te hice ese cortecito en la pierna.

James se tensó. —¡Me mentiste!

—¡No sabía que era él! ¡No lo reconocí! ¡Cuando me dijo que volviéramos a casa, no le comprendí!

Alex les miraba con la boca abierta mientras que Elizabeth intentó ayudarla.  
—Fue hoy cuando le reconoció.

James gritó —¿Le has visto hoy? —Se mordió el labio inferior. —¿Dónde le has visto? ¿En Bond Street?

—¡Fuimos a verle a su despacho, porque quería que te dejara participar en el negocio!

James miró asombrado a Alex. —¿Has oído eso? ¡Ha ido al despacho de Baker para que me dejara participar en el negocio!

Su amigo hizo una mueca. —Nuestras mujeres no son como las demás. Ellas no se quedarán al margen si algo nos molesta.

Ignorándole le preguntó a su mujer —¿Te ha pedido que me abandones?

—No, pero sabe que me he dado cuenta de quién es. Me extrañó el descaro con el que me habló en el parque y seguro que lo hizo para que le reconociera, pero como no me dijo su verdadero nombre, no me di cuenta de quién era.

—¿Su verdadero nombre? —Alex entrecerró los ojos. — ¿Cómo que su verdadero nombre? ¿No se llama Collin Baker? ¡Ha firmado los contratos con ese nombre!

—Ahí viene lo interesante —apostilló Elizabeth.

—La inversión para el ferrocarril es una estafa.

—¿Qué? —gritaron los hombres sobresaltándolas.

—Es un timo —repitió Elizabeth—. La oficina es sólo fachada. No hay papeles por ningún sitio ni ninguna documentación sobre el proyecto.

—¡He invertido veinte mil libras en ese proyecto! —Alex se levantó nervioso. — Tenéis que estar equivocadas. Nos enseñó planos, nos enseñó sus credenciales....

—Pues serán falsas. —Johanna entrecerró los ojos. —Es interesante que

haya timado a mi padre. Seguramente quiere vengarse.

—De tu padre. ¿Y yo qué le he hecho? —preguntó el Duque.

James estaba muy tenso. —Sobre lo de que se te quiere llevar...

Le miró a los ojos— Vendrá a por mí. Estoy segura. Robert no puede haber cambiado tanto.

—¡Tengo que recuperar mi dinero! —El duque fue furioso fue hasta la puerta.

—¿A dónde vas? —preguntó su mujer levantándose.

—¡A la policía!

—No encontrarán tu dinero —dijo Johanna exasperada.

Eso le detuvo en seco y se volvió para mirarla. —¿Cómo dices?

—Siempre me decía que el dinero hay que dejarlo en un sitio donde nadie sospeche que lo tienes. No lo tendrá con él. Estará cerca, pero no lo tendrá con él y si le detienen, nunca recuperarás un penique.

En ese momento llegaron sus padres y Henry sonrió. —Menuda sorpresa. ¿Los duques se quedan a comer?

—Siéntate, Henry. Esto te va a interesar.

Fue el duque el que se encargó de explicar lo que había pasado y asombrado miró a su hija que intentó sonreír, pero le salió una mueca. —No puede ser. ¿Robert?

—Pues sí. Es él.

—¿Es que nunca puedes dejar de meterte en líos? —preguntó su padre furioso.

—Suegro, ella no tiene la culpa de la estafa.

Nelson carraspeó— Ahora no es momento de echarse las culpas. Vosotros habéis invertido una cantidad de dinero indecente y seguramente habrá más personas involucradas. Con esto ha ganado una fortuna y si lo que opina Johanna es verdad, varias personas se van a arruinar con este asunto. Debemos hacer algo.

James sonrió. —Menos mal que me he librado.

—Sí, ¿no es extraño? Si quería vengarse de ti por estar con Johanna, debería haberte estafado como a los demás —preguntó Alex—. Además, tú le has pegado al echarle de tu casa. Debería odiarte más que a nadie.

Johanna carraspeó muy incómoda. —Es que a James le va a matar. —Todos se quedaron de piedra y se sonrojó antes de continuar. —A él le odia. Y le quitará del medio para que yo quede libre.

—Estás muy segura de eso —siseó su marido.

—Estamos comprometidos —dijo como si eso lo explicara todo.

—Te considera suya. —Alex miró asombrado a su esposa. — Liss, esto no me gusta. Vuelve a casa.

—¡Ni hablar! ¡Yo me quedo aquí con mi amiga!

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer ahora? —preguntó Henry furioso— ¿Y mis cincuenta mil libras?

Todos miraron a Johanna, que levantó la barbilla. —Debo ir a él para descubrir dónde tiene el dinero.

—Por encima de mi cadáver —siseó James—. ¡Sube a tu habitación!

—¿No lo entiendes? ¡Confía en mí! ¡A mí me lo dirá!

—¿Cómo va a confiar en ti si has faltado a tu promesa? No te acercarás a él ni a cien millas. ¡Ahora sube a tu habitación mientras nosotros decidimos qué hacer!

—¡Tenía doce años! ¡Se me olvidó!

—¡Se te olvidan muchas cosas!

—¡Mira quién fue a hablar! Al que se le olvidó decirme que había anulado nuestro matrimonio. —Abrió los ojos como platos y le cogió por el brazo. —¡Lo sabía!

—¿Qué?

—¡Sabía que no estábamos casados! ¡Por eso me dijo que me fuera con él!

—¿Cómo iba a saber eso? ¡Cielo, se te está yendo la cabeza!

Johanna pensó en ello, pero cuantas más vueltas le daba, más segura estaba que se lo había dicho justo en ese momento porque sabía que no estaban casados.

Corrió hacia la puerta del salón y gritó —¡Betsy!

—Johanna, cálmate —dijo su madre preocupada—. Esto no es bueno para el bebé.

Betsy apareció en lo alto de las escaleras. —¿Cuánto lleva en Londres? —Su doncella se hizo la boba. —No me hagas subir ahí a tirarte de las orejas. ¿Cuánto lleva en Londres?

—¡Vino en el barco con nosotros!

Johanna asombrada dio un paso atrás chocando con su marido que parecía tallado en piedra. Negó con la cabeza. —No lo sabía.

—Sube a tu habitación —siseó furioso.

—Tienes que creerme. ¡Yo no sabía que estaba aquí!

—¿Sabes lo que creo? ¡Creo que tenías previsto irte con él, pero descubriste la estafa y te has echado atrás!

—¡Eso es ridículo! ¡Me casé contigo! ¡Mejor dicho, te obligué a casarte!

—¡Él sabía que no estábamos casados!

—¡Pero yo no!

—Por eso la abordó en el parque —dijo Alex—. ¿Qué ocurrió en el parque, Johanna?

—Estaba cabalgando. Me detuve un momento para que mi caballo descansara y él se cruzó en mi camino diciéndome que iba muy deprisa.

—Continúa —dijo James muy tenso.

—Entonces recuerdo que me llamó por mi nombre de soltera y sorprendida le dije que si me conocía. Me respondió que a la loca Sherman la conocía todo Boston. Después hablamos de mis pretendientes y de cómo los espantaba. Le pregunté qué hacía en Londres y me dijo lo de los ferrocarriles. Le comenté si quería hablar con mi esposo y se sorprendió para después enfadarse porque me había casado con un petimetre inglés.

—Y entonces te siguió hasta la casa —dijo James muy tenso.

—No venía a ver a mi señora —dijo Betsy llamando la atención de todos.

—¡Venía a verte a ti, pero se encontró con la discusión!

—Me abordó al salir hacia la casa de la duquesa cuando el conde la echó de casa y me preguntó qué ocurría. Que cuándo se había casado —dijo a punto de llorar—. Y yo se lo conté. Para mi sorpresa sonrió antes de irse.

—Pensaba que ya te tenía porque sabía que no estabas casada, pero después desapareciste. Seguramente nos siguió hasta Escocia en nuestro primer viaje o al menos hasta la posada —dijo el Duque preocupado.

—Se quedó muy sorprendido al ver mi estado.

—Porque pensaba que nos habíamos separado. Yo he estado en Londres esperando noticias tuyas y él debió pensar que no regresarías pues tus padres se habían ido contigo.

—Quería dar el golpe antes de ir a buscarla, porque seguro que sabía que estaba en Italia.

Todos miraron a Betsy que se echó a llorar. —¡Le envié recado cuando me ordenaron irme a Cerdeña!

—¡Ya hablaremos tú y yo! —gritó a su doncella antes de que saliera corriendo. Entonces se dio cuenta de algo. Si Robert confiaba en alguien era en Betsy y se volvió de golpe sujetándose en el brazo de su marido porque se mareó ligeramente.

—Preciosa, ¿estás bien?

—Me he mareado.

—A tu habitación. —La cogió en brazos dispuesto a subir las escaleras.

—No, tenemos que idear un plan.

—Tú te vas a la cama. No discutas porque estoy a punto de explotar y no quiero pagarlo contigo.

Johanna sonrió y apoyó la mejilla en su hombro mientras subía las escaleras— No harás locuras, ¿verdad?

—Preciosa, la especialista en locuras eres tú.

—Cierto. Deja que me ponga en forma y te ayudo.

James no pudo evitar sonreír y besarla en la frente apretándola a él como si temiera que se la llevaran. —Te amo —susurró ella—. Nunca te dejaría.

—Más te vale, porque ya lo hiciste varias veces y tuve que ir a buscarte.

Johanna sonrió. —Es cierto que dijiste que no lo harías.

—Y no lo volveré a hacer.

—Mentiroso.

Él sonrió tumbándola en la cama y la besó en los labios. —Pero esta vez no dejaré que te vayas a ningún sitio. —Se volvió y gritó de la que salía—¡Carlton! ¡Quiero un lacayo en la puerta a todas horas!

—¡James!

—¡A dormir! —Cerró la puerta dejándola con la palabra en la boca y asombrada dejó caer la cabeza sobre las almohadas. El grito de su marido llamando a Betsy se escuchó en toda la casa y su doncella entró un minuto después a toda prisa. Johanna la señaló con el dedo y lo dobló un par de veces para que se acercara.

—Cuéntamelo todo.

Le impidieron levantarse para la comida y durmió la siesta. Después de prepararse para cenar, le dijo a Betsy que estaba recogiendo sus cosas. —¿Sabes lo que tienes que hacer?

—Sí, milady. —Asintió muy seria.

—No me falles, Betsy. Todavía no entiendo la razón para que no me informaras de todo.

—No quería inquietarla y sé que está enamorada del conde.

—Precisamente por eso, deberías haberme informado desde el principio.

Fue hasta la puerta y salió al exterior mientras la doncella se apretaba las manos.

Johanna se acarició la barriga caminando sobre la alfombra hacia la escalera cuando escuchó a alguien hablar.

—¿Y qué más?

Johanna se tensó porque hablaban en susurros y entró en el pasillo de nuevo para escuchar detrás de una puerta de una habitación que debía estar vacía.

—Ella está en la cama. No creo que baje a cenar y mucho menos que salga de la casa.

—Eso es un inconveniente. Lo tengo todo preparado —dijo una voz masculina.

—¡Si no os hubierais mostrado tanto, esto no hubiera pasado! ¡Ese no era el plan! ¡Además, han pasado meses! ¡Deberíais habéroslo llevado en cuanto se mudó a esta casa, pero vosotros esperasteis meses y esta es la consecuencia! ¡Ahora está en estado de ese escocés!

—Ese no es un inconveniente. Embarazada vale más que sola.

A Johanna se le cortó el aliento y dobló la rodilla subiendo la pierna para

sacar el cuchillo de su funda. Apretó el pomo con fuerza y empujó la puerta con vigor sorprendiendo a dos hombres a los que apenas veía por la penumbra de la habitación. Sin pensarlo lanzó el cuchillo mientras el otro corría a la ventana. — ¡Alto ahí! —gritó cogiendo un jarrón y tirándolo hacia la ventana. Se estrelló haciéndose añicos sobre la cabeza del tipo, pero eso no impidió que se lanzara por la ventana. Johanna corrió hacia la ventana y miró hacia el exterior para ver que el tipo se alejaba cojeando calle abajo. —¡Deténgale! ¡Detengan al ladrón!

—¡Johanna! —gritó su marido desde las escaleras.

—¡James, se escapa! —Salió corriendo de la habitación. —¡Cojea! ¡Va calle abajo!

Su marido se volvió bajando las escaleras mientras alguien salía de la casa. Johanna no pudo ver quien era, pero al ver a Elizabeth en la puerta del salón se imaginó que era Alex. Su amiga la miró desde abajo y preguntó —¿Qué ha pasado?

—Todavía no lo sé.

Se volvió y cogió una lámpara de aceite mientras que Betsy susurraba — ¿Ha sido él? ¿Ha venido hasta aquí? Menudo atrevido.

—No sé si era él. —Entró en la habitación e iluminó la estancia para ver el cuerpo tirado en el suelo boca arriba. Pero al ver los zapatos marrones supo inmediatamente quién era. —El socio de Robert.

—¡Johanna!

—¡Estoy aquí! —gritó a su marido—¡Cielo, hay que llamar a la policía!

Escucharon cómo subían las escaleras corriendo y Betsy con los ojos como platos al ver el cadáver susurró —Esto no es cosa de Robert.

Su marido entró en la habitación y se acercó al cadáver. —¿Quién es este tipo?

Elizabeth chasqueó la lengua al ver el cadáver. —El socio del señor Baker.

James se acercó a la ventana. — ¿Y el que escapó?

—No sé quién era, pero creo que era de la casa. Creía que estaba en la cama y que no bajaría a cenar. Y era un hombre. Estoy segura.

—No le llegamos a encontrar —dijo Alex cogiendo la lámpara de sus manos e iluminado los restos del jarrón del suelo—. Aquí hay sangre.

—Le tiré el jarrón a la cabeza.

James salió de la habitación llamando al mayordomo a gritos. —¿Cómo ha entrado en la casa? —preguntó Elizabeth—. Y ha subido hasta aquí. ¿No es extraño?

—Esta habitación no se usa, así que es el sitio de la casa más tranquilo para hablar sin que alguien les sorprenda.

—Sí, pero alguien que no sea una doncella llamaría la atención en el segundo piso a estas horas —dijo Betsy. Entonces palideció— A no ser...

—¿A no ser?

En ese momento llegó Carlton que con la respiración agitada susurró —Mi señora, se ha escapado. Corrí tras él, pero es muy rápido.

—Llame a la policía —dijo James mirando al cadáver.

—Uno de los lacayos del establo está dando una vuelta por si encuentra alguna pista —dijo antes de salir de la habitación.

Johanna asintió. —Muy bien. Que alguien avise sobre esto.

James se acercó a ella y la abrazó besándola en la sien. —¿Estás bien?

—Tranquilo, amigo. Tu mujer tiene arrestos para esto y para más —dijo el duque divertido.

—¿Dónde están nuestros padres?

—Tenían una cena en casa de los Thompson. ¿Quieres que les avise?

Negó con la cabeza. —Mejor que no.

—¿Cómo sabías que estaba este tipo aquí? —preguntó Elizabeth agachándose y abriéndole las solapas de la chaqueta al cadáver. Alex se agachó a su lado y le registró los bolsillos. — Cariño, ¿qué tienes ahí? —Alex levantó unas llaves y Elizabeth las cogió a toda prisa. —¿De la oficina?

El duque se incorporó y cogió a su esposa de la mano. —Vamos a echar un vistazo.

—Quiero ir. —Intentó apartarse de su marido que no la dejó.

—La policía está al llegar y creo que tendrás que dar alguna explicación.

Johanna levantó la vista. —Querían secuestrarme. Uno de ellos dijo que valía más ahora que estaba embarazada.

Su marido entrecerró los ojos. —No te pasará nada.

—Ha entrado en la casa, James.

Entonces se quedaron mirándose y dijeron la vez —¡El lacayo de la puerta!

James salió corriendo y llamó a gritos a Carlton que estaba en el hall. Johanna vio cómo su marido le preguntaba el nombre del lacayo que habían apostado en su puerta y confundido dijo que se llamaba Ted.

—Se fue después de que yo entrara a ayudar a Milady —dijo Betsy—. Me dijo que iba a comer algo.

La mitad del servicio de la casa estaba en el hall y James miró a su alrededor. —¿Quién es?

—Estaba en la cocina —dijo la cocinera—. Una de las muchachas le sirvió la cena.

James fue hasta la cocina mientras Johanna bajaba las escaleras y entonces lo vio. Una gota de sangre en su immaculado cuello blanco. Carlton forzó una sonrisa. —¿Se encuentra bien, milady?

Respiró por la nariz con fuerza sintiéndose furiosa por todo lo que había ayudado a ese hombre y dijo intentando calmarse. —Sírreme un jerez. Necesito

calmar los nervios.

—Por supuesto, condesa.

Le observó ir hacia la puerta del salón e intentaba disimular su cojera, pero le debía doler muchísimo pues la palidez y la tensión de su rostro mostraban que no le era fácil.

Con Betsy a su espalda entró en el salón y se detuvo ante la puerta viendo como servía el jerez con las manos temblorosas. Sonrió con tristeza y dijo —Betsy, dile a mi esposo que ya tengo al culpable.

Carlton perdió todo el color de la cara y la miró dejando la copa sobre el mueble bar. —Milady, ¿qué dice? —preguntó mientras Betsy llamaba a gritos a James que llegó corriendo.

—¿Johanna? El pobre muchacho no sabe nada. Estaba cenando para volver a su puesto. No tiene heridas en la cabeza —preguntó a su espalda.

—Pero Carlton sí.

James se tensó y caminó hacia Carlton, que asustado intentó huir. Su marido le cogió por el cuello y le empujó con fuerza contra la pared. —¡Maldito cabrón! ¡Te acogimos en nuestra casa!

—¡Yo no quería! ¡Me obligaron!

—¿Quién te obligó, Carlton? —preguntó ella fríamente—. ¿Quién te obligó a traicionarme?

—Me dijo que mataría a mi hija. ¡Que le pidiera ayuda al señor Sherman para venir a Londres! ¡Que se pondrían en contacto conmigo!

—¿Quién? —gritó James furioso.

—¡El señor Sherman!

—¿Pero qué dices, escoria?

A Johanna se le cortó el aliento dando un paso hacia él. —No habla de mi padre, sino de mi primo.

James la miró sorprendido. —¿Tu primo?

—Es el hijo del hermano de mi padre. Somos como hermanos, pero se quedó en Boston para dirigir los negocios en ausencia de mi padre.

—¿Por qué iba a querer secuestrarte tu primo? —Soltó a Carlton como si le diera asco y se volvió hacia ella.

Los ojos de Johanna se llenaron de lágrimas. —Porque si yo desaparezco, él lo heredara todo.

—¿Y qué tiene que ver Baker en todo esto?

—¡No lo sé!

—Robert no tiene nada que ver con esto —dijo Betsy nerviosa.

—¡Algo tendrá que ver cuando arriba está muerto su amigo! —gritó James perdiendo los nervios.

—A mí me dijeron que sólo la querían secuestrar —dijo Carlton muerto de

miedo—. ¡No se le haría daño!

—Por supuesto. Ahora que tendré a mi hijo, tenían que darse prisa porque si vive lo heredaría todo si a mí me pasara algo.

James se tensó y le dijo a Betsy —Haz el equipaje. Nos vamos de inmediato a casa de mi padre en Escocia.

—¡No voy a huir!

—¡Harás lo que yo te diga! ¡Nos vamos en cuanto la policía termine con el problema que está arriba! —Señaló a Carlton. —Ya me encargaré de ti más tarde.

—¡No tenía otra opción! Mi hija...

—¡Cierra la boca! ¡Como a mi mujer le pase algo por culpa tuya o de los tuyos, te mato!

La policía entró en ese momento y James pasó al lado de su mujer para hablar con ellos. Subieron las escaleras y Johanna miró a Carlton, que lloraba apoyándose en la pared.

—Lo siento milady...

—¿Robert tiene algo que ver en esto?

—No conozco a ese hombre. Sé que estuvo en la casa, pero no le había visto nunca.

—¿Y el de arriba?

—Se puso en contacto un mes después de que mi mujer y yo llegáramos a Londres.

—Eso fue un mes después de casarme. ¿Por qué no actuaron antes? ¿Antes de que conociera a nadie?

—No lo sé. Sólo sé que iban a secuestrarla en el parque, pero algo lo impidió varias veces, así que iban a cambiar el plan cuando usted desapareció. ¡Cuando llamaron a Betsy para ir a Cerdeña y vendieron la casa de sus padres, se asustaron! Yo les dije que el Conde la buscaba y que terminaría por encontrarla.

—Robert podía haberme secuestrado en el parque. Allí no había nadie.

—¿Ve? Le dije que él no tenía nada que ver —dijo Betsy aliviada—. Él sólo la quiere a usted. Seguro que él impidió que la secuestraran.

—¡Pero el tipo que está arriba le conocía! Yo le vi en su despacho.

—Trabajaría a espaldas de Robert. Él llegó en el barco que nos trajo a Londres y venía solo —dijo Betsy convencida.

—Eso me lo has contado antes —dijo con desconfianza—. Pero todo esto es muy extraño.

Betsy la miró sorprendida —Señora, le juro que...

—¡No me jures! —La cogió por el brazo perdiendo la paciencia. —Eso mismo me dijiste en la habitación, ¿pero hablaste con él?

—¡Sí!

—¿Cuántas veces?

—¡Desde que nos encontramos en el pasillo el tercer día de nuestra travesía!  
—¿Me estás diciendo que te encontrabas con Robert? —Entonces un pensamiento que había encerrado en el fondo de su mente salió a la luz. Betsy observándolos cuando era niña y cómo decía que sí a todo lo que Robert sugería.  
—Dios mío, estás enamorada de él.

Betsy se sonrojó intentando dar un paso atrás y furiosa la acercó de nuevo.  
—¡Contesta!

—¡Sí! ¡Nunca dejamos de vernos! ¡Le iba a visitar cuando tenía la tarde libre!

—Sois amantes —susurró pálida.

—¡Él siempre me dijo que volvería a por usted! —gritó con rabia.

Johanna dio un paso atrás al ver su dolor y susurró —Tú le informabas de todo.

—No me quedaba más remedio si quería seguir viéndole. —Se echó a llorar. — Siempre me preguntaba por usted. ¡Durante años quiso saberlo todo!

—Me has mentido desde el principio. ¿Él sabía que no estaba casada cuando nos encontramos en el parque? ¡Cómo te enteraste si no estabas allí!

Betsy apretó los labios. —El conde tiene un papel en el despacho que corrobora la anulación.

—¡Tú sabías que no estaba casada! ¡Y no me dijiste nada para que siguiera con él!

—¡Estaba enamorada del Conde! ¡Si había una posibilidad de que continuara con él, haría lo que hiciera falta! ¡Intenté mil veces aconsejarla para que todo mejorara con su marido, pero no me hacía caso! ¡Cuando vi a Robert en el hall diciéndole que se fuera con él, me asusté y más aún cuando usted apuñaló a su marido!

—Así que no le dijiste a Robert que me fui a casa de Elizabeth y por lo tanto no sabía que me fui a Escocia con los duques.

—Decidió dejarme en Londres, así que le dije a Robert que estaba recluida en la casa.

—¿Le dijiste que estaba en Cerdeña?

—¡Cuando llegó la hora de irme, le envié aviso diciendo que se iba de retiro, pero desesperada como estaba por no perderle, le dije que volveríamos! ¡Él había iniciado la estafa y no podía irse, pues ya había invertido todos sus ahorros!

—¿A mi familia?

—¡Odia al señor Sherman por alejarle de usted cuando él sólo ha querido cuidarla!

—¿Y el que está arriba?

Betsy apretó los labios y se echó a llorar. —Es su primo. Llegó unos meses después, para ayudarle en la estafa. No entiendo lo que acaba de ocurrir. Se

suponía que Jim no sabía nada de usted. ¡Sólo venía a estafar!

Se volvió lentamente hacia Carlton que seguía apoyado en la pared. —Me has mentido.

—No, señora. ¡Lo juro!

—¡Tus juramentos no me impresionan! —El servicio rodeaba la puerta impidiendo a nadie escapar de la habitación. —¿Betsy informaba a Robert de todo y tú informabas a su primo? ¡Mientes! ¡Sabías que Betsy tenía una relación con Robert y sabías lo que pretendía hacer, que era llevarme con él! ¡Pero decidiste adelantarte y pedir un rescate echándole la culpa a él! ¿No es cierto? ¡Utilizaste a su primo! ¡Por eso cuando Robert vino a casa, no impediste que pasara! ¡Querías que James le conociera para que mi marido tuviera dudas de mí, de lo que hacía cuando salía de la casa! ¡Robert impidió que me secuestrara antes!

—Bien dicho, señora. ¡Robert no la secuestraría para sacar dinero! —dijo Betsy convencida—. Para llevársela sí, pero por dinero no.

Carlton negó con la cabeza. —Está equivocada. Su primo vino a mí.

Entonces Johanna se tiró el farol. —Entonces no habrá problema en revisar la lista de pasajeros desde Boston a tu llegada. —Su mayordomo palideció. —Si Jim estaba en Londres cuando tú llegaste, eso corroborará tu historia. ¡Confiesa antes de que mire esa lista o acabarás en Newgate!

—¡Está bien! ¡Le conocí en el barco! ¡Mi mujer estaba muy enferma y su padre dijo que aquí había buenos médicos!

—Sabandija —siseó furiosa.

—Estaba muy agradecido, lo juro. Pero una noche jugando a las cartas con Jim y uno de sus amigos se jactó de que iban a timar al dueño del barco. Asombrado le pregunté de qué hablaba y en confidencia me lo dijo gracias a la bebida. Su socio no estaba de acuerdo, pero cuando le dije que sería el mayordomo de Sherman, vio la oportunidad de saber todos los movimientos de la familia. Entonces el socio dijo que si yo vivía en la casa podían dar un golpe más. Secuestrar a la hija de Sherman para sacar una buena tajada. Su padre pagaría lo que fuera por ella. Lo del ferrocarril era una minucia comparado con esto. Seríamos ricos y nadie sospecharía de mí porque me había contratado Sherman desde Boston.

Johanna sintió la presencia de su marido tras ella, pero no se volvió. —Así que cuando llegué a la casa les dije que sería muy sencillo porque ni siquiera compartía habitación con el señor. Que llevaban vidas separadas, excepto cuando cenaban o iban a fiestas. Les dije que el mejor momento era cuando cabalgaba porque muchas veces perdía de vista al lacayo. Pero la primera vez que iban a intentarlo, Jim no pudo porque tuvo que quedarse en la oficina y su primo no podía sospechar porque era nuestra vía de escape en caso de que algo saliera mal. La siguiente vez llovió y usted no salió de casa. Así pasaron casi dos meses y

cuando al fin todo era perfecto apareció Robert, que había perdido la paciencia y quería ponerse en contacto con usted a pesar de que su primo le insistía en que era mejor esperar a finalizar la estafa. Se inquietó al verla y estaba preocupado por si su marido la había dañado, pero Jim le tranquilizó y después usted desapareció.

—¿Jim sabía lo de Robert? —preguntó Betsy sin poder evitarlo.

Carlton asintió. —Cuando la señora regresó, Robert quiso detener la estafa en cuanto Sherman pagó su participación en el proyecto, pero Jim le convenció para que continuaran. Todo iba tan bien, que podrían llevarse ciento cincuenta mil libras en lugar de las cincuenta mil de Sherman. Le convenció de que la señora estaba acostumbrada a vivir bien y necesitaban el dinero. De esa manera, podrían llevársela antes de que él interviniera haciendo lo mismo.

—Así que Robert continuó con la estafa ignorando que Jim tramaba secuestrarme. ¿Por qué metiste a mi primo en esto?

—Porque me imaginaba que sería el heredero de su padre en caso de su fallecimiento.

—Claro, al no haber secuestrado a la señora, no podíais echarle la culpa a Robert porque él no puede matar a tu hija desde aquí y no podrías justificar que alguien te presionaba— dijo Betsy con desprecio—. ¿Cómo justificarías tu participación entonces, en lugar de decírselo a los señores?

—¡Tú tampoco dijiste nada y te veías con él a escondidas! ¡Sabías lo de la estafa, pero te callaste!

—¡Yo lo hice por amor! ¡Tú lo hiciste por codicia!

—¡Tú codiciabas a un hombre que no era tuyo! —Carlton sonrió con malicia al ver que Betsy iba a llorar. —No sabes cómo nos reíamos de ti. Jim estaba al tanto de vuestros encuentros y os escuchó hablar varias veces. Eres tan patética. ¡Intentando que él se preocupara por ti en lugar de en ella! ¡Si incluso llegaste a decirle que estaba gravemente enferma y que se la llevaban a Cerdeña para ver si su enfermedad se curaba con el buen tiempo! ¡De esa manera Robert la dejó ir porque era lo mejor para ella!—Johanna miró asombrada a Betsy, que se sonrojó intensamente. —¿Qué pensabas hacer? ¿Matarla en Italia? ¡Pero el Conde fue a buscarla y te estropeó el plan!

—¡No! ¡La señora no pensaba volver!

—¿Ah no? ¿Y cómo iba a conocer a mi heredero si no pensabas volver, Johanna?

Se volvió hacia su marido. —Te dije que los abogados de mi padre se pondrían en contacto contigo. ¡Y ahora ese no es el tema de discusión! ¿No crees que tenemos bastantes problemas para preocuparnos de esa tontería?

Su marido gruñó y ella miró a la policía. —¿Lo han escuchado?

—Sí, milady.

Uno de ellos se acercó a su mayordomo y le cogió por el brazo. —¡Un

momento! — dijo James muy serio deteniéndolos—. ¿Cómo se llama vuestro otro compinche?

—No sé su nombre. Sólo sé que Jim le llamaba Liebre.

—¿Liebre? — Johanna dio un paso hacia él. —¿Tiene una cicatriz en la frente?

—¿Le conoces? —preguntó su marido.

—Si es quien pienso, el encargado del muelle le hizo esa cicatriz al pillarle robando. Le golpeó con una correa de cuero. Le conocía todo el puerto. Era un ratero de mala muerte. Robert nunca se juntaría con alguien así.

—¿Ve, señora? ¡Le decía la verdad! —dijo Betsy aliviada cuando un policía la cogió del brazo—. ¡Eh! ¡Yo no he hecho nada!

—Está detenida por participar en una estafa.

Johanna jadeó. —No, ella no ha hecho nada. Sólo se ha callado.

—Eso es ocultación de un delito, milady. En cuanto pillemos a ese tal Robert, el caso estará cerrado.

—¡Milady! ¡Le juro que nunca he querido hacer daño a esta familia! —gritó Betsy desgarrada— ¡Sólo quería que no apresaran a Robert! ¿Qué podía hacer? — El policía tiró de ella y Johanna angustiada se apretó las manos. —¡Ayúdeme, señora! ¡Yo la quiero!

—Sí, pero le quieres más a él —dijo James con desprecio—. ¡Fuera de mi casa!

Betsy gritó mientras se le doblaban las rodillas y otro policía la cogió del otro brazo sacándola del pasillo mientras que Johanna descompuesta escuchaba cómo sufría. Se tapó los oídos cerrando los ojos y James la abrazó pegándola a él. —Ya ha pasado. Ya ha pasado.

Cuando salieron todos del salón, Johanna llorando dejó que la consolara. — Tienes que ayudarla James.

Sorprendido la cogió por los hombros apartándola. —¿Estás loca? ¡Te ha tomado el pelo! ¡Nos ha mentado a cada paso! ¡Protegía a un hombre que no sólo quiere llevarte con él, que eso ya es el colmo, sino que también ocultaba que estaba robando a tu padre! ¡La sacasteis del puerto y mira como os paga!

—Le ama —susurró mirando sus ojos verdes que refulgían de furia—. Ha hecho una locura por amor.

—¡Hay locuras y locuras, mujer! ¿Cómo sabemos que no estaba metida en la estafa? ¡Ha mentado en todo lo demás! ¡Puede que sea su cómplice desde el principio! ¡Ha confesado que es su amante!

Johanna agachó la mirada. —Prefiero correr el riesgo.

—¡Pero yo no! —Le apretó los hombros y la zarandeó para que le mirara. — ¡No voy a permitir que ese tipo se acerque a ti y no pienso dejar que esa mujer vuelva a esta casa! ¡Métetelo en la cabeza!

En ese momento llegaron sus padres que atónitos vieron cómo la policía sacaba el cadáver y se llevaban al mayordomo y a la doncella. Nelson se acercó corriendo al salón. —¿Qué ha ocurrido aquí?

James se separó de ella y les dijo —Sentaros. Tenemos que hablar.

—Estábamos en la cena cuando llegó una pareja que dijo que había visto a la policía ante la casa —dijo Susan acercándose a Johanna—. ¿Estás bien?

—Se han llevado a Betsy —Se echó a llorar y salió corriendo del salón mientras Rose la miraba asombrada.

—¡Hija! — Intentó ir tras ella, pero Henry muy serio la cogió por el brazo.  
— Pero está disgustada... Déjame ir a ver qué ocurre.

—¿Qué ocurre? —preguntó James cogiendo la copa de jerez que Carlton había llenado para su esposa—. Ahora os lo explico.

## Capítulo 11

Minutos después todos estaban en silencio mirando a James, que estaba ante la chimenea muy tenso.

—Ahora ya estáis al corriente. Ese tipo seguramente intentará llevarse a Johanna, pues ese ha sido su objetivo desde el principio.

—Dios mío —susurró Rose—. Querían secuestrar a nuestra niña, Henry.

—Lo que me preocupa ahora es que todo esto no la afecte en su embarazo. —Se levantó del sofá furioso. —Mira que intentar involucrar a mi sobrino. El pobre trabaja como un mulo para ayudarme.

—Es un joven maravilloso. Tiene algo de mal carácter, pero es simplemente maravilloso. Quiere a mi Johanna como un hermano —aclaró la señora Sherman—. Se mataría antes de dañarla de alguna manera.

—¡Maldito Carlton! ¡Con lo que he hecho por él!

Un carraspeo en la puerta les hizo mirar hacia allí y un lacayo dijo algo avergonzado —El ama de llaves pregunta si debe irse.

—¡Por supuesto que sí! —gritó Henry fuera de sí.

Las mujeres se miraron apenadas. —Pobre mujer. No tiene la culpa de lo que ha hecho su marido —dijo Susan apretándose las manos.

—¿Que no tiene culpa? ¿Acaso tú no sabes todo lo que hago? —gritó Henry.

—¡Respecto a tus negocios no! ¡Seguro que la mujer no sabía nada! ¡Encima que le pagábamos los médicos! ¡Si la echas, morirá por las calles! ¡No me gustaría tener eso sobre mi conciencia! —Se levantó furiosa. —¡Ahora me voy a ver a mi hija!

—Increíble —siseó James viendo a su suegra salir del salón—. De tal palo, tal astilla. Cuando se entere Johanna dirá lo mismo. Si quería que ayudara a su doncella a librarse de esto.

—¡No puedes consentirlo! —exclamó Nelson—. ¡Es una mentirosa! ¡Le ha mentado durante meses!

—Dice que lo ha hecho por amor —respondió con ironía.

Susan carraspeó fulminando a Nelson con la mirada. —Mujer, no me mires así. ¡Tú caso no es comparable!

—¡Yo mentí a Elizabeth y ella me ha perdonado! ¡Y fue un caso mucho peor que este! ¡Mi niña ha demostrado que me quiere, porque ha olvidado mis faltas y tú sabes que fueron muy graves!

James apretó los labios. —No es lo mismo. Tú la habías criado y no pretendías hacerle daño.

—¡Betsy tampoco! ¡Esa pobre chica se encontraba entre dos amores y no sabía qué hacer! ¿Iba a delatar al hombre de su vida? ¡No! ¡Lo que hizo fue intentar que Johanna continuara casada por todos los medios! ¡Sino te habría delatado cuando se enteró de que realmente no estabais casados!

—¡Si hubiera sido así, debería haberme avisado de que mi mujer estaba en Cerdeña, pero no lo hizo!

—¡Porque sabrían que había sido ella, pues fue la última en llegar! ¡Quedaría al descubierto que había delatado a su señora!

—¡Podía haber buscado otro medio!

—¡No intentes echarle la culpa de lo que tú hiciste! ¡Eso no es responsabilidad suya!

James tiró el vaso contra la pared furioso y gritó —¡No voy a dejar que esa mujer vuelva a nuestras vidas! ¡Y como ese cabrón se acerque a mi esposa, le pegaré un tiro entre ceja y ceja!

Rose llegó al salón con la respiración agitada. —¡Henry! —Su marido se levantó en el acto. —¡Henry, necesitamos un médico!

James salió corriendo y subió los escalones de dos en dos hasta llegar a la habitación de su esposa que estaba tirada en el suelo ante la cama. —¿Jo? —Asustado se arrodilló a su lado y la puso boca arriba. —¡Jo, despierta! —Le dio una palmadita en la cara y en ese momento entraron sus padres.

—¿Qué le ocurre? —Susan se arrodilló a su lado y acercó la cara. —Respira. Se debe haber desmayado. Túmbala sobre la cama.

Johanna gimió cuando la levantó y él suspiró de alivio. —Preciosa, abre los ojos. —La tumbó sobre la cama y la acarició la mejilla mientras una doncella entraba en la habitación. —Ya han ido a por el médico.

—¡Moja una toalla!

La chica se acercó a toda prisa y le dejó la toalla mojada que él pasó por la cara de su esposa con mucho cuidado. —Vamos preciosa, abre esos ojos del color de la miel.

Los párpados se movieron y se abrieron lentamente. —¿De la miel?

—Igualitos. —Sonrió aliviado. —¿Te duele algo?

—No. Me he mareado. Eso es todo.

—Debería cenar algo —dijo Rose preocupadísima.

— Esperemos a ver qué dice el doctor. — La besó en la frente y susurró — No vuelvas a hacerme esto. Me das sobresaltos desde que nos conocemos. ¿No crees que ya está bien?

— Sí, ya está bien. Lo siento.

— Sólo quiero que estés bien. Si el médico dice que estás bien para viajar, nos vamos de inmediato.

— Pero Betsy... — Sus ojos se llenaron de lágrimas. — No puede ir a la cárcel.

— No te preocupes por eso ahora. Preocúpate por el bebé. ¿De acuerdo? — James forzó una sonrisa y se alejó de ella poniéndose de pie.

Entonces Elizabeth entró en la habitación con la respiración agitada. — Estaba vacío. El despacho estaba vacío. Incluso habían quitado el letrero de la puerta. No queda nada.

— ¿Y Alex?

— Me ha dejado aquí y ha ido al puerto para hablar con Sterling. Va a pedirle el favor de buscar a Baker... digo Robert.

— Tiene que encontrar a ese tal Liebre — dijo Nelson—. En este momento me preocupa más porque él no tiene ninguna ganancia de todo esto.

— Estoy de acuerdo — dijo James.

— Iré al club de Sterling.

— Padre, ten cuidado.

— ¿Quién es ese Liebre? — preguntó Elizabeth asombrada—. ¿Hay más implicados?

— Yo te lo cuento, querida — dijo Susan.

Nelson salió de la habitación y Henry preguntó a su yerno. — ¿Piensas llevártela de la ciudad?

— Al castillo de mi padre. Cuanto más lejos mejor.

— Pero podemos ir a mi casa de campo — dijo Elizabeth—. Estoy segura que Alex estará de acuerdo. Allí estará a salvo. Mis hombres impedirán que le pase nada.

— Piénsalo bien, James. Tiene un embarazo muy avanzado y no le conviene un viaje tan largo — dijo Rose preocupada.

— Ya veremos lo que dice el médico. — Se volvió hacia su mujer que permanecía callada preocupada por Betsy.

La doncella que le había dado la toalla entró en la habitación. — Milord, tenemos un problema.

— ¿Qué ocurre ahora?

— Es la señora Smithson, conde — dijo asustada—. Se ha cortado las venas.

— Válgame Dios — dijo la señora Sherman haciendo la señal de la cruz.

— Déjame a mí. Yo me encargo — dijo Henry saliendo de la habitación.

— Dios mío. — Johanna cerró los ojos— ¿Está viva?

—Sí, milady. Pero ha perdido mucha sangre. —La doncella dio un paso hacia la cama.

—Vete a ayudar —dijo James cortando la conversación—. En cuanto el médico llegue, que la vaya a ver primero.

—Gracias, milord. —Salió corriendo y sin saber qué decir, los unos se miraron a los ojos.

—Menuda desgracia. La pobre mujer no ha visto otra salida —dijo Rose descompuesta.

James apretó los labios antes de mirar a su mujer y decir —¡Está bien! ¡Me encargaré de ayudar a Betsy!

Le cogió de la mano. —¿De verdad?

—Sí, ahora tranquilízate.

Sonrió aliviada y Elizabeth se acercó a ella sentándose al otro lado de la cama. —¿Cómo te encuentras?

—Bien. Algo mareada, pero bien. No me duele nada.

—Son muchas emociones con tu embarazo.

—No has visto a tu bebé en todo el día. Deberías irte.

—Está bien cuidado. Me preocupas mucho más tú.

Miró hacia la ventana y susurró —Tiene que estar cerca.

—¿Por qué piensas eso? Ha debido estar muy ocupado con la oficina para acercarse por aquí.

James se acercó a la ventana y apartó las cortinas de terciopelo para mirar al exterior. —No hay nadie. No se acercará a ti. Te lo aseguro.

Johanna miró a los ojos a Elizabeth y susurró —Consígueme el cuchillo. No sé dónde está.

—¡Te he oído! —exclamó su marido divertido.

—Confío muchísimo en que puedas protegerme, pero es por si acaso.

—Si algo tengo que agradecerle a ese hombre, es que la enseñara a defenderse tan bien —dijo su madre.

James la fulminó con la mirada. —¿No me digas? Querida, se te olvidó contarme ese pequeño detalle.

—Oh sí. —Continuó diciendo su suegra. —Además le enseñaba cosas totalmente inapropiadas para una dama. Hacía unos nudos marineros que eran la envidia del puerto.

Su marido gruñó yendo hacia la puerta. —¿Dónde estará el médico?

—Estará atendiendo a la señora Smithson —respondió Johanna disimulando—. Vaya, me está entrando el hambre. Eso significa que me encuentro mucho mejor.

—No sabes cómo me alegro —siseó su marido antes de ir hacia la puerta donde se encontró al lacayo que había vuelto a su puesto—. ¡Comida para la

condesa!

Volvió a entrar furioso. —Esta casa es un desastre.

—¿Sin mayordomo, ama de llaves, ni doncella principal? Sí, será un desastre—dijo Elizabeth divertida—. Ruega porque no se te vaya la cocinera.

—No te preocupes por nada —dijo Susan—. Si es necesario vendrá mi servicio a suplirles mientras estamos aquí.

—¿Eso significa que no os vais? —Johanna miró a su marido que puso los ojos en blanco.

—¿Con todo lo que está pasando? —preguntó Rose escandalizada—. ¡No me separan de mi hija ni con agua caliente!

—¡Estupendo! ¿Dónde diablos está el médico? —James salió de la habitación seguramente para ir a tomarse una copa.

Johanna aprovechó ese momento. —Liss, tienes que ayudarme.

—¿A qué? Si es por el servicio...

—¡Déjate de tonterías! Tienes que ayudarme a encontrar a Robert.

—No pensarás dejar a tu marido —dijo su madre escandalizada.

—¡Claro que no! Ya no se libraría de mí ni aunque lo intentara con fuerza. Pero tengo que descubrir dónde tiene el dinero Robert.

—Igual en este momento ha puesto pies en polvorosa y ya no le volvemos a ver. —comentó su amiga—. A Alex le fastidiaría mucho, pero qué se va a hacer. En los negocios a veces se gana y a veces se pierde. Muchos de la alta sociedad dirían que se lo tienen merecido por meterse en negocios en lugar de comprar tierras.

—Querida, estás divagando. —Johanna la cogió de la muñeca. —¡Céntrate! Necesito encontrar a Robert antes que Sterling.

—Eso es imposible. —Chasqueó la lengua y su amiga dijo—Lo mejor va a ser que te olvides del asunto. Los hombres se encargarán. Tú ocúpate ....

—¡Como digas que me ocupe del bebé voy a gritar! ¡Y me lo dices tú que me jugué el cuello por ti cuando la loca de tu abuela intentaba matarte!

Liss hizo una mueca. —¡Está bien! ¿Qué quieres que haga?

—Debes conseguir que James salga de casa esta noche.

—¿Y cómo voy a hacer eso?

—¡No lo sé! Tendrás que ingeniártelas.

—¿Y para qué quieres que salga de casa? —preguntó su madre.

—Vendrá para saber lo que ha ocurrido. Seguro que se ha enterado de que han detenido a los demás y de la muerte de Jim. Y lo estaré esperando. Debo hablar con él a solas.

—No me gusta ese plan —dijo Susan—. ¿Y si se te lleva? ¿Qué haremos entonces?

—Eso no va a pasar porque tú estarás atenta en la habitación de al lado. Si grito, darás la alarma.

—¿Y si no te da tiempo a gritar?

—No te preocupes. Ni se acercará porque estará armada—Miró a Elizabeth.  
—Saca mi pistola del aparador. —Su amiga fue hasta él y abrió el primer cajón. —  
Debajo de la ropa. Comprueba que esté cargada.

Su amiga miró el cañón y cogió la bolsa de pólvora para cargarla. Cuando ya estaba lista, se acercó a su amiga y se la tendió. Johanna la escondió debajo de la almohada. —Si James está aquí no vendrá. Necesito que esté fuera de casa para Robert no pierda la oportunidad.

—Lo intentaré, pero me da la sensación de que me costará muchísimo, porque ha enviado a Nelson a hablar con Sterling en lugar de ir él mismo como todas sabemos que quería hacer. Eso significa que no quiere perderte de vista.

—Pues tendrás que hacer algo. —Se quedaron mirándose y susurró— Un fuego.

—¿Estás loca?

—Un pequeño incendio en la cocina le sacará de la habitación.

—Te sacaré de la casa— dijo Rose antes de mirar a Elizabeth—. Pero si es en casa del Marqués, que está casi vacía...

Susan jadeó. —¿Es broma? ¿Un incendio en mi casa?

—Está aquí cerca y será una distracción.

—¡A Nelson le dará un ataque! ¡Acabamos de pintar y de empapelar la casa! ¿Sabes todas las telas que he tenido que elegir? ¿Y si no se controla?

—Tienes razón, es muy peligroso y no hay garantías de que Robert venga esta noche —dijo Johanna.

—¡No vas a ir quemando casas todas las noches hasta que ese sinvergüenza aparezca! ¡Acabarás con el vecindario! —dijo Susan indignada yendo hacia la puerta—. Me alegra que hayas entrado en razón. Voy a ver dónde está el médico.

Justo antes de salir llegó James con el médico que cuando la vio vestida dijo—¿No han tenido tiempo de desvestir a la paciente?

Las mujeres se sonrojaron y Johanna dijo —Todavía estamos impactadas con las noticias. ¿Cómo está la señora Smithson?

—Ha muerto —dijo como si nada haciéndola palidecer.

—¿Qué?

James se acercó a toda prisa y la cogió de la mano. —Había perdido mucha sangre. El doctor no ha podido hacer nada por ella. Casi no tenía pulso.

—Dios mío.

El médico dejó el maletín sobre la cama y puso los brazos en jarras. —Muy bien, ¿qué le ocurre?

—Se ha desmayado y está algo mareada.

—Lógico después de lo que ha ocurrido. ¿Tiene dolores?

—No, doctor...

— Bourne.

— No, doctor Bourne. No me duele nada.

— Muy bien— Le bajó un párpado y asintió antes de coger su maletín. — Su estado es normal. Si se encuentra peor avísenme.

Asombrados vieron cómo se iba y James fue tras él. — ¿No debería comprobar si él bebé está bien?

— El bebé está bien. A ella no le duele nada y su aspecto es normal. ¿Sabe cuántas embarazadas se desmayan?

— No.

— Pues le aseguro que de la alta sociedad casi todas — dijo enfadado—. ¡Son delicadas florecillas que al menor problema Zas!

Las mujeres jadearon indignadas y el carácter de Johanna salió a la luz. — ¡Oiga usted, no tiene ni idea si soy una delicada florecilla! ¡Díselo, esposo!

— Le aseguro que mi esposa es de todo menos eso. Ha sufrido varios golpes en la cabeza y en uno de ellos hasta perdió la memoria. Que se haya desmayado es preocupante.

— ¡Muy bien! ¡Examinaré a milady!

James se quedó a su lado y la ayudó a quitarse el vestido y a desnudarla. El médico pasó la trompetilla por su vientre escuchando y entrecerró los ojos varias veces mientras escuchaba.

— ¿Va todo bien?

— Está baja de peso. Debería comer más.

— Pero mi suegra dice que ...

— Creo que son dos. Debe comer más.

Asombrada miró a su marido— ¿Dos?

Él sonrió orgulloso. — Comerá más.

— ¿Duerme bien? ¿Duerme la siesta?

— Sí.

— Oiga, estoy aquí. Me puede preguntar a mí, ¿sabe?

El doctor la ignoró. — Su pulso es bueno. — Se sentó a su lado y miró sus ojos de nuevo. — ¿Le duele la cabeza alguna vez?

— No — respondió ella rápidamente.

— A partir de ahora no saldrá de la habitación. Y guardará cama todo lo posible.

— ¿Qué? — gritó Johanna asombrada.

— Si se volviera a desmayar podría haber un peligro real. Sobre todo después de lo que me ha comentado su marido sobre los golpes en la cabeza. Si quiere arriesgarse, por mi bien, pero yo le aconsejo que esté en un lugar seguro y controlado. Puede estar sentada ante la ventana o tumbada en la cama, pero nada de bajar o subir escaleras sin que nadie la lleve del brazo. Nada movimientos

bruscos en esta parte del embarazo. Nada de disgustos. Quiero que lleve una vida tranquila el resto del embarazo. Y si ocurre algo extraño, me avisarán. Si como creo son dos el parto puede que se adelante. No querrá arriesgar la vida de sus hijos y la suya, ¿verdad?

Johanna palideció —No.

—Pues hará lo que le digo. —Cogió su maletín y le hizo un gesto a James mientras se alejaba.

Su marido se acercó a él y susurraron en voz baja al lado de la puerta. El médico estaba muy serio y James preocupado. Se tapó con las sábanas cubriendo su ropa interior y esperó a que terminaran de hablar. James apretó los labios asintiendo y el doctor se fue. Su marido forzó una sonrisa antes de volverse y se acercó a ella. —Al parecer tendremos que quedarnos. —Se sentó a su lado y acarició su vientre con posesividad. —Sé que será duro para ti, pero intentaremos hacerte la vida más fácil.

—Al menos quedan cuarenta días para el parto— dijo disgustada—. ¡Me volveré loca!

—Te apoyaremos en todo.

—¡Bueno, al menos no tendré a mi madre protestando porque como demasiado!

Él se levantó y abrió la puerta donde un lacayo con la bandeja estaba esperando. Johanna sonrió cuando su marido se la acercó poniéndosela sobre las rodillas. —Uhhh. —Impaciente cogió un bollo y lo mordió mientras él quitaba la tapa de plata del plato. — Rosbif con guisantes.

Todas entraron en la habitación y Elizabeth preguntó —¿Qué ha dicho el médico?

—Debo comer más— dijo encantada. Su madre jadeó. —Así que ahora no puedes decir nada.

—El médico ha dicho mucho más, pero mi mujer lo ignora convenientemente. Debe guardar reposo, no llevarse sobresaltos, no debe salir de la habitación sin vigilancia y cuando digo vigilancia, significa que debe ir del brazo de alguien por si se cae —dijo muy serio. Susan y Rose asintieron. —Y debe comer más porque el doctor cree que son dos.

Todas gritaron de alegría, pero Johanna siguió comiendo como si nada. Estaba hambrienta y tampoco era para tanto. Sonrió sin dejar de masticar, pensando que ahora sería mucho más difícil que James la dejara sola por la noche.

Excitadas hablaban todos a la vez y ella hizo una mueca pensando que al parecer que tuviera que encerrarse allí hasta dar a luz les importaba bien poco.

—Ya verás cuando se entere tu padre. Qué orgulloso estará —dijo su madre emocionada sacando un pañuelo de la manga.

—Madre, todavía no es seguro. Es una probabilidad —dijo cogiendo otro

bollo.

—Debe subir de peso. Eso ha dicho el médico.

—Pero podrá caminar por la habitación, ¿verdad? —preguntó Elizabeth—.

No es bueno que esté inactiva. Debe tener fuerzas para el parto.

Rose asintió. —Caminará por la habitación con nuestra vigilancia.

—Sí. — James se acercó preocupado. —¿Estás bien?

—Sí —respondió con la boca llena—. ¿No tienes nada que hacer?

—Aparte de ver como come mi esposa, no.

—Estaréis hambrientos —dijo mirando a Elizabeth y haciéndole un gesto con la cabeza.

—Oh, sí. Dejémosla cenar tranquila mientras esperamos a los demás abajo.

—Ir vosotras. Yo me quedo —dijo su marido sentándose a su lado.

—¿No tienes hambre?

—Me alimento viéndote comer.

—Oh, qué bonito... —dijo ella sonriendo—. Pero no quiero que adelgaces. Me gusta tal como eres. Mi gigante escocés, así que mueve el culo hasta el comedor y cena en condiciones.

James se echó a reír y la besó en la sien. —Enviaré una doncella para que te acompañe.

Ella gruñó por lo bajo observando cómo salían y Elizabeth le guiñó un ojo. En cuanto llegó la doncella, la envió a la cocina diciéndole que se llevara la bandeja y que no la molestara porque se iba a dormir.

Escuchó risas en el piso inferior y suspiró tumbándose de costado con la mano en la empuñadura de la pistola. No pudo evitar que las emociones le hicieran cerrar los ojos poco a poco y ni escuchó a James entrar en la habitación para salir minutos después quedándose profundamente dormida.

Un roce en el hombro la hizo volverse medio adormilada y parpadeó para ver a Robert al lado de su cama. Fue casi un sueño o eso creía hasta que sonrió y dijo —Sabía que no ibas a gritar.

—¿Robert?

—Hola princesa. ¿Me has echado de menos? —Se sentó a su lado y le apartó un mechón negro de la mejilla. —Eres mucho más hermosa de lo que me imaginaba.

Ella le dio un golpe a la mano apartándola de inmediato y Robert sonrió. — Estúpido idiota, ¿cómo se te ocurre estafar a mi padre?

—Me debía ese dinero por echarme del puerto.

—¿Y todos los demás?

—Fue un extra.

—¿Sabes lo que le ha ocurrido a Betsy? —Robert se tensó. —¡Devuelve el dinero para que ella pueda salir de la cárcel!

—No puedo hacer eso.

Johanna le miró con desprecio y se sentó en la cama. —La convertiste en tu amante. ¡A Betsy! —Sacó la pistola y le apuntó a la cara. Robert sonrió. —Debería pegarte un tiro.

—No lo harás. Me quieres.

—Quise al joven que fuiste, a este hombre no le conozco. Mi Robert nunca hubiera utilizado a Betsy aprovechándose de su amor.

—Te aseguro que fue muy persuasiva —dijo sin perder la sonrisa.

—Cerdo.

—No estés celosa, princesa. Sólo fue un medio para llegar a ti.

—¡Ella te quiere! ¿Cómo puedes ser tan frío?

—¡Será los años que pasé tirado en la calle intentando sobrevivir! ¿Quién crees que es el responsable?

—¡No le echas la culpa a mi padre! ¡Te advirtió que no me hablaras más y no le hiciste caso!

—¡Me esforcé muchísimo para ser de su confianza! Nunca tuvo una queja de mí e hice todo lo que pude para que estuviera satisfecho con mi trabajo. —Rió con desprecio. —Pero por supuesto en ese momento era un idealista y creía que en algún momento me daría tu mano. Te aseguro que aprendí la realidad por las malas.

—Le enfadaste. Yo era una niña y tuviste el descaro de jactarte de que sería tu esposa.

—Es que eres mía, Johanna —Siseó furioso haciendo que a Johanna se le cortara el aliento—. Lo has sido durante todos estos años y ese cabrón con el que te has casado está muerto.

—¡No te acerques a James! Fue culpa mía este matrimonio.

—Levanta, nos vamos de aquí.

¡Estaba loco! Y lo peor, estaba convencido de que saldría de allí con ella. Miró su rostro bajo la luz que se filtraba por las ventanas y susurró angustiada — Lo siento, Robert. Pero mi marido es lo primero.

La detonación le sorprendió y atónito dio un paso atrás. Se sujetó en el poste de madera llevándose la mano al hombro. —Princesa...

—Lo siento Robert, pero no puedo permitirte continuar.

La puerta se abrió de golpe y James entró en la habitación con un arma en la mano. —¡No le mates! —gritó ella arrodillándose en la cama.

—¡Hijo de puta! —Furioso le cogió de la camisa. —¡Te voy a matar!

—¡No, James! —gritó horrorizada cuando le pegó a su cuerpo— ¡Tiene un cuchillo!

Vio su reflejo y suspiró aliviada cuando James saltó hacia atrás, aunque le rajó la chaqueta. Asustada levantó la pistola, pero él fue más rápido y saltó sobre la

cama poniéndole el cuchillo al cuello. — ¡Detente o la mato! Princesa, tira la pistola.

Henry entró en la habitación con una escopeta y Robert se echó a reír. — Pero si está aquí el rey de los muelles.

— ¡Padre, no! — Tiró la pistola al otro lado de la cama esperando que nadie perdiera los nervios.

— No le defiendas. Este cabrón va a pagar haberme robado.

— Tira el cuchillo — dijo James apuntándole—. Te lo advierto. Mueve un músculo y te mato.

— Podría matarla antes de que te dé tiempo a disparar.

A Johanna se le cortó el aliento. — Robert...

— ¿Robert? — Tiró de su cabello hacia atrás. — Me has traicionado, princesa. Sabes lo que hago con los que me traicionan. — La besó en la sien sin dejar de mirar a los hombres. — Ahora te vas a levantar lentamente y saldremos de aquí como tenía previsto. Si eres buena, dejaré que te quedes con el bebé.

— ¡Robert, no podrás salir de la casa! ¡Deja de hacer el idiota y suelta el cuchillo! — gritó asustada por sus hijos.

— Por supuesto que me dejarán salir de aquí contigo. No se arriesgará a perder a su heredero.

— ¡Suelta a mi hija!

— Papá... — le advirtió con la mirada para que no perdiera los nervios.

Entonces entraron las mujeres y Elizabeth dijo — Ya he avisado a Jack Sterling.

Robert juró por lo bajo y la abrazó por encima de la barriga como si no quisiera desprenderse de ella. Johanna sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas mirando a su marido. — Moriré antes de dejarte ir — susurró él a su oído y Johanna supo que la mataría con él—. Te amo tanto, princesa... Ven conmigo. Vuelve a casa.

— Betsy...

— ¡Olvida a Betsy! ¡Lo hice por ti! Te necesito. Ya no soporto más estar alejado de ti. Por favor — dijo desesperado—. Te amo mucho más de lo que él te amará nunca.

Johanna cerró los ojos y una lágrima cayó por su mejilla. — Está bien. Iré contigo, pero debes prometerme que le enviarás el bebé a mi marido cuando nazca.

— ¡Jo! — gritó James perdiendo los nervios.

— Le enviaré a su hijo. Lo juro. Vamos.

Se arrastraron fuera de la cama y sin quitarle el cuchillo del cuello gritó. — ¡Despejad la puerta!

Todos se apartaron y empujó a Johanna, que no pudo ni mirar a su marido.

— Cuidado con las escaleras — dijo James desesperado temiendo que la empujara por ellas.

Sin soltarla empezaron a descender lentamente y cuando llegaron al hall varios miembros del servicio estaban armados con cuchillos, pero al ver el estado de su ama no se atrevieron a intervenir.

—¡Tú, abre la puerta! —le gritó a una doncella que se apresuró a hacer lo que mandaba.

—Estoy descalza, Robert.

—Lo siento mucho, pero tendrás que soportarlo. —dijo empujándola a la salida. Para su sorpresa había un carruaje ante la puerta y la subió casi a la fuerza. La sentó a su lado sin dejar de mirar hacia la puerta donde toda su familia observaba impotente. Robert golpeó el techo del carruaje y salieron a tan rápidamente que el movimiento hacia atrás provocó que le cortara el cuello. La pequeña herida empezó a sangrar manchando el camisón blanco y Robert se asustó apartando el cuchillo. —Lo siento. No pretendía hacerlo.

Sorprendiéndole le abrazó con fuerza y enterró la cara en su cuello. —Debes dejarme ir. Puedes huir tú solo, pero si me llevas no tendrás ni una sola oportunidad. Por favor, Robert. Te matarán.

—Y no quieres que me maten.

—No, no quiero que te maten, porque Betsy sufriría por ti. —Robert se tensó y la apartó para mirarla a los ojos. —Te ama. Tanto como para traicionarme a mí.

—Ella no me importa como tú. Te lo juro.

—No te amo, Robert. Te he querido mucho, pero no te amo. Amo a mi esposo y le amaré hasta que muera.

Robert gritó furioso y fuera de sí le dio un bofetón que le volvió la cara. Johanna se giró lentamente para mirarle a los ojos fríamente.

—¿Por qué me haces esto? —le gritó él a la cara—¡Lo he dado todo por ti! ¡Como no me amas, mataré a tu hijo! ¡Lo juro!

Entonces Johanna se horrorizó porque había perdido totalmente la razón en una obsesión absurda que había dominado su vida desde que su padre le había echado del puerto. Puede que fuera responsabilidad suya, pero no pensaba permitir que pusiera en riesgo a su familia. Así que hizo lo único que podía hacer. Darle la razón.

—Debes entender que llevamos mucho tiempo sin vernos. Han ocurrido muchas cosas, pero me he ido contigo. —Cogió su mano. La mano que le acababa de golpear. — ¿Crees que volveré a amarte?

Esas palabras le relajaron y sonrió acariciando su mano—Es cuestión de tiempo ya verás. Le olvidarás porque es a mí a quien amas. Te han inculcado a ese hombre durante meses, pero sé que no os amabais. Volverás a odiarle por lo que te ha hecho.

Johanna apartó la mirada hacia la ventanilla reprimiendo las lágrimas,

pensando en James que debía estar de los nervios y susurró —Debemos huir de inmediato, Robert. ¿A dónde vamos?

—Al puerto. Allí tengo un barco esperándonos.

El corazón de Johanna casi salta de la alegría pues Sterling dominaba esa zona y enseguida sabría que estaban allí. Sólo tenía que retrasar la salida del barco y no sería difícil.

—¿Un barco? —Sonrió encantada. —¿Y a dónde vamos? ¿A las indias? ¿Al continente? Me gustaría conocer Grecia.

—Será en otra ocasión, princesa. Volvemos a casa.

—¿A Boston? Allí te encontrarán —dijo disimulando su satisfacción.

—Tengo negocios que resolver. Deudas que saldar y antes de que se den cuenta de que estoy allí ya nos habremos ido al Caribe.

A Johanna le daba igual porque no iban a salir del puerto y él iba a morir esa noche.

## Capítulo 12

El coche aminoró la velocidad y al mirar por la ventana vio los barcos. Habían llegado. Robert saltó del carruaje y extendió la mano. —Vamos, princesa. Ha llegado el momento de irse.

Cogió su mano y lentamente bajó del carruaje sujetándose la barriga. Al rodear el coche de caballos vio a dos hombres entre las sombras. Robert tiró de su mano llegando a la rampa que subía a bordo y ahí vio su oportunidad. En cuanto subieron a la rampa tiró con fuerza de su mano y Robert sorprendido la miró antes de que le empujara por los hombros con intención de tirarle al agua, pero él se sujetó a la soga desestabilizándola y Johanna gritó al caer al vacío. El choque con el agua fue tremendo, pero lo que más la impresionó fue que el agua estaba helada. Todo estaba oscuro y era aterrador. Intentando salir de allí se impulsó con las piernas moviendo los brazos hacia arriba, pero algo cayó a su lado asustándola. La cara de Robert ante ella la hizo gritar hasta que se dio cuenta que tenía un tiro en la frente. Vio cómo su cara se alejaba con los ojos abiertos y sin vida, haciéndola gritar de nuevo por todos los recuerdos compartidos y las risas pasadas. Una patada en su vientre la hizo reaccionar y se impulsó hacia arriba casi sin aire saliendo a la superficie tomando aire. Escuchaba gritos y al levantar la vista vio a varios hombres en la rampa llamándola a gritos.

—¡Aquí! —gritó casi sin fuerzas—. ¡Aquí!

Un brazo la rodeó y ella gritó sorprendida volviendo la cabeza para ver a uno de los hombres de Sterling que conoció en su otra visita al puerto. El tipo sonrió. —Condesa, ha hecho que me moje.

Ella sonrió dejándose llevar. —Siento las molestias.

—La perdono. ¿Está herida?

—No lo sé. Ha sido una buena caída. El bebé me ha dado una patada —dijo dejándose llevar hasta una soga del embarcadero.

—¡Daos prisa! —Ella se sujetó a la soga y gimió porque no podría subir. — No se preocupe. Estará arriba antes de que se dé cuenta.

Pero no fue tan sencillo. Como ella no podía subir por la cuerda tuvieron

que ir a por una escalerilla a uno de los barcos. Cuando empezó a subir casi no sentía las piernas y temblaba con evidencia.

El hombre tuvo que subir pegado a ella para que no cayera de nuevo y cuando llegaron arriba la tumbaron sobre el suelo colocándole una manta por encima cubriendo su cuerpo.

La cogieron en brazos y la metieron de inmediato en un carruaje cuando el duque de Stradford y su marido llegaron a caballo. James saltó de su montura y entró en el carruaje. —¿Cómo está?

—Ha caído al agua desde la rampa, milord —dijo cerrando la puerta tras él.

—Hola. —Johanna sonrió cogiendo su mano. —Has venido.

—Claro que he venido. —El carruaje echó a andar y James se quitó el gabán para cubrirla con él— Estás helada.

—Me pondré bien. El bebé me ha dado una patada.

James sacó la cabeza por la ventanilla y gritó —¡Alex, corre hacia la casa! ¡Que llamen a un médico y que preparen un baño caliente!

Asustado la cogió en brazos apretándola a él. —El doctor se va a enfadar —dijo temblando entre sus brazos.

—No deberías haberte ido —dijo él intentando reprimir su ira.

—No hablemos de eso ahora, por favor. Sólo abrázame.

Y lo hizo. La abrazó durante todo el camino de vuelta y cuando llegaron la bajó de inmediato dando órdenes a gritos.

Rose y Susan con los ojos enrojecidos corrieron a la habitación. Su amiga Elizabeth interrogaba a su marido mientras que Henry y Nelson escuchaban atentamente.

Al llegar a la habitación, la metieron en el agua caliente de inmediato y chilló de la impresión por el contraste de temperatura. James ordenó a dos doncellas que la lavaran y estaban enjabonándole el cabello cuando llegó el médico entrando en la habitación rápidamente.

—¿Qué ha ocurrido?

—Se ha caído al agua. —James carraspeó. —Al agua en el puerto.

—¿Qué parte de que no saliera de la habitación no han entendido? —gritó furioso.

—¡Me han secuestrado! —Johanna inclinó la cabeza hacia atrás dejando que le cayera el agua que la doncella tenía preparada. —Mi prometido me secuestró.

—¿Su prometido?

—¡Es una larga historia! —James la fulminó con la mirada.

—Esperaré abajo hasta que salga de la bañera.

—En unos minutos estaré con usted. —Forzó una sonrisa antes de mirar a su marido. —He hecho lo mejor para todos.

—¡No tenías que haber salido de la casa! ¡Todo estaba controlado hasta que

tú le ayudaste!

—¡Me hubiera matado! ¡Estaba loco!

—No discutáis —dijo Rose—. Estamos nerviosos por todo lo que ha pasado.

—¿Yo nervioso? ¡Debe ser porque mi mujer embarazada se ha ido con su prometido porque le ha dicho que la ama y que vuelva con él a casa! —Dio un paso hacia la bañera amenazante. —¿Crees que soy idiota? ¿Que no me he dado cuenta que pudiste haberle matado varias veces y que no lo hiciste?

Johanna se levantó con cuidado. —¡Voy a perdonarte porque estás nervioso! ¡Pero acabo de estar a punto de morir y empiezo a perder la paciencia! ¡Hice lo que me parecía lo mejor para salvarnos!

—¡Dejar de gritar! —Susan la cubrió con una toalla.

—¡Querrás decir para salvarle a él!

—¡Pues ya que lo dices sí! ¡Quería salvarle para intentar ayudar a Betsy! ¡Quería salvarle porque tuve el presentimiento de que si no me iba con él me clavaría el cuchillo ante mi padre y ante ti, porque me quería por encima de todo y antes de morir me llevaría con él!

—¡Querías salvarle porque le amabas!

—Le quise mucho y no voy a negarlo. ¡Fue muy importante en mi vida y tengo unos recuerdos maravillosos de él!

—Te ibas a ir con él, ¿verdad? Ibas a dejar todo atrás con tal de volver con él, porque ese ladrón sí te dijo que te amaba.

Johanna perdió la paciencia. —Al contrario que tú, él lo ha demostrado mil veces.

Su marido dio un paso atrás como si le hubiera golpeado y apretando con fuerza la mandíbula salió de la habitación dando un portazo.

—Hija, ¿qué has hecho?

Los ojos de Johanna se llenaron de lágrimas. — Perder la paciencia, madre. Sólo eso.

El doctor la reconoció y como la vez anterior le ordenó que descansara y que esa vez no se levantara de la cama en una semana. Debido a que el puerto era un foco de infecciones por la suciedad del agua, temieron que se pusiera enferma durante los siguientes tres días. Pero a Johanna le dio igual porque lo único que le importaba era que James no había ido a verla desde su discusión. Preguntó por su marido a su madre y le dijo que estaba en la casa. Estaba enfadado y no quería subir a hablar con ella para no alterarla como había prohibido el médico.

Esperó pacientemente, pero después de dos semanas la situación era tan parecida a su vida de recién casada que se cabreó de veras. Así que cuando él al fin

se decidió ir a visitarla, ella muy tensa miraba por la ventana de su habitación.

Sintió como se acercaba a ella y se detenía a su lado. —¿Cómo te encuentras?

—¿Y me lo preguntas ahora? Dos semanas, James.

—No quiero discutir.

—Yo tampoco —susurró sintiendo que se le rompía el corazón porque en su interior esperaba que la besara y la abrazara diciéndole que se había comportado así por los celos—. Yo no quiero discutir porque no hay nada de lo que discutir.

—Debo reconocer que perdí los nervios y que puede que no reaccionara bien en una situación extrema.

—Mírame, James. —Se volvió hacia él. —Mírame. He perdido a Betsy y embarazadísima he tenido que tomar una decisión pensando en el bien de todos. Estoy harta de que no me apoyes. Nunca lo haces.

James se tensó. —¿Nunca lo hago?

—No. De hecho, siempre soy yo la que te tengo que perdonar.

—¡Yo te perdoné a ti primero! —gritó fuera de sí.

—Sí, me perdonaste forzarte a esa boda que tú no querías porque estabas comprometido con Mara. Creo que ya me disculpé de eso. —Le miró a los ojos. —¿Pero cuándo me has pedido tú perdón, James? ¿Cuándo me has pedido perdón por humillarme, mentirme y todo lo demás?

—Me he disculpado.

—Nunca lo has hecho. Has exigido que te perdonara, pero nunca me has pedido perdón por el daño que me has causado. —Volvió la vista hacia la ventana y sonrió sin ganas— Dos semanas sin saber de ti. No puedo creer que haya sido tan estúpida.

—¿Qué quieres decir?

—Lo discutiremos después del parto si no te importa. Ahora voy a echarme una siesta y no quiero que me molestes hasta después de dar a luz. Me alteras.

James apretó los labios e iba a decir algo, pero se reprimió antes de salir de la habitación con pasos furiosos. Después de salir de su alcoba, Johanna reprimió las lágrimas sabiendo que su matrimonio no tenía futuro. En realidad, nunca lo había tenido. Se había empeñado en algo que era imposible y había tenido esperanzas de que todo saliera bien después de que hubiera ido a buscarla a Cerdeña. Debería haberse dado cuenta que si la había engañado para casarse, estaban fundamentando su matrimonio otra vez en una mentira, pero tan enamorada como estaba sólo había pensado que estaba desesperado porque volviera a su lado. Qué equivocada estaba. Una lágrima cayó por su mejilla pensando en los buenos momentos, que en todo ese tiempo habían sido pocos. Realmente pocos. Se tocó el vientre al sentir una patada e incómoda se levantó

para caminar un rato. Eso era lo único que le importaba de momento. Tener a sus hijos y que estuvieran sanos. No pensaba dejar que nada la molestara en ese momento para cumplir su objetivo. Ni James, ni lo que sentía por él. Eso lo dejaría para más adelante.

James sentado en su sillón miraba hacia arriba y Alex le acercó una copa. — Ahora me toca a mí impedir que subas a molestar — dijo divertido.

—No querría verme. —Se quedó mirando el líquido ambarino de su copa. —No quiere verme desde hace semanas. Me ha prohibido la entrada a su habitación.

Alex suspiró sentándose ante él. —No entiendo cómo dos personas que se quieren como vosotros, no os comprendéis en absoluto. Cualquiera se hubiera dado cuenta que estabas aterrorizado cuando viste su estado en el puerto. Pero ni ella se dio cuenta, ni tu intentaste controlar tu carácter. Y al final Johanna explotó como es lógico. —Suspiró antes de beber de su copa. —Conoces a tu esposa. ¿Cómo se te ocurre acusarla de irse con ese hombre voluntariamente? Todo el mundo vio que lo hacía para intentar controlar una situación impredecible.

—¿Has terminado?

Alex apretó los labios. —No quiero reprenderte. Sólo intento averiguar por qué no visitaste a tu mujer en dos semanas.

—No quería alterarla.

—Pamplinas. Estabas muerto de miedo a que te dijera que todo se había acabado. Que estaba harta de ti y que no te soportaba más.

Pálido apretó la copa hasta romperla y dejó caer los restos de los cristales al suelo. Alex le observó mirar su mano herida, pero no hizo nada por curarse. —Le dije que no podía vivir sin ella y ...

—¿Y eso es todo? ¿Con eso debe estar contenta para el resto de su vida? — Sacó un pañuelo del bolsillo de la chaqueta y se lo tendió. —¿No le has dicho que la amas? ¿Que la deseas? ¿Que es lo mejor que has tenido nunca?

—Deduzco que a Elizabeth se lo dices mucho. —Apretó el pañuelo contra su mano.

—Se lo digo todos los días. —Vio la sorpresa en el rostro de James. —¿Y sabes por qué lo hago? Lo hago porque es cierto y porque compensa las veces en las que meto la pata. Tú no lo has compensado nunca, amigo.

—Yo no soy así. ¡Debería saber que la quiero! —Furioso se levantó. —¿Si fui a buscarla a Italia, por el amor de Dios! ¡Nunca he hecho algo así por una mujer!

—Pero es que ella no es una mujer cualquiera. Es tu esposa. Y además, ella no lo sabe porque no se lo has dicho nunca. Si yo tratara así a Liss, me pegaría un tiro.

James caminó nervioso por delante de la chimenea. —No se oye nada.

—Acaba de empezar.

—Debería hablar con ella.

—No creo que este preciso instante sea el mejor para sincerarte. Tampoco lo hagas cuando veas el bebé porque pensará que lo haces por el niño.

—Entonces debería hacerlo ahora.

En ese momento llegaron Nelson y Henry del club. —¿Está de parto? —preguntó su suegro dando el sombrero al nuevo mayordomo.

—Sí, el médico acaba de llegar —dijo Alex haciendo un gesto al lacayo—. ¿Una copa? Será una noche larga.

—Señores...—Todos miraron al mayordomo. —¿Les sirvo la cena? ¿Las señoras bajarán a cenar?

—Prepare una cena fría en el comedor para que si alguien tiene hambre, se sirva cuando le apetezca —ordenó Nelson.

El mayordomo asintió antes de salir y en ese momento llegó Elizabeth que sonrió a los recién llegados. —Todo va muy bien.

—¿De veras? —James se acercó a toda prisa. —¿Está bien?

—¡Daré a luz en cualquier momento!

James palideció. —¿En cualquier momento? Pero si acaba de empezar y normalmente dura horas.

—Al parecer lleva con dolores desde esta mañana, pero no ha dicho nada.

—Eso es típico de mi hija —dijo Henry orgulloso—. Una vez se rompió el brazo siendo niña y no dijo nada en todo el día.

Ignorándole James preguntó —¿Pero todo va bien?

—Sí, todo va....

En ese momento escucharon el llanto de un bebé y Elizabeth salió corriendo. James iba a seguirla, pero Alex le cogió del brazo. —Espera. No puedes interrumpir ahora.

James no lo soportó más y soltó su brazo subiendo las escaleras corriendo. Abrió la puerta y vio a su madre con el bebé en brazos, pero James se acercó a su esposa que sudaba muchísimo mientras el médico decía que respirara profundamente.

—Hijo, deberías esperar abajo.

Sin hacerle caso se sentó al lado de su esposa. —¿Cómo estás?

Johanna se incorporó apoyándose en los codos y le pegó un puñetazo que le tiró de la cama antes de gritarle. —¡Te odio! —Atónito vio que se echaba a llorar. —¡Esto duele mucho!

—Condesa, concéntrese.

—¡Él no me deja!

—Conde, por favor. Es un momento muy delicado —dijo el médico

exasperado.

Se puso de rodillas mirando a su mujer que le fulminó con la mirada. —¡Sal de la habitación! ¡Por Dios, estoy pariendo!

—Eso ya lo veo —siseó cogiéndole la mano—. ¿No me puedes dedicar unos minutos?

—¿Ahora? — Indignada entrecerró los ojos antes de dejarse caer en el colchón y retorcerse de dolor.

James palideció y levantó la vista hacia su madre que sonreía al bebé. — ¿Qué ha sido, madre?

—Una niña preciosa.

Él sonrió antes de volverse a Johanna. —Sobre lo que ha ocurrido estas semanas...

—¡Largo de aquí! —gritó fuera de sí.

—Sí, enseguida me voy, pero...

—¡Ahora, Condesa!

Johanna apretó su mano empujando con fuerza. James vio asustado como se ponía roja como un tomate y susurró —Venga preciosa, empuja.

Agotada se dejó caer en el colchón. —Increíble, no se ha quejado ni una sola vez— dijo el doctor orgulloso antes de mirar a James—. Anímela, Conde.

—Eso intento.

—¡No necesito que me anime este cafre! ¡Fuera de mi habitación! —dijo a voz en grito sin soltarle la mano.

Una doncella le pasó un paño húmedo por la frente antes de empujar de nuevo. James se incorporó quitándole el paño a la doncella y se lo pasó por la cara mientras empujaba. Exasperada le pegó un manotazo para que la dejara en paz. — ¡Por Dios, sacarle de aquí! —gritó muy nerviosa.

—James, por favor —dijo Elizabeth preocupada—. Debes salir. La estás alterando mucho.

—¡Alterando! ¡Estoy a punto que me dé un ataque!

—Mejor me voy —dijo inseguro—. Si me sueltas la mano...

Elizabeth reprimió una sonrisa al ver como su amiga le miraba con odio antes de soltar su mano a regañadientes. —Vete, no te necesito.

—¡Pues ahora no me voy! —le gritó a la cara.

Johanna puso los ojos en blanco y Rose soltó una risita. —Su matrimonio será así siempre.

—¿Matrimonio? ¿Qué matrimonio?

—Empuje, condesa. Ignórelos.

Ella tomó aire y volvió a empujar mientras James se sentaba a su lado y susurraba —Lo haces muy bien, preciosa. —La besó en la sien y Johanna gritó en el último momento antes de escuchar el llanto del bebé. Agotada dejó que James la

tumbara en la cama y su marido le pasó el paño por la cara limpiándole el sudor. Su esposa respiraba agitadamente mientras mantenía los ojos cerrados. —¿Jo?

—Otra niña —dijo Rose emocionada—. Y son preciosas. Son rubias.

James sonrió, pero su mujer seguía respirando mal y no abría los ojos. —¿Jo? Abre los ojos. Me estás asustando.

Los abrió de golpe y le cogió del pañuelo con fuerza. —¡Largo de mi habitación!

Hizo una mueca al ver su mirada de loca. —Sí, creo que lo mejor es que espere abajo. —Le dio un beso rápido en los labios y ella con la mano libre le dio un tortazo sin soltar su pañuelo. —Entiendo que puedas estar algo enfadada.

—¡Enfadada! ¡Mi objetivo en esta vida será hacerte la vida imposible! —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¡Te odio!

—¿Por qué, preciosa? —susurró acariciando su mejilla.

—¡Nunca me has querido! —Avergonzada se volvió de costado y el doctor protestó —Vete o no dejaré que me atiendan.

James asintió viendo como su esposa se echaba a llorar tapándose la cara como si estuviera avergonzada de sí misma. En ese momento que debería haber sido el más feliz de sus vidas, su esposa estaba llorando por su culpa. James se levantó y salió de la habitación intentando no disgustarla más. Bajó las escaleras pensativo y llegó al salón donde todos le miraron expectantes.

—¿Mi hija está bien?

—Sí —respondió sabiendo que se refería a su estado físico. Se acercó a la butaca y se sentó apoyando los codos en las rodillas apretándose las manos—. Han sido niñas.

Alex frunció el ceño. —¿No te alegras?

—Por supuesto que me alegro.

Henry se acercó a su yerno. —Pues no pareces muy contento. ¿Están bien?

—Sí.

Los hombres se miraron los unos a los otros y Henry se cruzó de brazos. —¿Quieres tomar una copa para celebrarlo? Normalmente se hace eso, ¿sabes?

—Será cuando la madre no ha echado al padre de la habitación llorando porque le odia.

—Ah, es eso. —Henry sonrió y al ver su expresión de confusión se echó a reír a carcajadas. —Realmente eres idiota.

—Vaya, gracias.

—No conoces a tu mujer en absoluto.

—¿Qué quiere decir? ¡Por supuesto que la conozco!

—Si la conocieras, sabrías que Johanna nunca guarda rencor. Tiene el corazón más grande que existe y puede perdonar cualquier cosa. Incluso a un marido estúpido que no sabe cuánto le ama.

James se levantó sorprendido. —¿Crees que aún me ama?

—No te voy a ayudar en esto. —Se volvió hasta el mueble de las bebidas y se sirvió una copa de coñac. —Tendrás que pasar la penitencia.

—¿La penitencia? ¡Llevo semanas sin hablar con mi mujer por el embarazo!

—¿Ves cómo eres idiota? Ella necesitaba tu apoyo y que te arrastraras ante ella por tus estúpidas acusaciones el día que murió Robert. Por el amor de Dios, ¿a quién se le ocurre decir algo así en un momento tan delicado?

—Mi hijo es impulsivo y se dejó llevar por los nervios.

—¡Debe aprender que ella es lo primero! ¡Como él lo es para ella!

Alex asintió. —Eso mismo digo yo.

—¡Es lo primero! ¡Para mí lo es!

—No se lo has demostrado —dijo Nelson.

—¡Padre, que tú me des lecciones cuando estuviste tonteando con mamá veinticinco años...!

Nelson gruñó antes de beber de su copa mientras Alex se reía por lo bajo.

—Dejarme a mí, que conozco a mi hija mejor que nadie. —Se sentó ante su yerno. —Escúchame bien y presta atención. Si quieres que tu esposa te perdone cuanto antes sin perder tu orgullo, deberás demostrarle que la amas poco a poco.

—¿Poco a poco?

—Sí, porque de otra manera no se lo creará. Pensará que lo haces por las niñas y por llevaros bien. Deberán ser detalles que parezca que haces sin prestar atención, pero ella sí se dará cuenta.

—¿Como por ejemplo?

Alex puso los ojos en blanco. —Como por ejemplo que ni te has molestado en comprarle un anillo de boda.

James se sonrojó. —Es que me lo había dejado en casa.

—¿Hablas del que le regaló Susan? —preguntó Nelson—. ¡No puedes darle ese anillo! ¡Es el de tu primera boda falsa! ¿Es que no tienes ninguna sensibilidad?

—Como un puercoespín —respondió Alex divertido.

—Para ti es muy fácil.

—Yo regalaba joyas a mi esposa incluso antes de que llegara a Londres para su presentación.

—¡Ese es un hombre detallista! —exclamó Henry—. Tu mujer debe estar encantada.

—Le acabo de regalar un piano que es la envidia de todo Londres. Sí que está encantada.

James le miró con inquina. —Claro, mi Johanna escucha esas cosas y no hay quien compita.

—Tú ni siquiera has entrado en la competición. Te has quedado en las gradas mirando desde que te casaste.

—Serás listillo.

—Gracias.

—Con esto no te estoy diciendo que la colmes de regalos —dijo su suegro—. No querrás que se convierta en una consentida con lo tacaño que eres.

—¡No soy tacaño!

—¡Te pidió un carruaje y le dijiste que no! ¡Y te quejaste de que se compró un abrigo!

James se sonrojó. —Para qué quiere el carruaje, ¿eh? ¿Si no va con Elizabeth con quién se va a ver?

—¡Estás celoso! —exclamó Nelson atónito—. ¿De Johanna, que ha luchado por ti desde el principio?

—¡No, desde el principio no, que se fue a Cerdeña! ¡Y después vino lo de ese Robert!

—Está claro que vuestro matrimonio necesita monotonía —dijo Alex a punto de reír—. Y dicen que eso mata a la pareja, pero en vuestro caso es lo que necesitáis.

—No, deben quedarse en Londres para que ella no presienta que la están acorralando. En cuanto vuelva a la vida social, se relajará —dijo su padre convencido—. Y para el primer baile le haces un regalito como si nada.

James asintió. —Entendido.

—Estaría bien que le hicieras un buen regalo ahora. Por el nacimiento de las niñas. —apostilló Alex.

—Entendido.

—Y nada de recriminarle sus gastos. Ahora necesitará ropa nueva —añadió Nelson.

—Muy bien.

Los tres le miraron levantando las cejas y en ese momento llegaron Rose y Susan con las niñas en brazos. Eran preciosas y pequeñas con su pelito rubio. Orgulloso dejó que le pusieran una en cada brazo y sonrió pensando que el regalo debería ser buenísimo después de lo mal que lo había pasado para darle esas preciosidades.

## Capítulo 13

—Milady, acaba de llegar un presente para usted —dijo su nueva doncella cogiendo a la niña de sus brazos—. Mire por la ventana.

Impaciente fue hasta la ventana y abrió la boca asombrada al ver un enorme carruaje pintado de blanco que tenía molduras doradas. Era la cosa más llamativa que había visto nunca.

—¿Mi padre lo ha enviado?

—Es regalo del conde.

Sorprendida miró a la doncella que sonreía encantada. —¿Del conde?

—¡Sí! Es precioso, condesa. Nunca había visto algo igual.

Gruñó y volvió a mirar por la ventana entrecerrando los ojos. —Así que un regalo del conde. —Abrió la ventana y cogió la lámpara de aceite tirándola sobre el carruaje que empezó a arder ante todos. Sonrió satisfecha cerrando la ventana y le dijo fríamente a la sorprendida doncella —¿Y mi vestido rojo? Me vestiré para la cena y ese color es muy apropiado.

—Sí, condesa.

Escuchó gritos del servicio que intentaba apagar el fuego mientras la doncella tumbaba a la niña en una de las cunas que ella había ordenado colocar en su habitación. En ese momento se abrió la puerta y sonrió irónicamente al ver entrar a su marido que intentaba calmarse.

—Querida...

—¿Sí, esposo?

—Ese maldito coche me ha costado una fortuna, cielo.

—Oh, ¿de verdad? Lo siento. Ha sido un accidente.

La doncella que estaba sacando el vestido del armario jadeó por la mentira, pero ella la ignoró sentándose en el banquito ante el tocador y empezando a peinarse su espesa melena.

James se colocó tras ella. —Así que ha sido un accidente.

—A mí no se me compra.

Él se tensó y a través del espejo vio cómo se intentaba contener. Para su

sorpresa su marido sonrió y le dijo —Nunca dejas de sorprenderme.

—¿Y eso qué rayos quiere decir? —preguntó mientras iba hacia la puerta.

—Al parecer vas a bajar a cenar. Me alegro de que te encuentres mejor para disfrutar de la velada. —Abrió la puerta. —Por cierto, mañana iremos a la fiesta de los Corrington.

—¿De veras? No sé si tendré las fuerzas necesarias.

—Las tendrás. Ya han pasado diez días y si puedes bajar a cenar, puedes ir al baile unas horas. Te puedes sentar si es necesario. A nuestros amigos y a nuestros padres les vendrá bien salir para olvidarse de tanto drama.

Johanna levantó la barbilla porque sabía que si se negaba parecería una egoísta. —De acuerdo.

Su marido salió de la habitación y ella apretó el mango del cepillo. —¡Mi vestido!

—Sí, condesa.

Su peinado era un auténtico desastre y varias veces tuvo que decirle a su doncella que tuviera cuidado porque le quemaría el cabello con las tenacillas. Sus rizos eran un despropósito y cuando entró en el salón Johanna bufaba roja de rabia. James al lado de la chimenea se volvió viendo el estado de su esposa e hizo una mueca mientras Susan jadeaba. —Querida, ¿qué te ha ocurrido?

—¿Qué me ha ocurrido? Que mi doncella no sabe lo que hace. ¡Eso ha ocurrido!

—Estás preciosa —dijo su marido intentando calmarla.

—¡No me trates como a una niña! —Se acercó y se sentó en el sofá de mala manera mientras los demás la observaban en silencio. Johanna no sabía lo que le pasaba, estaba de los nervios y cuando antes el problema de su cabello se lo habría tomado a risa, en ese momento estaba a punto de ponerse a llorar de pura impotencia.

Elizabeth se sentó a su lado y la cogió de la mano intentando consolarla. —No te preocupes, hasta que encuentres a una nueva doncella yo te prestaré a la mía.

Miró sus ojos verdes y preguntó con la voz congestionada. —¿De verdad?

—Estarás preciosa, ya verás. Tiene muy buena mano con los peinados.

—No sé qué me pasa. —Se acercó y susurró —Tengo ganas de matar a alguien.

Elizabeth se echó a reír sorprendiéndola. —¡No tiene gracia! —De repente y dejándolos a todos de piedra se echó a llorar antes de salir corriendo.

James se tensó y Elizabeth se levantó de inmediato. —No te preocupes, James— dijo su suegra—. Tiene el cuerpo alterado después del parto. Nos pasa a

todas en distinta medida.

Elizabeth detuvo al Conde que iba detrás de su esposa y le dijo —Déjame a mí.

—Voy a ver si se encuentra bien.

—En este momento lo que menos quiere es que su marido vea el estado en el que se encuentra. Te lo digo yo. Está insegura por su aspecto y por lo que siente. Ha tenido dos hijos y su organismo se está adaptando. Necesita tiempo para volver a la normalidad. Deja que alguien que acaba de pasar por eso hable con ella.

La duquesa salió del salón y fue tras ella hasta la puerta. Confundido miró a Alex. —¿A ella le ocurrió lo mismo?

—No quemó un carruaje, pero durante unos días ... —Miró hacia la puerta y bajó la voz —Se ponía histérica por cualquier cosa. Afortunadamente ha vuelto a la normalidad, pero estuve a punto de perder la paciencia varias veces.

—Les ocurre a todas —dijo Henry sentado en la butaca—. Están más sensibles de lo normal. Recuerdo que Rose lloraba con cualquier cosa. Tenía la nariz como un tomate.

—¡Henry!

Todos se echaron a reír. Todos menos James, que parecía preocupado. —Menos mal que pudimos detener el incendio, pero la reparación del carruaje costará un riñón. Le he comprado el anillo, pero temo que lo destroce para darme una lección. —Frustrado caminó de un lado a otro. —No sé cómo comportarme con ella. Si voy a ver a las niñas, me mira como si fuera un insecto y a los cinco minutos me pide que salga de la habitación porque está cansada. Les ha puesto de nombre Rose y Elizabeth sin consultarme siquiera. —Susan desvió la mirada y su marido la cogió de la mano. —Algo que no sólo es un insulto, sino también un feo a mis madres por ser nuestras primeras hijas. Madre, no hemos hablado de esto, pero...

—No te preocupes, entiendo que la situación es muy tensa y que todo es muy difícil para los dos.

Frustrado miró al Duque que no sabía qué decir. —¿Le has dicho algo respecto a los nombres?

—No me he atrevido, porque temía estallar.

—Pues igual piensa que te parece bien o que te da igual.

—¿Cómo me va a dar igual que ninguna de mis hijas lleve el nombre de mi madre?

—No creo que lo haya hecho a propósito, y te lo digo sinceramente. Johanna no es mezquina.

—¡Ya lo sé! ¡Por eso me ha sorprendido tanto su decisión! —Miró hacia la puerta y sin poder evitarlo fue hacia allí para mirar hacia arriba. Preocupado subió las escaleras y se acercó a la habitación de la señora de la casa. La puerta estaba

entornada y se acercó lentamente.

—Johanna, debes calmarte.

—¡Calmarme! ¡No puedo! ¡Cada vez que le veo, tengo ganas de gritar! — James se tensó. — Me pone de los nervios.

—Lo que te molesta es que le haga más caso a las niñas que a ti.

Su esposa se quedó callada y James movió la cabeza de un lado a otro sin poder creérselo. Cuando la escuchó llorar estuvo a punto de entrar hasta que escuchó — Soy una persona horrible.

—No, no eres horrible. Sólo necesitas cariño y tu marido no te lo da. Eso es todo. Debes solucionar las cosas por el bien de tu familia. No querrás que las niñas crezcan en este ambiente, ¿verdad?

—Este matrimonio nunca ha ido bien —dijo su esposa con la voz entrecortada.

—¿Qué te pasó por la cabeza para ayudar a ese hombre a escapar?

—Estaba segura de que me mataría al no tener escapatoria. —Su mujer suspiró. —Le quise mucho, ¿sabes? Era un chico extraordinario y si mi padre no le hubiera echado del puerto seguramente me hubiera casado con él, porque todo era excitante a su lado.

—Eras una niña.

—No me podía creer en lo que se había convertido. Él que siempre reprendía a los rateros y procuraba poner orden. Él que me había protegido siempre ponía mi vida en peligro ...

—Había perdido el juicio, Johanna.

—Por mi culpa.

—No fue culpa tuya. Eras una chiquilla que se sintió fascinada por un joven que vivía entre el peligro del puerto. A él le fascinó que una dama le hiciera caso y todo se embrolló. Su desesperación por sentir lo que teníais juntos le hizo cometer locuras.

Se echó a llorar de nuevo. —No puedo entender que utilizara de esa manera a Betsy. Mi pobre Betsy debe estar aterrada pensando que la odio.

—Te conoce. Sabe que no la odias.

—Trabajó muchísimo para aprender a ser una buena doncella. Tenías que haberla visto cuando llegó a nuestra casa de Boston. Era una niña intimidada por todo lo que había a su alrededor. —Se echó a reír. —Cuando puso un pie en mi habitación preguntó que cuántos dormían conmigo.

James sonrió y dio un paso atrás chocando con su suegra. Asombrado vio a todos los demás detrás y les hizo un gesto para que se alejaran. Volvieron al salón en silencio y James encantado cogió su copa de la repisa de la chimenea.

—¿Veó que ya sabes qué hacer? —preguntó su suegro divertido.

—Mi esposa me ha dado una pista.

—Puedes ir a recogerla a mi casa —dijo Nelson sorprendiéndolo.

—¿Qué?

—No iba a dejar que mi Betsy se quedara en prisión —dijo su suegra reprendiéndolo con la mirada—. Mi pobre niña se dejó seducir por un canalla. No podía dejarla allí y que se marchitara. Bastante ha sufrido ya por culpa de ese hombre que la ha utilizado.

James chasqueó la lengua. —Al parecer todos sois mucho más listos que yo. — nadie dijo nada y gruñó antes de beber de su copa haciéndolos reír.

Minutos después bajaba su mujer, que avergonzada se sentó en el sofá sin decir palabra. —¿Quieres un jerez, Johanna?

—Sí, triple.

Divertido cogió la botella y se la acercó. Sorprendida la cogió. —¿Y la copa?

—¿Para qué? Soportas muy bien la bebida, ¿no es cierto?

—¡Claro que sí! —Entrecerró los ojos

—James, se va a emborrachar. —Elizabeth soltó una risita.

—Necesita relajarse un poco. —Levantó ambas cejas. —Además, quiero comprobar si es cierto lo que dice mi esposa de que no le afecta la bebida. Siempre me ha intrigado.

Para sorpresa de todos Johanna bebió de la boca de la botella y Rose gimió al ver los tragos que daba. Apartó la botella respirando hondo y sonrió al ver que había bebido la mitad.

—Al parecer tenías sed —dijo Alex divertido.

—Pues sí. —Sonrió a su marido cortándole el aliento. —Ya me siento más relajada, gracias.

—De nada, preciosa. —Cogió la botella temiendo que se la bebiera entera y la llevó hasta la chimenea.

—Así que mañana tenemos un baile.

—Sí, será la sensación porque hace meses que no salimos. Todos se morirán por vernos—dijo Elizabeth maliciosa—. Madame Blanchard me ha hecho un vestido verde esmeralda que es una maravilla. Qué manos tiene esa mujer.

—Sí, tiene unas manos maravillosas para hacer facturas —dijo Alex divertido recibiendo un codazo de su esposa—. Pero merece la pena por verte feliz.

Elizabeth sonrió encantada mientras Johanna perdía la sonrisa poco a poco y James carraspeaba.

—Deberías ir a verla. Debes reformar tus vestidos antiguos y escoger algo para la temporada.

—No sé si mis vestidos de fiesta me quedarán bien —dijo insegura mirando a su madre, que hizo un gesto sin darle importancia.

—Seguro que te quedarán bien —dijo Susan sin mucha convicción.

—Si no es así, no asistiremos—dijo James tajante—. Hasta que no tenga un

vestuario con el que se sienta cómoda, no iremos a ningún sitio.

Johanna le miró sorprendida. —Seguro que encuentro algo.

—Como tú quieras. Es decisión tuya.

Alex sonrió viendo como Johanna se sonrojaba y James sonrió aliviado como si hubiera ganado una batalla.

—¿Pasamos a cenar? —Se acercó a su esposa y extendió la mano. Insegura se la cogió sin mirarle a los ojos y se dejó levantar. Nerviosa le cogió del brazo y le miró de reojo mientras su marido hablaba con su padre de banalidades como el tiempo. ¿Qué pasaba allí?

Elizabeth sonreía de oreja a oreja y los demás también. Cuando su marido la ayudó a sentarse a su derecha, se sobresaltó cuando la besó en el lóbulo de la oreja antes de susurrarle —Me da igual lo que digas, estás preciosa.

Asombrada le vio sentarse y más aún cuando cogió su servilleta poniéndosela sobre el vestido como si fuera una inválida antes de contestar a una pregunta de Alex sobre un caballo que habían visto en el parque.

James la cogió de la mano y sonriendo le dijo —Supongo que enseguida volverás a salir por las mañanas para tu paseo a caballo. Pero te agradecería que me dejaras ir contigo porque no me fio de que ese tal Liebre no ande por ahí. Sterling todavía no ha dado con él.

—De acuerdo —susurró antes de ver como sonreía de oreja a oreja.

—Vino para la condesa.

No sabía si era porque había dado a luz recientemente y como le había dicho Elizabeth su cuerpo estaba alterado, pero empezaba a sentir que el alcohol la estaba afectando por primera vez en su vida.

Vio como el lacayo llenaba su copa y su marido levantó una ceja. —Es una cosecha excelente.

—¿De verdad?

—Debes probarlo. Sé lo que te gusta ese tipo de vino. —Hizo un gesto para que sirvieran y ella cogió su cuchara en cuanto vio la sopa en su plato. Empezó a comer pensando que seguramente tenía el estómago vacío y era eso.

Más relajada escuchó la conversación sobre que no se encontrara al Liebre, pero a ella le dio igual. Se rieron por cómo Sterling estaba enfadado con uno de sus hombres por no secuestrarlos como Dios mandaba, perdiendo a los rehenes a mitad de camino.

—Le ha castigado a vigilar la entrada de una taberna —dijo Alex divertido —. Ha pasado mucho frío este invierno.

—¿Sabes Johanna? Tu querido primo va a venir a Londres para conocer a las niñas. —dijo su padre encantado.

—¿De verdad? —La mitad de la sopa se le cayó de la cuchara y Elizabeth reprimió la risa al verla comer.

—Estoy deseando conocerle —dijo James mirando a su esposa divertido—. Al parecer os queréis mucho.

—Mucho —dijo con la voz pastosa. Chasqueó la lengua y al coger la copa de vino chocó con el plato rompiendo la base de la delicada copa, pero Johanna no se dio ni cuenta mientras Rose jadeaba de asombro. Johanna bebió la copa y ya vacía la puso en su sitio sin ver que caía de lado al no tener en qué apoyarse. Un lacayo la sustituyó rápidamente.

—Agua para la condesa —dijo James reprimiendo la risa como casi todos los demás —. Querida...

Johanna le miró y entrecerró los ojos. —¿Si, amor? —James se quedó tan impactado que se la quedó mirando sin reaccionar. Su esposa volvió a meter la cuchara en el plato, olvidándose de que estaba hablando con él.

James sonrió y la cogió de la mano. —¿Me amas, Johanna?

—Oh, querido. —Sonrió dejando caer la cuchara sobre el plato poniéndose perdida. —Claro que sí.

Toda la mesa se quedó en silencio y James le besó la mano mirándola a los ojos, aunque ella se acercó para verle mejor, pero todo estaba borroso. —¿James?

—Estoy aquí, preciosa. —Ella sonrió tontamente. —Al parecer estás un poco despistada.

—Si...

—¿Por qué no bebes un poco de agua?

—Mejor que coma algo—dijo Alex muerto de la risa—. A la que no le afectaba la bebida.

—¡Acaba de dar a luz! —la defendió su amiga.

—Por supuesto, querida. —Se ganó un codazo de su esposa, pero no se dejó intimidar.

Johanna intentaba comer la sopa, pero no era capaz y James le hizo un gesto al lacayo quitándole el plato sin que ella se diera cuenta. Intentó hundir la cuchara en el plato parpadeando varias veces al no ver su contenido. Sonriendo dejó la cuchara. —Acabé.

—Sí, cielo. Has acabado —dijo su padre con cariño.

Sorprendida miró a un lado. —¡Papá! ¡Estás aquí!

Alex ya no lo pudo evitar echándose a reír a carcajadas ganándose una mirada fulminante de todos. Carraspeó disimulando y Johanna le miró antes de sonreír tontamente. —¿James?

—Estoy aquí.

Al volverse fue evidente que se mareó y James apartó su silla a toda prisa para levantarse. —Creo que es hora de que te acuestes.

Johanna cerró los ojos cuando la cogió en brazos y sonrió. —Me ha sentado mal el jerez.

—Sí, preciosa. Culpa mía. Creía que te relajaría, pero te ha relajado demasiado.

—Elizabeth es igualita —dijo el duque riendo.

James la sacó del comedor y le susurró —Al parecer ya no aguantas bien la bebida.

—Tengo el cuerpo descolocado —dijo seriamente.

—Sí, seguro que es eso.

—¿Se me colocará de nuevo?

—Por supuesto. Todo volverá a su sitio y estarás gritándome dentro de poco.

Johanna cerró los ojos. —Es cierto, ahora te grito poco. ¿Quieres que te grite?

—Prefiero que me hagas el amor.

—Uhhh, lo echo de menos.

—Y yo, preciosa. Pero lo arreglaremos.

—No, porque no me amas. Y si no me amas, no te tocaré. —Desmintiendo sus palabras le acarició la mejilla. —¿Cómo puede ser que cada día estés más atractivo? —Entrecerró los ojos. —¿No tendrás una amante?

—No, tengo una esposa.

—¿De verdad? —Abrió los ojos como platos. —¿Y cómo se llama?

—Johanna.

—Ah...soy yo.

—Sí, eres tú —dijo mirando sus ojos —. Siempre has sido tú.

Johanna rió tontamente. —¿Y serás mío para siempre?

—Para siempre. —La tumbó sobre la cama y se sentó a su lado. —Déjame que te desnude.

Riendo se volvió de costado y él empezó a desabrocharle los botones. Acarició la piel descubierta de su espalda y la besó en el hombro. —Echaba de menos tu olor.

Johanna se puso de espaldas. —¿De verdad?

—De verdad. —Le bajó el vestido y se levantó para quitárselo por los pies. Le quitó las enaguas y tiró del lazo que ataba su corsé por delante. Cuando se lo quitó, acarició su pecho por encima de la ropa interior y ella gimió apretando su mano contra su piel. —Te echo de menos, Johanna. —Se acercó y la besó en los labios provocando que suspirara al separarse— Pero no puedo hacerte el amor.

—¿Por qué? ¿No te parezco atractiva?

—Sí. Eres preciosa. —Con posesividad le acarició el pezón y acunó su pecho. — Pero ahora tienes que dormir. Las nanis se han llevado a las niñas, así que les están dando de comer las nodrizas. Descansa. Hablaremos mañana.

—¿Hablaremos? —Confundida intentó abrazarle.

—Claro que hablaremos. —La besó suavemente en los labios. —Ahora a dormir.

Johanna sonrió girándose y dándole la espalda. James cerró los ojos dando gracias porque aún le amaba. Iba a arreglar su matrimonio costara lo que costara. Salió lentamente de la habitación y al llegar al comedor Henry sonrió de oreja a oreja. —¿Todo bien?

En ese momento escucharon un disparo y James asustado corrió hasta las escaleras subiéndolas a toda prisa. Abrió la puerta de la habitación para ver a un hombre que no conocía en el suelo intentando arrastrarse hacia la ventana y a su mujer sentada en la cama con una pistola en la mano. Sonrió al verle. —Cariño... has venido.

—¿Estás bien? —Corrió hacia ella y le quitó la pistola.

—Intentaba robar. Salió del armario y le vi revolver en mi joyero. —bajó la voz como si compartiera un secreto — Pero no ha robado nada. No le he dejado.

—Muy bien, preciosa. —Se volvió hacia Alex que levantaba al tipo por las solapas. —¿Es él?

Se acercó para ver la cara del tipo y se le puso los pelos de punta al ver la cicatriz en su frente. —¡Así que volvías a por tu botín! —Le pegó un puñetazo que le dobló. —Suerte tienes que mi mujer no tenga la puntería de siempre.

—¿No le he dado?

—Sí, cielo. En el brazo.

—Vaya. Dame la pistola que lo intento de nuevo.

—¡No! —gritó el tipo intentando huir hacia la puerta de comunicación.

—Sí, James... dale la pistola y que pruebe de nuevo —dijo Henry malicioso.

Siguiendo el juego, se acercó a su esposa y le tendió la pistola. —¿Tendrás cuidado de no dañar a nadie más?

—Me ofendes, conde. —Cogió la pistola y guiñó un ojo mordiéndose la lengua. James se cruzó de brazos viendo como el tipo temblaba de arriba abajo mientras Alex se apartaba a toda prisa. Todos observaban desde la puerta y cuando disparó expectantes miraron al ladrón que se había meado encima. Johanna parpadeó. —¡No le he dado!

El chillido al otro lado de la puerta le indicó al conde que su valet había recibido el tiro y Johanna sonrió antes de decir —Sí, le he dado.

—Sí, querida. —Le quitó la pistola. —A alguien le has dado. Ahora a dormir.

Alex corrió hasta la puerta de comunicación. —Eso te pasa por cotillear.

—¡Me ha dado en la pierna! —gritó el hombre asustado.

—Ahora te atienden—Miró al ladrón y dijo —¿Qué hacemos con este?

—Llama a Sterling y que se encargue de él. No quiero más escándalos rodeando a Johanna.

Asustado el hombre corrió hacia la ventana y la atravesó dejándoles con la palabra en la boca. Henry chasqueó la lengua. —Sí que corre como una liebre. Mi hija siempre tendrá escándalos rodeándola. —Palmeó a su yerno en el hombro. — Pero estás encantado de cargar con ese desastre, ¿verdad?

—Sí. Nunca lo he estado más.

Orgullosos miraron a Johanna que se había quedado dormida con la boca abierta y espatarrada en la cama. —Nunca lo he estado más.

Johanna sentía la boca pastosa y alargó la mano para coger el vaso de agua que siempre tenía sobre la mesilla, pero su mano chocó con algo. Sorprendida abrió los ojos sentándose en la cama de golpe al ver que estaba en la habitación de su marido y que la miraba divertido. —¿Qué hago aquí? —Asombrada miró a su alrededor.

—No podías quedarte en tu habitación. ¿Te duele la cabeza?

Pues ya que lo decía...— ¿Me he caído de nuevo? No me acuerdo de anoche. — dijo asustada.

—No, preciosa. Te emborrachaste.

—¡Eso es imposible! ¡Aguanto muy bien la bebida! —Se levantó tirando de la sábana y jadeó al ver a James desnudo y obviamente excitado. Carraspeó dejando la sábana ya que ella estaba en ropa interior e intentó disimular. —Creo que es mejor que me vaya a mi habitación.

James se estiró en la cama poniéndose cómodo. —No tienes ventana.

Asombrada rodeó la cama y sintiendo la mirada de su marido en su espalda abrió la puerta de comunicación que tenía un agujero. —¿Qué le ha pasado a la puerta?

—Un tiro.

—¿Te he pegado un tiro?

—No. Se lo has pegado a mi valet.

Se puso como un tomate y miró en el interior de su habitación para ver la ventana destrozada. Una de las cortinas salía al exterior por el viento que hacía. Lentamente volvió a cerrar la puerta. —Las niñas...

—No te preocupes. No estaban en la habitación. —Dio dos golpecitos al colchón. —Vuelve a la cama, Johanna. Estarás agotada. Por cierto, ya no tenemos que preocuparnos del de la cicatriz en la frente.

Casi temía preguntar por qué. Se acercó lentamente mirándole con desconfianza. —¿Y eso?

—Se ha tirado por tu ventana.

Atónita se sentó sobre la cama. —¿De veras?

—Tú le disparaste cuando intentaba robarte.

— Ah...  
— Después quisiste repetir y le disparaste a mi valet que estaba cotilleando tras la puerta.  
— Ah...  
— Después el tipo se tiró por la ventana. Seguramente porque había subido por ahí y creía que podría librarse.  
— Pero no.  
— Se ha roto la crisma.  
— Ah... — gimió pasándose las manos por la cara —. No volveré a beber en la vida.  
— No media botella de jerez. Por cierto, yo también te quiero.  
Sorprendida le miró y James la cogió de las manos tumbándola sobre él. — Sé que no te lo he dicho antes, pero a mí me cuesta hablar de estas cosas.  
— ¿Todavía estoy bebida?  
James se echó a reír y negó con la cabeza. — No, preciosa.  
— ¿Me estás diciendo que me quieres?  
— Más que a nada en esta vida. — Los ojos de Johanna se llenaron de lágrimas. — Y me odio a mí mismo porque tengas dudas por lo que siento por ti.  
— Le acarició la mejilla. — Cuando me ataste a la cama pensaba que estabas algo loca y anulé el matrimonio, pero cuando vi lo empeñada que estabas en estar a mi lado, no pude evitar sentirme halagado. Me asusté cuando te hiciste daño aquella vez en Escocia y me impresionó muchísimo que aunque estuvieras enferma me salvaras la vida pegándole un tiro a aquel tipo.  
— Tenía que ayudaros.  
— Lo sé. Pero ahí me di cuenta que no te podía dejar escapar porque eras una maravillosa deslenguada que sólo quería estar a mi lado. Sé que te hice daño muchas veces e intentaba arreglarlo, pero tú ya te lo tomabas todo a mal. Mi orgullo me impedía decirte lo que sentía por ti, así que la guerra continuó. Te aseguro que se me rompió el corazón cuando te dije que no estábamos casados, preciosa. Vi el dolor en tus ojos y me sentí un miserable.  
— Pero luego perdí la memoria.  
— Necesitaba recuperarte, así que fingí. — Sonrió malicioso. — Y tú también.  
— Sólo quería arreglarlo.  
Pensativo le acarició el cuello. — No quería defender a Mara ante ti. Sólo intentaba no hacerle más daño. La conozco desde que era niña y me molestaba que sufriera por mi culpa.  
— Ahora lo entiendo.  
— Cuando te escapaste casi me vuelvo loco y la reacción de tu padre era totalmente lógica. Fueron unos meses realmente horribles sin ti y esta casa se me caía encima esperando noticias. El viaje a Cerdeña fue angustioso porque no sabía

cómo ibas a reaccionar. Debo reconocer que tu padre ayudó mucho disparando.

—No tiene buena puntería. Ahí fingimos los dos.

—Creía que te había recuperado, pero apareció él y dudé de tus sentimientos muerto de celos porque Robert era capaz de decirte que te amaba cuando yo todavía no me había atrevido a mostrarte mis sentimientos.

Johanna lloraba sin darse cuenta y él suspiró. —Lo siento, preciosa. Te quiero y me he dado cuenta que mi cobardía te ha hecho daño, pero para mí eres la única. Te lo juro. Y te lo demostraré el resto de nuestras vidas.

—¿De verdad?

La puerta se abrió y Betsy metió la cabeza sonriendo antes de abrir con descaro.

—Está aquí, señora. Hora de levantarse. Dígame a su marido que deje eso para la noche como todos los maridos decentes.

Sorprendida saltó de la cama gritando de la alegría y abrazó a su doncella que se echó a llorar de emoción. Divertido las miró desde la cama hablar a la vez y abrazarse de nuevo. Johanna se volvió emocionada. —Gracias. Gracias.

—Yo no he hecho nada. Tu madre la rescató y me enteré ayer.

—Gracias por dejar que vuelva. Para mí es muy importante.

—Válgame Dios, ¿qué le ha pasado en el cabello, milady? Dígame qué bruja le ha hecho eso para despellejarla.

Johanna se echó a reír y le susurró algo al oído. Betsy salió de la habitación de inmediato mientras caminaba hacia la cama radiante de felicidad. A James se le cortó el aliento cuando se tumbó pegándose a su cuerpo. —Te he echado de menos, Conde. No vuelvas a hacerlo.

—No vuelvas a hacerlo tú, Condesa. —La cogió por la nuca acercando su cara mirándola posesivo. —Te amo.

—No más que yo.

## Epílogo

—Johanna, ¿quieres bailar? —preguntó su marido devorándola con la mirada. Distraída miró a una mujer que no les quitaba ojo al otro lado de la pista.  
—Johanna, cielo. Hazme caso.

Se volvió sorprendida a su marido. —Te hago caso.

—Por supuesto. —La cogió de la mano llevándola a la pista. —Quiero bailar.

Ella sonrió poniendo la mano en su hombro. —Será un placer, conde. —Se miraron a los ojos y susurró —Cada día te amo más.

—Me alegro. Me disgustaría que el amor fuera a menos.

Johanna se echó a reír. —¿Te molestaría?

—Sí, porque yo te amo tanto que tienes que estar a mi altura. —La besó en los labios antes de dar un giro y Johanna frunció su precioso ceño al ver que la mujer le miraba el trasero a su marido antes de sonreír y hablar detrás de un abanico negro con sus acompañantes. —Cariño, ¿conoces a esa mujer? La del vestido azul intenso.

James carraspeó sin mirar a donde ella decía y le miró con desconfianza. —Conde...

—No te pongas nerviosa.

—¡No estoy nerviosa!

—Y prométeme que lo que te diga no va a tener consecuencias en nuestro matrimonio.

—Por supuesto que no. Nada nos separaría de nuevo.

Aliviado dijo— Es Lady Wilkings. Una viuda que quiere una relación, pero ya le he dejado las cosas muy claras diciéndole que mi esposa es mi corazón y que no miraría a ninguna otra.

—¿De verdad le has dicho eso?

—Repetidas veces.

—Así que repetidas veces, ¿eh? —siseó mirando a aquella bruja.

—Preciosa no te metas en problemas.

—¿Yo? —Indignada levantó la barbilla. —¡La que quiere problemas es ella que quiere quitarme lo que es mío!

James reprimió una sonrisa. —Nada me apartaría de ti.

—Lo sé. Es ella quien no lo sabe. —Sonrió mirando a la mujer. Era rubia y muy bien dotada. Sonreía detrás de su abanico susurrando mientras los miraba y reía como una estúpida de vez en cuando. —¡Está loca por ti!

—No lo puedo evitar. Soy atractivo. —James parecía a punto de reírse.

—¿Y cuántas mujeres se han comportado como esa descarada?

—Repito, soy atractivo.

—¿Tantas?

—Algunas con más descaro que otras, pero sí. Unas cuantas.

—Arrrg, esto es la guerra.

—Cariño, yo también tengo que soportar que otros hombres alaben tu belleza.

—¡Pero ninguno me ha dicho que quiere compartir mi cama!

—Ni se les ocurriría por la cuenta que les trae —dijo su marido en voz baja.

—¿Qué has dicho?

—Nada. ¿Sabes que esta noche estás tan preciosa que no sé ni describirte?

Johanna sonrió de oreja a oreja. —Es un vestido nuevo.

—Y vale cada libra.

—¿Sabes que estás aprendiendo?

—Lo sé. Me fijo mucho en Alex.

Johanna se echó a reír a carcajadas y su familia sonrió al verles tan felices. Cuando terminó el baile, Johanna le dijo a Elizabeth —Voy al tocador. ¿Me acompañas?

—Sí, así me cuentas cómo ha llamado la atención tu carruaje en Bond Street.

Se alejaron hablando y Henry le dio una palmada en el hombro a su yerno. —Parece un milagro cómo ha cambiado. Está feliz.

—Sí, ¿verdad? Estas semanas han sido perfectas.

—Y lo seguirán siendo mientras seas sincero con tus sentimientos —dijo Alex mirando hacia la pista de baile—. ¿Sabes que hemos recuperado nuestro dinero?

Le miró sorprendido. —¿Cómo?

—Esta mañana Betsy ha llegado con una bolsa a mi casa y para nuestra sorpresa era una fortuna. Nos ha dicho que pensando mucho en ello se dio cuenta que si el dinero no estaba en el barco, ni en el carruaje que les llevó al barco, tenía que estar en algún sitio donde él pudiera reclamarlo al llegar a Boston.

—En un banco.

—Exacto. Como él casi no tenía dinero, ella le ofreció sus ahorros para la

estafa y le dio un poder para que sacara dinero de su cuenta bancaria. El tipo metió el dinero allí pensando que de ella no desconfiaría nadie. Cuando fue a ingresar su dinero de la paga, vio que la cantidad de la cuenta era exorbitante, así que se imaginó de dónde había salido.

—Pobre chica.

—Es decente, porque a ninguno se nos ocurrió algo así y no investigamos su cuenta en el banco. Podía haberse callado y ha salvado de la ruina a mucha gente.

James asintió y miró a su suegro. —¿Contento?

—Mucho. Y le he dado una compensación para que viva tranquila el resto de su vida.

—Eso está muy bien. Aunque me parece que tiene empleo durante mucho tiempo.

Un revuelo les hizo mirar al otro lado de la pista y vieron que la orquesta dejaba de tocar paulatinamente hasta que sólo se oyeron gritos.

—¡Acércate a mi marido y te despellejo viva!

James puso los ojos en blanco al oír a Johanna. —Disculpar. Voy a rescatar a Lady Wilkings de mi mujer.

El chillido de la mujer le indicó que tenía que darse prisa y salió corriendo. Divertidos vieron cómo apartaba a la gente y gritaba —¡Johanna, suelta el cuchillo!

Rose sonrió de oreja a oreja y le dijo al Duque —Esa viuda se la estaba buscando desde hace una hora.

—¿Acaso crees que James no lo ha hecho a propósito? —Lo miró sorprendida.

—Le encanta verla celosa. Yo se lo hago a mi esposa de cuando en cuando.

Rose jadeó mirando a Henry. —¿Y tú por qué no lo haces?

El señor Sherman puso los ojos en blanco antes de mirar a su yerno, que se llevaba a su mujer en brazos mientras ella gritaba desgañitada amenazando a quien se acercara a su escocés. —Estupendo, mi hija ha dejado las cosas muy claras. Es toda una Sherman.

Ya en el carruaje Johanna sonrió a su marido abrazando su cuello. —Te amo.

—Creo que les ha quedado a todos muy claro.

—¿Y a ti?

—Totalmente. —La besó en los labios.

—Ya no se te acercará ninguna lagarta.

—Gracias esposa. Me siento muy aliviado.

—De nada. —Le besó en el cuello. —Por ti lo que haga falta.

- ¿Lo que haga falta?
- Ajá...
- ¿Recuerdas esos nudos que dijiste que me enseñarías?
- Practicarás esta misma noche. Gracias por recordármelo.
- De nada, preciosa. Estoy deseando empezar.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Elizabeth Bilford” y “No me amas como quiero”. Próximamente publicará “Un lugar al que escapar” y “Todo por ti”.

Si quieres conocer todas sus obras en formato Kindle, sólo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon. Tienes más de setenta para elegir.

También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.